
Mil razones
PARA QUEDARSE
ARY NASCIMENTO
AMAZZON AUTOR DE BESTSELLERS


Mil razones
PARA QUEDARSE
ARY NASCIMENTO
AMAZZON AUTOR DE BESTSELLERS

Mil razones
PARA QUEDARSE

ARY NASCIMENTO
AMAZZON AUTOR DE BESTSELLERS

Copyright © 2024 Ary Nascimento

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con nombres, fechas y acontecimientos reales es pura coincidencia.

Portada: Layce Design
Corrección: Ana Terra Bourbon y Christiane Calixto
Traducion: Winnie Wong
Lector beta: Beeh Oliveira
Maquetación digital: Layce Design

Todos los derechos reservados.
Esta obra sigue las normas de la nueva ortografía de la lengua portuguesa.
Se prohíbe el almacenamiento y/o reproducción de cualquier parte de esta obra por cualquier medio — tangible o intangible — sin el consentimiento escrito del autor.
La violación de los derechos de autor es una infracción penal establecida por la ley nº 9.610./98 y castigada por el artículo 184 del Código Penal.
Edición digital | Creada en Brasil.



Otras obras
Sobre el autor
Nota del autor
Gracias
Lista de reproducción
Prefácio
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Epílogo
Dedicación
Nota del autor
Póngase en contacto com



Para obtener más información sobre mis otros libros electrónicos, apunte la cámara de su teléfono móvil al código QR que aparece a continuación y vaya a mi tienda Amazon:

O haga clic aquí -> **Amazon**



Ary Nascimento nació el 4 de junio de 1983 en Nova Iguaçu, Río de Janeiro. Farmacéutica bioquímica de formación, pero ávida lectora y escritora por amor, ha conquistado un gran espacio en el universo literario y el cariño de los lectores de romance.

"Mi marido mafioso 1: Matheo & Melissa", su primera novela, se publicó online en 2018 en una plataforma digital, conquistó a miles de lectores y culminó con la realización del sueño de la autora de publicar su libro en Amazon.

Ary se está haciendo un hueco en el género romántico.

Su mayor inspiración como escritora es la satisfacción de poder aportar un poco de alegría y ligereza a la vida cotidiana de sus lectores.



ADVERTENCIA, lector:

Este libro trata temas delicados relacionados con la dependencia química, el abandono, el abuso psicológico, el trastorno psicológico y el suicidio, que pueden despertar desencadenantes en ti.

Sea consciente de ello, pase la página y disfrute de la lectura.

Aunque llueva, aunque duela.
Aunque la distancia erosione las horas del día
y cae la noche sin estrellas
el mundo brilla un poco más
cada vez que sonríes.

- Pablo Neruda



Gracias a todos mis lectores que creen en mí, me animan y me inspiran a diario.

Este libro es para vosotros y siempre por vosotros.



Para escuchar la lista de reproducción de *"Mil razones para quedarme"* en *Spotify*, abre la aplicación en tu teléfono móvil, selecciona buscar, haz clic en la cámara y pasa el ratón por encima del *código* que aparece a continuación.

O haz clic aquí -> **Spotify**



Melinda

Mi corazón se rompió una vez más, pero aunque el dolor me consumía por dentro, me sentía en paz. En el fondo, me daba cuenta de que lo había hecho todo de la mejor manera posible, por lo que no me arrepentiría de nada.

En vista de todo lo que ya había vivido, pensé que estaría mejor preparada para el impacto o que me costaría menos afrontar esta situación, pero era pura ilusión. La realidad era que nadie estaría nunca verdaderamente preparado para afrontar el final. Incluso sin el elemento sorpresa, ¡duele como el demonio! Y de nuevo, me hizo sangrar el corazón.

Lidiar con la pérdida ya me resultaba familiar, así que sabía que, un día u otro, pasaría. Sin embargo, seguía siendo muy difícil. El hecho de que supiera lo que se sentía al ser golpeada por ese dolor no hacía que doliera menos.

Perdí a mi madre cuando aún era una adolescente, con 14 años. La Sra. Clarice sufrió un infarto masivo mientras dormía. Todo sucedió tan de repente, y esa partida prematura nos dejó sin piso. Un día estaba bien, sonriendo y hablándonos, y al día siguiente simplemente se había ido. El dolor era tan grande que sentíamos que nunca se iría. Nos dolía físicamente.

Además, era extraño despertarse al día siguiente y encontrarse con un mundo que era

exactamente igual para todos los demás, pero totalmente distinto para mí. Al fin y al cabo, cuando alguien a quien querías se iba de esta vida, sabías que, en tu interior, nada volvería a ser igual.

Mi vida había cambiado para siempre y de forma irremediable, pero en el exterior, la gente seguía levantándose temprano para ir a trabajar y actuando como si nada hubiera pasado. A nuestro alrededor, la gente vivía y disfrutaba del privilegio de seguir adelante con sus vidas. Nada había cambiado... excepto para mí y mi padre. Para nosotros, nada volvería a ser como cuando teníamos la presencia de mi madre, su alegría y su amor. Sin embargo, afrontamos juntos ese doloroso duelo, uniéndonos más que nunca.

Mi madre siempre había sido la columna vertebral de nuestra familia, así que estábamos completamente perdidos sin ella. Fue una época oscura que parecía no acabar nunca. Eso es exactamente lo que sentí: que el dolor nunca acabaría.

Viví días difíciles. A menudo me sentía abatida y deprimida, y cada día me costaba salir de la cama.

Mi padre y yo sobrevivimos. Nos cuidamos mutuamente y, al final, superamos esa fase difícil. Aprendimos a vivir sin ella, aunque éramos conscientes de que el peso de su ausencia se sentiría cada día de nuestras vidas. Sabíamos que siempre la echaríamos de menos, y el dolor asfixiante fue remitiendo poco a poco.

Cinco años después de perder a mi madre, la vida volvió a ser cruel con nosotros. Descubrimos que mi padre padecía hipertensión pulmonar, consecuencia de fumar cigarrillos desde su juventud. El señor Juliano solía decir que hacerse fumador fue su única rebeldía y que le había costado la vida. De hecho, también me costó la mía, porque cuando perdemos a nuestros padres, una parte de nosotros muere con ellos.

La enfermedad que afectó a mi padre afectaba a las válvulas de su corazón y, por desgracia, se descubrió tarde. Cuando los médicos concluyeron el diagnóstico, no había mucho que hacer, salvo aliviar su sufrimiento con medicamentos para reducir su dificultad respiratoria.

Los médicos no ocultaron la realidad del delicado estado de salud de mi padre y le dieron sólo unos meses de vida. Yo era joven, pero me di cuenta de que, aunque podía producirse un milagro, los médicos no querían darle falsas esperanzas. Esa supervivencia duró sólo unos meses más. Luchó con valentía durante un año, y puedo decir sin lugar a dudas que pasamos los mejores momentos de nuestras vidas, — excepto los días en que apenas podía respirar.

Hacia el final de su vida, el Sr. Juliano me enseñó a conducir, a jugar al billar, a cocinar y a disparar. No hubo un solo día en que se quejara o lamentara su estado de salud. Y cuando una vez le dije que era injusto que me dejara a los 54 años, mi padre me contestó que estaba cosechando las consecuencias de sus actos, ya que había elegido fumar durante muchos años y ahora estaba experimentando los efectos de sus elecciones vitales.

El Sr. Juliano era la persona más resistente y resignada que había conocido y lo único que le derrumbó y le hizo perder la cabeza fue la muerte de mi madre. Por lo demás, vivió una vida magistral, siempre agradecido por lo que la vida le ofrecía, fuera bueno o malo. Solía decir que Dios siempre sabía exactamente lo que hacía, aunque nosotros no siempre supiéramos lo que pedíamos.

Durante sus últimos días, tuvimos varias oportunidades de hablar sobre la muerte y la vida. En una de esas conversaciones, mi padre me contó con detalle cómo quería que fuera su despedida de este mundo. No quería que nadie vistiera de negro en su velatorio, nos pidió que lleváramos ropa de colores; tampoco quería mucho drama ni llanto — sus palabras —, porque quería que todo el mundo supiera que se iba en paz.

Tuve la sensación de que mi padre sabía perfectamente que se acercaba el momento de su muerte. Nuestras conversaciones se hicieron aún más frecuentes. El Sr. Juliano me pidió que llorara durante un día como máximo cuando recibiera la noticia de su muerte. Se lo prometí, por supuesto, aunque sabía que tal vez no podría cumplir mi palabra, pero sabía que haría todo lo posible.

Ese mismo día, mi padre me dio las gracias por la buena hija que siempre había sido y me pidió disculpas por haberme permitido estropear así su salud, después de haber sido fumadora durante tantos años. Luego me hizo prometer que jamás me llevaría un maldito cigarrillo a la boca. Esa promesa no era tan difícil de hacer y sin duda sería fácil de cumplir.

El Sr. Juliano también se disculpó porque probablemente no me acompañaría al altar el día de mi boda y no armaría jaleo entre el público durante mi graduación universitaria. A cambio, me prometió que si pensaba en él y en mi madre en cada momento importante de mi vida, estarían allí.

Todos esos momentos que pasamos fueron muy significativos para mí, así que recuerdo con cariño cada uno de los consejos que recibí. Incluso me dijo que yo no pertenecía a la pequeña ciudad donde vivíamos. Santo Agostinho, en el interior de São Paulo, tenía unos 10.000 habitantes. Aunque me encantaba mi pueblo, estaba de acuerdo en que allí no había buenas oportunidades para mí.

Desde que empecé a necesitar orientación en la vida, mis padres siempre me habían dado buenos consejos. Así que no habría sido diferente en aquel difícil momento. Cuando murió, mi padre me pidió que no me apegara a nada y que me quedara sólo con los buenos recuerdos. No era la primera vez que oía de él que la vida era una y que tenía la obligación de vivirla al máximo, persiguiendo mis sueños y las mejores opciones para desarrollarme.

El Sr. Juliano también me dio consejos prácticos. Me indicó que vendiera nuestra casa y todo lo que tuviéramos de valor, cogiera el dinero y me trasladara a Río de Janeiro. Allí contaría con el apoyo de mi madrina Dora, que era la persona en la que más confiaban mis padres en el

mundo. Cerca de ella, no me sentiría solo.

Tenía la conciencia tranquila de haber aprovechado al máximo el tiempo con mi padre, pero había algo que me entristecía cuando pensaba en el "si". Me pidió que cumpliera su sueño: volar. Algún tiempo antes, le había propuesto que diéramos un paseo juntos, antes de que se fuera, pero no aceptó, alegando que ya estaba demasiado cansado y que yo debía cumplir ese sueño para los dos cuando fuera a Río de Janeiro. Si hubiera ido cuando le llamé, habríamos realizado este sueño juntos.

Un mes después de su muerte, seguí todos sus consejos y cogí un avión a Río de Janeiro, llevando sólo una pequeña maleta y un corazón lleno de recuerdos y sueños. Como el Sr. Juliano me dijo en innumerables ocasiones, no tenía tiempo que perder.

Antes de morir, mi padre se puso en contacto con mi madrina y le pidió que me ayudara cuando llegara a Río de Janeiro. Ella se entristeció mucho al enterarse de su enfermedad, pero se alegró de recibirme en su ciudad. No recordaba muy bien a Dora, ya que se había marchado a Río para intentar buscarse una vida mejor cuando yo sólo tenía siete años. Sin embargo, siempre oía a mis padres hablar de ella en casa, y Juliano siempre decía que era como una hermana para mi madre. Sabía que Dorinha — como la llamaban cariñosamente mis padres — me quería por ser hija de quien era y que podía confiar en ella.

Con el dinero de la venta de la casa y el coche de mis padres, podría mantenerme durante un tiempo cuando llegara a Río de Janeiro. Mi intención era conseguir un trabajo, alquilar una casa sencilla y pagarme la universidad, pero mi madrina me dijo que tenía sitio para mí en su casita.

Dorinha vivía en un pequeño piso anexo a la casa de sus patrones, en Barra da Tijuca, y ya había hablado con ellos para que me acogieran. Como no veían ningún problema en que viviera allí con mi madrina, acepté su invitación. El dinero de la venta de la propiedad de mis padres no era mucho, y no sabía si podría conseguir un trabajo tan rápido cuando llegase a la ciudad, así que todos los ahorros posibles serían bienvenidos.

A pesar de la opresión que sentía en el pecho por la reciente muerte de mi padre y el miedo a enfrentarme a lo desconocido, me entusiasmaba la nueva vida que estaba a punto de comenzar. No tendría sentido deprimirme, al fin y al cabo, la vida continuaría, independientemente de si aprobaba o no a dónde me llevaba.

Cuando la azafata anunció que aterrizaríamos en unos minutos en el aeropuerto Tom Jobim/Galeão, mi corazón se aceleró. Sonreí para mis adentros: al fin y al cabo, era el comienzo de una vida nueva y feliz.

Miré por la ventanilla mientras el avión perdía altura y me deslumbró el inmenso mar azul. Nunca lo había visto así, tan de cerca, pero quería mucho más. En cuanto tuviera la oportunidad, me gustaría pisar la arena, sentir la espuma de las olas en mis pies...

Minutos después, al desembarcar en el aeropuerto, me sobresaltó la cantidad de gente que entraba y salía, todos con prisa, como si llegaran tarde a una cita. Tiraban de sus maletas de ruedas y caminaban deprisa en todas direcciones, sin detenerse ni un minuto a admirar todo lo bello que les rodeaba.

Caminé despacio por el vestíbulo de llegadas, mirando a mi alrededor con curiosidad, conociendo cada detalle del lugar. Al acercarme a la puerta automática que daba acceso al vestíbulo, vi a una mujer sonriente que sostenía un cartel con mi nombre escrito a mano muy grande: Melinda.

Le devolví la sonrisa y caminé hacia ella.

— ¿Melinda? ¿Es usted?

— ¿Madrina?

— Soy yo, señorita. Ven aquí y dame un abrazo.

Me acerqué a ella y me lancé a sus brazos, feliz de haber llegado y de haber sido bien recibida.

— Estás muy guapa — me felicitó Dorinha, apartándose un poco para mirarme más de cerca. — Has crecido mucho, pero sigues pareciendo una niña.

Aproveché aquella caricia y la forma maternal en que me acariciaba la cara. Unos instantes después, mi madrina me sacó del aeropuerto hasta que nos detuvimos frente a un lujoso coche en el aparcamiento.

— Carlos es el chófer de mi jefe y nos lleva a casa. Hoy tenía el día libre, pero ha tenido la amabilidad de traerme a recogeros — explicó Dorinha, en cuanto un hombre alto bajó del vehículo.

— Buenos días, Carlos. Encantada de conocerte, soy Melinda. Gracias por traer a mi madrina — le saludé con una sonrisa.

El hombre parecía muy simpático. Me estrechó la mano y me devolvió la sonrisa espontáneamente.

— Buenos días, Melinda. Dorinha lleva unos días hablando de tu llegada. Me alegro *de* conocerte por fin. Volvamos pronto a casa, porque debes estar cansada del viaje.

— Carlos tiene razón, vamos. Hablaremos más en casa. — Mi madrina me cogió de la mano para subir al coche, mientras el conductor metía mi equipaje en el maletero.

De camino a la casa donde iba a vivir, me maravillé con el impresionante paisaje a través de la ventanilla. *No puedo creer que esté en Río de Janeiro.* Cerré los ojos unos segundos y recordé a mi padre sonriendo y diciéndome que sería muy feliz en aquella maravillosa ciudad y que no tenía por qué tener miedo.

Aquel recuerdo casi me hizo llorar, pero no me lo permití. A partir de ese momento, se acabaron las lágrimas. Viviría como el señor Juliano quería, sólo que con alegría.



João Guilherme

6 meses antes

Me sentía mentalmente agotada, como en el ojo de un huracán. Mi vida, antes totalmente planificada y segura, era ahora un completo desastre.

Conocí a Giovana cuando aún éramos niñas. Era la ahijada de mi madre y la hija de su mejor amiga. Crecimos juntas y, de adolescentes, era imposible no darse cuenta de lo tentadora que se había vuelto. Como si no bastara con todas esas hormonas que desataban nuestras sensaciones, Giovana siempre dejaba claro lo interesada que estaba en mí.

Empezamos una relación cuando yo tenía 22 años y ella sólo unos meses menos. Al principio, fue una relación agradable, pero poco a poco, Giovana se volvió obsesiva y arrogante, desde las cosas más simples de nuestra vida hasta las situaciones más importantes.

Mi novia tenía celos de las amigas de mi hermana y de cualquier mujer que se me acercara, pero su mayor problema era que se volvía agresiva cuando estaba celosa.

En la universidad, la chica hizo de mi vida un infierno, porque sus celos enfermizos afectaban a todo y a todos, incluidos mis amigos varones. Salía de clase y allí estaba ella, apoyada en la pared de fuera esperándome, siempre con algo por lo que pelear.

Con el paso del tiempo y la acumulación de estas situaciones tóxicas en nuestra relación, Giovana dejó de ser la chica guapa de la que me había enamorado para convertirse en una mujer mezquina, cruel y ofensiva. Y... bueno, yo ya no podía vivir con una mujer así, porque me sentía asfixiado.

Varias veces intenté terminar nuestra relación porque ya no era saludable para ninguno de los dos. Sin embargo, Giovana lloraba y decía que iba a cambiar y, como todavía me gustaba, siempre acababa cediendo. Ella realmente cambió por un corto tiempo, y estábamos bien, hasta que, como en un círculo vicioso, todo comenzó de nuevo.

Sin embargo, después de que pasaran muchas cosas, decidí poner fin a este ciclo. Como era de esperar, ella no aceptó la ruptura e hizo algunas cosas imperdonables con la esperanza de convencerme de que me quedara. Tuvimos la peor de todas nuestras peleas hasta ese momento, y después de eso, Giovana me dio un infierno durante todo un mes. Me perseguía en el trabajo o donde estuviera y me amenazaba con montar un escándalo, pero luego montaba un drama, lleno de llantos y disculpas. Nos rogaba que volviéramos, a pesar de haber hecho lo que había hecho, y cuando se daba cuenta de que no podía convencerme, volvía a escandalizarse.

Había llegado a mi límite, dándome cuenta de que había aguantado mucho más de lo que debía. Esa vez, mi decisión estaba tomada. Nada iba a hacer que volviera con ella, salvo quizás la noticia que me daría tiempo después.

Mi mundo se vino abajo cuando me enteré del embarazo de Giovana. Un embarazo inesperado y no deseado, sobre todo porque la noticia llegó tras el final de una relación destructiva y obsesiva. Nuestra relación fue exactamente eso: traumática para ambas partes.

Me sentía perdida y confusa. Podría enumerar varias preguntas que me vinieron a la cabeza en ese momento: *¿Cuál será el futuro de esta niña?; ¿Qué clase de padre seré si, después de todo, apenas puedo mirar a su madre?; ¿Debo casarme con una mujer desequilibrada y perversa, sólo por el bien de esta niña?; ¿Será feliz viviendo con unos padres que se odian?*

Un torbellino de emociones y dudas invadió mi mente, provocándome un dolor de cabeza palpitante. Apenas podía mantener los ojos abiertos, así que conducir hasta casa aquel día me supuso un tremendo esfuerzo.

Quizá algunas personas nunca entenderían los conflictos a los que me enfrentaba en aquella situación, pero yo sabía exactamente la carga que suponía cada uno de ellos. Acababa de licenciarme, mi futuro estaba todo planeado y, en el momento en que recibí esa noticia, todo se

descontroló y me dejó la cabeza hecha un lío.

Algunas decisiones son extremadamente difíciles de tomar, sobre todo cuando tu futuro depende de ellas.

Ese día, cuando Giovana me contó lo del embarazo, tuvimos una larga discusión y me dejó mentalmente agotada. Cuando llegué a casa, lo único que quería era tirarme en la cama y dormirme. Y eso fue exactamente lo que hice. No se lo conté a nadie, no quise cenar porque tenía el estómago revuelto y ni siquiera tuve fuerzas para ducharme. Simplemente me quité el traje, lo tiré junto a los pantalones de cualquier manera, me desplomé en la cama y me fui a dormir.

A primera hora de la mañana, me desperté con el timbre de mi teléfono móvil, que estaba a mi lado en la cama. Miré la hora en la pantalla — eran las dos de la madrugada — y vi que la llamada procedía de un número desconocido. Dada la hora, no podía ser nada bueno, así que, aunque tenía miedo, contesté.

— Hola.

— *João Guilherme, soy Estela.* — Estela era la única amiga que Giovana tenía. Era una buena chica.

— ¿Pasó algo? — pregunté, ya en estado de alerta.

— *Sí. Estoy en el Hospital Barra D'Or con Giovana. Tienes que venir ahora mismo.* — Estela parecía muy nerviosa.

Mierda, ¿qué coño ha hecho esta loca ahora? En vez de preguntarle en voz alta, traté de averiguar más sobre la situación.

— ¿Va todo bien con ella y el bebé? — Mientras esperaba una respuesta, me levanté de la cama y volví a ponerme los pantalones que, horas atrás, había tirado al suelo de cualquier manera.

— *La verdad es que no.* — Cerré los ojos, esperando lo que estaba por venir, sintiendo que el corazón se me aceleraba y que el dolor de cabeza volvía con todo. — *Por desgracia, perdió al bebé.*

— Voy para allá. — Colgué el teléfono, sin esperar más información. Ya había sido suficiente.

Corrí como una loca hacia el garaje de mi casa y arranqué el coche con manos temblorosas. De camino al hospital, mil y una teorías pasaron por mi cabeza y ninguna me tranquilizó.

Giovana había actuado de la peor manera posible. Había sido mezquina, deshonesta, y nunca la perdonaría ni aceptaría su comportamiento. Sin embargo, no quería que las cosas acabaran así. No quería que perdiera al bebé.

Cuando rompí con ella, las cosas se pusieron tan mal entre nosotros que apenas podía

estar en la misma habitación con ella más de 30 minutos. Lo único que podía mantenerme en contacto era el bebé, y ella lo sabía.

Nuestra relación había terminado mucho antes de lo previsto, aunque sólo conseguí ponerle fin al cabo de mucho tiempo. Nos volvimos incompatibles e infelices juntos. Es más, la forma en que se comportaba conmigo, todas las cosas que hizo durante el tiempo que estuvimos juntos y la forma en que se quedó embarazada me dejaron trastornado.

Aunque sabía que un hijo podía ablandar mi corazón, me di cuenta de que no sería suficiente para volver a amarla. Y ese día, cuando se lo dije a Giovana, tuvo la peor crisis de su vida.

Mi ex intentó convencerme a toda costa de que nos casáramos, y le dije que no. Le dije que me haría cargo del niño y sería un padre presente, al fin y al cabo el niño era inocente y merecía todo mi amor, pero que no nos casaríamos.

Giovana enloqueció y se abalanzó sobre mí, gritando que nunca aceptaría el fin de nuestra relación. Intentó pegarme, me arañó con sus enormes uñas y lo único que pude hacer fue sujetarla para que no se hiciera daño a sí misma ni al bebé. Era como una pesadilla.

Con mucho sacrificio, conseguí calmarla, le dije que me iba y que hablaríamos con más calma en otro momento. Sin embargo, antes de irme, me miró a los ojos y me dijo que me arrepentiría de haberla rechazado, que no quería casarme con ella.

Cansado del comportamiento que Giovana siempre mostraba cuando estaba enfadada, no le hice caso y me fui de su casa. Nunca imaginé que fuera a hacer algo.



No tardé mucho en llegar al hospital, ya que estaba situado allí mismo, en Barra da Tijuca, donde vivía con mis padres. Aparqué el coche de todos modos, caminé a paso ligero hasta la recepción y, cerca, en la sala de espera, encontré a una Estela muy abatida.

— Me alegro mucho de que estés aquí, João — me preguntó Estela, antes incluso de saludarme.

— ¿Qué ha pasado? — pregunté aturdido.

— Giovana está completamente loca. Fue horrible ver a mi amiga en ese estado, João. Me llamó llorando, gritando que haría que te arrepintieras de haberla rechazado y que acabaría con su propia vida.

Estela era una buena amiga de Giovana, nunca lo dudé. Toda la situación sólo hizo que la admirara aún más. Me acerqué a ella y le di unas ligeras palmaditas en la espalda en un intento de calmarla un poco y agradecerle su ayuda.

— Sabía que su madre no estaba en casa, así que le dije que iba a su casa y colgué el teléfono. Por desgracia, cuando llegué, ya había hecho lo que me había prometido. La encontré desmayada, así que le pedí a un vecino que me ayudara a meterla en el coche y la traje aquí. En cuanto llegamos, te llamé.

— ¿Y cómo está?

— Está bien, dentro de lo que cabe. Los médicos dijeron que había tomado mucha medicación. Llegó aquí sangrando, así que inmediatamente la examinaron para ver cómo estaba el bebé. Él... — La chica casi no logró terminar de hablar, pues la interrumpió un sollozo. — Ya no le latía el corazón.

Estela ya me había contado por teléfono la pérdida del bebé, pero aún me temblaban las piernas, me temblaba todo el cuerpo y se me revolvía el estómago al escuchar, en su totalidad, lo que había provocado la muerte de mi bebé. Respiré hondo, intentando organizar mi cabeza y calmarme para no romper todo lo que tenía delante en aquella sala de espera. *La hija de puta lo hizo a propósito. Quería y consiguió matar al bebé*, pensé.

— Ella quiere verte. Te necesita ahora, João.

Me limité a asentir, porque no sabía qué pensar, abrumado por la rabia, pero también me sentía cansado y perdido.

— Su habitación está en el segundo pasillo a la izquierda — me dijo Estela. — Lo siento, João.

En lugar de contestar, me di la vuelta en silencio y caminé, en automático, hasta donde estaba mi ex. Respiré hondo mientras comprobaba el número de la habitación y llamé a la puerta antes de entrar.

Giovana estaba acurrucada en la cama, pero cuando vio quién era, se levantó y me miró con ojos llenos de furia. No me sorprendió, después de todo, ya estaba muy familiarizado con este tipo de mirada de ella.

— ¿Qué ha pasado? — pregunté con calma, sin fuerzas para discutir.

— Es culpa tuya, João. *Mataste* a nuestro bebé...

El infierno se desató con todas las acusaciones que hizo.



El día de hoy

La casa de los patrones de mi madrina era preciosa. Era la mansión más grande y lujosa que había visto nunca. Miraba cada metro cuadrado mientras Carlos recorría un corto camino empedrado que terminaba en dos casas anexas a la mansión.

— La de la izquierda es mi casa, la nuestra de hecho. — Mi madrina hizo una señal a la de enfrente. — La otra es la de Carlos. Hay otros criados en la mansión, pero somos los únicos que vivimos aquí.

Podía oír hablar a Dorinha, pero yo estaba perdida en mis pensamientos y en mi admiración por todo aquel lugar.

— Vamos, hija. Entremos — dijo mi madrina emocionada.

Salimos del coche, le di las gracias a Carlos por llevarme y seguí a Dorinha hasta la entrada de su casa. Cuando abrió la puerta y entramos, me encontré con un hogar que parecía una casa de muñecas. Todo era rosa, desde las cortinas del pequeño salón hasta la manta que cubría el sofá, los cojines y la alfombra. Todo era rosa.

Un poco más allá, un mostrador dividía el salón de la cocina. Había dos taburetes altos con tapicería rosa y utensilios de cocina colgados en la pared, del mismo color.

— Éste es el cuarto de baño. — Dorinha señaló una puerta junto a la cocina. — Y este es mi dormitorio.

Mi madrina abrió la puerta con semblante orgulloso para mostrarme la pequeña habitación. En aquel momento, no me sorprendió ver que la colcha, las fundas de las almohadas, los cojines y las cortinas eran de color rosa.

— Es pequeña, sólo caben la cama individual y el armario, pero puedes quedarte aquí. Yo dormiré en el salón.

— Claro que no, madrina. Seguirás durmiendo en tu preciosa habitación, a mí me encantaría dormir en el sofá. Me gusta quedarme hasta tarde viendo películas, así que el salón está bien para mí.

— ¿Estás segura, hija mía? — preguntó desconfiando de mi excusa. — Quiero que te sientas lo más cómoda posible aquí.

— Por supuesto, madrina — respondí, besando su mejilla regordeta.

Dorinha era bajita, fornida y tenía el pelo rizado hasta los hombros. Era una mujer muy hermosa, pero la amabilidad de su rostro la hacía aún más hermosa.

Hacía muchos años que no la veía — al fin y al cabo, era una niña cuando vino a Río —, pero me sentí acogida por su calidez, como si nunca nos hubiéramos separado.

— ¿Te gusta el rosa, Melinda? — me preguntó Dorinha con entusiasmo.

No quería desanimarla, pero odiaba mentir, así que opté por la sinceridad al responder, sonriendo:

— Creo que el rosa es un color muy bonito, pero no es para mí. Mi color favorito es el azul.

— Si quieres, podemos mezclarlo. Haremos algunas cosas rosas y otras azules, así la casa también tendrá tu sabor. Quiero que te sientas como en casa, niña.

— Gracias, madrina, pero el rosa está bien. No me molesta en absoluto.

— Con permiso. — Oímos la voz de Carlos y volvemos al salón. — ¿Dónde pongo la maleta? — preguntó el hombre.

— Puedes dejarla ahí, Carlos. Muchas gracias — respondí.

— De nada, hija mía. Bienvenido. Si necesitas algo, estaré en casa.

Sonreí al hombre en señal de agradecimiento, dejó mi maleta en el salón y se marchó.

— Mi armario también es pequeño, pero haré sitio en él para que quepa tu ropa, niña.

— No hay por qué preocuparse, madrina. Puedo dejarla en la maleta, al menos por ahora. Ya lo arreglaré más tarde.

— Bien — dijo Dorinha, caminando hacia la pequeña cocina. — ¿Tenéis hambre? Voy a preparar algo de comer.

— Gracias, madrina. Antes me gustaría darme una ducha.

— Siéntete como en casa, es tu casa. Ya te he puesto una toalla en el baño.

Le di las gracias y fui a mi bolso en busca de algo que ponerme. Cogí unos pantalones cortos vaqueros, una camiseta negra, algo de lencería y mi *neceser*. De camino al baño, junto a la librería, vi dos marcos de fotos que me llamaron la atención. En uno de ellos, mi madrina abrazaba a mis padres delante de la iglesia el día de su boda. La señora Clarice estaba preciosa con su vestido de novia, y su enorme sonrisa demostraba lo feliz que era; y su padre Juliano la miraba como un tonto enamorado. Mi padre siempre la miraba así.

El amor de mis padres me pareció hermoso mientras vivieron y, en cierto modo, saber que volvían a estar juntos me reconfortaba. Realmente creía que, en algún otro plano, se habían reencontrado.

El otro portarretratos contenía una foto de mi madre y Dorinha sosteniéndome en brazos. Las dos sonreían al fotógrafo —, que debía de ser mi padre —, y se notaba su complicidad y amistad. Después de tantos años, poder estar con mi madrina, que era alguien a quien mis padres querían mucho, también era un consuelo.

Sacudí la cabeza, como si ese simple gesto pudiera disipar también la opresión de añoranza que sentía en el pecho, y me dirigí al cuarto de baño. Cuando entré en la habitación, me fue imposible no sonreír al ver una toalla rosa que mi madrina había apartado para mí. Me di una larga y relajante ducha y salí del baño sintiéndome renovada.

Unos minutos más tarde, cuando volví al salón, me recibió una chica guapa y sonriente que parecía de mi edad. Estaba sentada en uno de los taburetes de la encimera de la cocina. Me miraba fijamente y yo no tenía ni idea de quién era, pero me enamoré de ella al instante.



Melinda

Nuestra visitante tenía el pelo castaño con reflejos rubios — hermoso, por cierto — y no pude evitar fijarme en lo largo y brillante que era. Sus ojos color miel eran parte fundamental de su rostro de princesa.

— Hola, me llamo Rayssa. Y tú eres Melinda, ¿verdad? — preguntó sabiendo ya la respuesta, luego se levantó y se acercó para darme un abrazo y dos besos en la mejilla.

Devolví el saludo con afecto, porque me cayó bien enseguida.

— Encantada de conocerte, Rayssa. Sí, soy Melinda. — Le sonreí.

— Rayssa es la hija de mi jefa, Melinda. Conozco a esta dulce niña desde que sólo tenía seis años. — La voz de mi madrina estaba llena de afecto, y Rayssa le sonrió.

— Eres muy guapa, Melinda. Tu pelo es el sueño de todas las chicas que conozco, porque se ve que tu rubio es natural. Y tus ojos también son perfectos. Un día te voy a enseñar que mis ojos se vuelven verdes, como los tuyos, con el sol o cuando lloro — Rayssa empezó a hablar

emocionada.

Incluso en ese rápido contacto, ya pude ver que era una chica muy espontánea y simpática, además de humilde. Probablemente seríamos grandes amigas.

— También eres muy guapa, Rayssa. En mi pueblo, mi aspecto es bastante común, porque la mayoría de la gente allí es así. Tendrías mucho éxito allí con tu aspecto — le devolví el cumplido, sinceramente.

— Dime dónde está ese pueblo, iré mañana — dijo Rayssa, y nos echamos a reír. — Aquí tengo muy poca fama.

— Soy de Santo Agostinho, en el interior de São Paulo.

— ¡Así es! Allí es donde Judas perdió los calcetines, porque perdió las botas antes de llegar. — Mi madrina personalizó el dicho popular, y los tres nos reímos.

— Estoy deseando presentarte a mis amigas, que se pondrán muy celosas, pero no te preocupes, son unas cotillas —dijo Rayssa. — En realidad, ni siquiera son tan amigas, son las hijas de los amigos de mi mamá, gente con la que el destino me obligó a vivir. Pero está Celina, es mi amiga, mi mejor amiga.

— Nunca tuve amigos. Siempre estuve sola, no había chicas de mi edad viviendo cerca de mi casa.

— Ah — dijo Rayssa, haciendo un mohín triste, pero luego abrió esa amplia sonrisa que ya me tenía enamorada. — Ahora tienes una: ¡yo! Y también tendrás a Celina. Seguro que será tu amiga.

— Así que, si es así, me siento más feliz. — Le devolví la sonrisa.

— Dorinha me dijo que quieres estudiar derecho, ¿no es así?

— Sí, es mi sueño. Incluso tengo intención de matricularme para el próximo semestre — respondí feliz, con fe en que todo saldría bien.

— Señorita, ha venido al lugar adecuado. Toda mi familia se dedica a la abogacía. Mi padre, mis tíos, mis primos y mi hermano son abogados. Mi padre tiene un bufete de abogados. Estoy seguro de que si hablo con Guilherme, él encontrará una pasantía para ti cuando estés en la universidad.

— ¿Guilherme es tu padre?

— No, mi hermano. Se licenció hace poco, pero lleva trabajando con nuestro padre desde antes de licenciarse —respondió la chica con un brillo en los ojos que demostraba lo orgullosa que estaba de su hermano.

— Te lo agradezco mucho, Rayssa, pero vayamos despacio. Primero voy a matricularme en la universidad y luego ya veré cómo me va. No me malinterpretes, es que prefiero hacer algo por méritos propios.

— Así que ya hablaremos en su momento. Ahora, lo que de verdad tienes que hacer es

disfrutar de tus meses libres antes de los estudios, como voy a hacer yo — dijo mi nuevo amigo con decisión. — Yo también empiezo la universidad el próximo curso, por eso me he tomado este año sabático. Terminé los estudios muy joven, así que me lo puedo permitir. Quizá incluso estudiemos juntos.

— Sería genial tener a alguien con quien compartir la experiencia.

— Maaaas... primero te voy a presentar Río de Janeiro y todas las maravillas que ofrece la vida nocturna carioca. Quédate conmigo, nena, no te arrepentirás — Rayssa se rió y me guiñó un ojo. — Eres demasiado guapa para esta ciudad, tengo que espabilarte. — Me reí de lo que dijo, pero creo que fue por nerviosismo.

Pasamos el resto del día juntas, hablando de todo. Rayssa era muy divertida y me hacía reír todo el rato. Nos conocimos mejor, comimos juntas la merienda que había preparado mi madrina y me sentí feliz y agradecida a Dios por haber ganado una amiga de verdad en mi primer día en Río.



Salí del baño con una toalla alrededor de la cintura y me sobresalté al ver a Rayssa tumbada en mi cama. Lo peor fue darme cuenta de que estaba muy sorprendida.

— ¿Qué estás mirando, chica? ¿Qué estás tramando esta vez?

Si para algo tenía talento mi hermana pequeña era para poner los pelos de punta a nuestros padres.

— Vaya, qué mala impresión tienes de mí — dijo Rayssa, fingiendo estar dolida, pero luego se echó a reír. — No estoy tramando nada, hermano, sólo he venido a darte la noticia, ya que has estado fuera todo el día.

— Ya lo sé. — Alargué la mano para revolverle el pelo y recibí una palmada en la mano.

— Hablando de la calle, ¿dónde has estado y por qué no me has llevado?

— He pasado la tarde en la playa, jugando al voleibol, y luego me he ido a un quiosco a tomar algo con los chicos. No te llevé porque sólo había hombres, todos mucho mayores que tú.

— ¡Piedad, João Guilherme! Cuántos errores en una sola frase — me riñó mi hermana

pequeña. — En primer lugar, solo tienes 24 años y tus amigos tienen la misma edad. En segundo lugar, ya tengo 17, a punto de cumplir 18, no soy tan joven. Y en tercer lugar, esa frase *"sólo había hombres"* es extremadamente grosera y sexista.

— ¡Ya basta! Sabes que no soy ese tipo de hombre.

— Así que no digas esas cosas, hermano. Tus amigos no son extraterrestres, y puedo lidiar con ellos. Sígueme el juego, puedo hacer cualquier cosa, soy una mujer — dijo Rayssa, toda empoderada.

En ese momento, me pregunté dónde había ido a parar aquella niña a la que siempre había querido proteger.

— Pero te perdono, porque me alegro mucho de que salgas y rehagas tu vida después de lo que hizo esa zorra de Giovana. — Solo oír ese nombre hizo que mi cuerpo temblara de rabia. — En cuanto a tus amigas, ninguna me interesa, aunque algunas son muy guapas. Las conozco desde hace tiempo, prácticamente se han convertido en mis hermanos también, así que no hay necesidad de estar celosa, porque no importa.

— ¿Bonitos? Por eso necesito protegerte. Tu sentido común es cuestionable, chica. A diferencia de tus amigos, que están indiscutiblemente buenos — dije, riendo.

— No soy posesivo, hermano. No me molestaría que te llevaras a mis amigas, pero te agradecería que dejaras a Celina fuera de tu lista de traviesas. Es la única que me importa de verdad y si le rompieras el corazón, aunque te quiero mucho, tendría que romperte tu perfecta nariz.

— ¿Cuándo te volviste tan violento? — pregunté, y nos reímos.

— Dejémonos de cháchara, porque no he venido a eso. Aunque no te lo merezcas, soy tu amiga y sólo he venido a prepararte para el impacto — dijo todo deprisa, sin tomarse un respiro, como hacía siempre.

La mayoría de las veces, en todo el alboroto que Rayssa hacía en sus discursos sin pausa, no había nada importante, sin embargo, su última frase me causó curiosidad.

— ¿Qué impacto? — pregunté, mientras iba al baño a ponerme los pantalones y los calzoncillos.

Una vez vestida, cogí la crema para después del sol y volví al dormitorio. Había olvidado aplicarme la crema antes de salir y la exposición al sol me había dejado la espalda ardiendo.

Rayssa estaba sentada en mi cama, todavía con cara de peste, cuando le puse la crema en las manos y volví a sentarme para que mi hermana me aplicara el refresco de los dioses en la piel.

— ¿Cuál es el impacto para el que tienes que prepararme, Rayssa?

— La ahijada de Dorinha es sencillamente hermosa, hermano — dijo mi hermana eufórica — Es hermosa de cuerpo, pelo y cara. De las buenas, como se suele decir. Se te caerá la

baba con ella, seguro que nunca has visto una chica más guapa que ella.

— ¿Y tú? — Fingí un interés que, en aquel momento, no tenía.

— Ya nos hemos hecho amigos y ahora es mi protegida. ¡Cuidado! — Me amenazó y me reí.

— La última persona del mundo por la que debes preocuparte soy yo — dije con rotundidad.

Después de mi desastrosa experiencia con Giovana, no quería involucrarme con nadie, y mucho menos enamorarme, sobre todo de una de las jóvenes amigas de mi hermana.

En ese momento, me di cuenta de que hacía seis meses que no tocaba a una mujer. Obviamente, echaba de menos el sexo, pero me di cuenta de que las mujeres solían asociar el sexo con la presencia del amor. Teniendo eso en cuenta, preferí abstenerme de ambas cosas y evitar meterme en otro problema.

— Sabes muy bien que no quiero relaciones.

— Ese es exactamente tu problema, Gui. Tú no quieres, y Mel es otro tipo de chica. Si no fuera por tu trauma, me encantaría veros juntos. Seríais una gran pareja y me daríais unos preciosos sobrinitos de ojos verdes.

— ¿Así que tu protegida se llama Mel? — pregunté, sin mucho ánimo, sólo para alimentar la euforia de mi pequeño.

— No, es su apodo, pero sólo para los íntimos. Deberías llamarla Melinda. Y hablaba en serio cuando dije que no te metieras con ella, Gui. Ella ya sufrió demasiado, perdió a sus padres, dejó todo en el fin del mundo donde vivía y vino aquí sola, con todo su corazón y su alma. Déjala en paz, por favor.

— Por tu forma de hablar, parece que me voy a abalanzar sobre la chica como un buitre para comérmela. — Me di cuenta de que el juego de palabras no ayudaba a mi defensa, así que me apresuré a decir: — No te preocupes, Ray. No tengo intención de liarme con esa ni con ninguna otra mujer a corto plazo.

— Me parece bien.

— Además, no estaría bien tener una cita casual con una chica a la que veré todos los días, justo al lado de nuestra casa.



Al día siguiente, me desperté más tarde, como me gustaba darme el gusto los fines de semana. Era un día soleado y probablemente los chicos vendrían con una barbacoa, así que tardé un rato en coger el móvil, que debía de estar lleno de mensajes. En lugar de eso, me quedé

mirando el techo durante unos minutos, pensando en mi vida y en lo que había pasado.

Después de todo lo que nos había pasado a Giovana y a mí, su madre la internó en una clínica psiquiátrica. La chica pasó un mes en tratamiento y, cuando salió, Verinha la convenció de que se fuera de viaje para que pudiera distraerse. La madre de mi ex tenía una franquicia de ropa de diseño, por lo que viajaba con frecuencia para ver las nuevas tendencias de la moda. Sin embargo, dejó el negocio para ocuparse de su hija después de las graves crisis que sufrió tras nuestra ruptura. No sé nada de Giovana desde entonces, y ya han pasado unos meses. *Espero que siga así.*

Durante mucho tiempo fui muy reservada, sólo salía de casa para ir a trabajar y no quería ver a nadie. Es más, sólo conté lo que había pasado a mis padres, a Rayssa y a mi mejor amigo, Paulo André.

No hace mucho, empecé a salir de nuevo y a ver a mis amigos. Estaba retomando mi vida social y tratando de pasar página, pero todo lo que pasó entonces me pasó factura y, aún después de todo este tiempo, lo tengo muy presente. Incluso evitaba pensar en ello, pero a veces era inevitable, los recuerdos me invadían.

Respiré hondo para recuperar el control de mis pensamientos y finalmente me levanté de la cama. Me di una ducha rápida, me puse ropa informal y, antes de bajar, cogí el móvil para mirar algunos mensajes y pensar en lo que iba a hacer ese día.

El primer mensaje que encontré era de Rayssa.

Hermana más que perfecta: *¡Si vas a salir, llámame!*

Era imposible no reírse, lo que siempre me pasaba cuando veía la forma en que mi hermana había guardado sus datos de contacto en mi teléfono, y no me importaba. Realmente era más que perfecta.

Rayssa era una chica apasionada, la mayor parte del tiempo. A veces, como cualquier hermana menor, podía ser bastante molesta, pero aun así moriría por ella si tuviera que hacerlo.

Cuando toda la mierda pasó con Giovana, y me aislé, Rayssa no me soltaba. Intentó todo el tiempo animarme y convencerme de que nada de eso era culpa mía. La verdad era que yo me sentía en parte culpable y seguí sintiéndome así durante mucho tiempo, hasta que decidí seguir adelante y dejar de martirizarme por algo que no tenía vuelta atrás.

Respondí al mensaje de mi hermana con un simple emoji y luego leí los demás mensajes que habían llegado. Como había imaginado, iba a haber una barbacoa en casa de Paulo André.

Aproveché que aún estaba en mi habitación y me puse un bañador debajo de los pantalones cortos; hacía un calor del carajo y la barbacoa sería en una zona con piscina. Decidí ir justo después de desayunar, ya que aprovecharíamos mejor el día si llegábamos pronto. También

me cambié la camiseta por una camisa normal, porque ya me había quemado la espalda y los hombros el día anterior; si me quemaba más, sería una putada llevar traje al día siguiente.

Cuando llegué a la mesa del desayuno, el único que seguía allí era mi viejo.

— Buenos días, papá. ¿Dónde está Rayssa?

— Buenos días, hijo. Tu hermana se hizo amiga de la ahijada de Dorinha, así que se fue a su casa — respondió mi padre, y yo me reí.

¿"Amiguita"? El señor Augusto pensaba que su hija aún era una niña. De hecho, yo también lo pensaba.

— ¿Y mi madre?

— Helena está en el jardín, cuidando de sus plantas.

Asentí a mi padre, saqué el móvil y envié un mensaje a mi hermana.

João Guilherme: *Barbacoa en el pub en 20 minutos.*
Si quieres ir, ven y ponte un bikini, ¡rápido!

Segundos después, mi hermana llegó a casa como un cohete y se fue directa a su habitación. Cuando volvió, yo ya estaba terminando de comer. Pude ver que se había puesto el bikini, pero en lugar de hablarme o esperarme allí, pasó corriendo de nuevo, como si fuera a salir de casa.

— ¿Adónde vas, chica?

— Vuelvo enseguida. Nos vemos en el garaje.

Cuando terminé el café, cogí mis cosas — la cartera, las gafas de sol y la llave del coche —, salí al jardín a darle un beso a mi madre y me dirigí al garaje, donde no había ni rastro de mi hermana. Estaba a punto de enviar un mensaje cuando apareció en mi campo de visión. Rayssa iba acompañada de otra chica.

Me sobresalté al verlas. De hecho, al verla a ella. *Joder, ¿quién es esa chica?*



João Guilherme

Me quedé literalmente boquiabierto al ver a aquella chica, y yo no estaba acostumbrado a dejarme impresionar tan fácilmente por el aspecto. Para mí, la belleza sólo era interesante en un primer momento, porque había otros requisitos más importantes que necesitaba admirar antes de interesarme realmente por una mujer, aunque fuera de forma casual. Especialmente después de la mala experiencia que había tenido con Giovana, la belleza no era algo que me impresionara, pero esta chica era completamente hermosa. Era imposible no admirarla, su belleza era totalmente diferente a la que solía ver en las chicas de Río.

— Hermano, ella es Melinda, la ahijada de Dorinha. Viene con nosotros a la barbacoa. — Rayssa confirmó mi sospecha.

Era la chica prohibida y, maldita sea, no sólo era guapa, era espectacular.

— Hola, Melinda. Soy João Guilherme. Bienvenida a Río —, le dije tendiéndole la mano.

La chica parecía muy tímida y me devolvió el saludo con una media sonrisa.

— Muchas gracias. Espero que no te importe que te acompañe. Iba a quedarme en casa, pero tu hermana insistió. Ya sabes lo insistente que es — dijo Melinda, aún sonriendo tímidamente. Su sonrisa era jodidamente bonita y su voz dulce.

Sin darme cuenta, la miré fijamente durante un momento demasiado largo, y entonces se sonrojó. *Joder, esto existe de verdad, no es sólo en las películas,* pensé mientras me fijaba minuciosamente en sus modales. En pleno siglo XXI, todavía existía una chica tan tímida y adorable. Increíble. Esa era otra razón para mantenerme alejado de ella: era realmente inocente.

— No hay ningún problema, Melinda. Desde luego, mi amiga no se quejará de tu presencia, sino todo lo contrario... — la tranquilicé.

Melinda era perfecta: rubia natural, con unos ojos preciosos de un tono verde que nunca había visto. Aquel día llevaba una camiseta blanca que delineaba sus pechos redondos y llenos y unos pantalones cortos que dejaban ver sus gruesos muslos. Era alucinante.

A pesar de su cuerpazo, tenía cara de princesa, delicada y angelical. La combinación perfecta para joder la psique de cualquier hombre, especialmente de uno tan jodido como yo. *Por qué esta carita inocente me atrae tanto,* me pregunté mentalmente. Definitivamente tenía que alejarme de ella.

— Ahora que te han presentado bien, vámonos, Gui —, dijo mi hermana, sacándome de mis ensoñaciones.

Rayssa cogió a Melinda de la mano y la llevó al coche. Cuando la chica me dio la espalda, mi desdicha fue completa. Tenía un culo sensacional. Melinda sería la muerte de mi cordura, ¡estaba seguro de ello!



— Abre el capó, Gui — me pidió entusiasmada mi hermana en cuanto saqué el coche del garaje.

A mí no me gustaba mucho abrir el capó porque llamaba demasiado la atención, pero precisamente por eso a Rayssa le encantaba. Así que lo hice por ella.

Mientras tanto, ni siquiera oía la respiración de Melinda, aunque sentía intensamente su presencia en el coche. La chica estaba sentada tranquilamente en el asiento trasero, mirando a su alrededor. Parecía deslumbrada por el paisaje de Río, y era comprensible, porque mi ciudad era realmente hermosa.

Yo no le decía nada para no avergonzarla, pero de vez en cuando la miraba por el retrovisor, sólo para verla sonreír encantada. Era una monada.

Pronto llegamos a casa de P.A., que también vivía en Barra, cerca de la mía. Mi amiga y yo nos habíamos criado juntas, nuestros padres eran amigos y tenían la misma profesión. Por si fuera poco, estudiamos derecho juntos y, al igual que yo, trabajaba en la empresa de su familia.

Los guardias de seguridad ya me conocían, así que nos dejaron pasar. Aparqué mi coche junto al de mi amigo y él salió de su casa para recibirnos. Inmediatamente fui a su encuentro.

— Buenos días, compañero — dijo Paulo André, estrechándome la mano.

No tardó en dirigir su atención a las chicas que bajaban de mi coche, y pude ver el momento exacto en que su mirada se posó en Melinda.

— ¡Maldita sea, Guilherme! Tienes que advertirme de este tipo de cosas, joder — dijo P.A., sin apartar la mirada de la chica. — Mi corazón es débil, no soporta las emociones fuertes.

En lugar de contestar, le di un discreto puñetazo en las costillas.

— Para, joder. Dime quién es esta diosa, por el amor de Dios. Creo que estoy enamorado, hermano — dijo mi amigo en voz baja, mientras las chicas charlaban, todavía cerca del coche.

— Jodidamente enamorado. Deja de pensar con la polla y aléjate de ella. La chica es muy guapa, pero también es muy joven, así que ni lo intentes.

— Ah, Guilherme, sabes que no me importa la edad.

— Hablo en serio, por el amor de Dios, aléjate de ella. El padre de la chica murió hace poco, su madre murió hace años, y ella no tiene a nadie aparte de Dorinha. Lo que menos necesita ahora es lidiar con un tipo medio loco como tú.

Mi amigo me miró, tal vez para ver si hablaba en serio. Hablaba en serio.

— ¡Hostia puta! — exclamó mi amigo en voz baja, y noté que su conciencia de la situación de Melinda era genuina.

Paulo André y yo no éramos santos, e incluso podíamos ser un par de gilipollas a veces, pero teníamos cierta sensibilidad.

— Buena suerte, amigo mío. Con esta tentadora viviendo en tu casa, quiero ver si vas a pensar con la cabeza o con la polla.

— Ella no vive en mi casa, vive con su puta madrina. Además, no voy a tener sexo con ella, ¿estás loco? No quiero meterme en líos, ya lo sabes — dije tratando de convencer a mi amiga y a mí mismo.

Rayssa y Melinda caminaron hacia nosotros, y pensé que el asunto había terminado, pero Paulo André no perdió la oportunidad de hacer una última broma.

— No vais a acostaros, ¡pero me gustaría que lo hicierais! — dijo riendo, pero se calló justo cuando las chicas se acercaron a nosotros.

— Buenos días, P.A. — saludó mi hermana a mi amiga, a la que también conocía muy bien. — Esta es mi amiga Melinda.

Mientras Rayssa hacía las presentaciones, yo hacía un esfuerzo sobrehumano para no

reírme de la cara de tonto que ponía mi amigo al mirar fijamente a la rubia.

— Encantada de conocerte, Melinda. Me alegro mucho de que hayas venido. Siéntete como en casa y diviértete — dijo P.A., estrechando la mano de la chica y luego dándole dos besos en la mejilla.

Melinda se puso tan roja que todos nos dimos cuenta. Era muy tímida. Sin embargo, la gente normal no haría nada para avergonzar a una chica en aquella situación, excepto Paul André.

— ¿Está avergonzada? — preguntó mi amigo a nadie en particular, encontrando divertida la timidez de la chica. ¡Imbécil!

— No es de Río, imbécil. — Rayssa expresó mi pensamiento, y yo la miré, sorprendido por lo en sintonía que estábamos.

— Ah, ya veo. No seas tímida, princesa, aquí en Río siempre nos saludamos así. Acostúmbrate, porque los cariocas ya se te están presentando. Te daré un consejo: aléjate de nosotras — P.A. rió y le guiñó un ojo a Melinda.

Las chicas también rieron, aligerando el ambiente, así que me tranquilizó saber que la chica no se había sentido avergonzada por el atrevimiento de mi despistado amigo.

— Bueno, entremos. Vinícius y Maurício ya están encendiendo la barbacoa — nos invitó Paulo, y le seguimos.

Cuando llegamos a la zona gourmet, junto a la piscina, Vinícius y Maurício se acercaron entusiasmados a saludarnos.

Sin mucha ceremonia, P.A. presentó a Melinda a los chicos, y las chicas se fueron a las tumbonas a tomar el sol; yo me quedé junto a la barbacoa con los chicos.

Estábamos distraídos, charlando de trivialidades, cuando me di cuenta de que las chicas estaban de pie en el borde de la piscina, listas para darse un chapuzón. Justo entonces, vi a Melinda en bikini. Me quedé mirándola, sintiéndome como un adolescente idiota, pero era inevitable no admirarla. No había nada de niña en su cuerpo, era toda una mujer y... deliciosa.

Sus grandes pechos apenas se ocultaban tras la pequeña cortina negra. La parte inferior del bikini era obscenamente pequeña, ocultando sólo lo esencial, y la parte trasera del bikini estaba metida en su trasero. *¡Santo cielo!*

— Es muy blanca, se le quemará la piel si se expone así. No debe estar acostumbrada al sol de Río de Janeiro — P.A. habló en tono de admiración, haciendo que lo mirara.

Mi amigo miraba a Melinda con la misma reverencia que yo. Aquello no me gustaba. No quería que nadie la mirase. Estaba... mal.

— Deja de mirarla así — reprendí a mi amigo.

La chica era encantadora y muy guapa, nadie podía ponerlo en duda, pero nadie tenía por qué mirarla como si fuera a devorarla. Ni yo tampoco.

— ¿Qué forma? ¿La misma que estás mirando? — preguntó P.A. riendo.

No contesté. Solía callarme cuando no tenía argumentos, así que miré hacia otro lado.

— No te preocupes, no voy a tocarlo, amigo. Pero admirar es totalmente diferente. Tienes que admitir que es difícil no mirar, colega — se rió P.A. e hizo un gesto con la cabeza hacia nuestros amigos.

Vinícius y Maurício tenían expresiones igualmente hambrientas, mirándolos a los dos.

— Joder, ¿no habéis visto nunca a una mujer guapa? — pregunté irritado. — Parecéis esas adolescentes, llenas de granos, que se masturban más que respiran.

En ese momento, no sólo me molestó la atención que los chicos prestaban a Melinda, sino la forma en que también miraban a mi hermana. Siempre estaba celosa de Rayssa.

No me preocupaba tanto Paulo, porque sabía que miraba a Melinda, pero que la respetaría. Y con Rayssa no tenía mala intención, porque también la veía como a una hermana pequeña. Sin embargo, los otros dos chicos eran diferentes, casi se comían a mi hermana con los ojos.

Como se suele decir —, Leandro llegó en ese momento para completar el puto equipo. De nuestros amigos, él era el más canalla.

— ¡Vaya! Pensaba que hoy sólo iba a haber hombres aquí, incluso he venido sin querer, pero ahora estoy excitado — dijo Leandro, con cara de gallito, mirando en dirección a las chicas.

— Sólo hay hombres, tenías razón. Sigue pensando así si quieres salir de aquí de una pieza — dije enfurruñado.

— Bueno, si esos dos son hombres, tengo que tener más cuidado cuando salgo por la noche, sobre todo después de beber. Es mejor evitar sorpresas.

— Para ti, esos dos son hombres — dije señalando a Rayssa y Melinda. — Mi hermana nunca ha estado en tu bolsillo, y la otra chica es nueva en la ciudad, la ahijada de Dorinha. Es joven e inocente, así que mantente alejado.

— ¿Y eso por qué? No pierdes el tiempo, ¿verdad, Guilherme? Apuesto a que ya está tomada — se burló Vinícius.

— Claro que no. Y tú tampoco. La chica no necesita que nadie la use.

Melinda tenía una ingenuidad y una dulzura que desbordaba en todos sus gestos. Era demasiado inocente para mí y mis compañeros.

Después de ver cómo se comportaban los chicos — como buitres — no pude resistirme a acercarme a donde estaban las chicas.

— Tienes que ponerte crema solar, el sol está muy fuerte — le dije a Rayssa, pero en un tono de voz lo suficientemente alto como para que Melinda, que estaba un poco más lejos, también me oyera.

De hecho, me aseguré de que lo oyera, porque Rayssa, a diferencia de mí, nunca se

olvidaba de ponerse la crema solar.

— Vaya, se me había olvidado ese detalle — dijo Melinda con su voz suave y tímida, acercándose a nosotras.

— Te voy a solucionar el problema. Yo he traído la mía para reaplicármela de vez en cuando. — Mi hermana sacó la crema solar de su bolso y se ofreció a aplicársela a su amiga.

Melinda aceptó la ayuda y yo la observé atentamente. Debería haber apartado la mirada de aquella escena, pero era imposible. *Joder, parezco un puto pervertido. ¿Qué me está pasando?*

El bikini que llevaba la chica tampoco ayudaba; era diminuto, una puta tentación. Si Melinda fuera una mujer cualquiera, sin duda haría cualquier cosa por tenerla en mi cama ese mismo día, y al día siguiente me libraría de esta obsesión. Pero no podía hacer eso y utilizarla así, porque era obvio lo inexperta que era y que probablemente era virgen.

Aunque hacía meses que no tenía relaciones sexuales, no quería la intimidad y el apego que solían venir después. Por eso, cuando me separé de Giovana, preferí evitarme ese quebradero de cabeza.

Sin embargo, Melinda me estaba volviendo loco. Era perturbadoramente hermosa y sexy. Y ella definitivamente no era ese tipo de mujer. Esa chica no iba a seguirme el ritmo y yo definitivamente la lastimaría, aunque... por su bien, tal vez valía la pena replantearse algunas cosas. Joder, ¿en qué estoy pensando?

Melinda parecía una chica tranquila, tímida y, me atrevería a decir, alguien que nunca había salido con nadie. Era pura, no contaminada por nuestro mundo. Su cuerpo estaba a la altura de cualquier hombre, pero sin duda ella ni siquiera se daba cuenta.



Melinda

Cuando Rayssa me pidió que la acompañara a la barbacoa, no quise aceptar. Estaba desanimada y ni siquiera tenía bikini. Incluso utilicé el argumento de la ropa, pensando que así la convencería, pero me equivoqué. Mi nueva amiga no aceptó mi negativa y dijo que me prestaría un bikini, decidida a meterme en su grupo, como había dicho que haría.

Me pidió que esperara un poco y se fue corriendo a casa. Aunque no quería, hice lo que me pedía y, unos minutos después, reapareció con un minúsculo bañador que yo nunca habría elegido ponerme.

— Dios mío, esto no oculta casi nada — dije asombrada, mirándome en el espejo, vestida con ese trocito de tela que ella llamaba bikini. Para mí, no eran más que cuatro pequeñas solapas, cortadas en forma de triángulos.

— Mi amor, si yo tuviera ese culo maravilloso y esos pechos voluminosos que tienes, ¡sin duda iría desnuda! — replicó Rayssa, llena de confianza en sí misma. — ¿Te das cuenta de

la fortuna que pagan muchas chicas por tener lo que tú tienes gratis?

— No lo sé, Ray. Yo... — intenté argumentar, pero me interrumpieron.

— Estás absurdamente buena, Mel. Es un desperdicio que te quedes con el culo en casa — me dijo mi nuevo amigo a modo de cumplido. — Tienes que divertirte un poco, chica.

— Es muy indecente, amigo. ¿Qué pensará tu hermano de mí?

— Que es tu cuerpo y puedes ponerte lo que quieras. Eso es lo único que puede y debe pensar. ¡De hecho, en vez de pensar, salivará!

Si la intención de mi amiga era animarme, sus palabras tuvieron el efecto contrario. Me puse aún más nerviosa sólo de pensar en la posibilidad de que ese bikini atrajera la atención de la gente.

— No te preocupes, Mel. Mira, ya le he dicho a Gui que eres una chica casadera. En otras palabras, te dejará en paz. Ahora, ¡relájate! En Río, todas las chicas llevan bikinis así. De hecho, incluso más pequeños. Muchas mujeres incluso hacen topless. Tus pechos son preciosos, deberías hacerlo — se rió Rayssa.

— ¡Caramba! — dije asustada, pero al mismo tiempo con ganas de reír. — No voy a hacer nada de eso. — Me voy a poner este hoy y después me compraré un bikini de mi talla.

— Cuando vaya de compras, me acompañaré para asegurarme de que no me compre uno de la abuela. Ahora, vámonos, que Gui seguro que ya está en el garaje, esperándonos — dijo mi amiga, tirándome del brazo.



— Tengo que decírselo a mi madrina — dije emocionada, unos metros antes de entrar en el garaje. Rayssa caminaba a paso ligero y era difícil seguirle el ritmo.

— No te preocupes, ya lo he hecho. De hecho, Dorinha se puso muy contenta al oír que salías en vez de quedarte en casa sin tocar un domingo.

Estaba a punto de replicar, diciendo que era mi madrina y que debería habérselo dicho — por supuesto, sólo para provocarla —, pero cuando miré al frente, el hermano de Rayssa estaba de pie en el garaje, distraído con su teléfono móvil. Me quedé sin habla.

No estaba preparada para aquella visión del paraíso. Era demasiado guapo, un tipo que nunca había visto. Es cierto que en la ciudad de la que yo venía no había tantos chicos jóvenes, pero los que había no eran tan guapos como João Guilherme.

Aquel hombre era alto y tenía un cuerpo escultural. Sus hombros eran anchos y su espeso pelo castaño le daba un aire rebelde. Por si no fuera suficiente con mi encanto instantáneo por su belleza física, el tipo se quitó las gafas de sol en cuanto nos acercamos y se nos quedó mirando

con aire misterioso. Y cuando Rayssa nos presentó... La voz gruesa de João Guilherme me puso la piel de gallina. *Dios mío, ¿qué es esa voz?*

Mi nueva amiga no había exagerado al decir que su hermano era guapísimo. Sin embargo, también me había advertido que no me hiciera ilusiones, porque él estaba cerrado a las relaciones, ya que había terminado una relación traumática con una mujer tóxica hacía unos meses, y eso le había hecho mucho daño en la cabeza.

Rayssa no me lo contó con detalle, y yo tampoco pregunté, porque no era de mi incumbencia. De todas formas, no quería pensar en chicos en ese momento, no estaba para eso. Mi principal objetivo era organizar mi vida, ir a la universidad, conseguir un buen trabajo y vivir una vida cómoda y feliz, como le había prometido a mi padre.

En aquel momento de mi vida, las relaciones pasaban a un segundo plano, pero no podía negar que me había cautivado la belleza de aquel hombre, sobre todo cuando le veía mirarme de vez en cuando por el retrovisor mientras íbamos a la barbacoa en casa de sus amigos. Su mirada era sumamente atractiva y seductora. *Que Dios me ayude, porque va a ser difícil mantener la concentración en cualquier otra cosa con João Guilherme cerca.*

Pasamos una tarde agradable en la piscina de la casa de Paulo André. El chico estaba muy relajado y me dio una calurosa bienvenida. Al principio, me dio mucha vergüenza, ya que no estaba acostumbrado a su forma directa de hablar.

Los chicos estaban muy animados y la barbacoa estaba deliciosa. Cuando empezó a anochecer, João Guilherme nos dijo que era hora de irnos.



Cuando llegamos a la mansión, me fui directamente a casa. Me di una larga ducha para quitarme el cloro del cuerpo, me puse ropa cómoda y esperé a mi madrina, que aún no había llegado.

Estaba feliz de estar allí. Dorinha era maravillosa y Rayssa era un gran regalo que la vida me había hecho, pero seguía sintiéndome sola. Seguía echando mucho de menos a mis padres.

Para no dejar que la nostalgia me paralizase, decidí ver algo en la televisión. Tal vez me distraería mientras mi madrina no llegaba. Me tumbé en el sofá, me abracé a un cojín y encendí la tele. Pasé los canales hasta encontrar algo que me gustara y me detuve en una película que ya conocía y que me gustaba.

Un buen rato después, cuando la película ya no me distraía, saqué el móvil para mirar unas fotos que había hecho con Rayssa en la barbacoa. La batería se estaba agotando, así que corrí a buscar el cargador. Rebusqué en mi maleta, miré debajo de la cama y en el baño, pero no

lo encontré. Al cabo de un buen rato, recordé que me había llevado el cargador a la barbacoa porque la batería de mi móvil estaba tan agotada que tenía que cargarlo todo el rato.

Es lo que tiene, señora Melinda, me reprendí mentalmente. La última vez que vi el cable fue en el coche de João Guilherme, probablemente lo había olvidado en el asiento trasero. *¡Mierda! ¿Y ahora qué?*

No quería molestarles sólo para conseguir un cargador de móvil, como si estuviera desesperado. En realidad, lo estaba, porque no podía vivir sin mi teléfono, pero nadie tenía por qué saberlo. Como si eso hubiera encendido una luz en mi cabeza, recordé que João Guilherme había dejado su coche en el garaje con la capota abierta. *Puedo ir allí rápidamente y coger el cargador.*



— Verinha me llamó hoy. Ella y Giovana llegarán mañana a Río de Janeiro. — Estábamos cenando cuando mi madre soltó la bomba.

Inmediatamente, mi cuerpo se tensó. Hablar de ello aún me resultaba difícil. Cada vez que el nombre de Giovana salía en la conversación, me daba cuenta de que aún no había conseguido superar el daño que había hecho en mi vida.

— No me pidas que la visite, mamá. — fui tajante, pensando ya en aquella terrible posibilidad.

Amaba a la señora Helena, pero siempre peleábamos cuando se trataba de Giovana. Me resultaba sumamente molesto y ofensivo que mi mamá intentara defender todas las cagadas que había hecho mi ex, sobre todo con el argumento de que se equivocaba al quererme demasiado.

Yo no creía en ese tipo de justificaciones. No era una experta en este sentimiento, pero siempre creí que quien ama quiere ver feliz a la otra persona, no hacerle daño. Quería alejarme de ese tipo de amor enfermizo que Giovana decía sentir... y hasta ese momento, lo estaba consiguiendo.

— Hijo, trata de entender que Giovana es una chica con problemas de necesidad. Toda su vida ha sido rechazada por su padre, ha sufrido mucho y no sabe lidiar con el rechazo. — Mi madre defendió a mi ex tóxico. — Giovana no sabía lo que hacía. Te amaba y estaba

desesperada, tenía miedo de perderte. Sé que estuvo mal, pero...

— ¿Mal, mamá? — Exploté. — ¡Mató a nuestro hijo a propósito! Se llenó de drogas, se envenenó, aunque sabía que estaba embarazada. ¿Y para qué? ¡Sólo para hacerme daño! En ningún momento pensó en su propio hijo, porque estaba obsesionada con hacerme sufrir.

— Pero, Gui...

— ¡Soy tu maldito hijo! Ese niño era tu nieto. ¿Cómo puedes aceptar lo que ella hizo tan bien? ¿Y no piensas en mi dolor? — Grité, porque este tema siempre me hacía perder la cabeza.

Nunca le conté a mi familia lo que hizo mi ex para quedarse embarazada. No creí necesario manchar más su imagen, después de todo, el hecho de que se drogara en exceso para llegar a mí, sin pensar en el bebé, fue motivo suficiente para que mi madre se diera cuenta de que no era buena. Giovana se convirtió en una mujer sin corazón, insensible y vengativa.

— Cálmate, Guilherme, no le grites a tu mamá. Ella sólo quiere ayudar...

— ¿A quién? A mí no, papá — respondí, intentando calmarme.

— Gui tiene razón, mamá. Sólo tú no puedes ver que Giovana es una vaca egoísta y manipuladora. Deberías pensar en tu hijo, no en ella. — Mi hermana, como siempre, *me* defendió.

— No te metas, Rayssa. No estás ayudando en nada — mi madre regañó a mi hermana, y eso fue demasiado para mí. Dejé caer los cubiertos sobre el plato y me levanté de la mesa.

— ¿Adónde vas, João Guilherme? — preguntó mi padre.

— Voy a salir. Esta conversación me ha quitado el apetito — respondí, mirando seriamente a mi madre.

Cogí del aparador la llave del coche, el móvil y la cartera y vi que Rayssa se levantaba de la mesa, probablemente para seguirme.

— Quédate ahí. Necesito estar un rato a solas — le dije, con toda la delicadeza que pude, porque mi hermana no tenía la culpa de nada de esto. Rayssa asintió con tristeza y volvió a sentarse a la mesa.

— Guilherme, no puedes irte así. Vuelve aquí — ordenó mi madre.

Antes de cruzar el umbral y marcharme, aún podía oírlas discutir.

— *Déjalo, Helena. Necesita calmarse* — dijo mi padre.

— *Es peligroso que salga así, Augusto* — replicó mi madre entre lágrimas.

— *¿Y ahora te lo piensas?* — replicó Rayssa.

Debieron de seguir discutiendo, pero no me permití quedarme a oír más.



Cuando llegué al garaje, me sobresalté. La capota del coche estaba abierta, como había imaginado, pero no esperaba encontrar a João Guilherme en el garaje, paseándose de un lado a otro como un animal enjaulado.

El chico parecía muy nervioso, abriendo y cerrando las manos repetidamente mientras respiraba hondo, como si intentara calmarse. Me quedé paralizada ante la puerta del garaje, mirándole sin reaccionar. No sabía qué hacer, si salir corriendo o quedarme e intentar decir algo que pudiera ayudarle. *¿Pero qué?* Hacía menos de veinticuatro horas que lo conocía y no sabía cómo solía comportarse cuando estaba enfadado. João Guilherme podría pensar que estaba invadiendo su espacio, y eso le enfadaría aún más.

Aún no me había visto, así que me preparé para escabullirme y pasar desapercibida. Cuando me moví, sus ojos se encontraron con los míos. Era demasiado tarde para fingir que no lo había visto en ese estado.

— Lo siento, no quería molestarte. Es que... — Me atraganté, intentando controlar mi nerviosismo. — Sólo he venido a por el cargador que olvidé en tu coche. ¿Te encuentras bien? — pregunté, casi tartamudeando.

— Sí, estoy bien. Te abriré el coche para que puedas coger el cargador — respondió con seriedad.

— Gracias — le agradecí y me apresuré hacia el coche.

Me sobresalté cuando el coche se encendió. João Guilherme desbloqueó las puertas para que no tuviera que saltar dentro ni estirarme buscando el cable. Entré en el coche y busqué el cargador con manos temblorosas. Estaba nerviosa y lo estaba aún más cuando sentí que él me observaba.

Cuando por fin encontré el cargador, salí del coche, cerré la puerta tras de mí y volví a mirarle. Tragué saliva al darme cuenta de que João Guilherme me estaba estudiando atentamente. La expresión de su rostro era muy diferente de la que había visto antes en la barbacoa. Parecía tenso y no dejaba de mirarme, como esperando que dijera algo.

No pude abrir la boca, ni siquiera para darle las gracias de nuevo, me quedé mirándole también. No sabía qué decir, pero tampoco podía dejar de mirarle.

— ¿Quieres dar un paseo? — me preguntó de repente Guilherme.

Esta invitación me sorprendió y, sin pensarlo mucho, acepté, asintiendo con la cabeza, totalmente hipnotizada por su mirada.

Se acercó, sin interrumpir nuestro contacto visual, y me abrió la puerta del carruaje.

— Sube. — Señaló el vagón y mi corazón se aceleró cuando sentí su olor.

João Guilherme olía a hombre. Ese olor que te atrae y te hace imaginar cosas... Un olor varonil, poderoso.

Desde que encontré a mi mozo, fue la única vez que dejamos de mirarnos. Me subí al auto, él se dio vuelta y se subió del lado del conductor. Antes incluso de que sacara el coche del garaje, pulsó un botón y el capó empezó a cerrarse.

— Póngase el cinturón, por favor — pidió Guilherme, mientras se abrochaba el suyo. Unos instantes después, dio marcha atrás y nos sacó por las puertas de la mansión.

Durante los primeros minutos, permanecimos en silencio. Yo estaba tensa, después de todo ni siquiera sabía por qué estaba tan alterado, pero la expresión de su rostro se fue relajando poco a poco, y yo también me relajé.

— ¿Adónde vamos?

— Rayssa me ha dicho que no sabes nada de Río, así que te llevo a uno de mis lugares favoritos — me contestó, y yo me limité a asentir.

Después de unos minutos más, decidí expresar mi curiosidad por lo que había visto en el garaje.

— ¿Por qué estás tan alterada? Si quieres hablar un poco...

— No es un tema que merezca la pena. No hay nada interesante en mi vida que merezca la pena contar — respondió secamente.

No insistí, porque vi que la tensión volvía a su rostro cuando mencioné el tema.

— ¿Cuántos años tienes? — preguntó, sorprendiéndome una vez más. Sabía que sólo quería cambiar el enfoque de la conversación, así que se lo permití.

— Diecinueve.

— Creía que eras más joven. — Por su expresión no supe decir si eso era algo bueno para él o no.

Mientras pensaba en ello, me distraje mirándole las manos que agarraban el volante. Tenía las manos grandes...

— Pensé que era más joven, porque tiene cara de muñeca. — Interrumpió mis pensamientos.

En ese momento, me di cuenta de que me estaba mirando. Vi el momento exacto en que recorría mi cuerpo con sus ojos rápidamente; y sentí que algo burbujeaba en mi estómago, era una sensación nueva y diferente para mí.

— ¿Nunca te maquillas?

— No sé maquillarme y, de hecho, nunca me he propuesto aprender. El año pasado sólo quería aprovechar la compañía de mi padre, porque sabía que ya no lo tendría. No me preocupaba quedar bien — dije a la defensiva.

Yo no encajaba en el patrón de chicas al que sin duda él estaba acostumbrado. Y por alguna razón, esta constatación me irritó.

— Eso no es malo, no tienes que defenderte.

¡Mierda, se ha dado cuenta! Mi padre siempre decía que yo era demasiado transparente, y tenía razón.

— Eres guapa, no necesitas maquillaje — dijo con naturalidad. — Sólo pregunté porque la mayoría de las chicas llevan kilos de maquillaje en la cara. Tú eres una excepción, y eso es bueno. Creo que la falta de maquillaje te hace parecer aún más joven.

— Gracias.

Al poco tiempo, me di cuenta de que me importaba lo que João Guilherme pensara de mí, y me alegraba oír que le parecía guapa. Nunca me había importado, pero con él todo era diferente.



Melinda

Llegamos a un lugar junto al mar y Guilherme aparcó el coche. Salió y rodeó la parte delantera del vehículo para abrirme la puerta.

— Vamos. — Me tendió la mano para ayudarme a bajar.

Cuando apoyé la mano en la suya, noté que su piel era cálida y su tacto firme. Me gustó demasiado la sensación de ese contacto mínimo y sin pretensiones. Para alguien que, hacía apenas unos días, ni siquiera pensaba en chicos, me veía desesperada. Pero había una razón: João Guilherme era diferente. Era imposible que aquel hombre no me conmoviera, después de todo, me sentía caliente a su lado.

Subimos por un camino de tierra, entre las rocas de la arena, y pronto llegamos a una roca gigante que nos ofrecía una estupenda vista del mar. *Dios mío, esto es impresionante.* Me quedé boquiabierta.

— Sabía que te gustaría — dijo João Guilherme, mirándome y sonriendo.

Estaba tan hipnotizada y envuelta por el paisaje que me sobresalté al oír su voz gruesa. Su cálida mano seguía sosteniendo la mía, y podía sentir los reflejos de su tacto en cada parte de mi cuerpo.

— Es tan... No tengo palabras. Es una obra divina, espantosamente perfecta. Rayssa debe haberte dicho que nunca había visto el mar de cerca. Lo había visto en fotos o en escenas de películas y telenovelas, pero nunca en persona.

— ¿Nunca? — puso cara de incredulidad.

— Es verdad, pero tengo una imaginación muy viva y siempre me he imaginado cómo sería la textura de la arena, el sonido de las olas al romper, el olor del agua del mar...

— ¿Es así como te lo imaginabas?

— Increíblemente, exactamente así.

Aunque no podía apartar los ojos de aquella vasta extensión de agua y arena, mi visión periférica consiguió captar un atisbo de sonrisa en el rostro de João Guilherme.

— Venga, vamos a sentarnos. — Me cogió de la mano y me llevó junto a la roca.

Nos sentamos en una posición estratégica, frente al mar. Las olas rompían violentamente contra las rocas, haciendo un ruido delicioso y salpicando agua por todas partes.

A unos metros, dos chicos estaban sentados con las piernas cruzadas, tocando la guitarra y cantando. Aunque no estábamos tan cerca de ellos, oíamos perfectamente la música. Cuando sonó el estribillo, reconocí inmediatamente la letra.

"Esta noche quiero tenerte
Ardiendo sólo por mí
Esta noche quiero tenerte
Involucrarte, seducirte...".

Me gustó la canción y la canté en voz baja, siguiendo el ritmo de los chicos. Cuando terminó el estribillo, miré hacia mí y vi a João Guilherme. Me miraba fijamente a la boca. No pude evitar mirar también su boca, y me pareció suave. Los labios de João Guilherme eran gruesos, justos, y parecía que sabía exactamente cómo usarlos.

Nos quedamos mirándonos un rato, y me di cuenta de que quería besarme, así que por primera vez en mi vida quise que me besaran.



La belleza de aquella chica era desconcertante, así que tenía que recordarme todo el tiempo que debía mantenerme alejado de ella para evitarnos problemas, sobre todo porque Giovana había vuelto. Sin duda, mi exnovia volvería para hacer de mi vida un infierno y de la vida de cualquier otra persona a la que creyera que tenía que llegar.

Melinda era encantadoramente inocente, y eso me estaba jodiendo aún más mi ya jodida cabeza. La chica era ciertamente inexperta en todo, y eso es un hecho muy excitante para un hombre. Al darme cuenta de ello, me entraron ganas de enseñárselo todo.

Su larga y perfumada melena se mecía al viento mientras admiraba el mar. Me encantaba la roca de Arpoador porque siempre me sentía en paz allí, así que sabía que a ella también le gustaría.

Cuando Melinda empezó a cantar, suavemente, el estribillo de la canción que los chicos cantaban cerca de nosotras, me distraje con los suaves movimientos de su boca. Estaba tan pegado a esos labios que, antes de darme cuenta, me habían pillado con las manos en la masa. No era el tipo de hombre que aparta la vista de una mujer sólo porque se fijan en mí, así que mantuve mis ojos en ella y ella en mí. Todo estaba bajo control hasta que la vi pasarse inocentemente la lengua por los labios, haciéndome casi imposible resistir el impulso de besarla. *¡Joder! ¿Qué coño me está pasando?*

— Nunca te cansarás de esta vista, nunca pasa de moda. — Intenté cambiar de enfoque antes de acabar haciendo alguna estupidez. — He vivido en Río desde que nací y nunca me he cansado de ella.

— Estoy segura de que nunca me cansaré — dijo emocionada, volviendo a mirar al mar con una hermosa sonrisa en la cara.

¡Qué chica más guapa! Melinda hacía difícil mantener la concentración, sobre todo cuando sonreía. No podía entender cómo una chica tan joven e inexperta, a la que sólo conocía desde hacía unas horas, podía afectarme de esa manera.

— Dijiste que pasaste el último año disfrutando de la compañía de tu padre porque sabías que no lo tendrías por mucho tiempo. ¿Y qué pasó? — Me arrepentí nada más terminar de hablar, cuando vi que su expresión cambiaba.

La sonrisa que hacía poco había enmarcado el rostro de Melinda dio paso a una mirada de

tristeza, y eso me hizo pensar que era un poco mierda. Pero, por alguna razón, me interesaba mucho saber más de ella.

— Mi padre desarrolló una enfermedad pulmonar que descubrimos muy tarde, justo un año antes de morir. Los médicos no nos dieron ninguna esperanza, así que sabíamos que, en cualquier momento, podía irse — respondió Melinda con un hilo de voz. — Hemos pasado el último año más unidos que nunca, disfrutando cada segundo de la compañía y el amor del otro, como si nos estuviéramos despidiendo. Hace poco más de un mes que murió.

— Lo siento, debe de ser muy duro para una chica de tu edad afrontar todo esto sola.

En lugar de decir nada, Melinda se limitó a asentir y a mirar hacia el mar y un poco más arriba, como buscando algo en el cielo. Aquella chica ya había sufrido demasiado y cargaba con mucho equipaje para ser tan joven. *Lo mejor que podía hacer era mantenerse alejada de mí y preservarse.*

Estaba buena y sus ojos asustados e ingenuos sólo la hacían aún más tentadora, pero no podía tocarla. Melinda era el tipo de mujer que admirabas desde la distancia.

Aunque quisiera estar con ella, no sería fácil, porque Giovana juró delante de mí que nunca me permitiría ser feliz con otra mujer. Sé cómo lidiar con la mierda de mi ex, pero necesitaba proteger a Melinda, no se merecía una loca en su vida. Necesitaba un tipo que le diera seguridad y, en ese momento, yo no podía dársela.

— ¿Qué piensas hacer ahora que estás aquí en Río? — Volví a cambiar de tema, porque no quería verla triste.

— Tengo intención de matricularme en Derecho, preferiblemente en el próximo semestre — dijo, sorprendiéndome.

— ¿De verdad? Toda mi familia se dedica al Derecho. Incluso tenemos un prestigioso bufete de abogados.

— Me dijo Rayssa. Fue toda una coincidencia, pues yo ya tenía intención de estudiar Derecho desde antes. ¿Te gusta la zona?

— Bueno, no puedo evitarlo, después de todo crecí en ella. Cuando naces en una familia de abogados, no tienes muchas opciones, porque nadie va a tomar el camino fácil. Así que nunca me paré a pensar si me gustaba el área o si seguir este camino sería natural. ¿Por qué eligió Derecho?

— Porque odio la injusticia. Me parece noble que se cumpla la ley y quiero poder ayudar a los que no pueden o no saben defenderse. Quiero dar voz a los que no pueden hablar o son silenciados... En fin, creo que eso es todo. — En ese momento, me di cuenta de que no sólo era guapa por fuera.

De repente, como si el destino quisiera interrumpir ese momento, mi teléfono vibró. Me había pasado muchas veces desde que salí de casa, y las había ignorado todas, pero esta vez

decidí ver de quién se trataba, aunque fuera como una forma de volver a la realidad. Saqué el auricular del bolsillo y, al ver de quién se trataba, contesté.

— Hola, P.A.

— *¿Está todo bien, Guilherme? Tu madre llamó para preguntar si estábamos juntos. Dijo que estabas molesto por lo de Giovana.*

— Estoy bien, pero no quiero hablar de eso ahora. Hablaremos en otro momento.

— *¿Dónde estás? ¿Qué es ese ruido?* — preguntó mi amigo, probablemente porque el viento era muy fuerte y debía de hacer mucho ruido al teléfono.

— En Arpoador. Ahora no quiero hablar contigo, ya te llamaré.

— *Lo he entendido todo. Estás con una mujer, ¿no? O no, porque ahora parece que te has hecho cura.* — P.A. nunca perdía la oportunidad de burlarse de mí. — *Estoy bromeando, amigo. Hablaré contigo más tarde.*

Mi amigo desconectó la llamada, volví a guardar el móvil y, cuando levanté la vista, Melinda me miraba con expresión preocupada.

— ¿Qué te pasa? — pregunté, preocupado por ella.

— Acabo de darme cuenta de que no le he dicho a mi madrina que iba a salir, así que debe de estar preocupada por mi desaparición.

— En ese caso, es hora de volver a casa — dije, poniéndome en pie.

Le tendí las manos, ofreciéndome a ayudarla a levantarse también, y entonces nos despedimos de la calma y volvimos al caos.



De vuelta a la mansión, João Guilherme aparcó el coche en el garaje y me miró antes de bajarse. Su mirada me dio una especie de calor y me incomodó, pero no en el mal sentido. Era incómodo sentir impulsos que nunca había sentido.

— Ya estás de vuelta, sana y salva — dijo Guilherme, sonriendo levemente.

— Gracias por el paseo. — Le devolví la sonrisa.

— Gracias por la compañía, gatita — dijo y luego acercó su cara a la mía.

Sentí que el corazón se me aceleraba e inconscientemente cerré los ojos, sin saber qué

esperar en aquel momento. Unos instantes después, sentí que sus labios — que eran tan suaves como imaginaba — rozaban mi mejilla. Contuve la respiración para no volver a oler su aroma, que era delicioso y me hacía desear tantas cosas. Cuando volví a abrir los ojos, João Guilherme me miraba fijamente; no aparté la mirada.

— Buenas noches. — En un impulso, le devolví el beso que me había dado, pero no apunté a su mejilla, sino a su boca, porque quería más.

Puse mis manos en sus mejillas, atrapando su cara, y le di un largo beso. João Guilherme no se resistió ni se apartó, y cuando lo hice, abrió los ojos y me miró fijamente sin decir ni demostrar nada. Nunca había sido tan atrevida en mi vida, pero João Guilherme me dio ganas de serlo.

La gente siempre decía que era mejor irse a dormir arrepintiéndose que queriendo. Así que ni siquiera esperé a que hiciera o dijera nada, salí rápidamente del coche, sin mirar atrás, y me fui a casa.

Cuando llegué, encontré a mi madrina en el salón, sentada en el sofá con la espalda recta y las piernas balanceándose frenéticamente.

— Dios mío, niña, ¿dónde estabas? ¿Intenta matarme? — dijo Dorinha, llevándose la mano al pecho, y sentí remordimientos por preocuparla.

— Lo siento, madrina. Fui a buscar mi cargador, que había olvidado antes en el coche de João Guilherme, y lo encontré muy alterado en el garaje. Acabó pidiéndome que fuéramos a dar un paseo, y yo acepté, porque no quería dejar al chico solo, disgustado de aquella manera.

— Al menos debería haberme avisado. Casi me vuelvo loca, pensando que te habías ido por tu cuenta y te habías perdido. Sólo me tranquilicé cuando fui a la puerta y Valdinei me dijo que habías salido con el jefe. La próxima vez que salgas, avísame antes.

— Tienes toda la razón, madrina. Te prometo que siempre te avisaré. — Me acerqué a ella y le besé la mejilla.

— ¿Por qué tienes esa sonrisa tonta en la cara? — preguntó Dorinha con suspicacia. *¡Mierda! Yo y mi incapacidad para ocultar lo que siento.*

— No es nada, madrina, sólo estoy contenta porque fue un lindo día. Es mi segundo día en Río de Janeiro y me siento feliz, eso es todo. He pasado el último mes sola, sin mi padre, así que es bueno estar aquí.

De hecho, no mentí. Por supuesto, omití la parte del beso a João Guilherme y no mencioné que quería besarlo más, porque mi madrina no necesitaba saber esos detalles. Lo que quería que supiera era que allí me sentía realmente bienvenida.

— ¡¿Cree que nací ayer, señorita?! Sales con tu jefe y vuelves sonriendo... Ten cuidado, Melinda. Guilherme tiene problemas que necesita resolver antes de pensar en involucrarse en otra relación romántica.

Estoy segura de que la intención de Dorinha no era despertar mi curiosidad, pero eso es exactamente lo que pasó.

— ¿Qué pasó, madrina? ¿Lo sabes?

— Sí, hija mía. Fui testigo de todo lo que ese niño sufrió, pero no es mi historia, así que cuando Guilherme confíe en ti, él mismo te lo contará. — Comprendí la discreción de mi madrina, por eso no insistí en saberlo. — Pero ten cuidado, porque Guilherme puede ser un gran problema en tu vida, Melinda. Amo a ese muchacho, pero te digo con amor que es mejor que te alejes de él.

No había reproche en la voz de mi madrina, sino afecto. Sabía que lo decía por mi bien, pero también por el de João Guilherme, que al parecer había sufrido mucho.

— Ahora que estás a salvo en casa, me voy a la cama. Buenas noches, hija. — Me dio un beso en la mejilla y salió de la habitación, dejándome la cabeza zumbando de teorías.

Después de un rato, sacudí la cabeza para despejarla, porque no quería pensar en ello, no después de haberlo besado. En lugar de eso, corrí al baño, me lavé los dientes, me tumbé en el sofá y me tapé. En cuanto apoyé la cabeza en la almohada, supe que João Guilherme formaría parte de mis sueños toda aquella noche.



Melinda

Al día siguiente, me desperté con el ruido de ollas y sartenes; mi madrina estaba en la cocina preparando nuestro café. Me senté en el sofá, aún somnolienta, y me estiré.

— Siento haberte despertado, niña, pero aún es pronto. Si quieres, puedes dormir un poco más en mi habitación, que es más tranquila. Soy muy ruidosa, pero eso es porque no estoy acostumbrada a tener a otra persona en casa.

— Buenos días, madrina. No hay problema, tenía muchas ganas de madrugar. Voy a salir a buscar trabajo — dije levantándome. — He visto en Internet un restaurante que necesita personal, así que voy para allá.

— ¿Estás segura, hija mía? Acabas de llegar, no hay por qué precipitarse. ¿No crees que podrías perderte?

— No me gusta perderme, madrina. Y no te preocupes, no me perderé. No soy tan pueblerina — respondí, riendo, y ella asintió. — Voy a darme una ducha y a arreglarme, y

vuelvo enseguida.

Al cabo de unos minutos, salí del baño ya vestida. Elegí unos vaqueros básicos, una camiseta escotada y unas sandalias con tacón bajo, que casi nunca me ponía. Quería dar una buena impresión y sabía que en Río muchas mujeres llevaban tacones, así que opté por esa opción.

Antes de ir a la cocina, recordé lo que dijo João Guilherme sobre parecer más joven sin maquillaje, así que fui a mi maleta, cogí lo más básico — máscara de pestañas y lápiz de ojos — y decidí ponérmelos. Nadie contrataría a una mujer que pareciera una niña.

Me apliqué dos capas de rímel y mis pestañas se dilataron un montón. Casi nunca me ponía este tipo de artículos, pero me gustó el efecto. Me apliqué el lápiz y resaltó mucho el verde de mis ojos, lo que me hizo coincidir con João Guilherme en lo de parecer mayor. Me miré al espejo y me gustó lo que vi.

Volví a guardar el maquillaje en el bolso y me fui a desayunar con mi madrina. Poco después, ella se fue a trabajar y yo cogí un gloss color melocotón del bolso, me lo puse en los labios y salí de casa.

Cuando estaba casi en la puerta, vi que el coche de João Guilherme venía hacia mí. La ventanilla estaba a oscuras, así que no pude ver el interior, pero extrañamente sentí sus ojos clavados en mí.

Seguí caminando hacia el portal, fingiendo no haberme dado cuenta de que el vehículo se acercaba, y justo cuando estaba a punto de cruzarlo, Guilherme paró el coche a mi lado y bajó la ventanilla. En ese momento, me encontré con la hermosa imagen de su rostro perfecto.

— Buenos días. — Todo mi cuerpo se estremeció con sólo pensar en oír su voz.

La voz de João Guilherme era impresionante, y aquella mañana, además de gruesa, estaba ronca por el sueño y aún más sexy.

— Buenos días — sentí que mis mejillas se calentaban al recordar mi osadía al besarlo el día anterior. *¡Joder! Tengo que decidir si soy tímida o traviesa, las dos cosas no funcionan*, pensé y sentí ganas de reír.

— ¿Adónde vas?

Le miré antes de contestar, y no sé si fue buena idea, porque me despisté por completo. Todavía no me había fijado en cómo iba vestido, ya que sólo le había mirado a la cara. Sin embargo, pude ver que llevaba traje y, madre mía, el tío estaba aún más maravilloso.

Aún no llevaba la americana, pero con los pantalones, la blusa blanca y la corbata, João Guilherme había abandonado su aspecto de *chico malo* y se había convertido en un hombre de negocios sexy y seguro de sí mismo. Se le caía la baba. De hecho, aquel hombre era espectacular en cualquiera de sus facetas.

— Melinda. No me has contestado. ¿Adónde vas?

— Lo siento — tartamudeé, intentando disimular mi cara de tonta. — Intentaba recordar el nombre del sitio. Es un restaurante de Leblon, donde voy a ver una oferta de trabajo.

— Entra, te llevo — por un momento, me pregunté si debía aceptar la invitación.

¡Mierda! No debería, pero quiero ir con él. Lo pensé otro momento, subí al coche y me abroché el cinturón. Una vez más, su olor invadió mis fosas nasales y me perturbó. En ese momento, llegué a una conclusión: yo era una buena chica, pero el perfume de João Guilherme era afrodisíaco.

— ¿Qué perfume usas? — pregunté de repente, intentando entablar conversación, ya que él parecía tan tenso como yo.

— Es un perfume importado, *Dior Sauvage.* ¿Te gustó?

— Mucho. Es el mejor que he olido. — Fui honesto. Tenía un serio problema con no pensar antes de hablar.

— Tú también hueles muy bien — comentó, pero no siguió con el tema. — ¿Quién te habló de este restaurante?

Me encantaba la gente que podía cambiar de tema sin tensar aún más el ambiente.

— Nadie. Busqué en internet y vi que estaban contratando. Decidí intentarlo, aunque no tengo experiencia en este campo, necesito conseguir un trabajo cuanto antes. El dinero que heredé de mi padre no es mucho y no durará mucho. Además, quiero pagarme la universidad.

— Es muy difícil encontrar trabajo en Río. De hecho, creo que lo es en todas partes de nuestro país. Tras la pandemia, muchas empresas cerraron sus puertas, así que los puestos de trabajo escasean.

— Dímelo a mí. Rezo por conseguir algo, ni siquiera tengo preferencias.

— Puedo ver si hay vacantes en la empresa para contratarte.

— Pero... aún no he empezado la universidad.

— No estoy hablando de unas prácticas. De repente podría haber una vacante como secretaria. Una de las chicas se va de baja por maternidad, así que quizá en un mes o así podrías hacer un periodo de prácticas.

— No sé si es buena idea, João Guilherme. No tengo experiencia en nada, tengo miedo...

— ¿Miedo de qué? ¿De que me robes algunos besos más en horas de trabajo? — De nuevo, sentí que se me calentaba la cara. Cuando le miré, vi una pequeña sonrisa en su cara.

— No voy a disculparme por el beso, porque no me arrepiento... Oh, vamos. Fue un besito tonto. — Me reí, pero me sentía nerviosa y me sudaban las manos.

— Realmente fue un besito tonto y quizás ese sea el problema. Son los que suelen hacer mucho daño a los hombres como yo, porque nunca son suficientes para satisfacer el deseo. — Guilherme usó un tono juguetón, pero cuando paró el coche en un semáforo, me miró más serio. Tenía las cejas juntas y me miraba a la cara.

Por un momento, pensé que tenía algo raro en los ojos o en la mejilla, así que bajé el parasol del coche para comprobar que todo estaba en su sitio. Y sí, lo estaba.

— ¿Te has maquillado? Mira, lo de ayer no lo dije como una crítica. No necesitabas...

— No es eso — interrumpí, porque lo había entendido todo mal. — Sólo pensé que estaría bien parecer un poco mayor cuando se busca trabajo.

— Entiendo. En ese caso, funcionó. Ahora aparentas la edad que realmente tienes — Guilherme hablaba con naturalidad, pero no dejaba de escudriñar mi cuerpo, además de mi cara. — Hemos llegado a Leblon. ¿Dónde está el restaurante?

Le mostré la dirección y, desgraciadamente, estaba muy cerca. Minutos después, llegamos al establecimiento.

— ¿Es aquí? — preguntó João Guilherme, y yo asentí en señal de confirmación. — Conozco al dueño de este restaurante, lo representé como abogado, pero luego perdimos el contacto. Espero que consigas el trabajo, y si puedo ayudarte en algo, dímelo.

— Gracias. Espero que todo salga bien — dije, cruzando los dedos delante de la cara, y él sonrió.

— ¿Puedes escaparte?

— Averiguaré qué líneas de autobús pasan cerca de mi casa.

— Es mejor coger un taxi, sólo tienes que descargarte la aplicación en el móvil.

— No tengo la aplicación y no puedo permitirme gastar demasiado. Hasta que consiga un trabajo, mi prioridad es ahorrar dinero...

— Puedo llamar al coche por ti, pago directamente a través de mi app. Sólo avísame cuando estés libre — se ofreció Guilherme.

— No hace falta. Yo estaré bien. Gracias de todos modos — dije, cogiéndole de la mano, y nos quedamos mirándonos un rato.

Una vez más, la niña traviesa que ni siquiera sabía que existía en mí tomó la iniciativa de besarlo antes de que pudiera contenerse. Esta vez, quería sentir más los labios de João Guilherme, y él parecía compartir la misma sensación, porque en cuanto nuestras bocas se tocaron, me agarró la cara y profundizó nuestro beso.

Su lengua invadió mi boca y le dejé controlar el ritmo de nuestro contacto. Empezamos despacio, pero pronto el beso se hizo más profundo. La boca de Guilherme era aún más suave que antes, y su beso caliente y exigente provocó reacciones en todo mi cuerpo. En pocos segundos, sentí que los pezones de mis pechos se levantaban y que una deliciosa sensación me inundaba desde el estómago hasta la mitad de las piernas.

No fue un beso contenido. Fue uno de esos besos impresionantes, alucinantes. No quería que se apartara ni que aquel beso terminara.

João Guilherme tenía experiencia y sabía exactamente lo que hacía. Me besó de tal forma

que me dieron ganas de quitarme la ropa y saltar sobre su regazo, sin ningún pudor, pero me contuve. La sensación era deliciosa, pero también angustiosa, porque por mucho que profundizara el beso, nada sería suficiente para mí. Casi perdiendo el control, gemí, totalmente rendida a su boca.

— Joder... — susurró Guilherme, separando nuestros labios pero manteniendo nuestros rostros muy cerca. Parecía esforzarse por apartarse. — Tenemos que parar.

— No quiero parar, porque me ha gustado besarte. Todo mi cuerpo reaccionó ante ti, João Guilherme. Ahora mismo, no creo que pueda ni caminar.

— Siempre dices lo que piensas, ¿no? — Aquello no era una crítica, y yo lo sabía, así que sonreí. — No se le dicen esas cosas a un hombre caliente.

— Sí, la mayor parte del tiempo no uso filtro. Creo que ni siquiera tengo uno. — Ambos nos reímos.

— A mí también me hizo bien. — A pesar de haber dicho algo positivo, Guilherme pronto se puso serio y adoptó una postura diferente a la de unos minutos antes. Se puso a la defensiva.

João Guilherme se enderezó en su asiento y me miró. En ese momento supe que tenía algo más que decirme.

— Será mejor que te alejes de mí, Melinda. No porque yo quiera, sino porque hay asuntos pendientes en mi vida que pueden afectar a cualquiera que esté cerca de mí. Créeme, no querrás acercarte demasiado. Eres pura, no has sido contaminada por mezquindades humanas.

Por lo visto, mi madrina conocía muy bien a João Guilherme, porque los dos dijeron prácticamente lo mismo. Eso no significaba nada, al fin y al cabo, yo sería capaz de decidir las personas que quería tener a mi lado.

— He estado pensando en ti más de lo que debería, así que por tu bien, aléjate de mí. Estoy haciendo todo lo posible por mantener las distancias, pero sin tu ayuda, no podré. Te lo ruego. — El tono de su voz era suplicante, pero al mismo tiempo me daba cuenta de que William estaba enfadado. Me sentí triste por ello. — Buena suerte con tu búsqueda de trabajo. Si necesitas algo, llámame.

João Guilherme me dio su tarjeta de visita, me besó en la mejilla y se inclinó sobre mí para abrir la puerta del ascensor. Sin decir una palabra, bajé.



Arranqué el coche, dejando atrás a Melinda. Estaba cabreado y odiaba aún más a Giovana. Más que nunca, necesitaba poner fin a esta situación. *¿Cuánto tiempo viviría preocupándome de que ella apareciera para interferir en mis decisiones y relaciones?*

El inocente beso de Melinda del día anterior me había perturbado más que cualquier noche de sexo que hubiera experimentado. Después de sentir sus labios en los míos, aunque fuera durante unos segundos, no podía pensar con claridad. No pensé en lo joven e inexperta que era, ni en mis reservas sobre volver a involucrarme en una relación. Sabía que esta chica nunca sería sólo un rollo de una noche.

Era obvio que Melinda también me deseaba, así que lo único que me impedía tenerla era la situación malsana en la que me encontraba con Giovana. Nunca me perdonaría haber expuesto a esa chica inocente a la maldad de mi ex. *Necesitaba poner fin a esta situación.*

Mientras conducía, recordé que me había despertado con la notificación de un mensaje enviado por un número desconocido. Era Giovana, diciéndome que estaba de vuelta en Río y que necesitaba hablar conmigo. En lugar de responder, bloqueé aquel número, como había hecho con todos los demás a través de los cuales mi ex había intentado ponerse en contacto conmigo. *Lo sabía. No iba a rendirse.*

Esa fue una de las razones por las que alejé a Melinda después de aquel beso, y fue una de las cosas más difíciles que he hecho nunca, sobre todo porque inhalar su olor me ha causado estragos. *¿También huele así entre las piernas? Joder, qué pensamiento más desafortunado*, me reprendí a mí mismo. Aquella chica me estaba volviendo loco y me hacía perder los nervios.

Antes de encontrar la manera de solucionar aquel problema, tenía que cumplir con mis obligaciones. Encendí el equipo de música del coche para olvidarme de aquellos momentos y salí a toda velocidad por las calles de la ciudad, sintiéndome nervioso.

Unos minutos más tarde, cuando llegué a la oficina, me dirigí a mi despacho y me encerré en él. De repente estaba de mal humor y di gracias al universo por no haber contratado a ningún cliente. Dedicaría el día a trabajar en los plazos y casos que ya tenía sobre la mesa.

Trabajé tanto que la mañana pasó rápidamente. Aunque me distraía con los casos que tenía delante, de vez en cuando cogía el móvil para ver si Melinda había llamado o enviado algún mensaje. No había nada. *Me preguntaba si estaría bien.* Río de Janeiro era peligroso para una

mujer como ella, que no estaba acostumbrada a la locura de la gran ciudad.

Pensé en llamarla para comprobar que estaba bien, pero recordé que no tenía su número de móvil. Rayssa debería tenerlo, pero si se lo pedía, mi hermana querría saber por qué estaba preocupada y todo eso. Lo último que quería era dar explicaciones, porque, para ser sincera, ni siquiera tenía ninguna.

Seguí trabajando hasta que sentí un rugido en el estómago. Ese fue mi aviso para salir a comer. Cogí el móvil y la cartera y decidí ir al restaurante de al lado de la oficina, así no necesitaría el coche.

Salí de mi despacho, leyendo algunos mensajes, y de repente oí una voz inconfundible.

— Gui. — Levanté la cabeza y vi a Giovana.



João Guilherme

— Me alegro de que estés aquí. Vine a verte, pero tu abusiva secretaria no quiso llamarte ni dejarme entrar — Giovana habló con su habitual arrogancia.

— No es abuso, es competencia. Ella sólo sigue mis órdenes — dije con la poca paciencia que aún me quedaba. — ¿Qué quieres, Giovana?

Ese fue de lejos el peor día para que apareciera mi ex.

— Necesito hablar contigo. Te he mandado mensajes, pero no me has contestado. De hecho, no has contestado a ninguno. — Su tono pasó de arrogante a dramático.

— Si no he contestado es porque no quiero verte ni hablar contigo.

— Gui, por favor... — Giovana encarnaba la mansedumbre con la que solía conseguir cosas de mí en el pasado. Sin embargo, ya no funcionaba.

— Sólo voy a hablar contigo porque también necesito aclarar algunas cosas. Pero después de esta conversación, no quiero volver a verte. — Fui breve y tajante, sin paciencia para lidiar

con ello una vez más.

Aline, mi secretaria, se avergonzó al verme volver a la oficina con mi ex. *¿Cree que me voy a quejar porque no me había avisado de la presencia de Giovana?*

— Vamos a mi despacho, no quiero que montes un escándalo aquí — dije, cediendo el paso a mi ex, que entró en la habitación sintiéndose victoriosa.

No me senté ni la invité a sentarse. Cerré la puerta tras de mí y me apoyé en ella con los brazos cruzados, totalmente impaciente.

— Habla — dije con rudeza, y ella sonrió, ignorando mi comportamiento agresivo.

Giovana era una mujer hermosa y una vez había estado loco por ella. Pero en aquel momento, lo único que sentía era desprecio. Me gustaría que fuera diferente, que aún pudiera ver en ella a la mujer inteligente y seductora que una vez me había conquistado, pero era imposible.

Mi madre la quería y nuestras familias solían estar muy unidas, así que ojalá las cosas hubieran acabado de otra manera, pero nunca podría perdonar e ignorar todo lo que me hizo.

— No quiero entrar en guerra contigo ni causarte problemas, Guilherme. He venido en son de paz. Este tiempo que he estado lejos ha servido para algo. Tal vez no lo creas, pero me convertí en una mejor persona y reconozco mis errores. Sólo date cuenta de que lo hice todo por amor...

— Este discurso sólo prueba que sigues enfermo. Nadie hace cosas tan estúpidas por amor. Los que aman no quieren que la otra persona sufra, porque el amor no es tan vengativo y mezquino como tú lo pintas.

— Puedes tratarme así, ¡me lo merezco! Puedes acusarme de lo que quieras, menos de no quererte demasiado. Gui, si me das una oportunidad... — Se acercó a mí e intentó rodearme el cuello con los brazos.

Le quité las manos tan suavemente como pude, y fue un esfuerzo sobrehumano, dadas todas las malas emociones que sentía en presencia de Giovana. Era necesario dejar las cosas claras, así que hablé con calma, para que ella entendiera que no había sido de la nada. Era irreversible.

— No hay posibilidad para los dos. Apenas puedo mirarte, no confío en ti...

— ¡Te amo, Guilherme!

— ¡No amas una mierda! ¡Aunque así fuera, ya no te amo, Giovana! ¡De hecho, ni siquiera sé si alguna vez te amé! Todo lo que puedo sentir por ti es desprecio. Así que deja de humillarte y vete. Visita a tus amigos, ve a la playa, de compras o lo que sea, ¡pero déjame en paz!

— No puedes echarme así, después de todo lo que hemos vivido.

— ¿Qué parte de lo que hemos vivido quieres enfatizar? ¿La parte en la que me dejaste vulnerable para poder acostarte conmigo sin condón y quedarte embarazada? ¿O la parte en la

que, tras quedarte embarazada y darte cuenta de que no íbamos a casarnos, te tomaste una cantidad desorbitada de medicamentos y mataste a mi hijo? — exploté. Este tema me estaba volviendo loca y a esas alturas estaba sudando y temblando. Giovana siempre conseguía despistarme. — ¡Vete de aquí, chica! ¡Vete y no vuelvas! — gritaba

— ¡Esto no va a quedar así, Guilherme! — gritó ella más fuerte que yo.

— Ah, por fin has enseñado las garras que tanto intentabas esconder, ¿verdad?

— ¡Imbécil! Me las pagarás caro. Nunca te dejaré solo. ¡Nunca serás feliz si no estás a mi lado! — Entre gritos, Giovana amenazó con atacarme.

— ¡Quédate exactamente donde estás! ¡Ya he tenido bastante! Si me agredes una vez más o sigues acosándome, te juro que te denuncio y pido una orden judicial que te prohíba acercarte a mí.

— ¿Y cuál es mi delito? ¿Quererte demasiado?

— No. Acoso, según el artículo 147-A del Código Penal. Te puedo enseñar: acechar a una persona; amenazar física o psicológicamente a alguien, restringiendo su capacidad de movimiento; invadir o perturbar la libertad o intimidad de otra persona... Seguro que te identificas con alguno de estos delitos, ¿no? Te demandaré sin dolor, Giovana. ¡No me provoque!

— ¡Ningún requerimiento judicial puede alejarme de ti!

— ¡Olvídate de *mí*, joder! ¡Déjame en paz, carajo!

— ¡Nunca, João Guilherme! ¡Yo te quiero! ¡O te quedas conmigo o no te quedas con nadie más! — gritó, con los ojos llenos de malicia.

— Encima de todo, ¿me estás amenazando?

— Tómatelo como quieras. Ahora me voy, ¡pero no creas que te has librado de mí!

Finalmente, Giovana salió de mi despacho dando un portazo. Unos instantes después, en un arrebato de ira, cogí un vaso vacío de la mesa y lo lancé con fuerza contra la pared, haciéndolo estallar en mil pedazos.

— Mierda — dije un poco más calmado.

Odiaba perder el control así, y odiaba aún más que Giovana tuviera el poder de sacarme de mis casillas cada vez que nos encontrábamos. Mientras respiraba hondo, mi padre entró en mi salón, sobresaltado.

— ¿Qué ha pasado aquí, Guilherme? — Mi padre señaló los numerosos fragmentos de cristal que había en el suelo.

— Ha pasado Giovana, papá. La protegida de mi madre acaba de salir de aquí y, como de costumbre, casi me vuelve loco.

— ¿Qué quería?

— Hacer de mi vida un infierno, ¡por supuesto! Sé que suena ridículo, papá, pero no

puedo soportarlo más. Voy a pedir una orden de alejamiento contra ella. Quiero a esa mujer fuera de mi vida.

— ¿En qué te basarás para solicitarla? — Mi padre puso cara de incredulidad.

— Acoso.

El señor Augusto asintió, pero su expresión facial demostraba que no estaba de acuerdo con mi decisión. La única persona de la familia que me entendería y apoyaría en este caso era Rayssa. Mi hermana siempre me apoyó.



Me entristeció lo que dijo João Guilherme en el coche. Más que pedirme que me alejara, la tristeza que vi en sus ojos fue devastadora. Algo muy malo había pasado en su relación anterior, y no podía imaginarme qué podía ser. Parecía un buen tipo, no se merecía nada malo.

Momentáneamente, decidí dejar de lado estos pensamientos y concentrarme en mi búsqueda. Aunque todavía era temprano, el restaurante ya estaba abierto, así que entré y me recibió una mujer elegante.

— Buenos días, señorita. ¿Desea una mesa? — Además de elegante, la chica era muy educada.

— Buenos días, señorita. En realidad, he venido por la oferta de trabajo anunciada en Internet.

— Ah, sí. Por desgracia, la vacante se cubrió ayer. Le pido disculpas, porque aún no hemos actualizado la información en Internet. — A pesar de la simpatía de la mujer, me marchité. Mi primer intento había fracasado.

— Buenos días, señora. ¿En qué puedo ayudarles? — una voz masculina llamó nuestra atención. — Soy Víctor, el dueño del restaurante. — Extendió la mano para saludarme y sonrió.

— Encantada de conocerle, soy Melinda. He venido por la vacante, pero su empleado me ha dicho que ya estaba cubierta. Es una lástima. De todas formas, gracias.

— Quizá pueda pensar en otra vacante para usted. Vayamos a mi despacho y charlemos. — Percibí un tono extraño en su voz.

Miré a la empleada en busca de alguna señal de que era seguro, y ella me dedicó una

débil sonrisa. Tuve miedo, pero como necesitaba el trabajo y el dueño del establecimiento no estaría tan loco como para intentar algo allí, seguí al hombre. Cuando llegamos al despacho, cerró la puerta y me pidió que me sentara.

— Melinda, ¿qué sabes hacer? — Víctor se sentó en la silla frente a mí.

— Sé cocinar. No tengo experiencia en restaurantes, pero sé cocinar muy bien. También sé servir mesas y limpiar si es necesario.

— Eres demasiado guapa para limpiar suelos, querida. — No me gustó el tono de tu voz.

— Mi aspecto no tiene nada que ver con las funciones que puedo desempeñar aquí, Sr. Victor.

— En mi opinión, sería un desperdicio que estuvieras limpiando, sirviendo mesas o incluso cocinando. Usted se merece algo mejor. — En ese momento, me di cuenta de lo mezquino que eras.

— No me interesa más, sólo quiero un trabajo honrado. Si no tienes uno que ofrecerme, no me hagas perder el tiempo.

— Cálmate, jovencita. No seas tan juguetona. Lo que tengo que ofrecer podría ser bueno para los dos. Pase tiempo conmigo y le pagaré muy bien por ello.

Me levanté inmediatamente, arrastrando mi silla. Me enfrenté a él, mostrando mi descontento.

— Escucha, idiota. No estoy en venta. He venido a buscar trabajo en un *restaurante*, no en un burdel. Si crees que puedes comprarme, ¡te equivocas! No volveré a entrar en esta pocilga, ni siquiera como cliente — maldije, sintiéndome ofendido, mientras el idiota se reía, impasible ante mi indignación.

— Eso no me preocupa. Es obvio que no podría permitirse comer aquí. Eres pobre y, al parecer, estúpido. Con un cuerpo así, podrías estar muy bien, pero no sabes aprovechar las oportunidades. Un cuerpo como el tuyo te llevaría lejos y...

Antes de que pudiera terminar, abandoné toda la educación que había recibido de mis padres y le contesté de lleno.

— ¡Vete a la mierda, gilipollas pervertido y arrogante! Eso no me convence. Puede que no tenga dinero, pero tengo carácter y dignidad, ¡cosas que ninguna cantidad de dinero puede comprar! — le grité en la cara y salí dando un portazo.

Sólo dejé de gritar cuando llegué a la acera. Caminé un poco más, alejándome de allí, porque no quería darle a aquel maltratador el placer de ver que me había zarandeado. A una distancia prudencial, me detuve para respirar e intentar controlar las ganas irrefrenables de llorar, porque aquel hombre no se merecía mis lágrimas.

Tras un primer intento frustrante, renuncié a buscar trabajo en otro sitio, al menos ese día. Aquel hombre repugnante había conseguido desestabilizarme, y al día siguiente volvería a

empezar. *Ahora, lo único que quiero es volver a casa.*



Melinda

Llegué a casa, me duché y, cuando fui a la cocina a buscar algo de comer, vi un plato, cubierto por otro, encima del fregadero. Si conocía a mi madrina, debía de haberlo dejado para mí. Aun así, le envié un mensaje para aclarar mis dudas. Dorinha no tardó en responder que ya había almorzado y que, sí, había traído comida para mí. Era la primera vez que comía algo hecho por la cocinera de la mansión.

Además de mi madrina, que era la ayuda de cámara, y de Carlos, el chófer, tenían un cocinero, un planchador, un jardinero, un encargado de la piscina y guardias de seguridad en la puerta. Aún no conocía a la mayoría del personal ni a los padres de Rayssa y João Guilherme. Lo único que sabía de ellos era lo que había dicho mi madrina: los Castro Marin eran excelentes personas.

Destapé mi plato y el olor a salmón invadió mis fosas nasales. Nunca había comido ese tipo de pescado rosáceo, pero lo había visto varias veces en televisión y siempre había sentido curiosidad por probarlo.

Calenté la comida en el microondas, me senté a comer y apenas me había metido el primer bocado en la boca cuando se abrió la puerta principal. Casi me sobresalto. Rayssa entró como un huracán, llevando a otra chica en brazos.

— Mel, Dorinha me ha dicho que habías llegado, así que he venido corriendo a enterarme de las novedades. También quiero presentarte a Celina.

Si no hubiera estado acostumbrada a la forma de hablar de Rayssa — todo entrecortado —, no habría entendido ni una palabra. Era una chica loca y encantadora.

— Empecemos con las presentaciones. Mel, esta es mi mejor amiga Celina. No estés celosa, porque también eres una fuerte contendiente para el puesto. Celina sólo gana por su tiempo en la casa. — Rayssa me guiñó un ojo. — Pero tengo un gran olfato para estas cosas y sé que tú también serás mi mejor amiga. De todos modos, somos un trío.

La otra chica miraba atentamente lo que decía Rayssa. Las dos no se habían quitado la sonrisa de la cara desde que entraron.

— Celina, esta es Melinda, nuestra nueva amiga de la infancia. — Era imposible no reírse ante esta, cuanto menos, peculiar presentación.

— Encantada de conocerte, Celina. — Le estreché la mano y ella sonrió con dulzura.

— Encantada de conocerte — respondió suavemente.

Dicen que los polos opuestos se atraen, y yo creía en esa premisa. Celina parecía tímida, delicada y discreta, mientras que Rayssa era vivaz y espontánea.

— Siéntanse como en casa, chicas. Voy a comer mientras hablamos, espero que no os importe.

Por cierto, la comida estaba deliciosa. Después de comer, pedí que me disculparan para lavarme los dientes y luego pasamos el resto de la tarde charlando.

Celina era encantadora y me cayó bien enseguida. Era agradable tener a alguien con quien hablar después de una mañana tan estresante. Les conté que no había conseguido el trabajo en el restaurante, pero no mencioné la humillación que había sufrido por ser mujer y pobre. Tuve el disgusto de cruzarme con esa escoria, pero las chicas no necesitaban entrar indirectamente en contacto con esa parte cruel de nuestra sociedad. Me gustaba compartir las alegrías. Las cosas tristes, la mayoría de las veces, me las guardaba para mí.

Al final de la tarde, cuando las chicas se fueron, me quedé a solas con mis pensamientos. Pensé en João Guilherme, preguntándome si habría llegado a casa y si estaría bien. No debería haberme preocupado por eso, pero era inevitable. No podía dejar de pensar en aquel hombre.

Para despejarme, decidí dar un paseo cerca de casa. Me duché y, como hacía bastante calor, me puse unos pantalones cortos y una camiseta fresca. Cuando salí de casa, miré el exterior de la mansión, que era enorme y parecía vacía. El lugar seguía impresionándome. El jardín era grande, había una piscina y una pista polideportiva, todo muy bonito y bien cuidado.

Miré a mi alrededor y, como de costumbre, no vi a nadie. Fui a la zona de la piscina, que estaba bastante apartada y alejada de la mansión, y me senté en el borde, con los pies en el agua. Hacía calor, muy agradable.

Apoyé las manos en el suelo, inclinándome un poco hacia atrás, y admiré el hermoso cielo estrellado. Automáticamente pensé en mis padres. Se me estrujó el corazón y una lágrima recorrió mi mejilla.

Casi nunca lloraba cuando pensaba en ellos, ya que era una promesa que le había hecho a mi padre, pero en momentos como aquel, me permitía lavarme el alma, aunque sólo fuera con una lágrima. Lo que me reconfortaba, ante aquella añoranza, era saber que estaban juntos en otro plano; en cambio, me dolía recordar que estaba sola.

— Por fin alguien utiliza la piscina. — Me sobresaltó la voz gruesa que siempre me producía escalofríos...

— Hola, João Guilherme. Lo siento, no debería estar aquí, pero necesitaba un pequeño descanso. — Intenté levantarme, pero me hizo un gesto con las manos para que me quedara donde estaba y se sentó a mi lado.

— Tranquilízate. No pasa nada, no tienes que irte. Incluso puedes bañarte si quieres. — No pude evitar sonreír al ver que sonreía.

El cuerpo de Guilherme estaba prácticamente pegado al mío, así que aproveché para burlarme de él.

— Apártate, hay sitio de sobra alrededor de la piscina — dije, empujándolo con el peso de mi cuerpo. — Me dijiste que me apartara, pero te pegaste a mí. — Intenté fingir seriedad, pero no pude evitar reírme.

Cuando se dio cuenta de que era una broma, también se rió. En aquel momento, me perdí totalmente en su sonrisa. João Guilherme era demasiado guapo, todo en él lo era.

— Está bien, pero... sólo por hoy, me quedaré aquí, cerca de ti. Creo que son tu dulce olor y tu dulce voz los que me traen una sensación de paz — dijo sin miramientos y suspiró. — También tienes que dejar de robarme besos. Un día no podré resistirme y la liaremos parda.

Noté que me devolvía la broma y quise flirtear con él, pero su sonrisa era tan débil y triste que quise saber por qué.

— ¿Un mal día? — Odiaba todo el misterio que rodeaba la vida de João Guilherme, quería entenderle y ayudarle de alguna manera.

— Muy malo. La única parte buena fue el ascensor que te di y, sobre todo, el beso que me robaste, dulce Melinda.

— Puedo decir lo mismo. — Recordé el episodio del restaurante y mi semblante también se entristeció.

— ¿No conseguiste el trabajo?

— No, pero no importa. Mañana será otro día y todo irá bien. — Forcé una sonrisa. — ¿Y qué te ha estropeado *el* día?

Guilherme me miró en silencio. Era un tipo muy cerrado, no iba a abrirse a mí, pero yo tenía mis argumentos.

— Mira, João Guilherme. Nos besamos y fue muy bonito, tanto que yo quería mucho más, pero tú me privaste de ello. Ahora, estoy aquí sola y tú te aferras a mí, como si necesitaras contacto, y yo te lo permito. — Esta vez me he puesto serio. — No te pido que te cases conmigo. Podemos ser amigos, ya que tú también quieres contacto conmigo, aunque me dijiste que me alejara. Los amigos hablan, ¿no? — No esperaba respuesta, pero asintió afirmativamente. — Entonces creo que será mejor que abras la boca y me cuentes qué está pasando. De lo contrario, ni siquiera seremos amigos, y voy a empujarte a esta piscina, porque tu resistencia ya me está poniendo de los nervios. — Encarné a Rayssa y lo dije todo de una vez.

Guilherme se rió a carcajadas, y yo disfruté del sonido. Era agradable verlo feliz, aunque fuera por unos instantes.

— ¿Siempre has sido tan curiosa? — preguntó, aún riendo.

— No se trata de curiosidad. — João Guilherme me miró con las cejas levantadas. — De acuerdo, soy un poco curioso. Pero la verdad es que me importas y no me gusta verte triste. Comprendo que seas un poco cerrada, porque yo también lo era, pero he cambiado, porque mi padre decía que no es sano guardarse las cosas para uno mismo y que eso enferma. Así que, por favor, habla conmigo.

Incluso con todos mis argumentos, pensé que no hablaría, pero me sorprendió.

— Salí con una mujer durante casi dos años. Era la hija de una amiga de mi madre y también su ahijada. Nos conocimos de niños y me pareció una buena chica. Tal vez un poco mimada, pero soportable. Pensé que valdría la pena — dijo Guilherme sin rodeos. — Al principio nos llevábamos bien y yo estaba enamorado de ella, pero a menos de un año de relación surgieron los primeros problemas.

Quería decir que todas las relaciones pasan por problemas, pero me callé porque sentía que confiaba en mí y no quería interrumpirlo.

— Giovana era extremadamente posesiva y, en consecuencia, ofensiva y agresiva. Sentía celos de cualquier mujer que se me acercara, incluso de mi hermana. Me complicó la vida en la universidad, apareciendo de repente y armando un escándalo si veía a una chica cerca de mí. Las cosas se volvieron insoportables y rompí con ella por primera vez.

La mirada de Guilherme era una mezcla de tristeza, rabia y dolor. Arrastré mi mano por el suelo hacia la suya y le toqué ligeramente los dedos, animándole a continuar. Me miró y volvió a apartar la mirada.

— Lloró, suplicó y pidió volver, prometiendo que cambiaría. En aquel momento, aún me

gustaba y le di una oportunidad. Las cosas mejoraron durante un tiempo, pero luego volvió a ocurrir, a veces incluso peor que antes. Tuvimos una sucesión de peleas y rupturas. Establecimos un ciclo malsano entre nosotros, hasta el punto de que ella dijo que iba a suicidarse. Giovana dejaba de comer, me rogaba que volviera, le pedía a mi madre que me convenciera, y yo acababa volviendo.

João Guilherme abrió su corazón de una forma que nunca imaginé que lo haría y eso me hizo feliz. Al mismo tiempo, el dolor de su rostro me dolió. No se merecía pasar por todo eso.

— Con el tiempo, las cosas se pusieron muy mal. La tensión en nuestra relación era evidente. En nuestra última noche juntos, fuimos a la fiesta de cumpleaños de un amigo común. Para variar, nos peleamos y decidí que cuando nos fuéramos, cada uno tomaría su camino. Ese fue el final. No podía soportarlo más. Esa noche, antes de salir de casa, acordamos que ella conduciría para que yo pudiera beber, así que fuimos en su coche. Durante la fiesta, le dije que me iba a quedar a dormir, y ella obviamente se preguntó por qué.

— Por lo que me cuentas, ya ni siquiera tenía ganas de fiesta.

— Exacto. Yo estaba allí, pero sólo pensaba en irme. Me quedé un poco más, sólo porque mi amigo insistió en que esperásemos a que se partiese la tarta — confirmó Guilherme. — Antes incluso de llegar a casa, noté que había algo diferente en mí. Me sentía extraño, con una euforia loca y unas ganas absurdas de tener sexo. Tenía una erección contra mi voluntad, a pesar de que no estaba siendo estimulado. No puedo explicarlo.

Aunque crecí en el campo, las noticias y las telenovelas estaban llenas de historias como ésta. Esperé a escuchar el resto antes de hablar.

— Obviamente, Giovana no me llevó a mi casa, sino a la suya. Su madre estaba de viaje, así que la loca era libre de hacer lo que quisiera. — João Guilherme se puso aún más tenso en aquel momento. — Cuando me di cuenta de que estaba en su puerta, no reaccioné. No me sentía completamente lúcido ni capaz de pronunciarme contra nada. Mis pensamientos eran tan confusos que ni siquiera puedo describir hoy cómo me sentía realmente, así que no me resistí. Cuando llegamos a su casa, me metí directamente en la ducha, pensando que podría ayudarme con mi estado de confusión y excitación.

— ¿No te ayudó?

— No, Giovana era lista y lo tenía todo planeado. Entró en el baño conmigo, se quitó la ropa y empezó a estimularme. — Había cierto rencor en el tono de voz de Guilherme. — Sabía que no estaba afectado sólo por la bebida, porque yo había bebido antes y nunca me había sentido así. Eran reacciones incontrolables. Por si fuera poco, seguía besándome y frotándose contra mí. En aquel momento, no podía pensar racionalmente y... — Hizo una pausa y me miró.

— Puedes hablar, João Guilherme. Ya no soy un niño, sé lo que es el sexo.

— Sólo podía pensar con la polla, así que follamos como dos conejos. Yo me corrí en dos

minutos, y ella probablemente no se corrió en absoluto y ciertamente no le importó. Al día siguiente, descubrí que Giovana me había drogado.

— ¿Cómo consiguió que tuvieras una erección? No creí que pudiera... tener una erección si estaba drogado.

— Esta droga actúa diferente en el cuerpo. Era GHB, la droga de la violación. Sospeché porque era abogado en un caso en el que tuve que estudiar todo sobre esta sustancia. Provoca una sensación de euforia y aumenta el deseo sexual del consumidor. Eso es exactamente lo que me pasó, y fue la reacción menos grave que podía haber tenido. Si la dosis hubiera sido un poco más alta, podría haberme matado.

No pude evitar que se me cayera la mandíbula y me invadió un sentimiento de indignación.

— Después del sexo, estaba agotada y me quedé dormida. Al día siguiente, me desperté sintiéndome muy mal. El dolor de cabeza era insoportable, junto con los vómitos, los mareos y una sensación de debilidad. Lo que más deseaba era ir al hospital, pero Giovana seguía poniendo diversos obstáculos y justificaciones para que no fuera.

— Desde luego, se sentía atrapada.

— Es cierto. Giovana se puso nerviosa de una manera casi incontrolable, así que la presioné, imaginando que la desgraciada había hecho alguna estupidez. Le dije que iba a ir al hospital a pedir un análisis toxicológico para saber qué me había echado en la bebida. Era mi oportunidad de tener pruebas para demandarla e incluso meterla en la cárcel. El GHB es una droga ilícita, había estado traficando con algo fuerte y yo se lo había dicho.

— Me cago en la puta. Qué loca — grité, incapaz de contenerme. — Lo siento.

— No por eso — dijo, refiriéndose a mis disculpas. — Tenía miedo de lo que pudiera pasarle y me confesó que en realidad había puesto la droga en mi bebida. Por primera vez, quise pegar a una mujer. De hecho, quería que fuera un hombre para poder darle una paliza, pero eso no sería posible. No podía porque infringiría la ley y perdería la cabeza, pero sobre todo porque iba en contra de mis principios. Así que, después de una discusión muy fea, aunque estaba muy enfermo, me fui de su casa para no volver jamás.

Cuando João Guilherme terminó de hablar, solté el aire que parecía atrapado en mis pulmones, intentando contener las lágrimas que caían por mi cara. Nunca había oído una historia así, parecía sacada de una película. Le miré y noté su mirada perdida y su rostro preocupado.

Le cogí la mano y uní nuestros meñiques, para demostrarle que estábamos juntos, que podía sentir su dolor. Miró nuestros dedos enlazados y me dedicó una sonrisa triste.

— Lo siento — le dije con sinceridad.

— Esa ni siquiera fue la peor parte de la historia, Melinda. Lo que me hizo Giovana fue terrible, pero soy un tipo duro y sobreviví, lo peor fue lo que le hizo a una niña que no tenía

ninguna posibilidad de defenderse...



Cuando terminé de contar mi fatídica historia, el rostro de Melinda estaba bañado en lágrimas. Estaba preciosa y sensible.

— Ni siquiera sé qué decir. — Se lamentaba y yo le sequé las lágrimas.

— Ya estoy bien, se acabó. Hablar contigo también fue bueno, porque ni siquiera mi familia sabe lo de las drogas.

— Gracias por confiar en mí.

— ¿Te das cuenta ahora de lo loca que está esta mujer? Giovana no mide las consecuencias de lo que hace, no razona cuando quiere algo. — Melinda asintió. — Por eso no quiero involucrarme con nadie en este momento. No quiero arrastrar a otra persona a mi fango hasta que todo se haya solucionado.

En silencio, Melinda cogió nuestras manos, que estaban unidas por los meñiques, y besó las mías. *¡Joder! Es tan dulce.*

— Eres buena y pura, no puedo dejar que Giovana te ataque para llegar a mí.

— Entiendo tu punto de vista, pero ¿no crees que debería decidirlo yo? — La cara de Melinda estaba tan cerca de la mía que no se me ocurrió ninguna respuesta. — ¿Puedo pedirte que me beses otra vez? Lo necesitamos hoy. Mañana volveremos a ser amigos.

No pude resistirme a esa petición y la besé. Melinda tenía razón, realmente lo necesitaba. La necesitaba, al menos en ese momento.



Melinda

João Guilherme y yo estábamos cumpliendo la promesa que nos hicimos después de nuestro beso en la piscina.

Entendía su punto de vista después de oír su historia con su ex, y no quería causarle más estrés. Sin embargo, no podía verlo, de lo contrario querría a ese hombre. Sentía que él vivía el mismo dilema que yo, y también me evitaba.

Esa semana salí todos los días para repartir mis currículos, pero siempre esperaba a que William se fuera a trabajar primero. Le echaba de menos, por supuesto. Era increíble cómo, a pesar de conocernos desde hacía menos de un mes, ya les quería tanto a él y a Rayssa.

Durante la semana, Rayssa insistió en que fuera a su casa, y así lo hice. Conocí a la señora Helena, la madre de mi amiga, que era una mujer elegante y educada. Era simpática, pero no tenía el carisma de sus hijos. No conocí a su padre en aquella ocasión.

El sábado por la mañana me levanté desanimado porque no me había llamado ninguna de las empresas en las que había dejado mi currículum. Por si fuera poco, no soportaba la idea de

ver a João Guilherme, ni siquiera de lejos. Para deshacerme de la melancolía, me di una larga ducha. Opté por ponerme ropa limpia, ya que aquel día hacía un calor absurdo. Sentía que me iba a derretir en cualquier momento. Si la temperatura seguía así, llamaría a mi madrina para que fuéramos a la playa al día siguiente.

Justo cuando me estaba terminando el café, la puerta se abrió de repente y me eché a reír.

— Buenos días, huracán — saludé a Rayssa, que seguía de espaldas a la puerta, sentada en la encimera. No necesité ver para saber de quién se trataba.

— Buenos días, Mel. Levanta el culo. Tienes veinte minutos para arreglarte o Gui se irá sin nosotros. —El corazón me dio un vuelco al oír su nombre, pero intenté disimularlo, fingiendo que no me importaba. Hacía todo lo posible por mantenerme alejada, pero a veces al destino le gustaba reírse de mí.

— ¿Puedo preguntar adónde quiere llevarme hoy, señora Rayssa?

— Vamos a la playa a ver el voleibol de los chicos. Celina nos encontrará allí. Vamos, chica, ponte el bikini. — Me apresuró, sonriendo y tendiéndome un paquete. — Toma, es tuyo. Te he comprado un regalo. — Me levanté para abrazarla.

— Gracias, Ray. No tenías que molestarte, iba a comprarlo — le agradecí, cogiendo el bikini.

— Sí, tenías que hacerlo. Si te hubiera dejado comprarlo, seguro que habrías elegido uno con shorts — dijo seria, pero luego nos reímos.

— ¡Tonta! Voy al baño a ponérmelo. Siéntete como en casa.

Tendría que haber declinado la invitación y mantener las distancias con João Guilherme, para evitarnos problemas a los dos. Pero maldita sea, no era tan fuerte, no podría hacerlo.

Una vez vestida, fui a la habitación de mi amigo para ver cómo había quedado. Esta vez no me sorprendió tanto, ya que había llevado uno igual antes.

— ¡Vaya! Estás increíble. Joder, me vas a eclipsar así.

— No seas tonta. Eres hermosa, es imposible que eso suceda.

— Sí, lo sé, sólo estaba siendo educada. — Nos reímos de la broma de Rayssa. — Ahora, ponte algo de ropa y vámonos. No hace falta que lleves crema solar y crema para después del sol, yo las tengo. — Asentí con la cabeza. De todas formas no tenía ninguna de las dos cosas.

Me puse unos vaqueros y una camiseta, cogí el móvil y salimos de casa.

— Ya se lo he dicho a Dorinha — Rayssa se anticipó a mis pensamientos en cuanto llegamos al garaje.

Como antes, João Guilherme ya nos estaba esperando. Sin embargo, el impacto de verlo en aquel momento fue aún mayor, porque parecía aún más caliente. Una vez que probé lo delicioso que era besarlo, el calor se hizo aún mayor. *Que Dios me ayude.*

Guilherme llevaba pantalones cortos y una camiseta blanca, pero el encanto estaba en sus

gafas estilo aviador y su gorra. *Chico, ¡ese hombre es guapísimo!*

Me quedé mirándole fijamente. Disimulé inmediatamente, justo a tiempo para ver que, a diferencia de mí, él no se esforzaba en disimular que admiraba mi cuerpo. Sonrió y casi me mata.

— Buenos días, Melinda.

— Buenos días, João Guilherme — sonreí en respuesta a la sonrisa que me dedicó.

— Vámonos, pues — pidió Rayssa, y él apartó la mirada de mí, dirigiéndose al coche.

Por el camino, mientras João Guilherme y yo permanecíamos en silencio, Rayssa hablaba por los dos. Minutos después, llegamos a la playa y mi amiga bajó corriendo a reunirse con Celina, dejándonos solos.

Estaba nerviosa, su presencia me afectaba de tal manera que no sabía cómo actuar. Sin embargo, Guilherme me tomó por sorpresa cuando se acercó a mí y me abrazó con fuerza. Los intensos sentimientos contenidos en aquel abrazo eran algo que no quería admitir, ni siquiera a mí misma.

— Te he echado de menos — dijo sin dejar de abrazarme, sorprendiéndome de nuevo.

— Yo también — admití.

A decir verdad, quería que me besara, sólo una vez más, pero no se lo pedí ni tomé la iniciativa.

— Por favor, dime que no llevas el mismo bikini que la última vez. — Su susurro en mi oído antes de apartarse me produjo escalofríos.

— No es el mismo, porque el anterior se lo prestó tu hermana, y este me lo ha regalado ella.

— ¡Oh, mierda! Si vino de Rayssa, me va a joder la cabeza. — Me reí de la forma en que lo dijo.

— Por fin llegó el *príncipe*. Justo te estaba llamando — Paulo André, su amigo, sonrió al detenerse junto a nosotros.

— Acabo de llegar y me he dejado el móvil en el coche. — Los dos se estrecharon la mano en un saludo típicamente masculino, luego P.A. me dio dos besos en la mejilla y preguntó:

— ¿Has venido a animarme, nena? — Me di cuenta de que estaba bromeando.

— No te acerques demasiado, colega. Habla desde lejos — reprendió João Guilherme a su amigo, y éste se echó a reír.

— ¿Me he perdido algo? ¿Soy yo o hay algo de celos aquí? — João Guilherme se rió de la burla de su amigo, pero no contestó.

P.A., como lo llamaban sus amigos, parecía un buen tipo. Siempre estaba sonriendo y bromeando, era amable y no veía malicia cuando me miraba. Rayssa y Guilherme le adoraban.

— Así que, empecemos — P.A. habló con Guilherme.

— Quédate con las niñas mientras yo juego, y no te metas sola en el mar, porque es muy

bravo y peligroso para quien no está acostumbrado. Entonces me meteré contigo. — Me guiñó un ojo y mi corazón dio un brinco. Asentí, toda derretida, y recibí un beso en la mejilla. Guilherme se quitó la camiseta, me la dio y corrió hacia la pista de voleibol.

Me alegró ver que se preocupaba por mí y me trataba de forma atenta, muy diferente de como yo pensaba que lo haría después de nuestra última conversación. Me derretía entera, dándome cuenta de que el esfuerzo de pasar toda una semana lejos de él había sido inútil.

João Guilherme me confundía. En un momento me alejaba y al siguiente me atraía. Seguramente estaba tan confundido como yo.

Alejé ese pensamiento y me uní a las chicas en la arena. Rayssa me untó crema solar y nos sentamos a ver el partido.

La escena me recordó a una de mis películas favoritas, Top Gun, en la que Tom Cruise jugaba al voleibol en la arena con sus compañeros de equipo. Cuatro hombres guapísimos, sin más ropa que bañador y gafas de sol; todos sudados, moviéndose delante de mí, entre tiros y celebraciones, dando lo mejor de sí mismos en el partido. João Guilherme era el más guapo y sexy entre ellos; también era el más alto y fuerte. *Ahora quería lamerle todo el cuerpo.* Me reí de mi propio pensamiento y Rayssa me miró.

— Realmente es una escena inspiradora. Sin duda, mi hermano y sus amigos son los favoritos de Dios en lo que a belleza se refiere. — Mi amiga admiraba a los chicos, igual que yo.

João Guilherme hizo un recorte y marcó; aplaudimos. João miró en mi dirección y me guiñó un ojo. No era difícil predecir lo que pasaría: sonreí como una tonta, casi convirtiéndome en un charco allí mismo.

— ¿Qué cojones? ¿Qué me he perdido? ¡Mi hermano acaba de guiñarte un ojo! — Rayssa me empujó con el hombro, riéndose. En lugar de contestar, seguí riéndome. — Mel, niña traviesa. Cuéntame bien esta historia.

— No hay ninguna historia. Somos amigos, ¡eso es todo! — Eso fue una verdad a medias. ¿Eramos amigos? Sí. ¿Quería más? Claro que sí. Después de todo, João Guilherme valía todos los riesgos.

— Estás salivando por mi hermano, y él coquetea contigo, ¿cómo es que no hay historia? ¡Sabía que no podríais resistiros el uno al otro! — dijo ella, celebrando.

— Creía que me habías dicho que me mantuviera alejada de él. — A pesar de hablar con Rayssa, no aparté la mirada de Guilherme.

— No lo hice. Le dije lo mismo, pero realmente quería emocionarlos. Sé que no hay nada más excitante que la prohibición. Mira, funcionó. — Mi amiga me abrazó. — Soy totalmente del equipo Jolinda.

— ¿Jolinda?

— Te estoy *enviando*. João + Melinda = Jolinda. — En ese momento, Celina se rió,

recordándome que ella también estaba allí. La chica era tan callada que a veces pasaba desapercibida. Me reí con ella. — Incluso voy a crear un hashtag. ¿Tienes Instagram? — Lo negué. — Te haremos uno este fin de semana. — Todo para Rayssa era motivo de celebración, y eso era algo que admiraba de ella.

La anotación de otro punto por parte de Guilherme desvió nuestra atención. Cada punto que anotaban los chicos, ellos lo celebraban en la pista y nosotros en la arena. Era un partido de dobles — João Guilherme y P.A. contra Vinícius y Maurício. Obviamente, animábamos a nuestro chico.

El partido terminó dos sets a cero para João Guilherme y Paulo André. Lo pasaron en grande. En cuanto terminó el partido, Vinícius y Maurício se despidieron y se marcharon, mientras nosotros nos quedábamos disfrutando de la playa.

Cuando João Guilherme y P.A. se acercaron, Rayssa corrió a abrazar a su hermano y a su amigo. Celina y yo también nos levantamos, pero nos limitamos a mirar.

— ¿No vas a felicitarme por mi victoria? — me preguntó Guilherme, lleno de encanto. Ese fue mi incentivo para abrazarlo.

Al acercarme, me rodeó con sus brazos, levantándome del suelo. La sensación de nuestros cuerpos juntos y sudorosos me hizo efecto, y su piel caliente me puso los pelos de punta.

— Enhorabuena, jugador. — En ese momento, nuestros rostros estaban a escasos centímetros.

— Gracias. — Guilherme estaba tan cerca que podía sentir su aliento en mi cara y, a pesar de estar todo sudado, su delicioso olor me perturbaba.

— Oye, amigo, deja el coqueteo para después, ahora es tiempo de celebrar. Me muero de sed y de hambre — dijo Paulo André, y João volvió a bajarme.

Nos sentamos en un quiosco y los chicos pidieron un cubo de cerveza, refrescos y algo de picar. João Guilherme se sentó a mi lado, pegado a mí, y Paulo André se sentó a su lado. Rayssa y Celina se sentaron frente a nosotros.

Cuando llegaron las bebidas, nos servimos. Yo opté por un refresco, al igual que Celina, pero Rayssa estiró el brazo para coger una cerveza. Antes de que pudiera alcanzarla, Paulo André la detuvo.

— Ni lo intentes, niña. No tienes edad para beber. — Tiró del cubo de cerveza hacia la otra esquina de la mesa, molestando a Rayssa.

— Déjalo ya, P.A. — protestó mi amiga. — Dentro de unos días cumpliré dieciocho años. — Alargó la mano hacia el otro lado de la mesa para coger el cubo, pero él volvió a detenerla.

— Mejor aún, significa que dentro de unos días podrás beber. — Contrariada, Rayssa

amenazó con beber de todos modos.

— Rayssa, ¡no! — le advirtió João Guilherme, una sola vez, y aun en contra de su voluntad, respetó a su hermano.

Con toda naturalidad, cogió una lata de refresco y se la entregó. Mi amiga le hizo una mueca a João Guilherme, pero la cogió y se la bebió.

— Tenéis demasiada cara de mala leche. — No estaba realmente enfadada, pero aun así los provocó.

— Somos hombres de ley, querida. ¿De verdad crees que infringirás la ley a nuestro alrededor? — bromeó Paulo André, Rayssa le echó la bronca y nos echamos a reír.

Unos minutos más tarde llegaron los aperitivos y comimos charlando y bromeando en un ambiente agradable. João Guilherme estaba súper relajado, y me encantó verle así, sobre todo después de todo lo que habíamos hablado una semana antes.

Terminamos de comer y volvimos a la arena. Me tumbé en una canga, con Rayssa y Celina a mi izquierda y João Guilherme sentado a mi derecha. Los chicos charlaban mientras tomábamos el sol.

El sol era muy fuerte. Incluso en la orilla de la playa, donde hacía mucho viento, notaba que me quemaba la piel. Me tumbé boca abajo durante media hora. Las marcas casi habían desaparecido.

— Creo que deberías volver a aplicarte la crema solar. Tienes la piel muy roja — sugirió João Guilherme.

Todavía con los ojos cerrados y sintiéndome muy relajada a pesar del fuerte sol, sonreí discretamente antes de preguntar:

— ¿Me pasas, por favor? — Me hice la inocente y le tendí el bote de crema solar que había en la arena.

Me arriesgué, aunque sabía que Guilherme podría negarse. En silencio, me aplicó el líquido frío en la espalda, y el impacto hizo que un escalofrío recorriera mi piel caliente. Esperé con ansia el segundo siguiente, cuando sentí sus manos sobre mí. En ese momento, lo único que podía pensar era que no quería que dejara de tocarme. Nunca más.

João Guilherme extendió el protector sobre mi espalda, luego sobre mis hombros, brazos y... *¿Podría ser…* Antes de que pudiera pensar, me aplicó la loción en el trasero y, sin pestañear, pasó las manos por mi piel. Mi cuerpo, que estaba caliente por fuera, ardió por dentro al sentir aquel contacto.

— Tienes el culo más sensacional que he visto en mi vida. Ni siquiera pareces una chica de diecinueve años — susurró cerca de mi oído, y yo me reí.

— Tu tacto es exactamente como lo imaginaba.

— Eso dice mucho de las cosas que has estado pensando — dijo en tono divertido.

— Tengo una imaginación fértil...

— ¡Joder! Me vas a matar, Melinda. — João Guilherme me quitó las manos de encima y volvió a sentarse. Me reí y me tumbé de frente, apoyándome en los codos.

— Pásame también la parte de delante, por favor — me burlé de él, y Guilherme me miró todo el cuerpo, como si quisiera devorarlo.

— No será un sacrificio.

Estiré todo mi cuerpo y él empezó a extender el protector.



João Guilherme

Después de un descanso, volvimos para jugar el segundo partido del día, contra una pareja que no conocíamos. Mi amigo y yo volvimos a ganar, esta vez por dos sets a uno.

Nos lavamos el exceso de arena en una ducha cercana y luego fuimos a sentarnos con las chicas. Me senté junto a Melinda, por supuesto.

— Enhorabuena por otra victoria. — Mientras hablaba, mis ojos se dirigieron directamente a los movimientos de sus labios. Deseaba de nuevo aquella boca deliciosa.

Estuvimos tan cerca todo el día que era difícil controlar las ganas de tocarla. Melinda era tan perfecta que dolía, y su aroma era adictivo. Necesitaba urgentemente distraerme con algo, de lo contrario perdería la cabeza y la agarraría allí mismo.

— ¿Quieres ir a nadar ahora? — pregunté, para distraerme del asfixiante deseo de besarla.

— Ya era hora. Qué retraso para hacer esa invitación. — se burló Melinda, poniéndose de

pie, llena de excitación.

— ¡Vamos, Jolinda! Disfrutad — dijo mi hermana mientras empezábamos a caminar hacia el mar. No entiendo una mierda.

— ¿Qué es Jolinda?

— Nuestro apodo. Dijo que había juntado nuestros nombres y que eso era lo que pasaba.

— Pensé que Rayssa me quería lejos de ti. La loca incluso me amenazó. — Las dos nos reímos.

— Yo también lo pensé, pero ella dijo que era sólo para animarnos, porque no hay nada más instigador que una prohibición.

— Mi hermana es todo un personaje.

Pronto llegamos al mar. La cogí de la mano y nos metimos lentamente en el agua.

— ¿Sabes nadar? — pregunté, tratando de controlar nuestra entrada a una profundidad segura.

— Soy peor que una mierda. — La miré, sin comprender. — La mierda al menos flota, y yo ni siquiera sé hacerlo.

— ¿Cómo puedes ser tan guapa, aunque digas algo así? — me burlé de ella, riendo. — Vamos a profundizar un poco más, pero no demasiado. Si quieres, puedes agarrarte a mí. Cuando venga una ola, nos zambulliremos, ¿vale? — Ella asintió.

Pensé que Melinda se asustaría, ya que el mar estaba agitado, pero parecía ansiosa y emocionada por probarlo.

Llegamos a una parte más profunda, alejada de la franja de arena, desde donde apenas podíamos ver a los demás. La marea estaba baja y esto nos permitió alejarnos bastante de la orilla. Allí, el mar se calmó un poco, pues ya habíamos pasado la zona donde se formaban las olas.

— Aquí está bien. Si nos adentramos más, el agua te cubrirá. — No había nadie cerca de nosotros.

— Tengo una idea mejor. Puedo subirme a tu regazo y nos llevas un poco más adentro. — Su semblante era juguetón.

— Estás jugando con fuego, niña. Llevo todo el día intentando controlar una erección. No me lo pongas difícil.

Melinda sonrió y saltó silenciosamente a mi regazo, rodeándome la cintura con las piernas y el cuello con los brazos. Mi polla se endureció al instante. Caminé con ella un poco más abajo, de modo que el agua quedara a la altura de nuestros cuellos.

Mientras abrazaba con fuerza a aquella tentadora, miré su deliciosa boca. Ella se lamió los labios en ese mismo momento, y yo no pude resistirme más. Cubrí su boca con la mía. Necesitaba volver a saborear a Melinda, era un deseo incontrolable.

Estábamos solos y atrapados juntos. Para colmo, su aroma afrutado era prácticamente un afrodisíaco para mí. *Es irresistible y adictiva, no quiero soltarla nunca más.*

Melinda se derritió ante mi contacto, así que profundicé nuestro beso y ella se unió a mí. Quería más, la quería toda, aunque sabía que era una locura. En lugar de pensar en los contras, decidí disfrutarla al máximo, aunque fuera por un día.

La agarré por el culo y reduje aún más la distancia entre nuestros cuerpos. Cuando sintió mi erección, Melinda gimió en mi boca. *Joder, ¡está deliciosa!* Seguimos besándonos, casi engulléndonos, cuando ella empezó a frotarse contra mí, gimiendo y arrancándome gemidos.

— ¡Joder, Melinda! Apiádate de mí. No puedo acostarme contigo en el agua — dije entre besos.

— ¿Por qué no? — Dejé de besarla, sorprendido, y separé un poco nuestras caras.

— Porque eres virgen para empezar.

— ¿Cómo lo sabes? — Puso cara de incredulidad cuando me di cuenta.

— Simplemente lo sé. Eres la criatura más virginal que conozco. — Se rió de mi respuesta.

— Tal vez sea hora de cambiar eso. — Su atrevimiento me estaba volviendo loco, pero no podía hacerle eso.

— No hoy y no aquí. No mientras la loca de Giovana estuviera involucrada. — Respiré hondo, manteniendo el control de mis emociones. — Créeme, Melinda, te deseo más que a nada. Apenas te he besado y ya has roto conmigo, en el buen sentido, claro. — Nos sonreímos. — No puedo dejar de pensar en ti, pero involucrarte en esta historia, con esa loca...

— No pienso más en ella. Estamos solos, aquí y ahora. Disfrutemos de nuestro tiempo juntos, al menos por hoy. — Melinda tiró de mí, besándome de nuevo.

La sujeté con una mano y con la otra recorrí todo su cuerpo. Sabiendo que estábamos cubiertos por el agua, le levanté la parte de arriba del bikini y le toqué los pechos. Masajeé uno de ellos, pasando el pulgar por el pezón, y ella gimió en mi boca, haciendo que mi polla se dilatara dentro de su bañador.

Bajé la mano y separé un poco nuestros cuerpos para poder acceder a ella como quería. Continué nuestro beso mientras la tocaba, y mi pulso se aceleró cuando toqué la mitad de sus piernas, sintiendo el pequeño nervio hinchado y lo mojada que estaba. *Joder, está lubricada en el agua, nunca lo había visto.*

Masajeé su delicado clítoris y ella gimió aún más, lo que me descolocó de verdad. Nunca había deseado tanto tener sexo con una mujer como con Melinda, así que sentirla así y no poder enterrarme en ella era una auténtica tortura.

Seguí estimulándola y, al poco tiempo, empezó a cambiar. Mientras la tocaba, se frotaba contra mis dedos, pidiendo más, y yo se lo daba. Fue así, deliciosa y ardiente, como se corrió en

mis dedos, entre gemidos y besos que me enloquecían.

En sus últimos espasmos, Melinda dejó de besarme y apoyó la cabeza en mi hombro. Saqué mi mano de sus bragas y la abracé con fuerza, disfrutando del momento de tenerla relajada entre mis brazos.

— Era... delicioso, imposible de describir. Estás muy buena. No pensaba que fuera a ser tan bueno. ¡Dios mío, me tiemblan las piernas! ¿Lo hacemos otra vez? — Bromeó, toda suave, haciéndome reír.

Melinda era deliciosa y encantadora. No tenía ni idea de cómo iba a mantenerme alejado de ella. *Joder, ¡qué jodido estoy!*

— Ha sido un placer — reí y la besé en el hombro.

— Ahora te toca a ti. — Ella me miró con descaro, deslizando ya sus manos sensualmente por mi espalda.

— Aquí no. Está subiendo la marea, tenemos que volver a la arena.

— Yo también quiero darte placer. — Esa chica era extremadamente sexy y decidida.

— Mirarte ya me da placer, Melinda — respondí, besándola. — Créeme, una paja me perturbará más. La masturbación es buena, pero está lejos de ser como el sexo. Y ya que no he tenido sexo, quiero hacerlo como es debido cuando tenga la oportunidad. Quiero mucho más que disfrutarla. Mi deseo es sentirte por completo.

Melinda no quedó satisfecha con mi respuesta, pero aceptó. El día que tuviera sexo con ella, necesitaría mucho más que unos minutos.

Cuando llegamos a la franja de arena, Rayssa y Celina se acercaron corriendo. Seguro que estaban esperando a que nos fuéramos para meterse en el agua.

— Suelta un momento la boca de mi hermano y vuelve al agua con nosotras — llamó Rayssa, tirando de Melinda de la mano.

— ¡Cuidado! No te vayas al fondo, porque ella no sabe nadar.

— ¡Está conmigo, está con Dios, hermano! — gritó mi hermana, mientras corría al agua con las niñas.

Me quedé mirándolas unos segundos y luego me acerqué a donde estaba sentado mi amigo.

— ¿Qué está pasando? — preguntó Paulo André.

— Un caso muy grave de bolas moradas — bromeé, y mi amigo se echó a reír.

— ¿Estáis juntos?

— Hoy estamos juntos.

— ¿Sólo hoy?

— Ya sabes que mi vida es complicada...

— ¡Uf! Entonces, ¡¿está bien si intento quedarme con ella mañana, verdad?! Hombre,

esta mujer está loca y...

— ¿Me estás jodiendo? ¡Aléjate de ella! ¿Eres mi compañero o un puto ojete? — Mi reacción fue cabrearme, pero P.A. no se intimidó tanto como pensé que lo haría. En lugar de eso, se rió.

— Tío, te gusta mucho esa chica. ¡Joder! La chica te ha pillado — se burló P.A., porque yo había caído en su trampa.

— No es eso, colega, es que... — No había nada que decir más que admitirlo. — Joder, no voy a mentir. Melinda es jodidamente tentadora y, lo que es más, es tan guapa por dentro como por fuera.

— Así que quédatela, hermano. ¿Por qué te resistes tanto a ser feliz?

— No es tan simple como eso. Sabes que Giovana todavía hace de mi vida un infierno. Necesito resolverlo antes de pensar en otra relación.

— Un día se le pasará. Tal vez si te viera con alguien más...

— Amigo, la loca estuvo en la empresa la semana pasada y me ha desanimado por milésima vez. Estoy pensando seriamente en demandarla y solicitar una orden judicial que le prohíba acercarse a mí. Es lo único que puedo hacer, ya que estrangularla iría contra la ley y contra mis principios.

— ¿Crees que podría afectar a Melinda si supiera que estáis juntos?

— No lo creo, estoy seguro. Giovana es más desequilibrada y perversa de lo que crees. Haría cualquier cosa para conseguir lo que quiere. En el mejor de los casos, esa chica querría humillar a Melinda, y no puedo permitirlo. Hombre, Melinda es pura, así que siento un fuerte instinto de protegerla.

— Se nota que esta chica es diferente — dijo P.A., ya sin mirarme a mí, sino de frente.

Cuando miré en la misma dirección, Melinda salía del mar y caminaba hacia nosotros. *¡Jodidamente hermosa!* No podía dejar de mirarla.

— Deja de mirar — advertí a mi amigo, sin apartar los ojos de ella. No hacía falta mirar a P.A. para saber que él también la admiraba.

— Basta, João Guilherme. Ni siquiera estaba mirando... ¡Mierda! Sí, lo estaba, lo siento. — Terminé riendo, porque mi amigo se puso nervioso.



Seguíamos en la playa cuando llegó la noche. Habíamos pasado un día perfecto, y yo me sentía tan feliz como hacía mucho tiempo.

Había refrescado un poco, así que João Guilherme sacó una camisa suya del coche y yo me la puse, poniéndome también los pantalones cortos vaqueros por encima del bikini. Había una especie de luau cerca de donde estábamos. Un grupo cantaba y tocaba la guitarra, y nosotros, un poco más alejados, nos limitábamos a mirar.

Después de mi momento con Guilherme en el agua, no nos acercamos tanto, en un intento de ser discretos y controlar nuestro deseo, por supuesto. Sin embargo, él permaneció a mi lado todo el tiempo, amable y atento. Estaba sentado a mi lado en la arena, y nuestros meñiques estaban unidos, igual que en la piscina cuando me contó su triste historia. Esta vez, fue él quien me cogió la mano y entrelazó su meñique con el mío.

— Tengo sed — dijo Rayssa, mirando a su hermano.

— Te traeré unos refrescos. — João Guilherme se levantó y P.A. se ofreció a acompañarlo.

Yo estaba distraído, prestando atención a la música que estaban tocando, cuando Rayssa dijo algo que atrajo mi atención hacia ella.

— No me lo puedo creer. Había llegado mi momento. — Mi amigo miraba fijamente a una mujer que se acercaba a nosotros.

— ¿Quién es? — No obtuve respuesta.

— Ignórala, Rayssa — pidió Celina, claramente preocupada.

— Imposible. Llevo meses esperando para ajustar cuentas con esta zorra — susurró mi amiga con rabia en la voz. — Mi hermano no puede pegarle, pero yo sí. Una provocación de esa zorra y perderé... la cabeza.

En ese momento, lo supe. La mujer que se acercaba a nosotros era Giovana.



Melinda

Giovana llegó donde estábamos y Rayssa se levantó inmediatamente para saludarla. Me puse firme, al igual que Celina, mirando hacia atrás con la esperanza de que los chicos volvieran pronto.

— Hola, cuñada. Cuánto tiempo sin verte. Te he echado de menos. — La ironía en la voz de la mujer era evidente.

— Corta la charla, Giovana. Siempre nos hemos odiado, porque nunca serás buena con mi hermano, y siempre lo he sabido. Gracias a Dios que pasó el período de ceguera y se deshizo de ti.

— Tu hermano y yo nos tomamos un descanso. Pronto se dará cuenta de que soy la mujer de su vida. João Guilherme nos rogará que volvamos. — Rayssa dejó escapar una risa libertina mientras escuchaba las locuras de Giovana.

— Sigue soñando, psicópata ilusa.

— Puedes pensar lo que quieras, mocosa. Al final, seré de la familia y tendrás que tragarme.

Me quedé con la boca abierta ante su discusión. Rayssa estaba realmente enfadada con su ex cuñada, ya que era muy agresiva en sus palabras. Por otro lado, aquella mujer estaba tan convencida cuando decía que volvería con João Guilherme que, si no supiera toda la historia que la rodeaba, me la habría creído.

— Deja de preocuparte por la vida de tu hermano y céntrate en la tuya, chica. Por cierto, ¿te has armado de valor para pedirle matrimonio a... cómo se llama? ¡Ah, Paulo André! Apuesto a que sigue siendo tu amor de la infancia, pero todavía tienes miedo de ser rechazada. — En dos segundos, antes de que Celina y yo pudiéramos levantarnos, Rayssa saltó al cuello de Giovana. ¡Mierda!

João Guilherme nunca me perdonaría que dejara que su hermana se viera afectada por aquella mujer. Me levanté rápidamente, Celina también, e intentamos separar a las dos.

— No sabes lo que dices, desgraciada e indefensa asesina de niños. Te voy a matar, ¡puta psicópata! — gritó Rayssa, aferrándose al pelo de la mujer y sacudiéndola de un lado a otro.

Celina y yo intentamos ayudar, pero fue una tarea ardua, ya que Rayssa era muy fuerte, a pesar de ser pequeña. Mientras Giovana intentaba sin éxito liberarse de las manos de mi amiga, ambas cayeron y rodaron por la arena de la playa.

— ¡Para, loca! — gritó Giovana.

Intenté sujetar a Rayssa, mientras Celina tiraba de la mujer para zafarla de las garras de nuestra amiga, pero parecía imposible. Después de mucho esfuerzo, por fin llegaron João Guilherme y Paulo André.

— ¿Pero qué coño...? Suéltala, Rayssa — dijo Guilherme con seriedad, apartando a su hermana de Giovana. Era más fuerte que yo y detuvo fácilmente a su hermana.

— ¡Quítame las manos de encima, João Guilherme! Voy a matar a este psicópata asesino. — Rayssa forcejeó, intentando liberarse de los brazos de su hermano.

Mientras tanto, Giovana se levantó de la arena y amenazó con contraatacar, yendo a por Rayssa, pero P.A. la sujetó por la cintura.

— ¡Basta, los dos! ¡Se acabó, joder! — gritó João Guilherme, y se calmaron, pero seguían mirándose con rabia en los ojos.

— Puedes soltarme, Gui. No voy a pegar a esta mujercita, no vale la pena. — Rayssa habló con más calma y João Guilherme la soltó despacio, aún temeroso.

— Lleva a Rayssa a mi coche, por favor, P.A. No tardaré — pidió Guilherme, y su amigo se marchó con Rayssa y Celina.

Yo no sabía si iba a ir también, así que acabé quedándome inmóvil delante de aquellos dos. El ambiente tenso era tan palpable que apenas podía respirar.

— Ve con ellos, Melinda.

En cuanto João Guilherme me habló, la mujer se dio cuenta de mi presencia por primera vez. Me miró de arriba abajo y no pude evitar fijarme también en ella. Giovana era una guapa morena, alta y delgada, con la complexión de una modelo; tenía el pelo largo, negro y liso. *Es elegante, todo lo contrario a mí.*

— ¿Quién es esa fulana que lleva tu blusa, Guilherme? — dijo la mujer en voz alta y chillona, mirándome.

Me levanté de un salto, con ganas de volar hacia ella, pero me contuve por João Guilherme, que ya estaba muy nervioso.

— ¡Cállate, Giovana! Tu manía de ofender a gente que ni siquiera conoces es ridícula — regañó Guilherme a su ex, y volvió a centrar su atención en mí. — Espera en el coche, Melinda, por favor.

— Seguro que es tu nuevo juguetito — se burló de él, mientras yo me alejaba. Cuando la oí, dejé de caminar.

Intentaba ignorarla para no empeorar las cosas, pero era una tarea difícil. No podía permanecer en silencio, viendo cómo una mujer que ni siquiera conozco me ofendía. Era João Guilherme quien tenía que arreglar los problemas con su ex, no yo, pero tenía muchas ganas de darle una lección.

— Melinda, por favor, ve al coche — me volvió a pedir.

Respiré hondo para controlar mi lado chiflado y empecé a andar de nuevo, muy despacio. Me aparté lentamente, justo a tiempo para oírle hablar en un tono aterrador.

— ¡Cállate, Giovana! No sabes lo que dices.

João Guilherme cambió por completo en presencia de aquella mujer. Parecía otra persona usando aquel tono enfurecido.

— Sé perfectamente de lo que hablo, porque una mujer nunca se confunde de vagabundo.

Aceleré el paso antes de que mi ira me hiciera darme la vuelta y estamparle la mano en la cara. No quería causarle más problemas a João Guilherme, de lo contrario haría que la vaca se tragara aquellas palabras.



Todas mis pesadillas se hicieron realidad, y lo último que quería que pasara, pasó: Giovana encontró a Melinda.

— Estoy esperando una explicación, Guilherme. — Escuchar la odiosa voz de Giovana me hizo resoplar.

— Lo único que tengo que decirte es que voy a interponer una demanda contra ti e inmediatamente conseguiré una orden de alejamiento para no tener que volver a mirarte a la cara. ¡Se acabó, joder! — Exploté, y Giovana se sobresaltó por mi arrebato. *Que se joda, se lo merece.* — No te soporto más. No te quiero en mi vida, no quiero verte ni hablar contigo. Olvídate de *mí*, Giovana, porque yo me olvidé de ti hace mucho tiempo. Sólo quiero alejarme de ti. Vete y vive tu vida. ¡Vete a ser feliz y déjame en paz!

— Por favor, no me hables así, Gui. Aún no se ha acabado, porque te quiero y siempre te querré — dijo Giovana, intentando retenerme.

— No me toques, joder. Estás enferma. Si sientes algo por mí, respétame y déjame vivir mi vida. — Empecé a alejarme, porque Giovana no valía el tiempo que estaba perdiendo.

— Es por ella, ¿no? ¿Quién es esa chica, Guilherme? Nunca dejaré que te aleje de mí y...

— *¿Estás* loco? La única culpable del fin de nuestra relación eres tú, que tiraste por la borda todo lo que sentía. La pasión desapareció, sobre todo después de que me drogaras y manipularas para que me quedara embarazada. ¿Quieres otra razón? ¡Mataste a mi hijo! — No quería perder el control, pero era difícil contener mis emociones. — Además de indiferencia, has conseguido que te odie. Ni siquiera puedo mirarte, Giovana, porque siento asco. ¡Aléjate de mí y de mi familia! — Le señalé con el dedo a la cara y me di la vuelta para marcharme.

Estaba al límite, a un segundo de perder la cabeza, así que deseé con todas mis fuerzas que no dijera ni hiciera nada más, para no arriesgarme a cometer un error.

— Nacimos el uno para el otro, Guilherme. No tiene sentido intentarlo, porque si no eres mío, no serás de nadie más. — Dejé de caminar, respiré hondo y di mi última advertencia.

— Se abrirá el caso, estás advertido. Acércate a mí y te meteré en la cárcel. — Esta vez, aceleré el paso y me alejé, haciendo caso omiso de sus protestas.

Instantes después, cuando llegué a mi coche, vi que Paulo André estaba apoyado en él, hablando con las chicas. Rayssa fue rápidamente a mi encuentro y, tal como conocía a mi hermana, iba a hablar por los codos. Eso era lo último que yo quería. En ese momento, sólo necesitaba calmarme.

— Ahora no, Rayssa. Hablaremos en casa. — Bajo protestas, mi hermana subió al coche, seguida de las chicas.

— *Estamos* juntos, amigo. Cualquier cosa... — dijo P.A., haciendo una seña al teléfono con la mano, y sin esperar respuesta, se dirigió a su coche.

Odiaba lo fuera de control que Giovana me hacía sentir. Cuando la conocí, me sentí otra persona, alguien que no quería ser. Odiaba sentirme enfadado, pero ella me lo extraía con maestría.

Arranqué el coche, puse la marcha atrás y salí del aparcamiento. Sólo quería llegar a casa lo antes posible. De repente, oí unos mocos y, cuando miré, me di cuenta de que Rayssa estaba llorando. Mi hermana nunca hacía eso, y verla así me clavó un cuchillo en el corazón.

— ¿Por qué lloras, pequeña? — le pregunté cariñosamente, utilizando el apodo que le había puesto de pequeña.

Rayssa no contestó, y eso me preocupó. Puse el intermitente, me detuve en el arcén, me quité el cinturón y me volví para mirarla. En primer lugar, comprobé su aspecto, pensando que en mi momento de nerviosismo no había prestado atención a si estaba herida. Me sentí mal por ello, pero afortunadamente no había sufrido ningún rasguño.

— ¿Qué te ha dicho para desanimarte, enano? — Cogí su delicada mano y ella me miró llena de dolor. Aquello fue otro golpe para mi corazón.

Mi hermana era una chica fuerte que no bajaba la cabeza por nada. Se enfrentaba a cualquiera que intentara hacerle daño. Yo la trataba como a una chica indefensa porque era mi hija menor, pero la verdad era que Rayssa nunca necesitó que yo la defendiera en nada.

— Háblame, hermana. — Odiaba verla así.

Después de algún tiempo y mucha insistencia, Rayssa se secó las lágrimas y por fin me miró a los ojos.

— Estoy llorando de rabia por haberme impedido acabar con ese perro. Vámonos, necesito una ducha. Estoy llena de arena — respondió mi hermana, y luego volvió la cara hacia la calle, dando por terminada la conversación.

Sabía que Rayssa mentía, pero decidí respetar su espacio. Cuando quisiera hablar, yo estaría allí para ella.

Antes de volver a arrancar el coche, miré hacia atrás y evalué a Melinda. Tenía una expresión triste, muy diferente de la chica feliz que había pasado un día perfecto en la playa conmigo.

— ¿Te encuentras bien? — pregunté, y ella asintió.

Celina también estaba callada, mirando a la calle, así que volví a abrocharme el cinturón y me marché.

Tenía el corazón roto por el mal humor que se había instalado al final de nuestro paseo, que había sido increíble. Eso es lo que Giovana me hizo a mí y a todos los que me rodeaban. Era tóxica y dejaba su rastro allá donde iba. Me preguntaba constantemente cómo fui capaz de pasar casi dos años con una mujer así, que no tenía nada bueno que ofrecer.

Al principio de la relación, parecía una mujer agradable, pero pronto se volvió arrogante,

superficial, desagradable, mezquina y posesiva. Nuestro sexo era mediocre y, aunque hubiera sido espectacular, no habría compensado el daño. Realmente no sabía qué me había frenado durante tanto tiempo. Tal vez fuera la autocomplacencia, porque terminar una relación, aunque fuera sana, era estresante; y la mía, lo sabía, sería un problema añadido, sobre todo en aquel momento, cuando mi atención se centraba por completo en la universidad.

Muchos chicos en situaciones como la mía — con estabilidad profesional garantizada tras graduarse — sólo querían pasar la OAB. En mi caso era diferente, porque no sólo quería obtener el título. Aunque tenía un trabajo garantizado en la empresa de mi padre, quería ser el mejor y, para ello, me dediqué a mí mismo, poniendo toda mi energía en los estudios y dejando mi vida personal en un segundo plano. Era más fácil hundir mi relación con mi barriga que meterme en la cabeza una ruptura problemática, como probablemente iba a ser la nuestra.

Si algo he aprendido en los últimos tiempos es que uno se acostumbra incluso a lo malo. Mi mayor error fue permanecer inerte, y fue algo que lamenté amargamente, porque me estaba costando caro. Aplacé la posibilidad de resolver un problema, pero algunas cosas empeoran cuanto más tiempo pasan. Le di alas a Giovana y luego me resultó difícil cortárselas.

No podía seguir permitiendo que mi ex hiciera daño a alguien a quien quería. No podía permitir que su podredumbre afectara a nadie más que a mí.

De camino a casa, dejamos a Celina en su casa. La chica preguntó si mi hermana quería que se quedara a hacerle compañía, pero Rayssa le dijo que no hacía falta.

Cuando llegamos a casa, el coche de mi padre no estaba en el garaje; probablemente él y mi madre se habían ido al club. Me sentí aliviada, ya que yo no estaba para preguntas ni charlas, y estaba segura de que Rayssa tampoco.

En cuanto aparqué el coche, miré a Melinda, pero ella no me miró, debía de estar enfadada. En cambio, se acercó a mi hermana, que también acababa de salir del coche.

— ¿Puedo quedarme contigo? Cámbiate de ropa y vete a bañarte a casa de mi madrina — sugirió Melinda a Rayssa.

— Hagámoslo al revés. Coge tus cosas y ven aquí, mis padres no están en casa.

Los dos estaban enfadados conmigo y eligieron la compañía del otro, ignorándome por completo. No podía culparlos, después de todo, Giovana era mi problema que, por desgracia, afectaba a todos. Yo también estaba molesta conmigo misma, así que me retiré para darles el espacio que necesitaban.

Melinda y Rayssa salieron del garaje sin despedirse y caminaron hacia la casa de Dorinha. Respiré hondo y me fui a casa, directamente a mi suite, donde pude darme una ducha fría para refrescar la mente.



Melinda

En otra ocasión, João Guilherme y yo hablaríamos de lo ocurrido en la playa, porque en aquel momento yo estaba más preocupado por Rayssa.

Me di cuenta de que las palabras de Giovana la habían atormentado, así que quería que se desahogase y se sintiese mejor. Fuimos a mi casa, cogí algo de ropa, mientras Rayssa permanecía en silencio, y nos fuimos a la mansión.

— ¿Qué haces aquí, niña? ¿Te ha pasado algo? — me preguntó mi madrina, asustada, en cuanto me vio en el salón.

— No pasó nada, Dorinha. Melinda se va a bañar aquí y vamos a ver una película en mi habitación — contestó Rayssa por mí.

— Está bien. Voy a pedirle a Sônia que nos prepare una merienda y te la traigo dentro de un rato — dijo Dorinha cariñosamente.

— Gracias, Dorinha. — Rayssa me dio las gracias y yo le di un beso a mi madrina antes

de subir.

La habitación de Rayssa era maravillosa y no había nada rosa en ella. *Es una de las mías.* Los muebles y la decoración eran neutros, claros y elegantes, exactamente el tipo de decoración que yo elegiría si tuviera la oportunidad.

— Tu habitación es muy bonita y acogedora — le felicité, y mi amiga me dio las gracias, no de muy buen humor.

— Voy a ducharme en la habitación de mis padres mientras tú utilizas mi cuarto de baño. Siéntete libre de usar lo que quieras. — Rayssa entró por una puerta que seguramente era su cuarto de baño, porque salió poco después, con una toalla en la mano y botes de champú y acondicionador. — Ahora vuelvo.

En cuanto Rayssa salió, me apresuré a ir al baño, pues quería estar lista y esperándola cuando volviera. Su cuarto de baño era casi del tamaño de la casa de mi madrina; incluso tenía una bañera de hidromasaje. Quería probarla, pero nunca usaría algo así sin permiso.

Terminé de ducharme y me senté en el borde de la cama a esperarla. En unos minutos llegó Rayssa, en bata y con una toalla enrollada en el pelo. Esperé pacientemente a que se vistiera y se peinara en silencio.

Cuando terminó de arreglarse, mi amiga me hizo una señal para que me apoyara en el cabecero y se sentó frente a mí, con las piernas cruzadas bajo el cuerpo. Suspiró antes de hablar:

— Me resulta muy difícil abrirme a alguien. Ni siquiera he hablado de ello con Celina, que es mi amiga de la infancia. No es falta de confianza, es sólo un bloqueo cuando se trata de temas sensibles para mí — admitió Rayssa. — La mayor parte del tiempo hablo por los codos, es fácil hacer amigos conmigo y me encanta charlar, pero no me gusta hablar de cosas que me afectan. Odio el drama y, aún más, a la gente que se hace la víctima, porque yo no soy así. No me gustan los tópicos, porque odio albergar cosas o temas tristes.

— Lo entiendo.

— Cuando alguien me hace daño, me resulta fácil apartarlo de mi vida. De un día para otro, se acabó. Resuelvo mis asuntos y no les doy vueltas.

— Sobre todo porque no es sano tener relaciones con personas que te hacen sentir mal, triste o disgustado todo el tiempo.

— Exactamente. Por eso, por mucho que me guste la persona, si me engaña o veo que es una mala persona o que me hace daño, la saco de mi vida y punto — dijo Rayssa. — Así que hablemos de ello ahora, luego la vida seguirá. No hablaré más de ello, porque es un tema que me duele.

En ese momento, a mi amiga le lloraban los ojos, y eso dolía. Suspiró, apartó un poco la mirada de mí y volvió a hablar:

— Siempre estuve enamorada de Paulo André. Desde que descubrí lo que es la pasión,

me gusta. Cuando me di cuenta, yo debía de tener once años y él diecinueve — confesó Rayssa. — P.A. es amigo de la infancia de mi hermano, así que lo conozco desde que tengo uso de razón. El tío me abrazó literalmente cuando nací. Tenía, no sé, sólo unos ocho años.

Sonreí al oírlo y, por primera vez, me devolvió la sonrisa. Era pequeñita y sin mucha emoción, pero era una sonrisa, algo que me gustaba ver en su carita.

— Paulo André es adorable, ya te habrás dado cuenta. Siempre ha sido amable, educado y divertido; siempre me ha tratado con cariño y me ha prestado mucha atención. Estoy muy unida a Guilherme y, como son mejores amigos, nos hemos vuelto inseparables. Al principio, éramos como tres hermanos y, sinceramente, no sé en qué momento dejé de verle como un hermano mayor y me fijé en él como el hombre maravilloso que es.

— Nunca sabes cuándo va a ocurrir. Son cosas del corazón.

— Lo sé — Rayssa asintió y pensó un momento antes de continuar, parecía estar calibrando lo que le resultaba cómodo decir. — Los tres íbamos al mismo colegio. Era un ambiente lleno de niños ricos y engreídos y allí, P.A. sufrió algunos prejuicios por ser negro. Aunque era hijo de padres ricos y estaba al mismo nivel económico que aquellos mierdas, el color de su piel molestaba a mucha gente. He perdido la cuenta de en cuántas peleas se metió João Guilherme en la escuela para defender a su mejor amigo. Paulo André decía que no le importaba, pero nosotros sabíamos que era sólo una forma de blindarse, aunque le doliera.

Yo escuchaba atentamente la historia de mi amigo e intentaba comprender cómo la gente podía ser tan mezquina y carecer de empatía, porque odiaba la injusticia y todo tipo de prejuicios.

— Con los años, P.A. se convirtió en el chico absurdamente guapo y en forma que has llegado a conocer. No es que antes no fuera guapísimo, pero cuando empezó a hacer ejercicio y a ponerse fuerte, llamó la atención de las chicas estúpidas y superficiales de nuestro instituto.

— ¿Te gustaba en ese momento?

— Estaba enamorada de él desde mucho antes de que se preocupara tanto por su cuerpo. Sin embargo, como vivíamos juntos como hermanos, al menos desde su punto de vista, nunca expresé mis sentimientos — podía ver la tristeza en cada palabra de Rayssa y a mí también me dolía. — Él y mi hermano se convirtieron en los galanes del colegio en el último curso de secundaria. Todas las chicas se les echaban encima, sobre todo porque los dos estaban en el equipo de voleibol. Pero lo que realmente me frustraba era que las mismas chicas que antes se burlaban y trataban a P.A. con prejuicios empezaron a frecuentar su cama.

La frustración y el enfado de Rayssa eran totalmente comprensibles, y yo la entendía porque me sentía exactamente igual.

— Pasé por una fase de enfado. Aunque estaba enamorada de Paulo, no podía entender cómo había dejado atrás todas las ofensas que había sufrido y, de un momento a otro, empezaba

a juntarse con esas mujeres prejuiciosas — dijo, indignada. — Mi hermano era diferente. Sabía que aquellas chicas esnobs se habían burlado una vez de su mejor amigo. ¿Qué hizo él? Absolutamente nada, no parecía importarle.

— Pero... si el propio P.A. fingía que no había pasado nada, como João Gui...

— No sé. Sólo sé que esos dos cabrones se metían con toda la escuela, pero no salían con nadie. Como las chicas también sólo querían sexo, todo estaba bien. P.A. y Guilherme se convirtieron en los chicos más populares de la escuela y, por eso, los chicos que también tenían prejuicios empezaron a idolatrarlos, pensando que se beneficiarían de su popularidad.

— Dios, los hombres son tan idiotas a veces...

— Sí, nunca dudes de la capacidad de un hombre para ser un gilipollas. Cuando terminaron la escuela, ambos fueron juntos a la universidad y, con la edad, maduraron. Mi hermano empezó a salir con Giovana, y P.A. dejó de ligarse a todo lo que andaba y llevaba falda. Afortunadamente, ya no tenía que verle desfilar siempre con distintas mujeres. Se convirtió en un hombre más discreto, aunque seguía siendo travieso.

— Eres una maldita mujer, amigo. No sé cómo conseguiste mantener ese sentimiento durante tanto tiempo, sobre todo viviendo con él.

— Me temo que en ese aspecto no es nada. Lo peor es que este maldito sentimiento parece crecer cada día. Mientras tanto, él sólo me ve como su hermana pequeña — dijo Rayssa, en una mezcla de indignación y tristeza — Sé que nunca se quedaría conmigo, porque no me ve como una mujer, así que lo único que puedo hacer es guardar mis sentimientos en el pecho y evitar la humillación y el rechazo.

Rayssa empezó a llorar, dejándome desconcertado, porque siempre era tan alegre, que era duro verla así. Sin saber de qué otra forma ayudarla, me acerqué a ella y la abracé. Dejé que derramara todo su dolor y frustración junto con sus lágrimas. Cuando se calmó, fui el primero en hablar.

— Creo que te equivocas al pensar que Paulo André nunca te verá como una mujer. Eres guapa y tienes un cuerpo estupendo, Rayssa, no te pareces en nada a una niña. Eres toda una mujer. — Le pongo las manos en las mejillas y dirijo su mirada hacia mí. — La Rayssa que yo conozco no se rinde así, sin siquiera intentarlo...

— ¡¿No lo entiendes?! — me interrumpió. — Me he acostumbrado a amarlo en silencio y a guardarme ese sentimiento para mí. Si lo expreso y él me rechaza, será demasiado doloroso. Es más, podría estropearlo todo entre nosotros y se alejaría de mí. Prefiero tenerlo sólo como amigo que apartarlo de mi vida.

— Comprendo tu miedo, porque yo siento lo mismo, pero el amor verdadero es demasiado valioso para guardártelo para ti, Rayssa. Piensa en todas las cosas increíbles que podéis experimentar juntos. Piensa en lo que podrías perder por miedo a intentarlo.

— Lo sé, Mel, pero hay demasiadas posibilidades de que salga mal. Conozco bien a P.A. Si sabe que le quiero, pero no soy capaz de corresponderle, se irá.

— ¿Y si te acepta y te quiere también?

— No puedo arriesgarme a eso. Paulo André es un bromista, como puedes ver, pero es muy correcto y pulido y pensará que está muy mal involucrarse con la hermana de su mejor amigo que, además, es mucho más joven y totalmente inexperta con los hombres.

— Así que... — insinué, levantando y bajando la ceja, poniendo cara de tonta. — Tenemos que encontrar la forma de que te vea, sin que tengas que declararte. Así, cuando P.A. ya esté involucrado, será más fácil confesar tu amor.

— Ese es el problema. Él no me ve como una mujer porque todavía me ve como una niña.

— Eso es porque nunca te ha visto con nadie. Cuando P.A. vea que un chico te ha visto como la maravillosa mujer que eres, él también se dará cuenta. Vamos a solucionarlo. — Mi amiga sonrió por fin.

— Quizá no sea tan mala idea — admitió, y me alivió ver que mi amiga volvía a sentirse bien.

— Ahora, la pregunta que no desaparece: ¿cómo sabe la zorra de Giovana cómo te sientes? — Rayssa suspiró.

— Solía llevar un diario. Siempre me gustó escribir sobre mis sentimientos y me sentía más cómoda registrándolo todo allí. Todo lo que sentía estaba en esas páginas. La maldita Giovana entró en mi habitación y leyó mi diario mientras yo estaba en casa de Celina.

— ¡Qué absurdo!

— Sí, nunca nos llevamos bien porque me parecía falsa y poco sincera. Al principio, mientras trataba de ganarse a mi hermano, fingía ser mejor persona y trataba de tomarme el pelo, pero yo no creía en su bondad. Mi madre siempre la defendía. No sé si João Guilherme te habrá dicho que esa niña es la ahijada de nuestra madre.

En vez de contestar, asentí con la cabeza.

— Es la hija de la tía Verinha, que es amiga de mi madre desde la escuela. Giovana nunca tuvo amor paterno. A pesar de rechazarla, su padre está casado con otra mujer, tiene una hija a la que parece querer con todas sus fuerzas y nunca ha querido que la niña se acerque a Giovana. Mi madre intenta entonces justificar el comportamiento de la vaca por estas cosas.

— ¿Habrá influido esto en lo que ha llegado a ser?

— En mi opinión, nada justifica las atrocidades que hace — dijo Rayssa con firmeza. — Nunca he ocultado que odio a esa mujer. Estaba enfermizamente celosa de Guilherme, hasta el punto de meterse con mis amigas, incluida Celina. Siempre discutíamos por eso. Intentó poner a mi hermano en mi contra, pero no pudo, y eso la enfureció más conmigo.

— ¿Cómo sabía que llevabas un diario?

— Aquí en casa, todo el mundo aprecia su intimidad, así que nunca me he preocupado de esconder nada en mi habitación. Creo que la víbora vino aquí, tramando alguna travesura, y encontró mi diario. Desde entonces, a Giovana le encanta burlarse de mí. Y sabe que así puede hacerme más daño que abofeteándome.

— ¿Nunca se lo dijo a João Guilherme ni a nadie? — Me quedé sorprendido.

— Claro que no, después de todo, era más interesante para ella tener mi secreto como carta en la manga... Puta, zorra, asesina — dijo, molesta.

— ¿Sabes qué? Olvidémonos de esa tonta, porque tenemos cosas más importantes en las que pensar.



Melinda

— Tienes razón. Basta de hablar de mí... Os vi a ti y a mi hermano besándoos en el agua — dijo Rayssa, excitándose de nuevo. — Me alegré mucho, porque mi hermano se merece una mujer como tú, Mel. Estoy deseando que funcione. Sé que nos conocemos desde hace muy poco, pero se me da bien analizar a la gente y estoy segura de que eres tan maravillosa como pareces. Me haría inmensamente feliz ser tu cuñada.

A pesar de las bellas palabras y la emoción de mi amiga, no pude ocultar mi tristeza.

— ¿Por qué la cara triste? ¿Qué había hecho João Guilherme? — Ahora Rayssa estaba enfadada.

— No ha hecho nada, sólo ha hecho cosas buenas. Es que... Como has dicho, llevo aquí menos de un mes, es poco tiempo. Y sin embargo, todo está sucediendo tan rápido. Siento como si te conociera desde hace años y...

— Oh... Dios... mío — dijo Rayssa entre pausas, poniéndose la mano en el corazón. Estaba claro que ya sabía lo que iba a decir.

— Y puede que me esté enamorando de João Guilherme.

— Pero... Dígalo de una vez, señorita. Tu cara no niega que haya un "pero".

— No es tan simple. Sé que tu hermano también se siente atraído por mí, pero ha estado huyendo por esta situación no resuelta con Giovana. — Esta vez, fui yo quien se desanimó. — Guilherme tiene miedo de exponerme y de que ella me haga daño. Por eso está frenando las cosas entre nosotros.

— Bueno, vamos. *¿Qué* piensas de esto? ¿Tú también tienes miedo? Lo entenderé si quieres evitar el tema de Giovaca.

Me reí antes de contestar, al oír el apodo que le había puesto a su ex cuñada.

— Mi intención cuando vine aquí no tenía nada que ver con eso. Vine a trabajar, a estudiar y a conseguir un buen lugar en la vida. No pensé en chicos, porque nunca me sentí atraída por ninguno hasta... Bueno, hasta que conocí a tu hermano. João Guilherme me hizo pensar más allá de mi futuro profesional y, confieso, me estoy volviendo una chica traviesa a su lado. Pero, ¿quién puede culparme? — Me defendí y Rayssa se echó a reír, pero luego fingió estar seria.

— Melinda, ¡puta! — Las dos estallamos en carcajadas.

— No es culpa mía si me hace sentir... cosas. De todos modos, no voy a renunciar a mis sueños por su culpa. He estado buscando trabajo todos los días, el problema es que aún no ha salido nada. Aun así, con trabajo o sin él, voy a matricularme en la universidad el próximo curso.

— Pronto conseguirás un buen trabajo.

— Eso espero. — Yo no estaba tan segura. — Y en cuanto a tu hermano, me inspira, así que si él también quiere, me encargaré de la loca de Giovana por él. No le tengo miedo, pero por desgracia...

— Por desgracia, nada. Ya has dicho lo que quería oír. Si no te importa entrar en esta guerra, mi hermano no tiene que hacerlo. Vamos a luchar, ¡y tengo un plan! — dijo mi amigo con altanería.

— Dios mío. Me asustan tus planes.

— ¡Confía en mí y ve a por ello, nena!

Pensé durante menos de un minuto, pero no pude resistirme al consejo de Rayssa. *¡Tengo que lanzarme!*

— Bien, seguiré tu plan... Siempre y cuando sea lo mismo para ti y para P.A.

— Vale, maduremos esta idea.

De todo lo que pasó en los últimos minutos de conversación, lo que más feliz me hizo fue volver a ver sonreír a mi amigo. Haría cualquier cosa por mantener esa sonrisa en su cara.



Mi madrina no tardó en llamar a la puerta de la habitación de Rayssa trayendo nuestra merienda. Dejamos la conversación a un lado y vimos una película.

Ya entrada la noche, mi amiga me acompañó hasta la puerta de su casa. Sus padres aún no habían llegado, pero me dijo que los sábados solían pasar la madrugada en el club jugando a las cartas.

Mientras caminábamos hacia la salida, deseé encontrarme con João Guilherme en la mansión, pero no lo vi. Después de todo lo que había pasado, debía de estar en su habitación.

Conduje hasta la casa de mi madrina y casi grité del susto cuando pasé por delante del garaje y alguien me agarró.

— ¿Quieres matarme? — grité, intentando respirar y calmarme, cuando me di cuenta de que era João Guilherme.

— Lo siento, no quería asustarte. — Parecía arrepentido.

— No pasa nada, estaba distraído. Bueno, ¿quieres hablar conmigo?

— Quiero disculparme por lo que pasó antes. — Guilherme suspiró. — Giovana es mi problema, que pretendo resolver sin hacer daño a nadie.

— No necesitas disculparte por ella. Esa mujer no me ofendió, y yo no soy de cristal. Incluso desearía que no estuvieras cerca para poder estamparle la mano en la cara.

A pesar de su seriedad, vi que una leve sonrisa casi aparecía en los labios de João Guilherme al ver mi valentía.

— No me gustan los escándalos, pero tampoco me callo las ofensas. En fin, ya ha pasado todo. Olvídalo.

— Después de hoy, tal vez te sea más fácil entender por qué no podemos estar juntos... ahora. Necesito preservarte. Eres demasiado perfecta, Melinda. Me sentiría mal si la malicia de Giovana, que me apunta a mí, te afectara.

— No soy tan frágil como crees, João Guilherme. Soy capaz de defenderme.

— Cualquiera puede ver la inocencia en tus ojos, Melinda, y Giovana no dudará en aprovecharse de ella. No puedo dejar que te lastimen por mi culpa. Esa mujer está loca, ya lo viste antes.

— Está bien, João Guilherme. Seremos sólo amigos, o ni siquiera eso, si lo prefieres.

— Estaremos bien, sólo que no puedo acercarme demasiado...

— Como quieras. Buenas noches. — Le di la espalda, como si me fuera indiferente su elección, pero en el fondo sólo podía pensar en el consejo de Rayssa. *Ya veremos cómo sale.*



Odiaba tener que alejarme de Melinda otra vez, y sobre todo el hecho de que ella se lo tomara tan bien. Seguramente estaba harta de mis chorradas, y con razón. Melinda se merecía un tipo sin complicaciones que le diera seguridad, no uno que la expusiera a una loca.

Esa chica tuvo un efecto diferente en mí. Siempre he sido un tipo reservado, pero con ella me sentía a gusto. El día de nuestra conversación junto a la piscina, por ejemplo, no quería contarle mi pasado con Giovana, porque nadie sabía toda la verdad, pero se la conté. Me salieron las cosas por la boca.

No podía ser hipócrita y decir que me arrepentía, porque era bueno hablar con alguien. De hecho, fue bueno hablar con ella. Precisamente por eso, porque Melinda es tan especial, se merece un amor tranquilo y seguro.

La observé alejarse hasta que se perdió de vista y decidí hablar con mi hermana.

Llamé a la puerta de la habitación de Rayssa y me dijo que entrara.

— Hola, Rayssa. ¿Te encuentras mejor? — pregunté, sentándome en la cama junto a ella.

— Estoy bien, Guilherme — respondió ella, sin apartar los ojos del móvil. — Sólo lloraba para descargar mi rabia, ya que no podía matar a Giovaca.

— ¿Giovaca? — Me pareció gracioso. Mi hermana era todo un personaje.

— Ese nombre suena mucho mejor para ella.

— Tienes razón. — Nos reímos. — De todos modos, sólo quería disculparme por todo lo que pasó antes y...

— ¡Deja de disculparte por esa mujer, João Guilherme! Tú no hiciste nada. ¡Ella lo hizo! ¡Siempre lo hace! Eres tan víctima de esa víbora como cualquiera de nosotros. No dejes que ella siga interfiriendo en tu vida, porque eso es exactamente lo que ella quiere. No le des un escenario a esta payasa — me regañó Rayssa.

— A veces olvido que solo tienes diecisiete años. Eres más madura y segura de ti misma que yo.

— No es nada de eso. Es sólo que yo estoy fuera y me resulta más fácil analizar la situación con frialdad. — Mi hermana tenía razón. — Ahora, olvídate de esa víbora y hablemos de Melinda. Os vi besándoos en el agua. ¿Cómo están las cosas ahora?

— No quiero exponer a esta chica a la malicia de Giovana. Ella no necesita pasar por nada de esto. No necesita a un tipo como yo, lleno de pesado equipaje, en su vida. Melinda es buena, inocente y ha pasado por mucho antes de llegar aquí. Se merece un tipo que le aporte seguridad, no problemas, Ray.

— Esa no es tu elección, Gui.

— Pero ella parece darse cuenta de que no podemos estar juntos ahora. Hablamos hace poco y parece que se lo ha tomado muy bien.

— ¿Ah, sí?

— Sí. Voy a dejarla en paz — dije, más abatido de lo que había previsto. — Mañana voy a emprender acciones legales contra Giovana. No puedo contemplar pasivamente cómo esa mujer hace lo que le da la gana. Sé que no tendré el apoyo de nuestros padres, pero no renunciaré a tomar medidas. Giovaca tiene que parar.

Rayssa me miró cuando oyó cómo llamaba a mi ex, y las dos nos echamos a reír. Me cogió de la mano y, como imaginaba, me dio fuerzas.

— Que sepas que tienes mi apoyo, por si sirve de algo.

— Sí, hermana — respondí, besándole la mano. — Ahora voy a intentar dormir un poco, y tú deberías hacer lo mismo. Buenas noches, mocosa — me burlé de ella, tratando de despeinarla.

— Eres una mocosa. ¡Voy a cumplir dieciocho años! — replicó, y luego se giró para darme un abrazo. — Te quiero, hermano.

— Yo también te quiero. — La besé y me dirigí a la puerta para salir de la habitación.

— Guilherme — me llamó Rayssa cuando me iba, y miré hacia atrás. — Si quieres matarla, cuenta conmigo para esconder el cadáver.

Mi hermana consiguió arrancarme una carcajada. Sólo Rayssa podía animarme.



El lunes, en cuanto llegué a la oficina, redacté la petición contra Giovana. La presenté electrónicamente y, con el número de caso virtual, fui al juzgado y presenté el caso ante el juez.

Cuando volví a la oficina, fui al despacho de mi padre. No quería su aprobación, sino hacerle partícipe de la decisión que había tomado, sobre todo porque me esperaba una reprimenda de mi madre. Llamé dos veces a la puerta de su despacho y asomé la cabeza dentro.

— Buenos días, papá. ¿Estás muy ocupado?

— Buenos días, hijo mío. No, pasa. ¿Te ha pasado algo? — Tu Augusto me conocía bien y seguramente se dio cuenta de que algo me molestaba.

— Ayer, Giovana apareció en la playa donde estábamos. Ella y Rayssa tuvieron una pelea desagradable y esa enferma, que no le dio mucha importancia, aprovechó para ser desagradable con la ahijada de Dorinha y amenazarme de nuevo.

— ¿Qué dijo Giovana esta vez?

— Lo mismo de siempre, que nunca me dejará en paz y que no seré feliz con otra mujer, porque ella no lo permitirá. ¡Ya no aguanto más, papá! He puesto una demanda contra ella y me gustaría que se lo dijeras a mi madre, porque no tengo salud mental para hablar de esto con la señora Helena. No quiero que me cuestionen mi decisión ni que me pidan que la reconsidere, porque no voy a hacerlo.

Respiré hondo para calmarme, mientras mi padre me miraba serio y preocupado.

— Sólo yo sé todo lo que esa mujer me ha hecho y me está haciendo. Giovana me frustró y me traumatizó, pero no quiero ser ese tipo de hombre. Tengo derecho a rehacer mi vida y a tener una relación sana y que merezca la pena. Quiero vivir sin la preocupación de que esa loca aparezca en algún momento para arruinarlo todo.

— Estoy de acuerdo, Guilherme. Sin embargo, ¿estás seguro de que es una medida realmente necesaria?

Sabía que aquella pregunta no tenía nada que ver con mi padre, sino con mi madre. El señor Augusto hizo todo lo posible para no disgustarla.

— Absolutamente, papá. Alguien tiene que detener a Giovana. Además, no estoy haciendo nada malo. Actúo dentro de la ley, de acuerdo con mi carácter y mi naturaleza — respondí con firmeza. — Tengo 24 años y toda la vida por delante. Si quiere perder el tiempo insistiendo en una relación fallida, es su problema. Yo he decidido vivir.

— Así es, hijo. Sólo me preocupo por tu madre. Ella quiere mucho a Giovana y estará muy disgustada por todo esto. Quedó destrozada cuando rompisteis y Giovana perdió al bebé...

— ¡No, no lo perdió! Mató a nuestro hijo sólo para hacerme sufrir. Papá, Giovana es malvada, fría y calculadora, no merece la compasión de mi madre. ¡En realidad es una criminal que merecía estar en la cárcel! — Hablar de este tema siempre me despistaba, pero no lo permitiría allí. — Bueno, sólo quería informarte de mi decisión. Ahora me voy a trabajar.

Mi padre asintió, y yo salí de su despacho y volví al mío.



Ese mismo día, por la tarde, al pasar por la puerta de la mansión, vi a Melinda de lejos. Estaba distraída, charlando con Dorinha fuera de la casa. Los dos se reían de algo y no se fijaron en mí. Fui al garaje y me quedé allí un rato, desde donde podía verlas, sin que se dieran cuenta,

ocultas por unos arbustos. Como el garaje estaba en una elevación, podía ver su casa desde arriba y, si quería ir hasta allí, tendría que bajar por una rampa.

Melinda llevaba una falda de tela ligera y estampada. No era demasiado corta, lo justo para que se le vieran los muslos y el culo. También llevaba una camiseta azul, que perfilaba perfectamente sus exquisitos pechos. Al parecer, no llevaba sujetador.

Vi el momento exacto en que se pasaba las manos por el pelo y luego lo anudaba. Era inevitable recordar lo perfumado que estaba su pelo. La vi sonreír mientras charlaba con su madrina. Melinda era feliz sin mí.

El recuerdo del aroma de Melinda y de su corrida en mis dedos sería suficiente para volverme loco. *Necesitaba salir de aquí inmediatamente.* Bajar y tocarla era tentador, y lo deseaba desesperadamente, pero mi prioridad seguía siendo ser un buen tipo con ella.

Esta mujer me volvía loco. Era deliciosa. Todo en ella era delicioso, y yo estaba flipando con la idea de tener que hacer lo correcto. Nunca lo había pensado, pero había un abismo enorme entre saber y hacer lo correcto. *¡Está jodido!* Tenerla era casi una necesidad.

Me obligué a salir del garaje y me fui a casa, deseando darme una ducha fría para calmarme. ¡Joder! *Ningún hombre debería ser sometido a esta tortura.*



João Guilherme

Al día siguiente, fui al gimnasio después del trabajo. No había visto a Melinda desde aquel momento en que la observé desde el garaje, pero mis pensamientos vagaban constantemente hacia ella. Así que necesitaba gastar mi energía de alguna manera.

P.A acababa de empezar su primera serie cuando llegué. Hice algunos ejercicios de movilidad para entrar en calor y luego nos ejercitamos juntas, turnándonos en las máquinas.

— ¿Cómo van las cosas con Melinda? — preguntó mi amigo, sin saber que no era la mejor manera de ayudarme en la ardua tarea de distraer mis pensamientos de aquella mujer.

— Nos estamos evitando. — P.A. me miró con incredulidad. Antes de que pudiera soltar una de sus bromitas, cambié de tema. — Presenté una demanda contra Giovana.

— No sé si servirá de algo, amigo. Esa mujer está loca, seguro que el perro no ha venido a atormentarte y ha enviado a su secretaria, Giovana. — No tenía ni idea de dónde sacaba mi amigo esas ideas, pero siempre tenía un chiste para hacerme reír de los asuntos serios. — Sobre

Melinda, sabes que no podrás seguir así, ¿verdad? Huir para no encontrarla es imposible, porque ya está ahí, dentro de ti.

A pesar de sus maneras siempre juguetonas, P.A. tenía una sensibilidad que pocos conocían. Como su mejor amigo, tuve el privilegio de conocer esta faceta suya.

— Te conozco desde hace años, amigo. Sé de lo que hablo. Esta chica ha llegado a apoderarse de todo dentro de ti. En el buen sentido, por supuesto.

— No puedo poner a la chica en esa situación, P.A. La estoy preservando. Al menos eso es lo que me digo todo el rato para controlar las ganas de ir a por ella.

— Puedes alejar tus manos de ella, pero no puedes alejarla de tu corazón. Es imposible controlar ese tipo de cosas, hermano. Lo que sientes por ella es fuerte y te has dado cuenta de que no es sólo atracción física.

— Me doy cuenta de eso. Y a pesar de todo, intento hacer lo correcto.

— ¿Has pensado en la posibilidad de que encuentre a otro chico mientras tú la alejas?

Suelto bruscamente la máquina en la que estaba haciendo ejercicio y mi cuerpo se tensa.

— No quiero ni pensarlo, P.A. — Terminé mi serie y le cedí mi turno.

— Será mejor que te lo pienses, porque una mujer como ella atrae todas las miradas. Dondequiera que vaya Melinda, atraerá una cola de pretendientes. Y afrontémoslo, si tú no la quieres, amigo, seguro que hay alguien que sí.

— ¡La quiero, joder! Quiero a esta mujer, pero tengo miedo de que le pase algo. No sabes la mierda que Giovana es capaz de hacerme. Nadie lo sabe, porque no la conocen como yo.

— Relájate, amigo.

— ¿Cómo puedo relajarme? Esa enferma vio a Melinda usando mi blusa en la playa y sospechó. La forma en que Giovana la miró me produjo escalofríos. Necesito quitar a esa mujer de nuestro camino antes de que pase algo. Ella es cruel, y Melinda es pura.

— ¿De verdad crees que es capaz de intentar algo malo contra la chica?

— No lo sé, amigo. Giovana es capaz de cualquier cosa, así que no estoy dispuesto a pagar para ver.



Durante unos días, evité encontrarme con João Guilherme. La última vez que hablamos fue la noche del lío en la playa. Él tampoco vino a verme, así que quedamos en paz.

Aproveché esos días para volver a centrarme. Eché más currículos con la esperanza de encontrar trabajo, pero mi teléfono no sonó con ninguna buena noticia.

Al día siguiente, jueves, Rayssa cumplía 18 años. Para celebrarlo, se iba a celebrar una cena en su casa, solo con sus padres, João Guilherme, P.A. y Celina. Yo estaba invitada, pero aún no había decidido si iría.

Además de la cena, mi amiga ya había organizado otra celebración para el fin de semana. Sería en su casa de Itaipava, sólo con su hermano, P.A. y yo. Celina no pudo venir esta vez, pero Rayssa no renunció a tener su momento sólo con sus amigas. Aunque protestaron, sus padres aceptaron no aparecer.

Ese jueves, después de desayunar, fui al centro comercial a comprarle un regalo a Rayssa. Era difícil regalarle algo a una chica que lo tenía todo, pero me convencí de que encontraría algo tan especial como ella.

Después de entrar en casi todas las tiendas interesantes del centro comercial, me topé con un quiosco que hacía productos personalizados y me gustó la idea. Saqué el móvil y miré las fotos que nos habíamos hecho en la playa. Rayssa había hecho varias con su móvil — cuya resolución era infinitamente mejor que la mía — y luego me las había enviado a través de una aplicación de mensajería.

Todas las imágenes eran increíbles, con el mar de fondo haciéndolo todo aún más bonito. La tarea de elegir una sola fotografía fue ardua, pero después de analizar cada una más de tres veces, me decanté por la que transmitía el sentimiento de felicidad.

Elegí la foto que Celina tomó al final de aquella tarde. En ella, João Guilherme, Rayssa, P.A. y yo estábamos sentados en la arena, de espaldas al mar, abrazados, un poco despeinados y sonriendo genuinamente. El paisaje no podía ser más impresionante: el cielo anaranjado y el mar completamente azul.

Lo que hacía especial aquella foto eran nuestras sonrisas, que también desbordaban nuestros ojos. Hasta ese momento, éramos realmente felices. Suspiré al recordar que, tras un momento de paraíso, Giovaca apareció y lo convirtió todo en un infierno.

Sacudí ligeramente la cabeza para despejarla, ya que tenía cosas más importantes en las que pensar. Seleccioné aquella foto, me acerqué al quiosquero y pedí una taza impresa con nuestra imagen, el nombre de la playa y la fecha en que fue tomada. Era perfecto.

El producto no estaría listo hasta dentro de media hora, así que me fui al patio de comidas a por un helado. Cuando volví unos minutos después, vi que la taza estaba lista y era preciosa. Le pedí que me la envolviera y salí del centro comercial satisfecha con el regalo de mi amiga.

Cuando llegué a la mansión, fui a casa a guardar el paquete y luego a casa de Rayssa para

decirle en persona que había decidido ir a cenar esa noche. Sería maravilloso estar con ella el fin de semana, pero no tan importante como estar allí el día exacto de su cumpleaños.

Estaba subiendo la rampa hacia el garaje cuando oí voces y reconocí que eran las de Rayssa y su madre. No quería interrumpir la conversación, así que esperé fuera hasta que pude salir. No tenía intención de oírlas, pero desde donde estaba era inevitable.

— ¿Estás segura de que no incluirás a Giovana en tu cena de cumpleaños, Rayssa?

— Absolutamente segura, mamá. ¿Cómo puedes seguir preguntándome eso, sabiendo que tuvimos sexo en la playa hace unos días?

— ¡No hables así! Crié a una princesa, no a un gamberro. ¿Quizás era el momento adecuado para reconciliaros, quizás haceros amigos?

— Nuestro momento adecuado se llama nunca. Déjalo, porque yo saqué a Giovaca de mi vida hace años. ¿En qué clase de mundo vives, mamá?

— No me hables así, Rayssa...

— ¿Y cómo se supone que voy a hablar contigo si eres la única que no puede ver las cosas que ha hecho y hace? ¿Qué es esta obsesión que tienes con esta chica?

— Vi nacer a Giovana, Rayssa, la conozco desde que era un bebé. Era una buena chica, fueron las circunstancias de la vida las que la hicieron así. Sé que no lo justifica, pero se puede entender y tratar las cosas de otra manera. Ha sufrido mucho en su vida, siempre se ha sentido rechazada.

— No puedo entenderla ni tratar de forma diferente todo lo que le hizo a João Guilherme y, en consecuencia, a mí.

— Cometió un error con su hermano, pero fue por amor. Uno da lo que recibe, y ella ha recibido mucho rechazo en su vida, hija. Cuando recibe amor, Giovana no actúa así... mal. Siempre le he ofrecido mi amor, y ella me ha tratado de la misma manera. Ella es dulce cuando se siente amada.

— Dicen que las madres se preocupan más por sus hijos que por ellas mismas, pero aparentemente eso es una leyenda urbana. ¿Cómo puedes amar a la mujer que cometió tantas atrocidades contra tu hijo?

— A veces los que menos merecen nuestro amor son los que más lo necesitan — dijo la señora Helena, y entonces se hizo un silencio que pareció durar una eternidad, pero que no debió de durar más que unos segundos. *— Aunque quiero a Giovana y entiendo por qué actúa así, os quiero mucho más a ti y a Guilherme. Sin embargo, si le dieras una oportunidad, verías que...*

— ¡Cuando se trata de Giovaca, no hay oportunidad! Ella es mala, mezquina y vengativa, mamá. Además de todo lo demás, es tóxica y manipuladora. Quiero alejarme de gente así, y tú también deberías, o acabarás alejando a Gui de nosotros.

— Eso es lo último que quiero, hija mía. Pero...

— Sin peros, mamá. Tu hijo no soporta a Giovana porque le hace perder la cabeza, y eso que es un tipo centrado. Esa mujer es mala para él, para mí y para cualquier cosa a la que se acerque. Su pensamiento es muy bonito, pero no funciona para mí. Tal vez, cuando sea mayor, pueda tener actitudes tan nobles como la tuya, pero de momento, odio a esa vaca y la quiero lejos de mí y de mi hermano — dijo Rayssa, sin pudor. —Así que, para cerrar este asunto, Giovana no está invitada a mi cena de cumpleaños, ni mucho menos a mi celebración en Itaipava.

— No pasa nada. Haz lo que quieras, después de todo es tu día, hija.

— Ah, bueno, pensé que había olvidado que hoy soy la estrella. Nadie me va a estropear el día. Quiero pasarlo con las personas que quiero y que también me quieren.

— Así es — dijo la Sra. Helena. *— ¡Eh, espera! ¿Adónde vas?*

— Voy al centro comercial con Carlos, pero no tardaré. El vestido de esta noche se ha quedado en la tienda para algunas pruebas.

No oí a la señora Helena decir nada más, en su lugar se oyó un portazo; Carlos debía de estar ya en el coche cuando los dos empezaron a hablar. Rayssa se marchaba. En la posición en la que estaba, mi amiga no podía verme y yo lo prefería así. Pensé que sería mejor sorprenderla a la hora de cenar.



La cena de Rayssa estaba prevista para las ocho de la tarde, y yo me iba poniendo nerviosa a medida que pasaban los minutos. Debido a la celebración, mi madrina trabajaría hasta tarde, ayudando a recoger, así que la casa estaba en silencio, y yo sola y ansiosa.

Antes le envié un mensaje a Rayssa y felicité a mi amiga, pero mantuve la sorpresa de que iba a ir a su cena.

Cuando se acercaba la hora, me di un largo baño caliente para relajarme, pero no sirvió de mucho. Saber que iba a encontrarme con João Guilherme después de casi cinco días elevó mi nivel de ansiedad. La mitad de mí estaba angustiada y la otra mitad estaba encantada de saber que iba a verle.

Salí del baño con una toalla envolviendo mi cuerpo y saqué mis cosas de la maleta para mirar las opciones. No había muchas — la mayoría de mi ropa para salir eran vaqueros. Tenía muy pocos vestidos adecuados para la ocasión, de hecho sólo había uno que me valiera.

Antes de vestirme, me sequé el pelo para que estuviera bonito y me maquillé un poco más elaboradamente. Me gustó el resultado porque me veía sexy y mayor.

Me puse la única sandalia de tacón que tenía y, para no arrugarme, me puse el vestido en

último lugar. Cuando me miré en el espejo, me sorprendió mi reflejo.

Mi vestido era negro y sin tirantes, por lo que quedaba genial con mi recién adquirida línea del bikini. Era ajustado, me llegaba hasta la mitad de los muslos y estaba plisado por delante, lo que le daba un maravilloso efecto de cuerpo de guitarra. Este vestido siempre cumple la función de hacerme sentir guapa y sexy, sin parecer vulgar.

Me eché un poco de perfume, me puse los pendientes y una pulsera de oro de mi madre. Ya estaba lista. Recogí el regalo de Rayssa y, con el corazón acelerado, me dirigí a la mansión.



João Guilherme

— ¿Esperamos a alguien más esta noche, Guilherme? — Paulo André me preguntó libertino. Últimamente, el deporte favorito de mi amigo era molestarme. — Creo que está a punto de llegar alguien muy importante, porque no dejas de mirar hacia la puerta.

— No sé a quién invitó Rayssa, así que no sé quién está por llegar. — Fingí no entender su ironía.

— ¿Te estás volviendo cínico en tu vejez? Creo que sólo quedaba una invitada, y acaba de llegar.

Mi maldito corazón se aceleró. Antes incluso de verla, supe que era de ella de quien hablaba mi amigo. Intenté disimular mi nerviosismo sin mirar en esa dirección, momento en el que P.A. redujo la distancia que nos separaba.

— Tengo que decir que llegó dispuesta a matar a alguien con el corazón. Ese vestido...

No pude resistirme y la miré. *¡Joder! No quiero volver a mirar a ningún otro sitio. ¡Melinda está jodidamente preciosa!* Tenía el pelo más espeso, se había maquillado y ese vestido... le quedaba perfecto.

Mientras la admiraba, miró alrededor de la habitación vacía, probablemente buscando a Rayssa. Mi hermana aún no había bajado, estaba en su habitación con Celina, terminando de arreglarse. P.A. y yo estábamos en un rincón alejado, tomando nuestra copa junto a la barra.

Cuando la mirada de Melinda se cruzó con la mía, yo seguía paralizado, mirándola fijamente. Nos miramos fijamente durante un momento, pero entonces ella salió de su trance y caminó hacia nosotros.

— Buenas noches, niños. — Aunque yo también intenté disimularlo, noté que estaba nerviosa.

Yo solía ser un tipo seguro de mí mismo, pero en presencia de Melinda parecía un muchacho inexperto. *¿Qué tiene esta mujer que me desconcierta tanto?* Me fascinó tanto que olvidé cómo hablar.

— ¡Buenas noches, nena! Rayssa está en el dormitorio con Celina. ¿Quieres que la lleve allí? — se ofreció la asistente personal, mientras yo intentaba que mi cerebro dejara de mirarla fijamente y procesara algo que decir.

— Buenas noches, Melinda. Puedes ir a su habitación, ya sabes dónde está. Mi hermana estará encantada de verte — dije, recuperándome del impacto que me había causado y fingiendo que su presencia no me estremecía.

Esta vez parecía haber perdido la voz.

— Yo... Ella... ¿Tardará mucho en bajar? — Casi me reí al verla tan nerviosa que tartamudeaba. Me sentí aliviado de no ser el único afectado en aquella habitación.

Antes de que pudiéramos contestar, oímos la voz excitada de Rayssa. Cuando miramos hacia las escaleras, estaba bajando junto a Celina. Las tres dejamos de hablar para admirarla. *Qué guapa y feliz está.* Mi hermana siempre ha sido guapa, pero ese día su belleza era radiante.

— Nuestra niña está creciendo — dijo P.A. y, antes de que pudiera contestar, Melinda tomó la palabra.

— Rayssa no es una niña pequeña. Es una mujer hermosa, sexy e inteligente. Sólo quien no quiere no puede verlo.

El tono de voz de Melinda sonaba a la defensiva y resultaba extraño. De repente, como si se hubiera dado cuenta, se sonrojó.

— Voy a hablar con mi amiga. — Se alejó y P.A. me miró, también sin comprender.

Vimos cómo se encontraban. En cuanto vio a Melinda, a Rayssa se le iluminaron los ojos. Se caían muy bien y se habían hecho amigas. Eso me sorprendió un poco, porque a mi hermana no le gustaba casi nadie.

— Te lo advierto otra vez: las chicas como Melinda no se quedan solas mucho tiempo — me dijo P.A., pero mirando en dirección a las chicas. — Si todavía está disponible. Pero si no la quieres...

— No se trata de querer, amigo. Querer, salir o amar a alguien no estaba en mis planes, al menos no ahora. Sin embargo, mi razón principal es proteger a Melinda del veneno de Giovana.

— Y para eso, ¿vas a vivir en abstinencia? ¡Por el amor de Dios, Guilherme! Ya pasaron más de seis meses, compañero. Es hora de que este celibato termine. De hecho, ¡ya pasó la hora! Por no hablar de que es demasiado tarde para intentar blindarte, porque ya estás obsesionado con la chica. O tu problema es la abstinencia sexual o estás enamorado. Acéptalo, no tienes ninguna oportunidad contra ella, amigo.

— ¿Contra quién?

— Melinda y todo lo que sientes por ella.



Cuando llegó Melinda, no pude despegarme de ella. Mis ojos la seguían constantemente, de modo que ni siquiera podía prestar atención a la conversación con P.A. o con cualquier otra persona de la sala. La presencia de Melinda se apoderaba de todo en mi interior.

No me esforcé en disimularlo. Me sorprendió mirándola varias veces, y me importó un bledo. Me sentía demasiado viejo para este tipo de juegos y cansado de torturarme. Incluso podía arreglármelas para no buscarla y mantenerme alejado, pero ignorar la presencia de Melinda, tan cerca de mí, era imposible.



Intenté crear una barrera entre João Guilherme y yo. Intenté protegerme de su mirada y de su voz sexy y ronca. Intenté por todos los medios no mirarle, aunque sentía sus ojos clavados en mí. No podía resistirme, era una guerra perdida.

Nunca me había sentido atraída por ningún hombre. Aun así, fantaseaba con que, cuando

ocurriera, sería algo fácil y sin complicaciones, con un tipo totalmente libre y que no se resistiría tanto a involucrarse conmigo. Evidentemente, João Guilherme no correspondía a mis fantasías, pero era yo. Y por mucho que quisiera ignorarlo, era imposible. Su presencia fue todo lo que sentí aquella noche.

La personalidad inestable de aquel hombre me volvía loca. Alternaba entre sexy y atrayente cuando estaba conmigo y distante y frío cuando no estaba tan cerca. A diferencia de mí, que pensaba en él cada cinco minutos, incluso cuando no lo veía durante unos días. Cuando no lo veía, seguía sintiéndolo en todas partes.

Estábamos sentados a la mesa y a menudo me atraían los ojos de João Guilherme sobre mí. En un momento dado, decidí no apartar la mirada de él, y nos quedamos así un rato, hasta que su padre le dijo algo. Sólo cuando Guilherme apartó su atención de mí para responder a su padre pude respirar con normalidad.

Justo entonces, mi madrina trajo más bebidas a la mesa. Me miró con desconfianza. No del tipo enfadada, sino atenta.



Después de cenar, Dorinha y la cocinera de la mansión trajeron una tarta preciosa y le cantamos el cumpleaños feliz a Rayssa. A mi amiga le encantó que toda la atención se centrara en ella, y yo me alegré de ver su felicidad.

Después de comernos un trozo, el Sr. Augusto y la Sra. Helena anunciaron que era hora de entregar los regalos. Nos llevaron al garaje de la mansión, donde había un coche precioso envuelto en un lazo rojo gigante. Rayssa se volvió loca cuando vio el coche y corrió a abrazar a sus padres. Fue una escena preciosa.

En ese momento, al ver a la familia de mi amiga reunida, eché de menos a mis padres. Pensar que no tendría a ninguno de los dos conmigo en mi próximo cumpleaños hizo que se me estrujara el corazón y decidí dar por terminada la noche. Me acerqué a Rayssa para despedirme, le di un beso y un fuerte abrazo.

— Gracias por venir, Mel. Y gracias por el regalo, me encanta. Se va a quedar en mi habitación, ni siquiera lo voy a usar para que no se rompa — Rayssa se rió mientras nos despedíamos.

— Me alegro mucho de que te haya gustado. Es sencillo, pero lo he hecho con todo mi cariño.

— Era muy especial y la voy a guardar también con el mayor cariño. — Cómo me gustaba esa chica. — Ah, mañana tenemos una cita.

— ¿Qué cita? — Pregunté sin entender, porque no habíamos reservado nada.

— Es una sorpresa. Estate en el garaje a las 10 de la mañana. No llegues tarde, tenemos una cita.

— Me dan miedo tus citas.

— No lo tengas, cariño. Confía en mí — dijo sonriendo, y yo asentí y le di un abrazo más antes de irme.

João Guilherme y Paulo André charlaban a nuestro lado. Cuando me crucé con ellos, les di las buenas noches y me alejé rápidamente.

Cuando llegué a casa, me duché y me tumbé en el sofá, triste. Lo único que quería era poder abrazar a mis padres.

Unos minutos después llegó mi madrina. Se fue a duchar y esperé a que volviera. Charlamos un rato y me fui a dormir, tranquila porque no había mencionado a João Guilherme.



Al día siguiente, a las diez en punto de la mañana, llegué al garaje para reunirme con Rayssa. Esa noche había tenido un sueño sobre mis padres que me había hecho dormir mal y me había desanimado a salir, pero había quedado en salir con mi amiga y no me iba a echar atrás.

Rayssa ya me estaba esperando, con su habitual energía infinita, y en cuanto me vio corrió a abrazarme. Su alegría era tan contagiosa que sólo verla me hacía sentir vigorizada.

— ¿Puedo preguntar adónde vamos? — le pregunté mientras me subía al coche.

— Primero haremos unas compras para mañana, ¡y luego nos pondremos irresistibles! ¿Quizá salga algo bueno de este fin de semana?

— ¿A qué te refieres?

— Cambiemos de look, Mel. ¡Adiós, niñitas! ¡Hola, señoritas! — dijo Rayssa emocionada, y yo me reí, sintiéndome emocionada también. — Deja que João Guilherme y Paulo André se preparen, mi amor.



Fuimos al centro comercial y no tardamos mucho en encontrar lo que necesitábamos, ya que mi amiga sabía exactamente a qué tiendas quería ir.

— ¡Melinda del cielo! Te ves muy comestible en ese vestido. Dios mío, ¡es el elegido! — exclamó Rayssa cuando me probé uno de los conjuntos que me sugirió.

El vestido era realmente precioso, pero era bastante corto y escotado, de un tipo que nunca me había puesto. Además, tenía un estilo supermoderno y cool, como decían las chicas de Río. Era negro con brillantes y me llegaba a la mitad de los muslos. Era de una sola pieza por delante y el escote era muy generoso; la espalda estaba descubierta hasta el principio de mi trasero. Era un conjunto atrevido y precioso que realmente me hacía parecer una mujer grande.

— No estoy acostumbrada a este tipo de atuendo, Ray. Es precioso, pero me resulta extraño — dije mirándome en el espejo.

— Pues acostúmbrate, porque te queda perfecto y nos lo llevamos. — Era difícil ir en contra de la decisión de Rayssa. — Puedes envolver este para ella, y el azul grande para mí — le dijo mi amiga a la dependienta, que sonrió satisfecha.

El vestido era muy caro. Rayssa insistió en que lo pagara yo, pero no acepté. Estaba consiguiendo ser ahorradora, así que decidí darme un capricho.

También compramos un par de sandalias. Mi amiga quería ponerme unas muy altas, pero esta vez no cedí y me compré unas más bajas. Si me ponía los zapatos que me había sugerido, corría el riesgo de que la velada se convirtiera en una tragedia y yo acabara en el hospital con una pierna rota.

Después de elegir la ropa y las sandalias, paramos a comer. Charlamos un rato y luego entramos en una tienda que ella ya conocía para elegir algunos accesorios. Estaba encantada con los pendientes, el collar y la delicada pulsera que había elegido para mí.

Cuando pensé que ya lo teníamos todo y estábamos listas para irnos, Rayssa llamó a Carlos y le pidió que recogiera nuestras maletas para meterlas en el coche. Entonces mi amiga me arrastró hasta el salón de belleza.

— Era el momento de la gran operación. ¡Vamos a dejar aquí mujeres nuevas! — Rayssa estaba emocionada. *Si Dios quiere, pronto me encontrará un trabajo.*

No sabría decirte cuánto tiempo pasamos allí dentro, pero no fue tanto como pensaba.

— Estás impresionante, Mel. Ya eras hermosa, ahora estás maravillosa. ¿Cómo puede un corte de pelo cambiar tanto a una persona? — Mi amiga me hizo un cumplido cuando íbamos en el coche de camino a casa. Nos habíamos cortado el pelo, arreglado las uñas y hecho una limpieza de cutis que nos había dejado estupendas.

Me sentí aún más guapa cuando salí de la peluquería. La peluquera me había cortado el pelo a capas, reduciendo un poco la longitud y dándole mucho más volumen. Por si fuera poco, estaba bien hidratado y brillante.

No puedo negar que Rayssa tenía razón, porque aquel corte me hacía parecer más sexy y más mujertona. Me encantó la transición.

Mi amiga tenía el mismo corte de pelo y el nuevo look también le había sentado bien, haciéndola parecer más guapa y como una mujer.



Melinda

Acordamos salir hacia Itaipava a las 8 de la mañana del sábado. Rayssa quería ponerse en camino cuanto antes para disfrutar de cada minuto del día. Íbamos todos en el mismo coche — João Guilherme, P.A., Rayssa y yo.

Después de despedirme de mi madrina y escuchar muchas recomendaciones, salí de casa con mi mochila para reunirme con ellos en el garaje. Todos me estaban esperando. No pasó desapercibido el asombro de João Guilherme cuando me miró, como si nunca me hubiera visto antes. Durante unos segundos no lo entendí, pero luego recordé que había cambiado de aspecto. *¿Tanto he cambiado?*

— Buenos días — dije a todos y sentí que me ardía la cara por la intensidad de la mirada de Guilherme.

— ¡Buenos días, amiga! ¡Salgamos de aquí, porque Ludmilla dijo que *Es hoy!* [1] — Rayssa estaba tan animada como siempre.

— Buenos días, compañera. Estás muy guapa con tu nuevo look — nos piropeó P.A., amable y sin ninguna malicia.

Me encantaba este chico precisamente porque era amable sin tener segundas intenciones. Mi nuevo amigo cogió mi mochila y la metió en el maletero del coche. Rayssa le siguió, dejándonos solo a João Guilherme y a mí.

— Hermoso es poco. No tengo palabras para describir lo increíble que estás — João Guilherme me miró con admiración.

— Dios mío, ¿un simple corte de pelo cambia tanto a una persona? — bromeé para disimular mi timidez.

— Es que ya eras demasiado guapa, Melinda. Ahora has llevado tu belleza al nivel de la perfección. — Ante aquel cumplido, nos quedamos mirándonos hasta que el claxon de un coche me sobresaltó.

— Vamos — me llamó João Guilherme, me cogió de la mano y me llevó hasta el coche.

Me abrió la puerta trasera y me senté junto a Rayssa. P.A. estaba en el asiento trasero y João Guilherme se encargó de conducir. El aire acondicionado estaba encendido y las ventanillas cerradas, así que podía olerle. Cerré los ojos, aspirando su delicioso aroma, y cuando volví a abrirlos, Guilherme me miraba por el retrovisor. Cuando le miré a los ojos, me sonrió y no pude evitar devolverle la sonrisa.



En la carretera, P.A. encendió el equipo de música y empezó a poner *Night Changes* de One Direction. A mí me encantaba la canción y parece que a Rayssa también, porque cantábamos con ella. Cuando llegó el estribillo, João Guilherme y Paulo André también cantaron.

Aunque no hablo inglés, busqué la traducción de la canción en Internet y supe de qué iba. El estribillo era increíble y cobró aún más sentido cuando João Guilherme lo cantó mirándome a través del espejo. Parecía hablarme directamente a mí, y eso hizo que mi estómago se retorciera de ansiedad.

"... Estamos envejeciendo amor
Últimamente he estado pensando en ello.
¿Te molesta lo rápido que cambia la noche?
Todo lo que has soñado

se desvanece en el momento en que te despiertas
pero no hay nada que temer
aunque la noche cambie
nada nos cambiará a ti y a mí".

Lo cantó todo, alternando su mirada entre la carretera y yo. Sus ojos sonreían y yo me quedé atrapada en esa mirada.

Pasamos todo el viaje escuchando música. Cantábamos y charlábamos distraídamente sobre trivialidades. Hiciéramos lo que hiciéramos, mi mirada siempre volvía a encontrarse con la suya.



Llegamos a Itaipava poco más de hora y media después. Entramos en un condominio, donde todas las casas eran bonitas y lujosas. Condujimos por una pequeña carretera, cruzamos un pequeño puente — que era casi del ancho del coche — y continuamos cuesta arriba. Su casa era la más alta y también la más grande.

Una pareja nos recibió en cuanto João Guilherme aparcó el coche delante de la puerta principal. Rayssa fue la primera en bajar y abrazó a la pareja; João Guilherme y P.A. también se acercaron, sonriendo y abrazándolos. Yo era la única que aún no los conocía, así que esperé a que me los presentaran.

— Melinda, estos son Mauro y Elisa, nuestros cuidadores — João Guilherme hizo los honores cuando me acerqué a todos.

— Es un placer conocerte.

— El placer es todo nuestro, niña. — El amable caballero devolvió el saludo.

— ¡Qué guapa! ¿Es tu novia, Gui? — Elisa tenía una enorme sonrisa en la cara. Se notaba que sentía un enorme afecto por Guilherme, además de por Rayssa, claro.

— Es la futura madre de mis tres hijos, Elisa. Es muy guapa, ¿verdad? — João Guilherme sonrió con naturalidad, como si fuese la más pura verdad.

Lo intenté, pero no sé si conseguí disimular lo derretida que me quedé al oír lo que dijo Guilherme.

— Sin duda, seréis unos niños preciosos, porque sois preciosos. — Elisa sonrió. — Venga, vamos dentro. Estoy preparando la comida, pero si tenéis hambre, hay café y tarta caliente.

Entramos y evité mirar a João Guilherme, pues no quería que se diera cuenta de lo mucho

que me había emocionado.

— No sabía que venías con nosotros, Gui, y he preparado cuatro habitaciones individuales.

— Estupendo, Elisa. No te preocupes, nos las arreglaremos.

Subimos a la planta de los dormitorios y cada uno abrió una puerta diferente, probablemente siempre se quedaban en la misma habitación cuando iban allí. Me detuve en el pasillo, sin saber adónde ir.

— Creo que Elisa te ha asignado la habitación contigua a la de Rayssa. — P.A. me guió, señalando en dirección a la habitación en la que había entrado mi amiga. — Incluso me ofrecería a quedarme contigo, pero Guilherme está celoso y, como eres la futura madre de sus hijos, tengo que respetarte — dijo P.A. en voz alta, con una sonrisa pícara, al ver que João Guilherme se acercaba a nosotras.

— Vamos, Melinda, te enseñaré tu habitación — Guilherme cogió mi mochila y miró con desprecio a Paulo André. Me cogió de la mano y me condujo a la habitación que su amigo le había indicado unos minutos antes.

João Guilherme abrió la puerta y me dejó pasar. Me quedé de piedra al ver lo bonito que era todo en aquella habitación. Había una cama enorme y, al parecer, muy cómoda. Puso mi mochila sobre el colchón y abrió una puerta que daba a un balcón. Salí tras él y contemplé las vistas.

Desde mi habitación se veía toda la finca. Era preciosa, bien cuidada y muy arbolada. Cerré los ojos y respiré hondo, sintiendo la brisa fresca en la cara. Me encantaba el clima de Barra da Tijuca, pero Itaipava me traía un recuerdo sensorial del lugar donde me había criado. Me dio una sensación acogedora. Me sentía como en casa.

Cuando abrí los ojos, João Guilherme me estaba mirando. No sabría decir si fue la nostalgia la que me produjo necesidad, pero de repente sentí el impulso de abrazarlo. Sin preocuparme, lo rodeé con los brazos y él me devolvió el abrazo con el mismo afecto y, tal vez, con la misma necesidad. Fue un abrazo cálido, de los que envuelven cuerpo y alma. Ese tipo de contacto en el que los buenos sentimientos te invaden y te sientes reconfortado.

Nos quedamos así un rato, sintiéndonos el uno al otro. Luego nos separamos un poco y nos miramos. Parecíamos hipnotizados el uno por el otro, y él estaba tan cerca que podía sentir su aliento en mi cara. Se me puso la piel de gallina.

— El aire fresco de este lugar y tu abrazo me hacen sentir como en casa — susurré, y él mantuvo su mirada fija en mí, como si pudiera verme desde dentro.

— Quiero ser tu hogar, Melinda — me susurró, y luego me besó.

Al instante, todo lo que había en el mundo — dificultades, obstáculos o cualquiera — que pudiera amenazar nuestra felicidad parecía insignificante. En aquel momento, sentí que estaba

preparada para cualquier guerra con tal de estar con João Guilherme.

Esta vez, nuestro beso fue tranquilo, pero no menos ardiente. Nos besamos con necesidad y anhelo, como una pareja que llevaba tiempo separada y que por fin volvía a conectar.

Sus labios chuparon los míos y su lengua se deslizó dentro de mi boca, buscando la mía en una conexión perfecta. Una de sus manos me sujetaba la nuca, acercándome a él, y la otra me tiraba de la cintura. Mientras, mis manos vagaban entre su espalda y su pelo.

No tardé en sentir la caliente erección de João Guilherme rozándome el vientre y, automáticamente, apreté las piernas en busca de algún alivio a mi excitación. La cosa se calentó aún más cuando su mano se dirigió a mi culo, haciéndome frotar contra él. Involuntariamente, gemí...

Como si necesitáramos algo externo para apagar nuestro fuego, oímos la voz de Rayssa llamándome desde el pasillo. Dejamos de besarnos y João Guilherme apoyó la frente en la mía. Los dos jadeábamos con fuerza.

— Te quedas en mi habitación... — susurró entre jadeos. Al menos él podía hablar, porque yo aún no tenía voz. La cabeza me daba vueltas y todo el cuerpo me ardía y temblaba. Todo con João Guilherme era intenso, y nunca había sentido nada igual. — Si quieres, claro.

Tardé unos segundos en entender lo que decía, pero cuando lo hice, asentí.

João Guilherme me cogió de la mano y volvió a la habitación. Recogió mi mochila de la cama y nos fuimos. No vi a Rayssa ni a P.A. en el pasillo — quizá habían ido a buscarnos abajo — así que Guilherme me llevó a su habitación.

Su habitación era más grande que la mía — que ya me había parecido enorme —, y la cama parecía aún más blanda. Guilherme puso mis cosas en un sofá que había en un rincón y yo me senté en el extremo de la cama, probándola.

— Así no se prueba una cama — dijo con una sonrisa pícara, y me encantó verlo ligero y a gusto conmigo. — Bromas aparte, no es la mejor, pero es una buena cama.

— Mejor que mi sofá, eso seguro. — Bromeé.

— ¿Qué sofá?

— El de la casa de mi madrina. Su casa es pequeña y en su habitación sólo cabe una cama individual, así que duermo en el sofá.

— ¿Me estás tomando el pelo?

— ¿Por qué iba a estarlo?

No entendí por qué te sorprendiste tanto. João Guilherme cerró los ojos durante un minuto y, cuando los volvió a abrir, vi algo que odiaba que la gente sintiera por mí.

— No tienes que sentir lástima por mí. Nunca me han importado los lujos y no me importa dormir en el sofá. Además, voy a conseguir un trabajo y luego alquilaré un piso sencillo para mí. Mi estancia en Dorinha es temporal. — Me puse a la defensiva y Guilherme se sentó a

mi lado en la cama.

— No es lástima, es... cautela. Aún eres joven, pero si sigues durmiendo en un sofá, tendrás problemas de espalda. Tenemos que solucionarlo...

— Está bien, João Guilherme. De verdad, no tienes por qué preocuparte. — Sonreí, intentando aligerar el ambiente, porque notaba que estaba preocupado.

Me acerqué a él y lo besé en los labios.

— ¿Qué voy a hacer contigo? — dijo en voz baja cuando nuestros labios se separaron.

— Tengo algunas ideas, pero quiero que me sorprendas. — Volvió a besarme, sonriendo en mi boca.

— No puedo alejarme más de ti, Melinda, y me da miedo. No quiero que nada te haga daño. No soporto la idea de que Giovana haga algo contra ti, pero cada vez me resulta más difícil no tenerte. Quiero olerte, saborearte y sentir tu cuerpo todos los días. Te quiero y te necesito — dijo Guilherme, casi sin aliento. — Si estás dispuesto a intentarlo, yo también. Te quiero toda para mí.

Aquella afirmación fue más de lo que esperaba oír, tanto que me quedé sin habla.

— Tengo miedo de que te canses de todo esto y me rechaces. Sin embargo, si quieres intentarlo, seré toda tuya.

En lugar de responder, me tiré encima de él y le besé hasta quedarnos sin aliento. Cuando nos separamos, puse mis condiciones.

— Quiero, pero sólo si me juras que nunca volverás a huir de nosotros, que nunca te alejarás de mí cuando Giovana aparezca escupiendo su veneno. Quiero, si luchamos contra ella juntos.

— Te lo juro, mi dulce Mel.

Nos besamos, pero fuimos interrumpidos una vez más por los gritos de Rayssa llamándome.

— Será mejor que bajemos. — João Guilherme aceptó.

Nos levantamos de la cama para salir de la habitación, pero antes intentó matarme.

— Más tarde, dulce Mel... Solos tú y yo. — Guilherme me guiñó un ojo y así fue como casi me da un infarto a la altura de mis 19 años.



João Guilherme

Dios sabe que intenté con todas mis fuerzas alejarme de Melinda, pensando sólo en mantenerla a salvo, fuera del alcance de la malicia y mezquindad de Giovana, pero perdí esa batalla.

Conseguí evitar acercarme a ella mientras no la veía. Sin embargo, en la misma habitación que ella, mirándola a la cara, viendo su sonrisa y oliendo su perfume, era imposible resistirse.

Era como si fuéramos electrones en la misma rotación, moviéndonos con la misma melodía y provocando un intenso campo magnético de atracción, igual que los imanes. Pude sentir que esa fuerza de atracción también afectaba a Melinda cuando estaba cerca de mí, hasta el punto de que, en el balcón, ella correspondió a la misma intensidad de mi abrazo, sin que ninguno de los dos necesitara decir nada.

Melinda y yo tuvimos el privilegio de vivir un encuentro de almas que no necesitaba palabras, y yo creía que este tipo de cosas sólo ocurrían una vez en la vida. *No voy a desperdiciar más la otra parte de mi imán. Voy a luchar.*



Cuando bajamos, encontramos a P.A. y a Rayssa esperándonos en el salón.

— ¿Dónde estabais, chicos traviesos? — En lugar de contestar a mi hermana, nos reímos.

Me tiré en el sofá, arrastrando a Melinda conmigo. Ella se sentó frente a mí, apoyando la espalda en mi pecho, y yo la acurruqué entre mis brazos.

— Ven aquí... ¿Me he perdido algo? ¿Subes soltera y bajas saliendo con alguien? — preguntó Rayssa, riendo.

— Creo que más o menos — contestó Melinda.

— *Eso es exactamente* — dije y le di un beso en la cabeza.

Casi me quedo sorda cuando mi hermana gritó, saltando encima de nosotras; Paulo André también nos miraba sonriente. Todos estaban contentos, pero nadie más que yo.

— Tengo que confesar que no recibí ninguna propuesta oficial. Creo que este megaevento se merece algo especial...

— Y muy romántico — añadió Rayssa.

— Ya se me ocurrirá algo — dije, abrazando más fuerte a Melinda.

Nos quedamos en el salón, charlando, hasta que Elisa nos llamó para comer. Comimos entre conversaciones y risas, compartiendo un momento ligero y divertido. Después de comer, P.A. y yo jugamos unos partidos de baloncesto en la cancha y las chicas observaron. Pero cuando oscureció, la temperatura bajó mucho y decidimos entrar.

Rayssa estaba eufórica, con ganas de salir a celebrar su cumpleaños, a diferencia de mí, que habría dado cualquier cosa por quedarme en casa, acurrucada con Melinda. Pero estábamos allí para celebrarlo con mi hermana, así que nada más justo que quedarse con ella.

Las chicas subieron a ducharse temprano, lavarse y peinarse; P.A. y yo nos quedamos en el salón, viendo alguna película a la que no presté mucha atención.

— Entonces... ¿tenemos oficialmente una nueva pareja en la zona? — preguntó mi amigo, riéndose y lanzándome un cojín.

— Sí, amigo. Es inútil que intentes evadirte. Lo que siento es más grande y más fuerte que yo.

— Lo sé, amigo, y me alegro por ti, joder. Lo único malo será quedarme en la habitación contigua a la tuya. Espero poder dormir esta noche.

— No puedo prometer nada.

— ¡Joder, Guilherme! Después de tanto tiempo, eso debe haberse convertido en queso. — P.A. señaló mi bolso y se rió de su propia broma estúpida, y yo acabé riéndome también.

— ¡Idiota!

— ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? — Mi amigo volvió a ponerse serio.

— Mi total incapacidad para alejarme de ella. Estoy cansado de luchar contra mí mismo.

— Así que disfrutemos de nuestro fin de semana. Empezando por esta noche. Preparémonos.



Cuando llegué al dormitorio, Melinda se estaba secando el pelo. Me acerqué a ella, le di un beso en el hombro y me dirigí a la ducha.

Unos minutos después, cuando salí del baño, vi una visión del paraíso. Melinda estaba mirando su reflejo en el espejo, con un vestido que le daba un aspecto obscenamente maravilloso y delicioso. *¡Santo cielo! ¡Ya no quiero salir!*

Admito que estaba celosa. Seguro que los hombres de la calle se quedaban mirando cuando Melinda pasaba por delante, pero estaba conmigo y necesitaba controlar mi posesividad. No sabía si podría, pero lo intentaría.

— ¿No tendrás frío con ese vestido? — pregunté, fingiendo naturalidad.

— Lo pensé, pero tu hermana me prestó un abrigo que hace juego. Además, me ha dicho que dentro del club hace mucho calor. — Eso echó por tierra todos mis argumentos.

— De acuerdo. Así que ten cuidado si tienes que agacharte o cuando bailes, porque cualquier movimiento brusco con este vestido te enseñará las bragas. — dije con calma, controlando al pequeño cavernícola que llevaba dentro.

— ¿Y quién dice que llevo? — Melinda puso cara de tonta, deseando matarme.

— No hablas en serio, ¿verdad?

— No, no hablo en serio. — Ella se rió, y yo respiré aliviado, riéndome también. Melinda seguiría matándome con esa manera suya.



Llegamos a la discoteca y sentí que mi corazón palpitaba — como todo lo demás en el lugar —, al ritmo de la música. En el campo de donde yo venía no había cosas así, por lo que nunca había estado en una discoteca, pero me estaba encantando la experiencia.

João Guilherme me abrazó por detrás, rodeándome con sus brazos y guiándome entre la multitud. Llegamos a una zona más privada, subimos una escalera y entramos en el palco que habían alquilado. Era como una caja de cristal climatizada, desde donde teníamos una vista panorámica de toda la pista de baile.

En cuanto nos hubimos acomodado, los chicos fueron a por unas bebidas al exclusivo bar. Mientras tanto, me acerqué al cristal y vi a innumerables personas abajo, balanceando sus cuerpos con las manos en alto, totalmente implicadas en la música. El lugar era mágico, contagioso y proporcionaba una embriagadora sensación de libertad.

No tardé mucho en rendirme al sonido con Rayssa, olvidando momentáneamente todo lo que podía entorpecer mi velada. Bailamos al ritmo de la música electrónica y, aunque no sabía bailar bien, me pareció natural. Mi cuerpo se movía solo.

Al cabo de un rato, el DJ de la discoteca puso *Hear Me Now*, de Alok, y el público enloqueció, incluida Rayssa. Un chorro de humo rosa estalló entre la multitud, dando a la pista de baile un efecto aún más electrizante, y yo me quedé hipnotizada.

— ¡Mierda! Nos estamos perdiendo lo mejor — dijo Rayssa emocionada, mirando hacia atrás en busca de los chicos. — ¡Vamos, Melinda!

Apenas tuve tiempo de pensar antes de que me tirara de la mano y nos uniéramos al tumulto que vibraba en la pista de baile. Pasamos por encima de todos y nos reímos. Pronto estuvimos en medio del caos.

— Estás loca — dije en voz alta junto al oído de mi amiga, para que pudiera oírme por encima del volumen de la música, y ella se rió sin darse cuenta.

Bailamos como si no hubiera mañana y sentí como si lo hubiera estado haciendo toda mi vida. Mi cuerpo estaba completamente envuelto en el ritmo de aquellos compases.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que de repente sentí que dos manos fuertes y cálidas me agarraban la cintura por detrás. Tenía los ojos cerrados y no los abrí, porque aquel roce y el cálido aliento que golpeó mi cuello al besarle levemente eran inconfundibles. Ni siquiera tuve

que girarme para saber que era João Guilherme, porque conocía su tacto y su olor como si los tuviera de toda la vida.

Nos movimos juntos, siguiendo el ritmo de la música. Eché la cabeza hacia atrás, apoyada en el pecho de Guilherme, mientras sus manos recorrían mi cuerpo en un ritmo cálido y sensual.



Cuando P.A. y yo volvimos del pub, no pudimos encontrar a las chicas. Conociendo a mi hermana, me pregunté dónde estarían. Me acerqué a la copa, eché un vistazo a la pista de baile y vi que las dos chicas estaban bailando en medio del alboroto.

Puse las bebidas en una mesa, hice una señal a P.A. y lo entendió todo.

— Están abajo. — Me dirigí hacia la salida del palco y mi amigo me siguió.

Nos abrimos paso entre la masa de cuerpos que se balanceaban en la pista de baile, y cuanto más nos acercábamos, peor era la visibilidad a causa del humo y los juegos de luces. Me detuve un momento para localizarlos y buscarlos, pero no tardé en ver a Melinda. Estaba bailando sola, completamente ajena a todo y a todos los que la rodeaban.

El vestido ajustado y brillante resaltaba sus curvas perfectas, y aquel generoso escote encendió mi imaginación. Cuando levantó los brazos y giró el cuerpo lentamente al ritmo de la música, me di cuenta de que sus pechos turgentes y turgentes se marcaban deliciosamente con el vestido. Por supuesto —, y para mi disgusto —, no llevaba sujetador.

Hice una señal a la P.A. y avanzamos un poco más. En ese momento, estaba de espaldas a mí y totalmente entregada a la música. Melinda parecía libre y segura de sí misma, además de increíblemente excitante. Si no estaba ya loco por ella en ese momento, sin duda lo estaría. Verla así me hizo pensar que no sólo bailaba, sino que formaba parte de la música.

Su cuerpo se movía con elegancia en una danza sensual, y se balanceaba con gracia sobre sus finos tacones. Si no la conocieras, pensarías que lleva haciendo esto toda la vida, aunque yo sabía que no era así. Aquella escena fue lo más hermoso e hipnotizante que he visto nunca. Melinda era jodidamente hermosa y verla llena de vida y libertad era hipnotizante. No podía dejar de admirarla.

Me sentí atraído hacia ella como un imán y la abracé por detrás, tirando de su cuerpo caliente hacia mí. Echó la cabeza hacia atrás, recostada sobre mi pecho con los ojos cerrados y la boca entreabierta, y empezamos a movernos juntos. La sensación de nuestros cuerpos moviéndose en sincronía y su aroma afrutado me embriagaron tan intensamente que me sentí perturbado, en el buen sentido, por supuesto.

No era una bailarina *experta*, pero no me resultó difícil armonizar mis movimientos con los suyos, siguiendo el ritmo de la música. Estábamos tan implicados que ni siquiera me preocupé de qué hacer, simplemente me dejé llevar, permitiendo que Melinda me guiara. Era como una marioneta en sus manos y no me importaba, porque lo único que podía hacer era admirarla y sentirla.

Melinda se volvió hacia mí y al cabo de un rato deslizó sus manos por mi cuerpo mientras bailaba y sonreía. La vista y el tacto de lo que estaba haciendo eran tan excitantes que sólo quería que la noche acabara rápido para poder salir de allí. Quería tenerla para mí solo.



Melinda

Paulo André y João Guilherme se unieron a nosotros en la pista de baile y nos quedamos allí mucho tiempo, volviendo a la cabina horas más tarde para tomar una copa y descansar los pies. Bailamos prácticamente toda la noche y salimos de la discoteca a las 4 de la madrugada.

João Guilherme y yo no nos soltamos ni un minuto. Estuvimos juntos, besándonos y acariciándonos toda la noche. Incluso pensé en hablar con él para que prestase atención a Rayssa, después de todo era su cumpleaños, pero me di cuenta de que mi amiga estaba más que satisfecha con la atención exclusiva que Paulo André le prestaba, compensando nuestra distancia. Era bonito verlos interactuar a solas, aunque no pasara nada entre ellos.

Cuando llegamos a casa, fuimos directamente a nuestras habitaciones. En cuanto entré en la habitación, con las sandalias en la mano, me atrajo hacia él y me besó hasta quedarnos sin aliento. A pesar del absurdo frío que hacía fuera, yo sentía calor.

— Necesito una ducha — dije, con mi boca aún pegada a la suya.

— ¿La tomamos juntos?

Dudé menos de un segundo. *Joder. ¡Voy a ver desnudo a este hombre delicioso!* Asentí y me llevó de la mano a su gigantesco cuarto de baño, donde había un jacuzzi vacío.

Nada más entrar, se apartó un poco y, mirándome, empezó a quitarse la ropa. Tiró las zapatillas a un rincón, luego se quitó los calcetines y los tiró junto a los zapatos. Ni siquiera pestañeé, porque verlo era tan excitante.

Guilherme se quitó la camisa, y para entonces yo ya quería lamerle todo el cuerpo, pero seguí disfrutando del espectáculo. Se quitó los pantalones y se quedó en calzoncillos blancos. Sin ningún pudor, mis ojos se detuvieron en el admirable bulto que había dentro de sus calzoncillos y, en ese momento, sintiendo que se me salivaba la boca, me di cuenta de que era una virgen muy traviesa.

Cuando puso sus manos en el elástico de mis calzoncillos, me quedé sin aliento, ansiosa. Sin ceremonias, João Guilherme se lo quitó, y su maravilloso pene brotó, hermoso y erecto. Me entraron ganas de tocarlo inmediatamente, pero controlé mis instintos. Yo también quería desnudarme para él, así que mantuve el contacto visual agarrando el dobladillo de mi vestido y tirando de él por encima de mi cabeza, dejándome sólo las bragas puestas.

Su cara se puso roja y me miró de otra manera, como si estuviera ardiendo; vi cómo se le movía la nuez de Adán al tragar saliva. William dio un paso hacia mí, pero le hice una señal para que se detuviera y obedeció. Entonces, justo cuando él lo hacía, agarré la tira de mis bragas y me las quité lentamente, manteniendo el contacto visual.

Mientras la tela caía al suelo, João avanzó hacia mí, tan rápido que ni siquiera pude prever su movimiento. Me tiró de la cintura y me besó desesperadamente, levantándome y sentándome en el lavabo. João Guilherme se colocó entre mis piernas y nos besamos con hambre, amor, deseo y pasión.

Mientras nuestras bocas se encontraban en una sensual danza de labios y lenguas, deslizó una mano por mi pelo, sujetándolo con firmeza y guiando nuestro beso. Con la otra mano, me agarró por el culo, acercándome más a él. Sentí su polla muy dura rozar mi vagina y me mojé aún más.

Respirando agitadamente, João me soltó el pelo y deslizó ambas manos por todo mi cuerpo, deteniéndose en mis pechos. Gemí en su boca, loca de excitación. Abandonó mis labios y empezó a besarme el cuello. Derretida por el contacto de su boca, eché la cabeza hacia atrás, disfrutando de su tacto.

Bajó hasta mis hombros y pronto llegó a mis pechos. La sensación de su cálida lengua en mi pezón fue maravillosa. Apoyé las manos en el lavabo y acerqué los pechos a su cara, que los chupó con avidez, volviéndome loca. Gemí sin pudor ante la intensa sensación y, cuando creía que no podía ser mejor, tiró de mí hacia el borde y me abrió aún más las piernas.

Nada me preparó para lo que vino a continuación. Se agachó delante de mí y me lamió.

Dios mío, ¡qué sensación tan inexplicable! Su lengua en mi boca era una delicia, pero en mi vagina, me llevó al cielo.

João Guilherme sabía exactamente lo que hacía, pues me sujetaba firmemente por los muslos, manteniéndome atrapada y expuesta a él, mientras la punta de su lengua hacía delicados movimientos en mi clítoris, descontrolándome. Mis piernas temblaban involuntariamente y mis gemidos se intensificaron hasta que me corrí, totalmente rendida a él y a todas las sensaciones que me estaba provocando.

Cuando me hube calmado un poco, me levantó y me llevó a la ducha. Todavía estaba blanda por el orgasmo, pero quería más. En la cabina, bajo el chorro de la ducha, volvió a besarme.

Tenía curiosidad por conocer todas las sensaciones —sentirlas y proporcionarlas también —, así que, mientras nos besábamos, deslicé mi mano por su cuerpo hasta sujetarle el pene. En cuanto lo toqué, João Guilherme jadeó.

Después de aquel día en la playa, vi vídeos en Internet y leí mucho sobre sexo, porque no quería estar completamente desprevenida cuando llegara nuestro momento. Sabía que llegaría tarde o temprano. Basándome en todo lo que había aprendido, di rienda suelta a mis instintos y empecé a masturbarle con movimientos lentos. Mi mano se deslizó hacia abajo, yendo hasta el final de su pene y de vuelta.

Segundos después, João Guilherme dejó de besarme y apoyó las manos en la pared detrás de mí, dejándome entre sus brazos. Apoyó la frente en la mía, con los ojos cerrados, y vi cómo su abdomen se contraía y su respiración se volvía cada vez más jadeante a medida que yo lo estimulaba.

La sensación de complacerle me hizo sentir orgullosa de mí misma y, con ganas de más, retrocedí unos centímetros y noté que abría los ojos a tiempo de verme agachada. Lamí su glande y el gemido que soltó, echando la cabeza hacia atrás, hizo que mi vagina palpitara y se inundara de nuevo. Todo mi cuerpo estaba caliente y sediento de él.

Siguiendo mis instintos — porque ningún vídeo te prepara para la situación real —, le chupé el pene, metiéndome en la boca todo lo que podía, mientras con la otra mano le masajeaba suavemente el saco, exactamente como había visto en los vídeos.

João Guilherme gemía deliciosamente y su abdomen se contraía involuntariamente con cada embestida mía. Alternaba entre mirarme chupársela y cerrar los ojos, rendido a la sensación.

— Cariño, hace mucho tiempo que no tengo sexo. No puedo aguantar más, tengo que correrme — dijo, con la voz ronca de placer, mirándome a los ojos.

Dejé de chupársela un momento y dejé que la traviesa que llevaba dentro hablara más alto.

— Entonces córrete para mí, amor. — Correspondí a la forma cariñosa en que me había

llamado y volví a chupársela, esta vez con más intensidad.

João Guilherme me sujetó del pelo, guiando mis movimientos y, en pocos segundos, se corrió en mi boca. Sus gemidos eran lo más erótico y placentero que había oído nunca. Dar placer era casi tan bueno como el placer que él me daba a mí.

Cuando me di cuenta de que no salía nada de su pene, me levanté y João Guilherme me besó apasionadamente, apoyando mi cuerpo contra la pared. El choque de la fría temperatura del suelo contra el calor de mi piel me produjo escalofríos. Después del beso, por fin nos duchamos, besándonos y acariciándonos.

Se me heló un poco la sangre y empecé a sentir frío, así que cogió la toalla y me secó el cuerpo, y luego se secó él rápidamente. Salió de la ducha antes que yo, me cogió de la mano y me llevó al dormitorio. Me tumbé en la cama de forma sensual y abrí las piernas en señal de invitación silenciosa, John me admiró durante unos segundos.

— ¿Quieres matarme? — Su voz sonó ronca.

— Si es por placer, me encantaría...

Antes de que pudiera terminar de hablar, João Guilherme avanzó sobre mí, abrió más mis muslos y empezó a chuparme de nuevo. Mientras me devoraba y me volvía loca con su lengua, también deslizó un dedo dentro de mí, poniéndome aún más cachonda.

Me chupaba y me metía el dedo, y con la otra mano me masajeaba los pechos. Lo sentía en cada parte de mi cuerpo y me volvía loca. Sentía que el orgasmo volvía a aumentar y, al poco rato, me corrí tan intensamente que me sentí un poco mareada.

João Guilherme ni siquiera esperó a que me recuperase y se subió encima de mí. Nos besamos ávidamente y poco después, sin interrumpir el contacto entre nuestros labios, apartó un poco su cuerpo del mío y sujetó su pene, colocándolo en mi resbaladiza entrada. Lentamente, empezó a entrar.

Al principio, no dolía tanto como decían, y la sensación de tenerlo dentro de mí era increíble. Sin embargo, el dolor se intensificó de repente e instintivamente me eché hacia atrás. Dejó de besarme y me miró.

— ¿Te duele mucho, amor? — susurró. — No pasa nada si quieres que pare.

— A pesar del dolor, no quiero que pares. Quiero ser tuya.

Volvió a besarme, pero evitó moverse durante un rato. Luego rompió el beso y, mirándome a los ojos, me penetró lentamente. Me dolió mucho, pero intenté mantener el cuerpo relajado, porque sabía que si volvía a contraerme, él pararía.

— ¡Joder, Melinda! Qué coño tan caliente y deliciosamente apretado. Tendré que controlarme para no correrme en la primera embestida — susurró sin aliento, igual que yo. — Me dolerá más cuando me mueva. ¿Estás segura?

— Soy toda tuya, amor.

João Guilherme se movía lentamente, mientras relajaba mi cuerpo con besos en la boca, el cuello y los pechos. Se movía dentro y fuera, lentamente, sin dejar de besarme.

— No creo que puedas correrte esta primera vez con la penetración, pero podemos parar si te resulta insoportable.

— Duele un poco, pero no es insoportable. Quiero que sigas, ya me he corrido dos veces, ahora quiero que te corras tú.

— ¿Estás segura? — Asentí con la cabeza, me besó e intensificó sus movimientos, entrando y saliendo de mí un poco más deprisa.

Crucé mis piernas alrededor de su cintura para facilitar sus movimientos, y pronto su espalda se contrajo y se corrió deliciosamente dentro de mí. Fue la sensación más maravillosa e intensa que he sentido nunca.



João Guilherme

Me desperté antes que Melinda y me quedé mirando su rostro angelical. Seguíamos desnudos en medio del revoltijo de sábanas, bajo el edredón. Afuera estaba diluviando y podía oír el sonido del viento, lo que hacía la escena aún más acogedora.

No quería salir de la cama aquel día, pero sería imposible, ya que Rayssa y P.A. no tardarían en molestarnos.

Mientras tanto, disfruté de los buenos recuerdos de la noche que pasé con mi chica. Me sorprendió mucho en la cama, sobre todo porque era su primera vez. No esperaba que mostrara sus habilidades orales de inmediato. Fue increíble y, con diferencia, la mejor mamada de mi vida. Sentir a Melinda debería considerarse la octava maravilla del mundo.

Aunque mostraba un lado atrevido en la cama, yo veía muchos rastros de la inocencia de Melinda, y eso lo hacía aún más excitante. Esa forma de ser suya era adictiva. Era pura, tanto en experiencia como en pensamiento, así que intenté mantenerme alejado todo lo posible. Uno se

vuelve adicto muy rápidamente a lo que es bueno, y yo sabía que me volvería adicto a ella muy rápidamente.

Uno de mis mayores temores al acercarme a Melinda era saber que, una vez involucrado, nunca podría dejarla marchar. No quería exponerla a mis problemas, pero no podía resistirme, así que a partir de entonces, todos mis esfuerzos se centrarían en mantenerla alejada de las garras de Giovana.

Desperté de mis ensoñaciones cuando, aún dormida, Melinda respiró hondo. Me quedé mirándola como un idiota, muriéndome por tocarla pero sin querer despertarla. Después de nuestras escapadas, debía de estar muy cansada. La miré dormir, pensando que no había nada en el mundo más increíble que ella.

Sin duda, quitarme la virginidad fue lo más difícil que he hecho nunca. Fue delicioso, pero mi cuerpo estuvo tenso todo el tiempo, por miedo a hacerle daño; por no hablar del esfuerzo que hice para no correrme en la primera embestida. Tenía que recordarme a mí mismo que Melinda era virgen y que debía tener cuidado de no perder la cabeza en el proceso.

Giovana ya no era virgen cuando tuvimos sexo por primera vez y tampoco lo eran las mujeres que había tenido antes que ella. Así que Melinda fue mi primera vez en muchos sentidos: la primera vez que le quitaba la virginidad a una chica, la primera chica con la que tenía relaciones sexuales después de un largo y doloroso periodo de abstinencia, y la primera chica que realmente me mostró la diferencia entre tener relaciones sexuales y hacer el amor. Fue todo tan intenso y placentero que, incluso después de unas horas de descanso, seguía sintiéndome débil.

Me levanté de la cama lentamente, para no despertarla, y fui al baño. Llené la bañera mientras me lavaba los dientes y añadí al agua unas sales de baño relajantes. Esperé a que se llenara hasta el nivel adecuado y volví al dormitorio. Al acercarme a la cama, la durmiente se revolvió, despertándose, y la levanté. Dio un gritito de sobresalto, pero enseguida se relajó sobre mi pecho, toda perezosa.

Me metí en la bañera y senté a Melinda cómodamente en mi regazo, nuestros cuerpos sumergidos en el agua caliente. La sensación era muy relajante y, durante un rato, nos limitamos a disfrutar del silencio y del contacto mutuo. Al cabo de unos minutos, me preocupé y rompí el silencio.

— ¿Sientes alguna molestia?

— Sólo un poco, pero no creo que sea nada raro — su voz aún estaba ronca por el sueño, y besé su cabeza perfumada. — ¿Cómo estamos ahora, João?

— ¿Por qué estás tan preocupada? — pregunté cariñosamente, acariciándole la mejilla.

— Mañana volvemos a la realidad y no sé si...

— Eso no significa nada, Melinda. No voy a renunciar a los dos. Confía en mí — la interrumpí. — Sé que mi comportamiento anterior te hizo sentir insegura, pero ahora las cosas

son distintas. No hay vuelta atrás. Tú eres mía, yo soy tuyo, y eso no lo cambiará nadie. Estamos juntos y lucharemos contra el mundo si hace falta.

Melinda me abrazó más fuerte y me besó el pecho en señal silenciosa de que confiaba en mí.

— No sé cuál será la reacción de Giovana cuando se entere de lo nuestro, pero haré todo lo posible para mantenerla alejada de ti, no te preocupes.

— Giovana no es algo que me preocupe en este momento. Me preocupa más algo que acabo de recordar.

— ¿Qué cosa? — Tu tono me puso tenso.

— No tomo anticonceptivos y...

Antes de que Melinda pudiera terminar, me quedé helada. Hostia puta, *¿cómo había podido ser tan irresponsable de no usar preservativo?* No supe qué decir durante unos segundos, pero respiré hondo para pensar racionalmente.

— ¿Cuándo te vino la regla por última vez?

— Terminó hace unos tres días.

— Así es. Así que no estás en tu período fértil. La probabilidad de quedar embarazada es muy baja, pero aún tenemos la opción de la píldora del día después si lo deseas. No recomiendo tomarla, porque es una carga hormonal muy fuerte y es mala para las mujeres, pero es tu decisión.

— Voy a ver a un ginecólogo en cuanto volvamos a casa.

— Hazlo. Ella te recomendará la píldora anticonceptiva más adecuada, pero si no quieres usarla, podemos utilizar un preservativo.

Melinda se apartó un poco de mí para mirarme, y me alivió ver que estaba aparentemente tranquila.

— Prefiero tomar pastillas, y ya no tenemos que preocuparnos por eso.

Asentí con satisfacción, porque practicar sexo sin preservativo era mucho más placentero, pero habría estado de acuerdo de la misma manera si ella hubiera decidido no usar la píldora.

— No te preocupes, porque después de romper con Giovana me hice todos los análisis y los repetí hace poco, por el periodo de incubación. Estoy limpia, sin ninguna enfermedad contagiosa. Es más... Eres la primera mujer con la que mantengo relaciones sexuales desde hace muchos meses.

Melinda asintió, luego me dio un beso y volvió a acurrucarse en mi pecho, que era exactamente donde debía estar a partir de ese momento.



Después de coquetear un poco en el baño, cambiamos las sábanas de la cama, que tenían una pequeña mancha de sangre, nos pusimos algo de ropa y bajamos a desayunar. Como había previsto, las bromas empezaron en cuanto pusimos un pie en el primer escalón de la escalera.

— Finalmente la parejita Jolinda hizo una pausa en su luna de miel y nos concedió el honor de su compañía — se burló Rayssa, pero su sonrisa demostraba que se alegraba por nosotros.

— Baja despacio, amigo. ¿Quieres que te sujete? Debes de estar débil, después de todo, eras muy sedentario en lo que al sexo se refería. — P.A. tampoco perdió la oportunidad de burlarse de mí.

— Estoy bien y en forma, amigo mío.

— Buenos días a todos — los saludó Melinda avergonzada, y ellos le devolvieron la sonrisa, pero no se burlaron de ella.

— Pongámonos en marcha. Estábamos a punto de comer sin ti. Tengo hambre. — Dijo Rayssa levantándose del sofá y dirigiéndose a la mesa. La seguimos.



— Madre mía, ¡qué hambre! — dijo P.A., señalando con la cabeza los platos de Melinda y mío. — Come pronto, Rayssa, o estas dos se lo comerán todo y nos quedaremos sin nada.

— Creía que me moría de hambre, pero tienes tanta hambre como cinco mendigos. ¿Qué has estado haciendo toda la noche? — Rayssa se unió a mi amigo, arrancando las risas de todos nosotros.

— No te cansas de hacer bromas, ¿verdad? — Fingí estar serio, pero nada pudo con mi buen humor aquel día.

— Cambiemos de tema. ¿Qué bien vamos a hacer hoy? — preguntó Rayssa entusiasmada.

— Con el diluvio que hay fuera, no tenemos muchas opciones. Sugiero que nos quedemos en casa. Podríamos hacer fondue y ver una película — sugerí.

— Yo lo haré. — Melinda aceptó.

— Qué guapa estás, tan conjuntada y mona, tan Jolinda. Esto me encanta — dijo mi hermana, y yo sonreí, porque también me encantaba lo que estaba pasando.



Nos pusimos un poco al día y jugamos unas partidas de billar en la sala de juegos — Melinda y yo contra Rayssa y P.A. — hasta el final de la mañana. Después almorzamos y montamos el circo en el salón para ver la primera película del día. Top Gun Maverick fue la elegida por unanimidad.

Me senté en un sofá con Melinda, y P.A. compartió el otro con Rayssa, todos envueltos en mantas. Parecía otro mundo, otra historia... De hecho, la vida con Melinda era diferente, mucho más especial y mejor que antes. *Estoy locamente enamorado de esta mujer.*

Al principio de la velada, antes de irnos, Elisa nos sirvió fondue — una de chocolate con fruta y otra de queso con aperitivos. Comimos y luego volvimos al sofá para elegir otra película para nuestro maratón.

Dejamos la elección en manos de P.A. y Rayssa, ya que a Melinda y a mí nos daba igual la película. Nos tumbamos en el sofá, tan juntas que no sabíamos dónde empezaba y terminaba cada una.

— ¿Vas a decirle a tus padres que estamos juntos? — preguntó Melinda de repente.

— Sí, claro. ¿Por qué no iba a hacerlo?

— No lo sé. A veces pienso que no les gusto a tus padres.

— Es que no te conocen. Mis padres son reservados, no se lanzan como Rayssa. — Sonreí para aligerar el ambiente, pero ella no me devolvió la sonrisa. — No tendrían motivos para no gustarles, amor.

— No sé tu padre, pero tu madre parece estar muy unida a tu ex novia, así que quizá no me apruebe. — Expresó su preocupación, y me pareció comprensible.

— Lo primero que hay que saber y creer es que no necesito la aprobación de nadie para estar contigo. El hecho de que huyera de ti fue sólo porque quería resolver mi problema con Giovana antes que cualquier otra cosa — le dije, tranquilizándola. — Tienes razón en que mi madre está muy unida a mi ex. Intenta justificar los errores de su ahijada con el hecho de que fue rechazada por su padre cuando tenía cinco años.

— Rayssa me ha dicho que su padre se ha vuelto a casar y tiene otra hija, ¿verdad?

— Exacto. Cuando se separó de la madre de Giovana, desgraciadamente también se separó de su hija. No sé cómo algunos hombres se las arreglan para actuar así, desapareciendo y eludiendo por completo la responsabilidad de la paternidad. Ese fue el caso de Raúl. Y para colmo, tiene otra hija por la que está loco y por la que haría cualquier cosa.

— No creo que esto justifique el comportamiento de Giovana, pero también puedo imaginar el rechazo que debe sentir.

— Sinceramente, no entiendo actitudes como la de Raúl, al fin y al cabo, nadie es un ex suegro. Sin embargo, no sé todo lo que pasó dentro de su casa y, aunque no creo que nada

justifique que un padre abandone a su hijo, no puedo juzgarle sin conocer toda la historia. Según la ley, todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario.

Melinda no dijo nada, y me di cuenta de que seguía preocupada con el tema anterior.

— Cariño, mi madre sólo quiere verme feliz, y tú eres mi felicidad, así que no se opondrá a nuestra relación. No te preocupes.

—¿Ponemos la película o vas a seguir dormitando el resto de la noche? — Rayssa nos llamó la atención.

Melinda me dio la espalda y se puso frente al televisor, y yo la abracé por detrás, palpando aquel maravilloso culo.

— No te muevas mucho, porque mi polla está más interesada en tu culo que en la película — le susurré al oído, y la traviesa se inclinó un poco más, frotándose contra mí. — Ay, Melinda, no deberías haberme tomado el pelo, porque no sé jugar.

Sin pensármelo dos veces, deslicé la mano bajo las sábanas hasta sus bragas.

— Pervertido — susurró, riendo suavemente.

— Nuestra sesión de cine ha terminado, vamos a la cama — dije, levantándome con Melinda en mi regazo.

La llevé al dormitorio, haciendo caso omiso de las protestas de Rayssa y P.A.



Volvimos a Barra da Tijuca a media mañana del lunes. El trayecto duraría poco más de una hora, pero conduje despacio y aproveché el tráfico para prolongar nuestro momento todo lo posible.

Estaba cansado, había dormido muy poco durante el fin de semana. Quería tomarme el resto del día libre, pero por desgracia tenía mucho trabajo que hacer en la oficina, y una tarde libre me dejaría inundada de plazos.

Cuando llegamos a la mansión, llevé a Melinda hasta la puerta de la casa de Dorinha. Me despedí de ella, aunque no quería dejarla, y me fui a casa a darme una ducha rápida.

Desde el día anterior, no podía quitarme de la cabeza el hecho de que Melinda había estado durmiendo en un puto sofá desde que llegó a Río de Janeiro. Sentí que tenía que solucionarlo, porque quería que estuviera cómoda y segura.

Después de la ducha, cuando me detuve frente al espejo para ponerme la corbata, seguía pensando en ello. Distraído, casi no oí cuando mi madre llamó a la puerta de mi habitación y

entró.

— Gui, ¿cómo estás? He echado mucho de menos a mis pequeños. Ya apreté tanto a Rayssa que casi me echa de su habitación, y ahora vengo a apretarte a ti. — La señora Helena me abrazó por detrás, apoyando su cabeza en mi espalda. Inmediatamente me di la vuelta y la abracé.

— Sólo han pasado dos días, mamá. — Me reí y le besé la cabeza.

— Dudo que hubieras viajado sin mí en el pasado. Cuando los niños crecen, las madres pierden su valor y...

— Iiiih. ¿Qué te pasa? — bromeé, aunque su comportamiento me parecía extraño. Mi madre era cariñosa, pero no solía ser tan necesitada.

— Nada. Es que te quiero mucho y doy gracias a Dios todos los días porque seas perfecta y no me des ningún problema — respondió reflexiva. — Pero estás creciendo demasiado deprisa. Hasta el otro día, tu hermana era sólo una niña, que correteaba con un chupete en la boca y María Chiquinha. Ahora tiene 18 años y pronto estará pensando en casarse.

— Así es la vida, mamá. Tú tienes a mi padre, así que en algún momento Rayssa y yo también tendremos nuestras propias familias.

— Lo sé y siempre quiero que seas feliz, hijo. Es que... hoy estoy tonto, eso es todo.

Aunque intenté disimularlo, me di cuenta de que algo le pasaba a mi madre y no podía dejarlo pasar sin intentar sacarle algo. La señora Helena no sabía mentir y acabaría confesando lo que la preocupaba.

— ¿Qué pasó, mamá?

— Giovana tuvo una crisis cuando se enteró de que habías ido a la casa de Itaipava con Rayssa, la ahijada de Paulo André y Dora. Se asustó y rompió toda la habitación, y Verinha estaba desesperada. — Sentí que mi cuerpo se congelaba ante la mención de Giovana y Melinda en la misma frase.

— ¿Quién le habla de mi puta vida a esta chica? ¿Cómo sabe ella dónde y con quién fui? — No pude disimular mi nerviosismo e irritación.

— ¡Cuidado con lo que dices, João Guilherme! Nadie te lo ha dicho, al menos no como tú crees — me regañó mi madre. — Giovana me llamó para preguntarme si podía visitarme. Como tú y tu hermana no estabais en casa, la dejé. Cuando llegó, preguntó por ti, y le dije que te habías ido a Itaipava, que no había razón para mentir.

— ¿Y cómo se enteró de lo de Melinda?

— Dora le dijo a Sônia en la cocina que su ahijada también se había ido, y Giovana lo oyó. Me preguntó y, una vez más, no había razón para negarlo. En cuanto se lo confirmé, se marchó, claramente disgustada; nunca imaginé que tendría una crisis. Se fue a casa y no paraba de decirle a Verinha que iba a por ti. Mi comadre cerró todo y escondió la llave del coche, y fue

entonces cuando ella enloqueció y rompió todo lo que había en la habitación. — A mi madre casi se le saltan las lágrimas.

— Mamá, métete una cosa en la cabeza: Giovana necesita tratamiento. Está enferma. No quiero que nadie le mencione mi nombre. No quiero que sepa nada de mí, ni siquiera lo que tú crees que es irrelevante. Si fuera por mí, ella no vendría más aquí, pero es tu casa, así que si quieres acogerla, ¡ella se queda y yo me voy! — Estaba deseando poner fin a esta situación lo antes posible.

— No digas tonterías, Guilherme. Eres mi hijo y ésta también es tu casa. Yo no la invito y cuando lo hace, suelo inventar una excusa, pero como tú y tu hermana no estaban, no vi ningún problema.

— Giovana en sí es un gran problema, y la quiero lejos de aquí. Incluso necesito hablar contigo más tarde, a la hora de cenar. Ahora tengo que ir a trabajar.

Controlé mi ira para no explotar, cogí mi traje y mi maletín y salí de la habitación. Necesitaba aclarar mis ideas antes de decir alguna estupidez. Más tarde, le aclararía algunas cosas a mi madre.



Estaba viviendo un sueño de amor, y todo estaría completo si mis padres estuvieran conmigo.

João Guilherme era exactamente eso: un sueño. Un hombre que era demasiado bueno — para mirarlo, abrazarlo, sentirlo... Cuando volvimos de Itaipava, me di cuenta de que no estaba sólo a cuatro patas para él, sino en cualquier posición que el hombre quisiera. Con el cariño y la delicadeza con que me trataba, era imposible no enamorarse.

Después de que Guilherme me dejara en casa, sentí un vacío dentro de mí. No quería dejarle marchar. Me duché, me puse ropa limpia y, cuando llegué al salón, Rayssa irrumpió en casa de mi madrina como un cohete y se tiró en el sofá, sonriendo.

— Quiero saberlo todo, niña traviesa. — Me tiró un cojín rosa. — ¡Venga! Siéntate aquí y cuéntame los detalles.

Me senté a su lado, sin poder disimular una gran sonrisa, pero no contesté nada.

— Es obvio que os acostasteis, porque se os ve en la cara de tontos, pero quiero saber cómo fue. ¿Qué se siente?

— Fue maravilloso y perfecto, pero no voy a dar detalles porque es tu hermano.

— ¡No, loca! No necesito saber los detalles sórdidos, porque no quiero vomitar ahora. Dime cómo es tener sexo con el hombre del que estás enamorada. ¿Cómo te hizo sentir? ¿Cómo te sientes ahora? ¿*Te* arrepientes de algo? ¿No estabas segura en ese momento de si realmente querías hacerlo? — Mi amiga disparó sus preguntas y yo me reí.

— Cálmate. Vayamos por partes. Hacer el amor con alguien de quien estás enamorada es hermoso, maravilloso y una experiencia increíble. No tenía ninguna duda de que quería eso. De hecho, quiero tener todas las experiencias posibles con él, con la máxima profundidad y conexión. Fue surrealista, algo más allá de la penetración. Sentí una hermosa conexión, no sólo en el cuerpo, sino en el alma... Bueno, al menos así fue para mí. Me sentí maravillosa y especial en los brazos de tu hermano, que es un hombre con mayúsculas. No he tenido otros, pero sé que él lo es. João Guilherme me hizo sentir poderosa y plena mientras hacíamos el amor. — Suspiré soñadoramente, reviviendo mentalmente cada momento del fin de semana.

Rayssa me miraba con los ojos brillantes, sin pestañear, con la misma mirada tonta que yo tenía cuando veía películas de amor en la televisión.

— Por no hablar de que Guilherme está absurdamente bueno. ¡Qué hombre tan delicioso, Dios mío! Fuerte, consistente, con un agarre firme y una boca hábil... Nuestros cuerpos se movían en sincronía, su hermano era como una máquina y...

— ¡Jesús, Melinda! ¡No necesito saber esa parte! — dijo Rayssa con cara de asco, simulando meterse el dedo en la garganta para vomitar. Yo me reí.

— ¡Pero si has sido tú la que ha preguntado! — la acusé.

— No si mi hermano era bueno en la cama. Sólo quería saber cómo había sido la experiencia *para ti.*

— Ay, amigo, lo siento. Es que estoy tan enamorada y excitada que quiero compartirlo todo contigo. — Sonreí avergonzado.

— Estoy bromeando, Mel. Puedes decirme lo que quieras. Me alegro mucho por ti, de verdad. — Me abrazó. — ¿Te dolió mucho?

— Si digo que no te ha dolido, miento, porque tu hermano es un gran... — me interrumpí. — Entonces, como te decía, duele, pero no es insoportable. Es un dolor que compensa y al que te acostumbras rápido, porque con él viene el placer. Nuestra primera vez, no conseguí llegar al orgasmo con la penetración por culpa del dolor. Ayer, João Guilherme fue tan cariñoso y se dedicó tanto a los preliminares, porque sabía que yo estaba dolorida, que tuve mi primer orgasmo durante la penetración. Fue más intenso que durante el sexo oral.

— Vaya, no has perdido el tiempo. — bromeó Rayssa, escuchando atentamente y llena

de curiosidad.

— No puedo hablar mucho de ello cuando mi novio no está, porque siento un picor aquí mismo, en la boca del estómago, algo que me hace desearlo. Ya le estoy echando de menos y... Cambiemos de tema, porque este sentimiento es delicioso, pero conlleva sufrimiento.

— Aguanta, amiga. Pronto llegará mi hermano del trabajo y te pillará — dijo mi amiga riendo, y yo también me reí, poniendo cara de traviesa.

— Tú y Paulo André, ¿algún progreso? — Rayssa sonrió, pero un poco abatida.

— Ay, Mel, este viaje no ha hecho más que enamorarme más. Paulo André es el chico de mis sueños. Ni siquiera somos novios, y es tan amable y cariñoso conmigo.

Rayssa claramente tenía los cuatro neumáticos inflados por el P.A.

— Como los dos estaban en una burbuja, intentó recompensarme dedicándose totalmente a mí. Incluso parecía mi novio, muy atento conmigo, cumpliendo mis órdenes... ¡Yo me aprovechaba, claro! Cuando estábamos en el sofá, viendo la película bajo las sábanas, puse mi pierna sobre la suya y apoyé la cabeza en su hombro. Melinda del cielo, se acomodó para que yo estuviera cómoda y dejó que me quedara, sin ninguna objeción.

— Sabía que este viaje me ayudaría.

— Ayudaría más si me viera como algo más que una hermana. De todos modos, será difícil revertir esta situación. — Rayssa se abatió, borrando la sonrisa que me encantaba ver en su rostro.

— Encontraremos la forma de que P.A. te vea como una mujer. Puede que le gustes sin malicia, pero no es pariente tuyo y no tiene tu sangre... Es diferente, amigo. ¿Y si se lo decimos a tu hermano? Tal vez él pueda ayudar...

— ¡No hagas eso! — dijo nerviosa. — João Guilherme está celoso. No se lo tomará con naturalidad, al menos al principio. Conozco a mi hermano, cuando se entere, será malo.

— Está bien, no te preocupes, no lo diré. Pero encontraremos la manera de que Paulo se fije en ti.

Mi móvil vibró en la encimera de la cocina y me levanté a toda prisa, solo podía ser él.

João Guilherme: *Me voy a trabajar. Más tarde les contaré lo nuestro a mis padres y luego iré a casa de Dorinha a verte. ¡Cariño!*

Melinda: *No veo la hora de verte llegar. besos, mi amor*

Lo vio inmediatamente, pero sólo reaccionó al mensaje con un corazón — seguramente estaba conduciendo.



João Guilherme

— Estoy saliendo con alguien — les dije sin contemplaciones a mis padres en la mesa.

— ¿Qué quieres decir? — Mi madre parecía sorprendida.

— Citas, ¡eh! Besarse en la boca, intercambiar saliva, pegarse ombligos... — respondió mi hermana por mí, libertina, y yo me reí.

— Deja de hacer el payaso, Rayssa. Sé muy bien lo que es salir con alguien. — Rayssa se rió aún más. No se tomaba nada en serio. — Quiero saber con quién. Hace un rato decías que no te interesaba ninguna mujer, ahora dices que sales con...

— Apuesto a que es con la ahijada de Dora — dijo mi padre tranquilamente, mientras se llevaba un trozo de filete a la boca.

— Exacto. — confirmé.

— ¿Cómo lo sabías tú y yo no, Augusto? — preguntó indignada la señora Helena.

— Cualquiera se habría dado cuenta si te hubiera visto en la cena de cumpleaños de

Rayssa. La chica miraba a nuestro hijo como si estuviera viendo al príncipe azul, y Guilherme la miraba como si estuviera sufriendo. — Rayssa y yo nos reímos de la forma en que mi padre lo describió, pero mi madre no entendió la broma.

— ¿Dolorido? — Mi madre seguía confusa.

— Sí, Helena, como si quisiera tocar tanto a la chica que le doliera. Cosas de hombres.

— No me había dado cuenta. — Mi madre volvió a centrar su atención en la comida, pero me di cuenta de que estaba pensando.

— ¿Pasa algo, mamá?

— Claro que no, hijo. Me alegro de que estés rehaciendo tu vida. En realidad, estoy... preocupada.

— ¿Por qué? — Dejé de comer y me crucé de brazos sobre la mesa, mirándola.

— Con la situación de Giovana, mi hijo. Reconozco que mi ahijada está enferma y necesita ayuda, así que tengo miedo de cómo reaccionará cuando se entere de que estás saliendo con otra persona. No quiero que te atormente, pero tampoco quiero que sufra.

— Mi única preocupación, mamá, es que le haga algo a Melinda. Si Giovana se le acerca, conocerá a un João Guilherme que nunca vio. No estoy preocupada por mí, porque ella ya hizo lo peor que pudo.

— No me gusta oírte hablar así, hijo. Me da escalofríos.

— Pero es la verdad, mamá. Y otra cosa, tengo una orden de alejamiento contra Giovana y si no la cumple, la voy a denunciar. No quiero a esa mujer en casa, al menos mientras yo esté aquí. También voy a avisar a los guardias de seguridad de la oficina de que no puede entrar. La quiero lejos de mí y de Melinda. Por favor, mamá, no le des ninguna información sobre nosotros, porque quiero que Giovana me olvide.

— ¿Necesitas todo esto, hijo? Ella ya ha sufrido mucho y...

— ¡No está justificado, mamá! ¡Entiendo los problemas que ha tenido con su padre, pero eso no justifica su falta de carácter y sus chirridos! Giovana hace daño a gente inocente. Mató a mi hijo, ¡y nunca jamás perdonaré esa crueldad! — exploté.

No quería que Giovana tuviera el poder de alterarme, pero no pude evitarlo. Mi madre no dijo ni una palabra más, pero una lágrima rodó por su mejilla. Me levanté de la mesa, sin paciencia para este tema que tanto nos preocupaba.

— ¿Adónde vas, Guilherme? ¡Ni siquiera has cenado, hijo!

— ¡Se me ha quitado el hambre! — respondí secamente y comencé a alejarme.

— ¡Guilherme, vuelve aquí! No conduzcas así.

— No conduzco, voy a ver a Melinda — respondí, sin mirar atrás.

Cuando llegué a casa de Dorinha, todo estaba en silencio. Respiré hondo, llamé ligeramente a la puerta y esperé. No tardé mucho y Melinda abrió. Cuando me vio, sonrió y mi

cuerpo se relajó al instante.

— Llegas pronto. Entra. — Me hizo entrar en la casa y miré a mi alrededor. Nunca había estado en casa de Dorinha. Todo era sencillo, limpio, organizado, acogedor y... muy rosa.

— Sí, lo sé, mi madrina está obsesionada con el rosa. Yo también puse esa cara la primera vez que entré — se rió Melinda, guiándome hasta el sofá-cama.

Al sentarme, no pude evitar preguntarme si al menos era cómodo, pero creo que ella no se dio cuenta. Bien.

— Acabo de mandar un mensaje a mi madrina y me ha dicho que acababas de sentarte a cenar. ¿Te has tragado la comida para venir a verme enseguida? — bromeó, pero la sonrisa que le dediqué no la convenció. — ¿Cómo? ¿Están tus padres enfadados por lo nuestro? — preguntó con tristeza.

— Ven aquí — la llamé tirando de ella hacia mi regazo. — No es nada de eso. No se oponen a nuestra relación, incluso se alegraron, pero esa manía que tiene mi madre de justificar las mierdas que hizo y hace Giovana con los tristes sucesos de su pasado con su padre me molesta.

— Tal vez si la señora Helena supiera que tu ex te dopó y se aprovechó de ti, tendría una postura más firme con ella. Tu madre puede querer a tu ex, pero es tu madre, amor.

— Soy adulta, no tengo que decirles eso. Todo lo malo que pasó en mi relación fue porque, en cierto modo, yo lo permití. La primera vez que volví con ella, le di la libertad de pensar que podía hacer lo que quisiera, porque al fin y al cabo, yo iba a volver.

— No puedes culparte porque eres víctima de esa mujer, João Guilherme.

— Soy un hombre.

— Y eso no significa nada. Las víctimas de relaciones abusivas siempre son víctimas, sean hombres o mujeres.

En teoría, sabía que Melinda tenía razón, pero no podía eximirme de parte de la culpa. Quizá porque la inmensa mayoría de las relaciones abusivas afectaban a mujeres, inconscientemente pensaba que yo era menos víctima.

— Soy un tipo reservado, incluso cuando se trata de mi familia. Resuelvo mis problemas por mi cuenta. Giovana sólo pudo hacerme lo que me hizo porque yo le permití permanecer en mi vida durante dos años, aunque sabía que no debía. Así que cuando salió mal, simplemente afronté las consecuencias de mis actos. De todos modos, lo último que quería era calumniarla aún más. No veía ningún sentido en llevar mis problemas a mi familia, porque sé defenderme, sólo hablaba del bebé, porque no podía ni quería ocultarlo.

Melinda estaba tumbada sobre mi pecho, escuchándome desahogarse.

— Te entiendo y, en cierto modo, puedo entender un poco a la Sra. Helena. Tu madre aprendió a querer a Giovana antes de que se convirtiera en esa adulta odiosa. Es como los padres,

que quieren a sus hijos aunque no sean un ejemplo de virtud — levantó la cabeza de mi pecho para mirarme. — Ya basta de cosas pesadas. Si te conozco tan bien como creo, has dejado el plato en la mesa y te has ido, ¿no? Ven a cenar conmigo, entonces. Acabo de hacer stroganoff para cenar con mi madrina, pero me ha dicho que ya no volverá. Cenaremos juntas.

Melinda se levantó y me arrastró con ella.

— ¡Dios mío! ¿Debo fiarme de este condimento? — dije bromeando, mientras me sentaba en uno de los taburetes de la encimera que dividía el salón de la cocina.

— Sí, querrás volver a hacerlo. — Me encantaba su confianza en sí misma.

Melinda puso sobre la encimera un plato pequeño de cristal con arroz, otro con stroganoff y otro más pequeño con patatas paja. Luego colocó dos platos con cubiertos y un vaso de zumo de naranja para cada uno.

— ¿Puedo ponerlo? — preguntó levantando la cucharada de arroz y el plato delante de mí. Asentí, observándola.

Nunca había vivido un momento tan rutinario con una mujer. Con Melinda, sin embargo, la escena parecía natural.

Terminó de servirnos la comida, se sentó en el taburete a mi lado y me ofreció uno de los vasos de zumo. Antes de empezar a comer, levantó su vaso hacia mí.

— Por el mejor stroganoff que hayas comido nunca. — Me reí del brindis, pero cuando me llevé el primer tenedor de comida a la boca, tuve que sacudir la cabeza, estaba delicioso.

— *Realmente sabes cocinar.* Es perfecto, casi tan bueno como tú.

— Te lo dije. Todo lo que hago sabe bien — se burló Melinda.

— Deja de decir eso, porque no quiero comer con la polla dura ni asustar a Dorinha si llega mientras estoy aquí. — Melinda se rió, echando la cabeza hacia atrás, y la visión me pareció extremadamente sexy. — Quiero saber más de ti, preciosa. ¿Qué te gusta? ¿Qué temes? ¿Cuáles son tus planes y tus sueños? — De repente se me dispararon un montón de preguntas.

— Me gustas tú, mi madrina, Rayssa y P.A.; también he descubierto que me encanta la playa, comer stroganoff y hacer el amor contigo — dijo, con una sonrisa traviesa, y le di un beso. — Me gusta el Derecho, cocinar, los perros y leer. Ah, también he visto que me gusta bailar. Eso es todo.

Hizo una pausa para comer un poco antes de responder a las demás preguntas.

— Tengo miedo de perder a alguien a quien quiero, porque no podría soportar otro dolor así. También me dan miedo las abejas, porque soy alérgica a sus picaduras. *Muy* alérgica, de hecho. — recalcó Melinda. — Aparte de eso, no suelo tener miedo a casi nada, quizá porque no pienso en las cosas que me dan miedo.

— Siempre supe que eras más valiente que yo — dije bromeando, y ella sonrió.

— En cuanto a mis sueños y planes... — Pensó durante unos segundos. — Quiero ser una

abogada de éxito y tener una vida económica cómoda y estable, pero no necesito lujos. Planeo tener al menos un hijo, aunque me gustaría tener dos, porque es muy malo ser hijo único cuando tienes que ocuparte de los funerales de tus padres y cosas así. Como mi familia siempre ha sido pequeña, sueño con tener una más grande.

— Lo bueno es que podemos practicar mucho para que, cuando llegue el momento, podamos tener los dos que quieras — me reí, y ella también.

— ¿Y cuáles son tus planes para el futuro, João Guilherme?

— Cumplir todos tus sueños. Creo que es un buen plan por el momento. — Ni siquiera me lo pensé dos veces antes de contestar.



Melinda

Unos días después

Todos los días de la semana, João Guilherme venía a verme cuando volvía del trabajo. El lunes, después de cenar juntos, salimos juntos en el sofá hasta que llegó mi madrina. Era bastante tarde cuando se fue.

El viernes, yo iba a una entrevista de trabajo a las 10 de la mañana para un puesto de ayudante en una librería, y estaba cerca de su trabajo. Así que quedamos para comer después.

Me duché, me puse ropa adecuada y salí de casa. Ante la insistencia de João Guilherme, llamé a un taxi a través de la aplicación. No quería que cogiera el autobús para recorrer la ciudad, porque Río de Janeiro era muy peligrosa, sobre todo para los que no la conocían bien, como era mi caso. Guilherme descargó la app en mi móvil, registró su tarjeta de débito y me enseñó a usarla cuando la necesitaba.



Llegué a la entrevista con confianza, pero me preocupaba que me evaluara un hombre. Afortunadamente, aquella vez todo fue bien. Le gusté al gerente, fue profesional, y haríamos una prueba a partir del lunes siguiente.

Salí de la librería tan emocionada que ni siquiera llamé a João Guilherme para que me recogiera, como me había sugerido. El local estaba a pocas manzanas de su oficina, así que salí a dar un paseo y aproveché para observar a la gente y los lugares que rodeaban mi, tal vez, futuro trabajo.

Unos minutos más tarde, estaba frente a un edificio enorme y lujoso con una gran recepción y muchos ascensores. Me acerqué a la recepcionista y le dije que me llamaba João Guilherme. La mujer me preguntó quién era, hizo una llamada y me dejó entrar. Me dio una tarjeta de identificación y me indicó la planta.

Me sentí un poco nervioso, ya que era la primera vez que iba al lugar de trabajo de Guilherme. Nada más salir del ascensor, vi una elegante pared de madera con grandes letras plateadas: Castro Marins — Bufete. Al parecer, toda la planta les pertenecía.

Entré en la sala principal y apareció João Guilherme. Estaba estupendo, con pantalones, camisa de vestir y corbata. Me costaba creer que aquel hombre delicioso fuera todo mío. Mi cuerpo ya lo reconocía. Me bastaba mirarlo para que mi libido llegase al límite. La última vez que tuvimos sexo fue en la madrugada del domingo, pero él ya había arruinado varias de mis bragas durante la semana con sus besos.

João Guilherme sonrió, se acercó a mí y, sin molestar a la secretaria, me agarró la cara con las dos manos y me besó.

— ¿Por qué no me llamaste? ¿No habíamos quedado en que pasaría a buscarte para comer?

— Estaba excitada y, como aún tenía tiempo antes de que te fueras, decidí dar un paseo.

— Me alegro de que estés aquí. Acompáñame. — Me cogió de la mano y me llevó a una habitación. En cuanto entramos, cerró la puerta.

— Vaya, tu salón es precioso. — Era una habitación grande, refinada y bien iluminada. Las paredes eran todas de cristal, lo que nos ofrecía una vista privilegiada de Río de Janeiro.

El suelo estaba enmoquetado, había una nevera en un lado y un sofá de cuero aparentemente cómodo en la otra esquina. Todo era precioso, y algún día yo tendría una habitación así. Di la vuelta a la habitación, me acerqué a una de las paredes que daban a la calle y observé el ir y venir de la gente con prisa. Cuando volví a girarme, vi el portátil de Guilherme abierto y varios montones de papeles sobre la enorme mesa.

— ¿Te ha gustado? — João Guilherme me abrazó por detrás.

— Mucho. Es bonito y sofisticado. Como tú.

— Gracias — dijo, dándome un beso. — ¿Te traigo algo de beber?

— No, estoy bien. De hecho, hay algo que me gustaría. — Era inevitable pensar en el mal, en ese ambiente de trabajo, con mi hombre de traje, todo caliente... Me descontrolé.

— ¿Cómo? — preguntó inocentemente.

— A ti.

Le besé, empujándole hasta que se sentó en su silla y yo en su regazo. Reaccionó agarrándome el culo, acercándome y besándome con la misma hambre.

El beso se hizo más ardiente y exigente, excitándome sin control. Empecé a frotarme contra él, provocando una deliciosa fricción en mi clítoris y mojándome aún más.

Los dos gemimos y, aunque sabía dónde estábamos, no impedí que João Guilherme me abriera la blusa. Desabrochó rápidamente todos los botones, me quitó la blusa del cuerpo y la tiró al suelo, dejándome sólo con el sujetador de encaje. Guilherme admiró mi regazo casi desnudo durante unos segundos, luego me abrió el sujetador y me dejó completamente desnuda de cintura para arriba.

Sin que yo estuviera preparada, me chupó los pechos, haciéndome desear más. La sensación de su lengua caliente en mi pezón era tan deliciosa que eché la cabeza hacia atrás y gemí un poco más fuerte. Inmediatamente, João Guilherme colocó suavemente su mano sobre mi boca, sin dejar de torturarme con su deliciosa lengua.

Después de prestar atención a mis pechos, me puso de pie y abrió el botón de mis pantalones. Me quité las sandalias en una súplica silenciosa para que me quitara los pantalones de una vez, y él comprendió. Unos instantes después, me quedé en bragas.

— Esto es muy injusto. Yo sólo llevo bragas y tú estás todo arreglado.

Sin pensárselo dos veces, mi *abogado* se aflojó la corbata y luego la tiró al suelo. Para ayudarle, abrí los botones de su camisa y se la quité con euforia. Besé su pecho, disfrutando del olor y el sabor de su piel, luego me arrodillé en el suelo y empecé a bajarle la cremallera del pantalón. Lo bajé un poco, saqué su polla del bóxer y me la metí en la boca.

João Guilherme gemía mientras se la chupaba y me agarraba del pelo, mirándome mientras se la chupaba. Me di cuenta cuando cambió el ritmo de su respiración, señal de que iba a correrse pronto. Sin embargo, antes de que alcanzara la cima del placer, volvió a atraerme hacia sí.

— No tenemos mucho tiempo. Podría llegar alguien. — Me llevó al sofá.

De espaldas a él, apoyé las manos en el tapizado, agachándome. Me bajó las bragas hasta los pies y me abrió un poco las piernas. Mi respiración se hizo aún más agitada al pensar que iba a penetrarme. En cambio, sentí su lengua en mi vagina y tuve que reprimir un grito. Me

temblaban las piernas con aquella deliciosa sensación.

— João Guilherme, por favor... Esto es una tortura.

— Dime, mi dulce Mel. ¿Qué necesitas? ¿Qué quieres? — Volvió a lamerme, arrancándome un gemido.

— Te deseo... aiii. — Casi lloro cuando su lengua pasó de mi clítoris a mi ano. — ¡Madre mía! — La lengua de mi novio era el paraíso.

— Sé más específica, Melinda. — Me advirtió.

— Necesito tu polla dentro de mí ahora, ¡rápido y fuerte!

En ese momento, era incapaz de sentir vergüenza, porque me moría de excitación. Finalmente, sentí su polla caliente y deliciosa contra mi entrada e, incapaz de soportarlo, empujé mi cuerpo hacia atrás y él me penetró de golpe.

— ¡Joder, Melinda! ¿Quieres matarme? — Esta vez, su voz era de dolor.

Empujé más el culo, y Guilherme me agarró de la cintura para penetrarme más rápido y con más fuerza, sacudiendo todo mi cuerpo con la intensidad de sus embestidas. De repente, lo que se había convertido en mi sensación favorita del mundo se formó en mi interior. El orgasmo se agitó en mi bajo vientre, mi cuerpo se estremeció y João Guilherme intensificó aún más sus movimientos.

— Voy a correrme, nena — dije, impotente y jadeante.

— Ven a mi polla, voy a correrme contigo — susurró João Guilherme, tan afectado como yo.

El sonido de su voz sexy y varonil fue el detonante para que estallara en un orgasmo trascendental. Poco después, Guilherme sacó su polla de mí y, gimiendo, se corrió en mi culo.

Nos quedamos quietos un rato en la misma posición. João Guilherme me agarró por detrás y nuestra respiración se fue estabilizando. Luego se apartó, fue al baño del salón y volvió con una toalla húmeda. Guilherme limpió mi cuerpo y su propia polla, se la metió en el pantalón y se subió la cremallera.

Mientras él llevaba la toalla al baño, yo me senté en el sofá, sin poder hablar. Cuando volvió, me besó rápidamente, luego recogió mi ropa del suelo y me puso la camisa.

— Mi padre podría llegar en cualquier momento y llamarme para comer —dijo abrochándome la blusa.

— Necesito ir al baño rápidamente.

Me armé de valor para levantarme, cogí el resto de la ropa de su mano y fui al baño. Al cabo de unos minutos, volví en mí y João Guilherme ya se había vestido.

— Me has dado hambre. ¿Vamos a comer?

Asentí feliz al verle sonreír. Le di la mano y salimos de su despacho.



João Guilherme aparcó el coche, salió y caminó hasta abrir la puerta a mi lado. Salí y caminamos de la mano. Todavía estaba en el aire por el delicioso sexo que habíamos tenido en su despacho cuando me di cuenta de dónde estábamos. Cuando nos detuvimos frente a la tienda, se me pararon las piernas.

— ¿Vamos a comer aquí? — pregunté nerviosa.

— Es uno de los mejores restaurantes de Leblon. — Mi semblante le confundió.

— Lo sé, lo sé. Es que... Aquí es donde vine a buscar la vacante aquella vez — le expliqué, aunque sabía que no significaba nada.

— ¿Hay algún problema con eso? Si no te sientes cómodo...

— No, es que... es extraño. Vine a buscar trabajo, ahora vengo contigo.

— Estás roja y tartamudeas. ¿Qué me estás ocultando, Melinda?

— No es gran cosa, sólo estoy avergonzada. Vamos a comer.

Cedí porque no quería decirle nada a mi novio, y menos en plena calle. Además, no quería estropear mi día, que era maravilloso, con un recuerdo tan desagradable. Al principio, João Guilherme me miró con desconfianza, pero luego entramos en el restaurante.



João Guilherme

Era obvio que Melinda me ocultaba algo, pero no presioné para averiguarlo porque estábamos hambrientos y felices. De lo que estaba seguro era de que hablaríamos más tarde.

Nada más entrar en el restaurante, la camarera nos atendió y, a petición nuestra, nos dirigió a la mesa más alejada disponible.

— Tengo algo que decirte — Melinda tenía esa hermosa sonrisa que me conquistó tan fácilmente.

— Dime, princesa.

— Conseguí el trabajo en la librería. El lunes empezaré el experimento.

— Eso es genial, amor. Si eso es lo que quieres, me alegro de que haya funcionado.

— Lo mejor es que sólo trabajaré de lunes a viernes, porque no abren los fines de semana. Algo que ver con la religión y todo eso.

— ¿A qué te refieres?

— Yo tampoco lo sabía, así que el encargado me explicó que los propietarios son adventistas y guardan el sábado. Ese día no realizan sus tareas habituales, porque se dedican al descanso y a la comunión con Dios. Es un día sagrado para ellos. Me pareció interesante. Soy católico, pero respeto todas las religiones y me gusta conocerlas, aunque sea superficialmente. Además, no me disgusta saber que seguiré teniendo sábados para ti.

— Eso me gusta. — Bromeé. — Si te gusta, puedes trabajar allí hasta que empieces las prácticas en la universidad, y luego puedes trabajar en mi despacho — sugerí, pero Melinda no hizo mención alguna a aceptar.

— Estoy pensando en matricularme en la universidad el próximo sábado. ¿Qué te parece?

— Me parece estupendo.

Realmente admiro la determinación de Melinda por perseguir sus sueños.



Terminamos de comer, charlando sobre servicios y haciendo planes. Pagué la cuenta y, antes de volver al trabajo, llevé a mi novia a casa. Aparqué cerca de la casa de Dorinha y, antes de que Melinda saliera del coche, la interrumpí.

— No bajes ahora, amor. Quiero hablar contigo.

— ¿Qué te pasa? — Ella sospechaba de mi semblante serio.

— Quiero saber la verdadera razón por la que no quieres almorzar en ese restaurante. Quiero la verdad, Melinda. Era obvio que ni siquiera querías entrar allí.

Su cara roja como un tomate maduro delataba que yo tenía razón. Melinda bajó la cabeza, apartando la mirada de mí. Con afecto, la levanté por la barbilla y nuestras miradas se encontraron.

— Háblame, por favor.

— Cuando fui a buscar trabajo allí, la azafata me dijo que la vacante ya estaba cubierta. Me desanimé mucho, pero antes de irme se me acercó el dueño del restaurante. Se presentó como Víctor, me preguntó qué podía hacer por mí y, cuando le dije que había ido a buscar el trabajo que ya no existía, me dijo que podía pensar en otro puesto para mí.

Cada vez estaba más avergonzada y yo me puse tensa.

— Me llamó a su despacho para charlar y, aunque era escéptica, decidí intentarlo. Debería haber hecho caso a mi intuición. — Melinda hablaba más consigo misma que conmigo y sentí que me sudaban las manos, anticipando lo que vendría a continuación. — Siguió un rato hablando del restaurante, pero luego me humilló ofreciéndome dinero por pasar tiempo con él.

— ¡Hijo de puta! — Sentí que me hervía la sangre, ese cobarde lo iba a pagar caro.

— Le dejé claro que no me interesaba y que no volvería a pisar ese lugar, entonces él dijo que no le importaba, porque además de pobre, era estúpida y no sabía aprovechar las oportunidades que se me presentaran con el cuerpo que tenía.

Antes de que Melinda terminara de hablar, sentí que la ira se apoderaba de mí, estaba furiosa como pocas veces lo había estado. Cerré los ojos un momento y me concentré en no asustarla.

— No cejé en mi empeño y le mandé a la mierda. Le dije algunas cosas buenas.

Abrí los ojos, orgulloso de mi mujer, y tiré de ella hacia mí.

— Siento que hayas tenido que pasar por eso. Debe de ser duro ser mujer en nuestra sociedad machista. Cada día tienes que enfrentarte a una batalla diferente. Por eso eres más fuerte que nosotros, los hombres. Deberías habérmelo dicho, así no habríamos ido a ese agujero de mierda. Nunca volveremos allí, y voy a joderle la vida a esa mierdecilla. — Pronto me arrepentí de lo que había dicho, porque Melinda puso cara de pánico.

— Déjalo, João Guilherme. No te lo he dicho por eso. No irás a buscar pelea, ¿verdad?

— No te preocupes, amor. Aborrezco la violencia, pero soy un gran abogado y mi forma de joder a la gente es diferente. Ahora, descansa un poco. Tengo que volver al trabajo.

La besé cariñosamente y ella me abrazó antes de salir del coche, todavía recelosa. Esperé a que Melinda entrara en casa y salí tras aquel cobarde. Estaba hirviendo de odio.



Llegué al restaurante y, una vez más, la *anfitriona* se acercó a verme.

— ¿Está su jefe? — pregunté sin inmutarme.

— Víctor está en su despacho — Parecía más amable que cuando estuve allí con Melinda. Por lo que parecía, era de la misma calaña que su jefe.

— Por favor, dígale que João Guilherme de Castro Marins necesita hablar con él.

— Sí, claro. Un momento.

La mujer me dedicó una gran sonrisa y se marchó. Unos minutos después, regresó y me pidió que la acompañara. Cuando entré en el despacho del desdichado, me saludó con una sonrisa, sin darse cuenta del motivo de mi visita.

— ¿Cómo está, doctor? Tome asiento. ¿A qué debo el placer? — Me indicó la silla frente a su escritorio.

Siguiendo mis instintos, avancé hacia él, lo arrojé contra la pared y le rodeé el cuello con el antebrazo. Sostuve al hijo de puta cara a cara conmigo antes de hablar.

— ¿Cómo estás, Victor? ¿Acosas a muchas mujeres o sólo a las que crees indefensas?

Por cierto, estoy bien, gracias por preguntar. Sabes, estoy saliendo con una chica increíble y me siento jodidamente feliz. Soy tan feliz que muy pocas cosas me deprimen — dije con sarcasmo, intentando mantener la calma y no darle un puñetazo en la puta cara.

Confundido, Víctor me miró con los ojos muy abiertos. Antes de que tuviera tiempo de pensar, continué:

— Una de las pocas cosas que me sacan de quicio es saber que alguien ha avergonzado a una mujer para sacar ventaja, sólo por ser jefe o superior. ¿Has oído hablar alguna vez del acoso moral y sexual? ¿Conoce el artículo 216 del Código Penal? La pena por este delito es de dos años de cárcel. Pero... por tu comportamiento, no creo que lo estés.

Al parecer, Víctor no entendía nada, así que decidí aclararle, de forma más didáctica, el motivo de mi visita.

De todos modos, lo empujé a su silla y, como si me ayudara a mantener la cordura, permaneció callado. Como yo era mucho más grande y él era un cobarde, no se arriesgaría a una pelea conmigo, algo que yo tampoco quería. Saqué el móvil del bolsillo, seleccioné una foto de Melinda y se la enseñé.

— ¿Ves a esa mujer? Debes recordarla, porque una cara tan perfecta no es fácil de olvidar, ¿verdad? Y con ese cuerpo, pues... — Por la cara de asombro que puso, comprendió perfectamente a dónde quería llegar. — Tengo noticias para ti: es mi novia. Qué mala suerte, ¿eh?

— Doctor, yo...

— Le sugiero que se calle, porque estoy muy, muy cabreado con usted. De hecho, ¡tengo muchas ganas de enseñarte a ser un hombre! — En ese momento, estuve a punto de olvidar la ética y recurrir a la violencia. — Como abogado, voy a demandarte y a follarte hasta matarte, puedes esperar. Como novio, estoy haciendo todo lo posible para no patearte el culo, ¡cobarde de mierda!

Volví a guardarme el móvil en el bolsillo y acerqué mi cara al miserable; palideció.

— La ley tarda en cumplirse, pero darle un puñetazo en la cara sería más rápido. Por suerte para usted, no pienso darle ese gusto y arriesgarme a perder la cabeza. Utilizaré contra usted todas las armas procesales que conozco. Te enseñaré a ser un hombre y a no volver a acosar a una mujer. Te arrepentirás del día en que naciste. — Le di la espalda para marcharme, pero cuando llegué a la puerta, le miré por última vez. — Pronto tendrás noticias mías. Buena suerte encontrando un buen abogado que quiera contratarme para defenderte.

Cerré la puerta de un portazo, decidido a convertir la vida de ese hijo de puta en un infierno.



En mi despacho, hice algunas llamadas. Hacía poco que me había licenciado, pero mi padre llevaba 25 años ejerciendo la abogacía y era conocido por no perder casi nunca un caso. Nuestro bufete era famoso y conocíamos a mucha gente influyente en Río de Janeiro.

Llamé a algunos clientes conocidos que trabajaban para organismos reguladores, como la Agencia Nacional de Vigilancia Sanitaria (ANVISA), e informé del restaurante de Victor. Me informaron de que incluirían el establecimiento en sus próximas visitas y realizarían una inspección minuciosa del lugar. Como mis clientes eran referentes en sus campos, no dudaba de que encontrarían alguna irregularidad y harían cumplir la ley. *Empezaré así. Si nadie encuentra nada, lo haré de otra manera.*

La humillación que esa escoria le hizo pasar a Melinda no quedaría impune.



Melinda

Después de que João Guilherme me dejara en casa, no volvimos a hablarnos, y yo me puse inquieta. Quería llamarle, pero no lo hice porque no quería parecer una de esas novias pegajosas.

Me preocupaba cómo se había ido. Guilherme intentaba controlarse, pero yo veía que la historia del dueño del restaurante le había trastornado la cabeza. Para aumentar mi angustia, empezó a llover torrencialmente en Río de Janeiro y, al final de la tarde, él aún no había regresado a la mansión.

Dominada por la preocupación y la ansiedad, saqué el móvil y llamé a mi novio.

— *Hola, princesa*. — Su voz cariñosa, en cuanto contestó, hizo que mi corazón se disparara.

— Hola, amor. Esta lluvia tan fuerte me tiene preocupada. ¿Tienes problemas para llegar a casa?

— *Ahora estoy entrando en el garaje.*

— Gracias a Dios. Eso me dará tranquilidad. Voy a desconectar para terminar de preparar la cena.

— *Pon un poco más de agua en las judías y estaré allí pronto. Salud.*

— Salud.

Colgué con una sonrisa tonta en la cara. Llevábamos saliendo una semana, pero nuestra conexión era tan surrealista y yo estaba tan enamorada de él que a veces sentía miedo. *¿Cómo puede una persona enamorarse tan rápido?*

Dejé a un lado esos pensamientos y fui a la cocina. Mi madrina cocinaba en la mansión prácticamente todos los días, y no había nada de malo en ello, ya que trabajaba allí y no tenía tiempo para cocinar.

Sin embargo, traer comida para mí, que ni siquiera era su empleada, me incomodaba. Así que fui al mercado a principios de semana y llené la despensa. Desde entonces, preparo mi propia comida.

Como ya estaba todo listo para el menú de la cena de ese día, terminé rápido y me fui corriendo a ducharme. João Guilherme llamó a la puerta en el momento en que encendí el horno. Entró y me abrazó enseguida.

Solo nos habíamos visto unas horas antes, pero cuando sentí su delicioso aroma, me pareció que hacía siglos que no lo veía.

— Te he echado de menos — mi voz salió apagada, pues seguía aferrada a su cuello, aspirando su aroma.

— Yo también. Lo más extraño es que no lo digo para complacerte. Te he echado mucho de menos en las últimas horas. — Guilherme me miró pensativo y yo sonreí. Sabía exactamente lo que sentía. Era otro tipo de añoranza, un deseo de estar cerca todo el tiempo. Estar cerca no era suficiente. Parecía demasiado pronto, pero no iba a pensar en ello ahora, así que cambié de tema.

— Nunca imaginé que sería capaz de engancharte por el estómago, João Guilherme. Admítelo, eres adicto a mi comida. Te dije que era la mejor. — Le guiñé un ojo.

— Eres demasiado engreída, Melinda. — Me miró fijamente con aquella mirada deliciosa que hacía arder mi cuerpo.

— Confiesa. Estás cambiando la comida elegante de casa por la comida sencilla de tu novia. Soy un fuera de serie en la cocina, y tú eres adicto.

— En mi casa, no comparto la comida contigo. De hecho, mi creciente adicción eres tú, mi dulce Mel. — Por supuesto, me derretí al oír esa declaración.

— No siempre tienes que ser tan mona, ¿sabes?

— ¿Mona, Melinda? Así arruinas mi ego y mi reputación. Además, ¡"esponjoso" es

aburrido! — Fingió enfadarse y yo me reí. — Sólo hay una cosa más *desagradable* que me llamen así. Por favor, no me llames nunca *abogado*. Si alguna vez me llamas así, ¡se acabó lo nuestro! — Lo dijo en serio, sentándose en el banco, y yo me reí aún más.

— Bien, puedo conformarme con llamarte caliente, deliciosa...

— Basta, por el amor de Dios. Cambiemos de tema antes de que te tire por encima de este banco. — Se pasó las manos por la cara, riendo con una cara traviesa que me encantaba ver. — Por cierto, ¿qué hay hoy en el menú?

— Estofado de carne, arroz y una ensalada verde con lechuga y rúcula.

— Me encanta el escondidinho — dijo, tirándome de la cintura, poniéndome entre sus piernas y abrazándome.

— ¿De verdad?

— No lo sé, porque no recuerdo si lo he comido alguna vez, pero es tu escondidinho, así que seguro que me encantará — me besó.



— Iba a invitarte a cenar esta noche y luego a pasar el fin de semana conmigo... pero dijiste que ya estabas cocinando, así que vine. — Mientras hablaba, João Guilherme se llevó a la boca un bocado de escondidinho.

— ¿Cena contigo y con tus padres?

— Sí, tienen que conocer mejor a su nuera — respondió Guilherme con calma, pero yo no me sentía a gusto pensando en ese momento, porque tenía la sensación de que la señora Helena nunca me aceptaría de buen grado. Ella siempre preferiría a Giovana.

— Melinda, ahora eres mi novia y tendrás que superar este miedo de enfrentarte a mis padres. Sé lo que estás pensando y quiero asegurarte que mi madre no tiene nada contra ti. — João Guilherme pareció leer mis pensamientos.

— No tiene nada contra mí, pero está más a favor de Giovana. Estoy segura de que prefiere a tu ex antes que a su nuera.

— Deja de disminuirte, mi amor. Olvídate de Giovana.

En ese momento, me odié por mostrar debilidad. Tenía razón, tenía que superarlo y olvidarme de Giovana. Cada vez que mencionábamos su nombre, sentía como si alguien le hubiera chupado la energía a João Guilherme.

— Tienes razón, amor. — Lo besé cariñosamente.

Terminamos de cenar unos minutos después y, mientras yo lavaba los platos, João Guilherme los secaba y los guardaba. Lo dejé ordenando los últimos objetos de la alacena y fui al

baño a lavarme los dientes. Cuando volví, lo encontré sentado en el sofá. Encendí la televisión y puse mi lista de reproducción favorita.

— Por el amor de Dios, no salgas nunca con esos pantalones cortos por la calle o por casa, porque Carlos y los guardias de seguridad siempre están cerca. Tienes el culo al aire — me espetó João Guilherme en cuanto me senté a su lado en el sofá.

— ¿Así que tenemos aquí a un hombre celoso? — bromeé. — No te dejes llevar, João Guilherme. Estos calzoncillos ni siquiera son cortos y, si lo fueran, no me supondría ningún problema pasearme con ellos.

Me encantaba tomarle el pelo a mi novio. Los calzoncillos eran muy cortos y me dejaban medio culo al aire; al fin y al cabo, los compré cuando tenía unos 16 años. Al cabo de un tiempo, mi cuerpo ganó más volumen, por lo que parecía muy abultado, pero era una prenda cómoda que a veces me ponía para dormir o para estar dentro de casa. Ese día me la puse exclusivamente porque él sería el único que me vería.

— Me está tomando el pelo, ¿verdad? — Me miró sorprendido y yo me reí.

— Sí, lo estás, celoso.

Me senté frente a él en su regazo y lo besé. João Guilherme pasó sus manos por mis muslos y luego las llevó a mi culo, apretándome y tirando de mí hacia él. Enseguida sentí su polla dura y me froté contra ella. Mi novio gimió y se apartó de mi boca.

— Vamos a mi casa. Aquí, Dorinha podría llegar en cualquier momento. — Esa voz sexy y ronca casi me mata.

— ¿Tener sexo en tu casa?

— Exacto — respondió, concentrado en volverme loca, besándome el cuello.

— No me voy a encontrar bien, João Guilherme. Mi madrina y tus padres me verán llegar e irán a tu habitación. Sabrán exactamente lo que vamos a hacer allí. ¡Es una falta de respeto!

— ¡Por el amor de Dios! Mis padres saben que follo, Melinda. — João Guilherme alternaba gemidos y besos. — No tiene nada de raro, amor.

— ¿No les molesta que lleves a tu novia al dormitorio?

— Por supuesto que no. Soy adulto y mis padres no se meten en mi vida.

— Aún así, João. No me siento bien con eso.

— Entonces vamos a un motel. Necesito follarte hoy, pero no con prisa esta vez. Ese polvo rápido en la oficina sólo sirvió para volverme loco, pensando en ti todo el tiempo. Tuve que controlar mi erección todo el día.

Aunque me daba vergüenza, era difícil negarle nada a aquel hombre mientras estaba sentada sobre su dura polla y recibía besos en el cuello y masajes en los pechos.

— Vamos, amor, por favor... — volvió a pedirme.

— No pasa nada. Sólo necesito cambiarme rápido — dije, excitada ante la idea de ir a un

ambiente neutral. — Estaría bien conocer un motel.

— Mientras tanto, iré a casa, cogeré la llave del coche y me pondré unas zapatillas. Dentro de un rato, pararé el coche delante para que no te pille la lluvia.

Asentí y me bajé de él eufórico. João Guilherme me dio un beso hambriento más y salió a toda prisa de mi casa.

De repente me sentí nerviosa. Corrí a darme otra ducha, me puse crema hidratante en el cuerpo, cogí la *lencería* sexy que Rayssa me había regalado aquella semana y me la puse.

No sabía qué llevarme a un motel, así que me limité a meter en el bolso otro par de *lencería* y el cargador del móvil. Cuando estaba cerrando el bolso, mi madrina entró en casa y me miró asombrada.

— ¿Vas a salir con esta lluvia?

— Sí. João Guilherme viene a recogerme.

Ya habíamos hablado de mi relación. Mi madrina resultó ser mucho más moderna de lo que esperaba. Me aconsejó que fuera al ginecólogo, me dijo a cuál había ido ella y se ofreció a concertar una cita. En ningún momento mostró resistencia a nuestra relación.

Llevábamos unos días hablando de Giovana. Le conté que ya sabía todo sobre la antigua relación de João Guilherme, y ella me dijo que su mayor preocupación era exactamente esa. Mi madrina sabía que su ex no era una buena persona desde que salía con João Guilherme. Según Dorinha, siempre había sido arrogante, esnob y, cuando la relación terminó, resultó ser una persona totalmente desequilibrada y cruel.

Mi madrina me pidió que tuviera cuidado con Giovana, pero dejó claro que João Guilherme era un hombre maravilloso que me haría muy feliz. Ella lo conocía desde pequeño y le había demostrado su amor, por lo que dejó claro que se alegraba mucho de vernos juntos.



La lluvia no había cesado, y cuando llegué a casa todo mojado, decidí darme una ducha rápida y cambiarme de ropa. Me lavé los dientes y cuando salía del baño, afortunadamente con una toalla, Rayssa entró en mi habitación.

— ¿No sabes llamar, chica?

— Entré sin llamar, confiado en que tu fase de masturbación adolescente había terminado. Ahora tienes novia, hermano.

— Ja, ja, ja. Muy gracioso. Podría estar sin ropa.

— Oh, no te preocupes, te he visto desnuda innumerables veces, no me traumatiza.

— No como adulto, hermanita.

— No debería ser tan diferente. Melinda dijo que no es para tanto. — Rayssa intentó burlarse de mí.

— Oh, hermana, estoy segura de que dijo exactamente lo contrario, pero no voy a entrar

en eso contigo. — Me dirigí hacia el armario para elegir un conjunto.

— ¿Vas a salir?

— Sí.

— ¿Lo sabe Melinda?

— Claro que lo sabe. Viene conmigo.

— Voy a cambiarme, yo también quiero ir — dijo emocionada, casi saliendo corriendo de la habitación.

— Eh, jovencita, vuelve aquí. No puedes venir con nosotros a donde vamos hoy.

— ¡Oh, mierda! Vais a ir al motel, ¿no? No puedo creer que me hayas robado a mi amigo, João Guilherme. Ni siquiera pude disfrutar mucho de ella — se quejó Rayssa, y yo me reí.

— ¿Dónde está Celina?

— Tiene problemas en casa, no va a pasar... ¡Tengo una idea! Qué tal si invitas a una amiga tuya a que venga conmigo. Así podemos ir contigo. — Quería tomarme el pelo.

— Hoy estás lleno de bromas, ¿verdad? — Me senté en la cama para ponerme las zapatillas.

— Tengo 18 años, hermano. No quiero morir virgen. Sólo tú puedes...

— Rayssa, no voy a hablarte de sexo, aunque soy consciente de que en algún momento vas a empezar a tener relaciones sexuales. No quiero pensar en ello, y mucho menos colaborar en ayudarte con un amigo. De hecho, aparte de P.A., que es nuestro hermano, ninguno es bueno.

— P.A. no es mi hermano, y no quiero que me ayudes con mi vida sexual. — De repente pareció molesta.

— Whoa, whoa. ¿Qué te pasa?

— Nada, sólo estoy aburrida y creo que eres una hipócrita. — Rayssa se enfadó, sin más.

— ¿Hipócrita yo? ¿Por qué?

— ¡Contrólate, João Guilherme! Tu novia tiene 19 y tú has estado teniendo sexo como dos conejos últimamente. Sólo tengo un año menos que ella.

— Dijiste bien, Melinda es mi novia. Búscate un buen novio que te merezca y vive tu vida. No me opondré cuando vea que el chico te ve y te trata con el mismo cuidado y cariño que yo a Melinda. — Esta vez, mi hermana, que siempre tenía un argumento para todo, no replicó. — Tengo que irme ya, enano. Te prometo que mañana haremos algo contigo.

Besé a mi hermana, cogí la cartera, la llave del coche y el móvil y salí de mi habitación. De camino, me topé con mi madre que subía las escaleras.

— ¿Adónde vas con esta lluvia, Guilherme?

— Voy a salir con mi novia, mamá.

— Está lloviendo mucho, hijo mío. Algunas calles pueden estar inundadas. Es peligroso.

— No voy lejos, no te preocupes. Conozco Río de Janeiro, Sra. Helena. — Le di un beso en la cabeza y me despedí.

— ¿Por qué no la traes aquí en vez de salir?

— En otro momento, mamá. Tengo que irme ahora.

— Hijo... — Me detuve en mitad de la escalera para prestarle atención, de lo contrario no podría salir de allí en breve. — Verinha se ha ido a París con Giovana. Van a pasar un tiempo allí, para que la niña se distraiga...

— No me importa, mamá. ¡No me importa!

— Sólo te hago saber que ella no te buscará y tal vez incluso vuelva mejor y...

— Vale, ¡pero no quiero saberlo! Adiós, mamá. — Fui un poco más grosera y se calló. — Hoy no vuelvo.

Me apresuré hacia el garaje, a estas alturas Melinda ya debería estar lista y esperándome.



Me despedí de mi madrina y salí de casa cuando oí el claxon del coche de João Guilherme. Se detuvo junto a la entrada y abrió la puerta del coche para que yo pudiera entrar sin mojarme demasiado. Dentro del coche hacía calor y sonaba una música suave.

— ¿Adónde me llevas, semental? — pregunté mientras cruzábamos la puerta de la mansión.

— Vamos a Corinto, que está cerca de aquí. Es cómodo y tiene un gran servicio.

— ¡Oh, no, João Guilherme! ¿Me llevas a un motel en el que ya has estado con otra mujer? — El tipo se rió.

— Lo siento, amor, pero ya estuve en todos los moteles de Barra da Tijuca. Te prometo que otro día iremos a otro. Hoy no podremos ir muy lejos. Con toda la lluvia, todo estará atascado y algunas calles estarán inundadas.

— Me gustaría verlo al revés.

— Tendría que arreglármelas. Afortunadamente, no tengo que hacerlo. — Me coge la mano y me la besa.

Justo entonces, la intro de *Just The Way You Are* de Bruno Mars resonó casi

inaudiblemente en el coche.

— Me encanta esta canción. — Subí el volumen de la música.

João Guilherme paró en un semáforo en rojo y me besó mientras estábamos allí, detrás de otros coches. Se apartó y, sin que yo lo esperase, habló mirándome:

"Oh, sus ojos,
hacen que las estrellas parezcan que no brillan
Su pelo,
Se mueve perfectamente sin que ella tenga que hacer nada
Es tan hermosa
Y se lo digo todos los días".

Sólo tardé unos segundos en darme cuenta de que me estaba recitando la traducción de la canción. Cuando se abrió la señal, volvió su atención al frente, pero continuó hablando.

"Sus labios,
Podría besarlos todo el día si me dejara.
Su risa,
Ella lo odia, pero creo que es tan sexy
Ella es tan hermosa
Y se lo digo todos los días
Oh, tu sabes,
Nunca te pediría que cambiaras
Si la perfección es lo que estás buscando
Entonces quédate igual
Así que ni te molestes en preguntar si te ves bonita
Sabes que te lo diré
Cuando vea tu cara
No hay nada que cambiaría
Porque eres increíble
Tal y como eres..."

Cuando terminó y desvió rápidamente su atención de la calle para mirarme sonriente, me sentí abrumada. João Guilherme tenía el poder de dejarme sin palabras.

— Esta canción podría haber sido escrita para ti.

— Entonces no querrás que te llame guapo, mi abogado buenorro.

— ¡Ah, Melinda, hoy me pagas!

— ¡Ah, sí! ¿Qué vas a hacer, bombón?

— ¡Te voy a patear el culo! — dijo, y yo me reí, lo que le hizo reír a él también.



El motel era precioso. João Guilherme pidió la suite Afrodita, que parecía una casa y tenía hasta piscina. Di una vuelta rápida por las habitaciones, mientras mi novio ni se movía. Aquel lugar no era nuevo para él, pero sí para mí.

Cuando volví a la habitación, ya se había quitado las zapatillas, los calcetines y la camiseta — sólo llevaba vaqueros. Una mirada y mi cuerpo se calentó. La deliciosa sensación que siempre me provocaba estaba latente.

¿Será siempre así? ¿Lo miraré siempre con tanto amor y deseo? La respuesta me vino de inmediato: claro que sí, nunca me acostumbraría a lo perfecto que era João Guilherme.

Sin darse cuenta de que estaba siendo observado, se tumbó en la cama y encendió el equipo de música. Aproveché que sonaba *Earned It*, una canción sensual, y me moví ligeramente a ese ritmo. Muy lenta y sensualmente, me quité el top para él.

Me estaba convirtiendo en otra persona al lado de João Guilherme. Era tan suya que no había lugar para la inhibición. Porque cada vez que nos mirábamos, me sentía bella y poderosa. El deseo, acompañado de la admiración que desbordaba de sus ojos, me convirtió en una mujer segura y sensual, capaz de hacer cualquier cosa para sorprender a su hombre. Mi novio había convertido a su gatita en una tigresa.

Frente a mí, William estaba hipnotizado, sus ojos ni siquiera parpadeaban. La luz de la habitación era tenue, lo que hacía el ambiente más delicioso y afrodisíaco. Me quité las sandalias y la blusa lentamente, sin perder el contacto visual. Mi pecho estaba a la vista, cubierto únicamente por mi sujetador de encaje sin forro, que dejaba a la vista mis pezones.

Eché la cabeza hacia atrás y me acaricié los pechos, mordiéndome los labios. Cuando volví a mirar a João Guilherme, se había bajado la cremallera del pantalón y se estaba alisando la erección. Verlo tan excitado me animó a continuar, quería llevarlo al límite.

Agarré el dobladillo de su pantalón y, dándome la vuelta, me lo quité lentamente para quedarme sólo en *lencería*. En ese momento, vi a João Guilherme jadear y me sentí satisfecha. Estaba disfrutando.

— Me gusta mucho esta *lencería*. Te voy a comprar una de cada color. — dijo, con la voz ronca por la excitación, y se levantó de la cama para besarme.

Sus manos se hundieron en mi pelo, intensificando nuestro beso. Enloquecida por la lujuria, me subí a su regazo, rodeé su cintura con las piernas y le rodeé el cuello con los brazos.

Me acompañó hasta la cama y me tumbó con cuidado, pero no se puso encima de mí como yo pensaba. En lugar de eso, se quedó mirándome con cara de confusión.

Sabía por qué estaba enfadado, porque era lo mismo que yo sentía cuando lo miraba. *Es*

demasiado pronto para que estemos tan liados. ¿Cómo podemos estar tan enamorados en tan poco tiempo?

La confusión que sentíamos se debía a tanta intensidad, en tan poco tiempo y sin control. La verdad es que daba un poco de miedo. El deseo que sentíamos era enorme, pero no era el único sentimiento entre nosotros.

João Guilherme se quitó los pantalones y se acercó a mí lentamente. Me quitó el sujetador y las bragas y se colocó entre mis piernas, dejándome más abierta para él. Sólo entonces Guilherme se tumbó encima de mí y, sin interrumpir nuestro contacto visual, volvió a besarme. Fue intenso, apasionado y lleno de significado.

Cuando casi nos quedamos sin aliento, se apartó y me pasó la mano por la cara, alisándome suavemente un mechón de pelo que estaba fuera de lugar. Nos sonreímos y volvimos a besarnos largo rato. Nuestros labios y lenguas se movían sin prisa, totalmente sincronizados, y nos abrazamos, sintiéndonos por todas partes.

Entre beso y beso, João Guilherme se detenía y me miraba con admiración y deseo. Luego me besó la nariz y los ojos, antes de volver a mi boca.

Yo ya ardía de excitación cuando Guilherme besó mi cuello, mis pechos y finalmente mi vagina. Me agarró por los muslos, me abrió más las piernas y me chupó lenta y tortuosamente, haciéndome correr en pocos minutos.

Después de correrme, Guilherme subió por mi cuerpo y volvió a besarme, haciéndome saborear. Mientras me besaba, se colocó en mi entrada y me penetró, deslizando su polla en mi interior y estirando el movimiento hasta el límite. Esta vez, mi cuerpo estaba más acostumbrado y aceptó mejor la penetración.

Levantó una de mis piernas y se introdujo más profundamente en mí, sin dejar de besarme. Deseosa de más, levanté la otra pierna, permitiendo una penetración más profunda que nos arrancó gemidos a los dos.

Dejamos de besarnos porque perdíamos aire mientras él intensificaba sus embestidas, penetrándome cada vez más profundamente y arrancándome fuertes gemidos. Cuanto más gemía, más fuerte empujaba, acercándome cada vez más al límite.

— Qué delicia, João Guilherme. Voy a correrme — susurré, y él intensificó sus embestidas.

Me moví al mismo ritmo, frotándome contra él mientras me penetraba, y entonces me corrí. Todo mi cuerpo se convulsionó con la intensidad del orgasmo.

João Guilherme esperó a que me calmase, me puso de lado y se colocó detrás de mí. Me penetró por detrás, estimulando con los dedos mi ya sensible clítoris. Poco a poco, la deliciosa sensación volvió y me hizo correrme de nuevo. *Este hombre es insaciable. Descubrí que yo también lo era.*

Me tumbé boca abajo y Guilherme volvió a penetrarme, dándome esa deliciosa sensación de estar completamente llena. Empujó intensamente y, cuando gimió más fuerte, indicando que iba a correrse, me incliné un poco, permitiendo que su polla entrase más dentro de mí. Minutos después, João Guilherme salió de mi vagina y se corrió en mi culo, rugiendo de placer.

Aquella noche hicimos el amor una vez más. Y a la mañana siguiente, antes de salir del motel, volvimos a hacerlo. Después del desayuno, João Guilherme pagó la cuenta y nos fuimos.



— Rayssa quiere hacer algo hoy — comentó en cuanto hubo aparcado en el garaje.

La lluvia más intensa había cesado, pero el tiempo seguía siendo muy cerrado, haciendo que el clima fuera frío pero agradable.

— Me parece una buena idea, me encanta la compañía de tu hermana. Llama también a Paulo André. — No perdería la oportunidad de intentar acercar aún más a mi amiga al chico que le gustaba.

João Guilherme asintió y me besó, luego bajamos del coche y volvió a acercarse a mí, esta vez para abrazarme.

— Voy a darme una ducha, luego pensaré en algo que hacer con este mal tiempo. Mientras tanto, descansa un poco —me acarició la mejilla.

— Lo necesito de verdad. No bromeabas cuando dijiste que me darías una paliza. — Los dos nos reímos.

— Ya te lo dije. Nadie te dijo que me llamaras esponjosa y *abogada*. — Usó una voz seductora.

— Fui una niña desobediente, me merecía mi castigo. — Puse cara de traviesa. — Lo peor es que no puedo ser una niña buena cuando estoy contigo, mi *abogado* guapo. Así, siempre tendré que ser castigada así — susurré burlonamente, mordiéndome el labio y guiñándole un ojo.

En cuanto terminé de hablar, le di la espalda y me dirigí hacia la salida del garaje, mirando hacia atrás y enviándole un seductor beso.

— "Ah, Melinda, voy a por ti"—, me amenazó.

— Me muero de ganas — respondí, riendo, y eché a correr.



Melinda

Unas semanas después

La vida parecía hermosa y el futuro prometedor. João Guilherme y yo llevábamos juntos un mes, pero parecía mucho más tiempo, por no decir que la felicidad formaba parte de cada momento.

Muchas cosas cambiaron en aquel mes. Empecé a trabajar en la librería y me encantaba. Todos los días comía con Guilherme, que había adaptado su horario para poder comer y salir de la oficina al mismo tiempo que yo. Mi novio me recogía del trabajo y nos íbamos juntos a casa.

Durante este período, superé un poco mis temores y pasé algún tiempo con él en la mansión. Fui bien recibido por sus padres y conseguí entender un poco mejor a Helena — ella prefería que la llamase así, prescindiendo del "doña" que utilicé durante nuestros primeros encuentros.

La madre de João Guilherme no quería verlo con Giovana, como yo había imaginado. Sólo quería que ambos fueran felices, aunque estuvieran separados, y esperaba que todos vivieran en paz.

Pude ver lo triste que estaba, sobre todo por la enemistad entre su hija y su ex novia. Me dio la impresión de que Helena creía que si Rayssa le daba una oportunidad a Giovana, podría rescatarla del fango en el que se estaba metiendo cada vez más. No sabía exactamente si era así, pero mi suegra parecía pensar que mi amiga podría ser un buen ejemplo para Giovana.

En el fondo, Helena sabía que João Guilherme jamás perdonaría a Giovana, y por eso mi suegra ya no insistía en volver a juntarlos, limitándose a hablar de su ex de vez en cuando — qué hacía, dónde estaba... — Aunque no conocía toda la historia, sabía que Giovana había abortado deliberadamente al bebé de ambos, y eso era imperdonable.

Mi madrina oyó a Helena comentar con su marido que Giovana llegaría esa semana de París con su madre. Esto me dio mucha aprensión. João Guilherme no me lo dijo, pero imaginé que lo sabía.



Me desperté muy temprano para llevar a mis padres al aeropuerto, ya que su vuelo salía a las 7 de la mañana. Carlos podría haberles llevado, pero se aseguraron de que mi hermana y yo estuviéramos allí a la hora del embarque, así que preferí conducir yo.

Volvimos a casa, y Rayssa no tardó en subir corriendo a su habitación para dormir un poco más. Yo también pensé en echarme la siesta, pero cuando vi que Dorinha llegaba para trabajar, recordé que Melinda estaría sola. Era increíble cómo, cada vez que podía, sentía la necesidad de ir tras ella. *Soy totalmente adicto a mi rubia.*

Cuando entré en casa de Dorinha, encontré a Melinda dormida en el sofá. Me molestó muchísimo y sentí que tenía que hacer algo al respecto. Quería que estuviera cómoda durante el tiempo que pasara con su madrina. De hecho, quería tantas cosas con ella, pero tenía miedo de asustarla. *Joder, hasta yo tengo miedo.*

Melinda era una piedra dormida, porque me senté a su lado en el sofá y ni siquiera se movió. Sabía que tenía el sueño pesado, así que la levanté suavemente para despertarla.

— Buenos días, amor — la saludé, y luego le besé la frente mientras ella me miraba somnolienta.

— Buenos días, cielo. — Aquella voz ronca al despertarse era música para mis oídos. Me miró confusa y, antes de bostezar y volver a cerrar los ojos, preguntó: — ¿Por qué estoy en tu regazo?

— Porque te vas a mi casa a dormir conmigo.

Melinda tenía tanto sueño que debió confundirme con un sueño o, como mucho, pensó que estaba bromeando, porque sólo volvió a hablar cuando oyó la puerta de su casa cerrarse de golpe y la brisa del exterior le golpeó la cara.

— ¿Te has vuelto loco, João Guilherme? — Estaba suave y callada, con la cabeza apoyada en mi pecho y envuelta en su sábana.

— Si querer acostarme contigo me convierte en un loco, entonces sí, estoy loco — dije riendo. — Soy un tipo grande, no cabría en ese sofá, así que vamos a mi cama.

— "Muy bien, vamos a la cama"—, murmuró, con voz casi inaudible. Respiró hondo, aún con los ojos cerrados, y se relajó aún más entre mis brazos, dejándose llevar de nuevo.

Cuando llegamos a mi habitación, la acosté y encendí el aire acondicionado; me quité las zapatillas, los pantalones y la camisa, y me tumbé a su lado. Inmediatamente, Melinda se arrimó a mí, se acurrucó en mi pecho y volvió a dormirse profundamente. La abracé, cerré los ojos y dormí plácidamente.



Me desperté con Melinda temblando en mis brazos. Aunque era de día, mi habitación estaba muy oscura debido a las persianas, y tuve que mirar la hora en mi reloj para darme cuenta de que era casi mediodía. *Joder, nunca había dormido tanto.*

Normalmente, esperaba con impaciencia el fin de semana y me despertaba como muy tarde a las nueve de la mañana para disfrutar de mi día libre, pero siempre que dormía con Mel, me relajaba bien y conseguía despertarme un poco más tarde. Ella también debía de estar cansada, debido a su nueva rutina laboral. Melinda se levantaba temprano toda la semana, así que le gustaba dormir un poco más los fines de semana.

Todavía me estaba frotando la cara con sueño cuando mi novia refunfuñó y volvió a removerse.

— Cariño, ¿qué te pasa? — le pregunté en voz baja, acariciándole ligeramente el pelo.

Melinda no contestó enseguida, pero al cabo de un rato empezó a decir cosas que yo no entendía y se agitó aún más. Me di cuenta de que estaba dormida, probablemente teniendo una

pesadilla.

— *No, por favor...* — Esta vez sí entendí.

Intenté despertarla cuando, de repente, dio un grito agónico que me hizo saltar de la cama. Encendí la luz y corrí hacia ella. Melinda estaba sentada en la cama con los ojos muy abiertos y la cara bañada en lágrimas. Parecía aterrorizada, pero no podía decir si estaba realmente despierta.

Su mirada no se centraba en la mía, sólo miraba a la nada, como en estado de shock. Su cuerpo temblaba y su llanto era incesante. Me agaché frente a ella y le toqué suavemente la cara, haciendo que me mirara.

— Mírame, amor. Sólo ha sido un mal sueño.

Cuando por fin sus ojos se encontraron con los míos, un sollozo doloroso salió de su garganta y el llanto se intensificó de forma desgarradora. Me senté a su lado en la cama y mi novia saltó rápidamente a mi regazo, acurrucándose contra mí. Melinda me abrazó, aún temblorosa, y luego me rodeó el cuello con la cabeza, incapaz de dejar de llorar.

— Ya ha pasado todo, cariño. Sólo ha sido una pesadilla, ¿sabes? Estoy aquí contigo y todo está bien... Se acabó...

Nada la calmaba. De hecho, parecía que cuanto más hablaba, peor se ponía su llanto. La abracé y la dejé llorar cuanto quiso.

Pasaron largos minutos hasta que levantó la cabeza y me miró. Sus ojos enrojecidos, hinchados por el llanto, me estrujaron el corazón. No sabía el contenido de su pesadilla, pero nunca había visto a Melinda así.

— Su corazón se aceleró. — Me puso la mano en el pecho, todavía llorando.

— Me da mucho miedo verte así. Estoy sufriendo contigo.

— Ha sido tan real... — susurró, mirándome fijamente con sus preciosos ojos brillantes y muy asustados. — No puedo perderte a ti también. No podría soportarlo, no esta vez.

Melinda apoyó la cabeza en mi hombro y volvió a llorar. Yo no sabía qué hacer, porque no sabía a qué se refería exactamente. Se me rompió el corazón al verla en ese estado.

— No me vas a perder, porque no voy a ir a ninguna parte. Estoy aquí, amor. Siempre estaré aquí — dije, intentando calmarla. — ¿Quieres hablar del sueño?

— Estábamos en la playa con Rayssa, P.A. y un montón de gente que no conozco. El sol brillaba solitario en el cielo muy azul, porque hacía un día precioso. Estábamos todos contentos, jugando, bebiendo, charlando... hasta que tuve que ir al baño. Cuando volví unos minutos después, no había nadie más en la playa y ya era de noche. Estaba muy oscuro y completamente desierto, así que apenas podía ver, lo único que oía era el sonido de las furiosas olas rompiendo en la arena.

Melinda respiró hondo y su mirada se perdió en aquel pensamiento, parecía querer

recordarlo con el mayor detalle posible para deshacerse de aquella sensación.

— De repente, miré al frente y te vi de pie, dándome la espalda. Te llamé, pero no me oíste, ni siquiera miraste hacia atrás. Corrí hacia ti y cuando me acerqué, Giovana estaba de pie frente a ti con una pistola apuntándole... Yo estaba desesperado, pero tú parecías tranquilo mientras permanecías allí, mirándola fijamente. No me miraste cuando me acerqué, pero ella sí. La sonrisa que me dedicó fue diabólica.

— Cariño, no hables más. Te hace daño y...

— Necesito desahogarme — respondió y respiró hondo. — Aquella mujer me miró con una rabia que nunca había visto en la cara de nadie y me preguntó si de verdad pensaba quedarme contigo. Dijo que nunca te dejaría ser feliz sin ella y amartilló la pistola.

— No tienes que impresionarte tanto, no fue real.

— La desesperación que sentí fue muy real, João Guilherme. Le pedí que no disparara, pero en vez de una respuesta, obtuve una risa y... ella apretó el gatillo. — Las lágrimas volvieron a brotar sin control de los ojos de Melinda. — Giovana te disparó en el pecho y caíste muerto mientras ella se reía. Grité aterrorizada, sin aliento y con un dolor desgarrador en el pecho, un dolor que no había sentido antes. Me tiré encima de ti, intentando despertarte, pero no te movías. En unos segundos, tu cuerpo estaba helado y cada vez goteaba más sangre de tu cuerpo... y... me desperté.

Melinda terminó de hablar con todo el cuerpo temblando y la cara bañada de nuevo en lágrimas.

— Cálmate, mi dulce Mel. Ha sido un mal sueño. Mira, estoy aquí, no me ha pasado nada. No pienses más en ello — dije suavemente, estrechándola entre mis brazos, besándole la cabeza y meciéndola como quien intenta calmar a un niño asustado.

— No soporto perder a nadie más, porque ya he perdido demasiado. La muerte de mis padres causó una herida enorme en mí, y prefiero morir antes que volver a pasar por ese dolor, no podría soportarlo... — dijo entre sollozos.

— No me va a pasar nada. Estoy aquí y no voy a dejarte. Respira hondo e intenta calmarte.

Poco a poco, funcionó. Melinda consiguió controlar su llanto y se calmó. De repente, levantó la cabeza de mi pecho y cambió de postura, sentándose en mi regazo, de cara a mí.

— Hazme el amor, João Guilherme. Necesito sentir que estás aquí, y esta es la forma en que me siento más unida a ti, en cuerpo y alma — me pidió, angustiada, y yo la besé.

Te daré todo lo que pidas y necesites, mi Mel. Siempre estaré aquí para ti.



João Guilherme me amó como nunca. Fue un sexo tierno, cuidadoso, lleno de sentimientos. Hicimos el amor sin prisas, y me miró todo el tiempo que estuvo dentro de mí. Conectamos completamente, no sólo en cuerpo. Éramos uno, cuerpo, alma y corazón.

Cuando cerró los ojos y se corrió dentro de mí, su explosión de placer hizo que yo también me corriera. Estábamos tan profundamente conectados que cada emoción y sensación la sentíamos los dos por igual. Cuando nos calmamos, me miró de una forma muy especial y me acarició la cara con el dedo, como si memorizara cada uno de mis rasgos. Recordaré hasta el último día de mi vida lo que João Guilherme me susurró en aquel momento:

— Eres la persona más bella que he conocido, tanto por dentro como por fuera. Me haces el hombre más feliz del mundo. No tengo ninguna duda de que he encontrado a la mujer de mi vida. Te amo, Melinda.

Casi me quedo sin aliento al oír esa declaración. Había querido decírselo innumerables

veces, pero había tenido miedo. Ahora ya no.

— Yo también te quiero, João Guilherme, mucho y cada día más. Tú eres mi vida.

Volvió a besarme y mi corazón se sintió en paz.



Nos quedamos tumbados un rato hasta que el estómago nos hace levantarnos para ducharnos y comer.

— Después de comer, vamos a salir. Quiero enseñarte algo — dijo João Guilherme mientras se ponía la ropa después de ducharse. Asentí con la cabeza.

Bajamos juntos y cuando llegamos a la cocina, de la mano, nos encontramos con mi madrina y Sônia.

— Buenas tardes — las saludó João Guilherme, y yo también. Ellas respondieron.

— Melinda, no sabía que estabas aquí, hija. — Mi madrina se sorprendió.

— Estaba arriba con João Guilherme — respondí, un poco torpe.

— ¿Rayssa ya ha almorzado? — Guilherme no preguntó a ninguno de los dos en concreto.

— Todavía no, Gui. Como sus padres no están aquí, estamos esperando a que aparezca uno de vosotros para servir la comida.

— Entonces podrás servir. Estamos hambrientos — dijo con simpatía. — ¿Dónde está mi hermana?

— Se fue hace un rato, dijo que iba a casa de Celina. Carlos la llevó — respondió mi madrina.

Nos quedamos en el salón y, unos minutos después, nos sirvieron la comida. Cuando terminamos de comer, João Guilherme miró el reloj y me apuró.

— Vamos contrarreloj, cámbiate. Voy a por la llave del coche y la cartera. Nos vemos en el garaje en unos minutos. No tardes. — Me besó y se fue.

Fui a la cocina a despedirme de mi madrina, le dije que íbamos a salir y me fui corriendo a casa. Poco después, como habíamos quedado, me reuní con él en el garaje. Estaba apoyado en su coche con los brazos cruzados, llevaba unos vaqueros que dejaban ver su delicioso culo y sus muslos torneados. *Estaba buenísimo.* Una camisa gris lisa, zapatillas deportivas y gafas de aviador completaban el look.

Me acerqué y me atrajo hacia él, besándome apasionadamente. Me quedé flácida, ansiosa por volver al dormitorio.

— Vámonos. — Me abrió la puerta del coche.

— No puedo.

— ¿Por qué no? — João Guilherme tenía el ceño fruncido.

— Necesito ir a casa rápido y cambiarme las bragas. Acabas de arruinarla con esa mirada y ese beso. — Se rió tan a carcajadas que podría haberme quedado allí horas, escuchándole reír. — ¿Puedo preguntar adónde me llevas?

— Es una sorpresa, pero ya lo sabrás, porque no está lejos de aquí.

Condujimos por la avenida Lúcio Costa y João Guilherme se detuvo delante de un lujoso condominio llamado Riserva Golf.

— Llegamos. — Detuvo el coche junto a la primera garita para hablar con el guardia de seguridad. — Buenas tardes, me llamo João Guilherme de Castro Marins y tengo una cita con Lúcio Reis.

El portero jugueteó con su ordenador y luego nos dejó pasar. João Guilherme se adelantó y aparcó en una de las plazas y yo bajé del coche, encantado por la belleza del lugar.

— Es precioso, ¿verdad? — Guilherme sonrió al ver mi alegría.

— Bonito es poco. Es maravilloso.

— Vamos, subamos, que llegamos tarde.

Me cogió de la mano y me llevó por el edificio. No entendía qué íbamos a hacer allí, pero en lugar de perder el tiempo haciendo preguntas, seguí admirando cada rincón del lugar. Entramos en el ascensor y tardamos un rato en salir, ya que sólo nos detuvimos en el ático. Cuando se abrió la puerta, estábamos dentro de un piso. Me quedé sin palabras, ya que aquello era surrealista para una chica como yo, que venía de un campo tan pequeño y sencillo como San Agustín.

Me solté de la mano de João Guilherme y me acerqué a una pared de cristal que teníamos delante. Desde allí se veía todo: el mar, el campo de golf y gran parte de Barra da Tijuca. La vista era impresionante. Cuando me di la vuelta para hablar con mi novio, había un hombre que nunca había visto a su lado.

— Amor, ven aquí — Guilherme extendió el brazo hacia mí, y me acerqué a él. — Este es Lúcio Reis, un agente inmobiliario. Nos va a enseñar el piso. Lúcio, esta es Melinda, mi novia.

— Encantado de conocerla, señorita — me saludó amablemente el hombre, estrechándome la mano con suavidad. — Vámonos.

El agente inmobiliario nos enseñó el piso, mientras enumeraba las muchas ventajas de vivir en un lugar así. Todas las habitaciones estaban amuebladas, había cinco suites y, con cada puerta que el hombre abría, yo me quedaba aún más encantada. Todo era perfecto. El piso era casi tan grande como la casa de João Guilherme. *Me pregunto si estará pensando en vivir aquí él solo.*

Al final de la *visita*, volvimos al salón y el agente inmobiliario nos hizo una señal para que nos acomodásemos en el sofá.

— Entonces, doctor. ¿Le gustó el ático?

— Mucho. Es incluso mejor de lo que imaginaba.

— ¿Qué le ha parecido? — me preguntó el agente inmobiliario, con cara de ansiedad.

— Si a alguien no le gusta este sitio, tiene serios problemas — respondí, riendo, y el hombre también se rió exageradamente. Parecía aliviado y contento con mi respuesta.

— Muy bien. Así que pongámonos manos a la obra con los trámites burocráticos. ¿Cuánto es? — preguntó João Guilherme.

— Todos los áticos lineales de la Riserva Golf son fantásticos y se vendieron justo en el momento del lanzamiento. En este momento, el único que queda es éste. Seréis los primeros propietarios si cerramos el trato...

Se me aceleró el corazón cuando le oí decir "propietarios", como si yo también fuera a vivir allí.

— ¿Cuánto vale, Lúcio? — insistió João Guilherme, interrumpiendo al corredor, que estaba emocionado y muy orgulloso.

— Nueve millones veintiocho mil reales. Le aseguro que es una inversión que vale la pena. No se arrepentirá.

João Guilherme ni se inmutó, a diferencia de mí, que me habría caído si no hubiera estado sentado. Era mucho dinero.

— Lo tendremos — dijo João Guilherme, y yo me quedé de piedra. Sabía que era rico, pero no tenía ni idea de cuánto. — ¿Nos dejas un momento?

Inmediatamente, Lúcio se levantó del sofá, incapaz de disimular su alegría por haber intermediado en la venta de un piso millonario. En cuanto el hombre salió de la habitación, João Guilherme me miró.

— Estás pálido. ¿Te encuentras bien?

— Yo... Sí... Sólo estoy sorprendido y no entiendo nada. Me has traído aquí para comprar un piso así y no me has dicho nada...

— Lo sé, lo siento. Debería haberte hablado antes, pero tengo tantas cosas en la cabeza. Las cosas están sucediendo muy deprisa, y sé que da miedo y quizá sea precipitado. Pero quiero intentarlo — dijo, casi sin aliento. — Nunca imaginé que algo así pasaría en mi vida, y menos tan rápido. Después de lo que había pasado, no pude relacionarme con ninguna mujer durante mucho tiempo, pero entonces llegaste tú con esa sonrisa encantadora, esa boca sin filtro... Melinda, tu ingenuidad y pureza pusieron mi mundo patas arriba. Me enamoré de ti.

— No sabía que tuviera tanto poder — me reí, y él me devolvió la sonrisa.

— Eres abrumadora, mi Mel. Intenté huir y evitar involucrarme, porque tenía y sigo

teniendo miedo, pero no puedo escapar de lo que siento — dijo João Guilherme y me dio un tierno beso en los labios. — Cuando me di cuenta de que me estaba enamorando de ti, perdí algunas noches de sueño y me hice muchas preguntas sobre el futuro. El día de tu cita con la ginecóloga, cuando me dijiste que había pedido una prueba de embarazo antes de recetarte el anticonceptivo, me puse jodidamente nerviosa. Se me dispararon algunos gatillos, pero respiré hondo y recordé que eras tú. Dependía *de* ti. Me di cuenta de que todo iría bien y me tranquilicé.

— También estaba muy asustada y di gracias a Dios cuando la prueba dio negativo.

— Por un lado, también me sentí aliviada, porque aún es demasiado pronto para que tengamos un hijo. Sin embargo, si hubiera dado positivo, no habría pasado nada, porque habría sido contigo. En aquel momento, me di cuenta de lo jodidamente enamorado que estaba ya, Melinda — declaró João Guilherme, sin apartar la mirada de mí. — He estado pensando mucho en nosotros, en nuestro futuro... Y cada día me apetece más estar siempre contigo. No soporto verte dormir en ese sofá estrecho cuando podrías estar a mi lado, con comodidad y seguridad. Quiero que duermas conmigo, en mi cama, todos los días. Por favor, ven a vivir aquí conmigo. — Su mirada estaba llena de ansiedad.

— ¡Dios mío, João Guilherme! Ni siquiera sé qué decirte.

— Sólo di que sí. No hay necesidad de asustarse, porque sólo vamos a vivir juntos y eso será bueno para nosotros. Será bueno para nosotros estar seguros de lo que queremos para el futuro. Creo que todas las parejas deberían hacer una *prueba* antes de comprometerse a algo importante. Para mí, los matrimonios deben durar toda la vida, así que irse a vivir juntos es una prueba para ver si las cosas pueden funcionar para la pareja.

João Guilherme me cogió la mano, me la besó y me miró fijamente, lleno de expectación.

— Sí — dije emocionada.

— ¿Sí? — Parecía no creerse mi respuesta.

— Sí, claro que acepto, porque te quiero — confirmé, sonriendo de oreja a oreja.

Guilherme me atrajo hacia sí, riendo y besándome, tan feliz como me sentía yo. Los dos estábamos asustados por todos los cambios que estaban ocurriendo en nuestras vidas, pero si yo tenía una certeza en la vida, era que quería mucho a aquel hombre.



Melinda

João Guilherme y yo acordamos mantener en secreto lo de irnos a vivir juntos, al menos en los días siguientes a nuestra decisión. Queríamos esperar a que sus padres volviesen de viaje, para contárselo de una vez a ellos y a mi madrina.

El día anterior, cuando volvimos del piso, Rayssa ya había regresado a casa. Era sábado, así que João Guilherme llamó a P.A. y los cuatro nos quedamos en la mansión, bebiendo cócteles, comiendo aperitivos y charlando.

El domingo por la mañana, unos amigos llamaron para invitar a Guilherme a jugar al voleibol en la playa. Él me invitó a mí y fuimos. Mientras los chicos jugaban, Rayssa y yo tomábamos el sol en la arena, observando el partido y a la poca gente que pasaba. El sol estaba muy bajo y la playa estaba relativamente vacía.

— ¿Por qué Celina ya no viene a tu casa, Ray?

— Tiene problemas con su familia. Celina y su madre tienen algunos desacuerdos y mi amiga sufre mucho. Intento ayudarla, pero por desgracia no tengo mucho que hacer, salvo

quedarme con ella y apoyarla. Si la señora Lavinia supiera la suerte que tiene de tener una hija como Celina, valoraría más a mi amiga — dijo Rayssa con tristeza.

No preguntaría qué era. Si Celina quería, algún día me lo diría. Aun así, aun sin saber de qué se trataba, yo también estaba triste. Parecía una chica realmente maravillosa.

Después de charlar mucho con Rayssa, volví a ponerme los vaqueros y la camiseta, porque empezaba a hacer frío y viento; el agua del mar también estaba fría, lo cual era otra razón para no volver a entrar. Justo cuando iba a sentarme, oí gritar a João Guilherme.

Se me heló la sangre cuando lo vi tendido en la arena, agarrándose el muslo y con la cara contorsionada por el dolor. Corrí hacia él y Rayssa me siguió.

— ¿Qué había pasado? — Estaba desesperada, viendo a mi novio retorcerse en la arena.

— No lo sé. Saltó para hacerse un corte y de repente cayó al suelo gritando. No vi cómo se lastimó — dijo Paulo André.

— Amor, ¿qué te pasa? ¿Qué sientes? — Estaba tan nerviosa que no paraba de temblar.

— ¡Joder! Duele mucho. P.A., necesito ir al hospital, amigo. — preguntó João Guilherme, y su amigo asintió, ayudándole a levantarse.

— ¿Puedes andar? — preguntó Paulo y, cuando mi novio asintió, su amigo lo sujetó por un lado y me hizo una señal para que lo apoyara por el otro. Lo llevamos hasta el coche.

— Rayssa, coge mi bolso y su camisa. — Mi cuñada parecía perdida y aterrorizada, viendo sufrir a su hermano. Asintió y corrió a hacer lo que le pedía.

Paulo André conducía el coche de João Guilherme, Rayssa iba delante con él y yo seguía a mi novio en el asiento de atrás. Estaba sudando y la expresión de su cara mostraba el dolor que sentía. Me angustiaba verle así.

Llegamos rápidamente a Barra D'or y P.A. se apresuró a llamar a una enfermera. A los pocos minutos, el hombre se acercó con una silla de ruedas y se llevó a mi novio a urgencias. Le mandaron hacer una resonancia magnética y nos quedamos en recepción rellenando su expediente.

Estaba tan nerviosa que no podía dejar de temblar. Después de un buen rato, me calmé un poco cuando una enfermera nos trajo noticias de João Guilherme.

— El paciente ya ha salido del reconocimiento y ahora va a consulta. Pidió a su novia que entrase. — Sin demora, seguí a la enfermera hasta la consulta, donde me encontraría con mi novio.

— ¿Es grave? — preguntó Rayssa mientras caminábamos por los pasillos del hospital.

— Al parecer, se trata de una contusión muscular, pero el médico lo valorará mejor cuando haya analizado el examen —respondió la enfermera, solícita.

Cuando llegamos a la consulta del médico, Rayssa y P.A. esperaban fuera, y el hombre me abrió la puerta y me hizo una señal para que entrase. João Guilherme estaba sentado en la

camilla, con la pierna izquierda estirada, y el médico estaba a su lado, inmovilizándolo. Corrí a su lado y le abracé.

— Buenas tardes, doctor — le saludé, y luego me volví hacia João Guilherme. — ¿Se te ha pasado el dolor?

— Es soportable, he tomado medicación.

— Como le estaba explicando, su novio tuvo lo que llamamos una distensión muscular. En su caso, era de grado 2, que no es grave, pero es doloroso y requiere algunos cuidados. La recuperación lleva de 8 a 10 semanas.

— ¿Por qué le ocurrió esto?

— Esta lesión se produce cuando hay un esfuerzo físico excesivo. El músculo se estira más de lo debido y se rompen algunas fibras musculares. Pero es una lesión absolutamente común y reversible, no se preocupe. — Nos tranquiliza el médico. — El dolor intenso que has sentido es normal, no significa que sea grave. También notarás una disminución de la fuerza muscular y de la flexibilidad.

— ¿Y cómo es el tratamiento, doctor? — preguntó João Guilherme.

— La inyección que te ponemos aliviará el dolor en esta fase aguda. También debes aplicarte hielo con frecuencia durante los próximos días y te recetaré algún medicamento. Reposo absoluto durante al menos tres días, sin forzar el muslo, todo tu cuerpo necesita relajarse. Al cabo de 72 horas, el dolor probablemente mejorará considerablemente y podrá caminar con menos dificultad — me explicó el médico. — Te he aplicado un relajante muscular que te dará sueño durante las próximas horas, así que descansa y deja que tu cuerpo se cure. Si el dolor persiste, puede que necesites algunas sesiones de fisioterapia, pero ahora mismo no puedo valorarlo.

Asentimos y el médico despidió a João Guilherme. Todavía con la ayuda de la silla de ruedas, lo llevamos al coche. De camino a casa, nos detuvimos solo para comprar la medicación y pronto llegamos a la mansión. P.A. ayudó a Guilherme a subir a su habitación y le pedí a mi madrina que le pusiera una bandeja con comida mientras yo le ayudaba a entrar en la bañera.

Nos bañamos juntos, porque le resultaba más fácil sentarse. A pesar del agua caliente y deliciosa, no nos quedamos mucho tiempo porque Guilherme estaba somnoliento. Lo ayudé a vestirse y lo llevé a la cama.

En cuanto João Guilherme se hubo acostado, llamaron a la puerta. Entró mi madrina, acompañada de Rayssa y P.A..

— Te he traído la comida, Gui. Cómetelo todo. — Mi madrina siempre fue cariñosa con mi novio.

— Gracias, Dorinha. — Se subió a la cama para comer.

— ¿Quieres que te lo dé? — Paulo André bromeó y nos reímos.

— Voy a ayudar a Sônia a servir la comida, pero si me necesitas, puedes llamarme. Y tú, deja descansar a Gui — ordenó mi madrina. Rayssa y P.A. se despidieron y salieron también de la habitación.

— ¿No vas a comer? — me preguntó.

— Esperaré a que duermas, comeré más tarde.

Me senté a su lado en la cama, mirándole comer. Cuando terminó de comer, João Guilherme se tumbó y se durmió en menos de cinco minutos. Le di un beso en la mejilla y salí de la habitación en silencio. Seguramente dormiría el resto de la tarde.



Atardecía cuando Paul Andrew regresó. Se había ido a casa mientras su amigo descansaba. Rayssa y yo estábamos en el salón de la mansión, viendo una película.

— Buenas noches, guapas de Río de Janeiro. ¿Dónde está el guapo, se ha despertado ya? — Se tiró en el sofá junto a Rayssa.

— Buenas noches — respondimos juntos, luego respondí a su pregunta: — He subido varias veces, pero sigue con un sueño pesado.

— Joder, has adormecido a mi amigo — P.A. se rió.

— *Pobrecito.* Déjale descansar. Hablando de eso, voy a ir a verle, que hace tiempo que no voy.

— Una mujer enamorada es tan mona — se burló Rayssa, y yo le eché la bronca antes de subir las escaleras.

Al llegar a la puerta de la habitación de João Guilherme, oí un ruido extraño, seguido de un grito de dolor. Entré desesperado, encendí la luz de la habitación y la escena que vi me dejó en shock.

Guilherme estaba tendido en el suelo junto a la cama, sujetándose la pierna herida y retorciéndose de dolor otra vez. Su cuerpo temblaba y estaba todo sudado. En la cama, Giovana estaba sentada, en ropa interior. Le miró, aparentemente asustada.

— ¿Cómo has entrado aquí? — grité, y la loca de Giovana me dirigió una mirada seria.

Lo que me asustó fue que, en cuestión de segundos, su cara cambió del susto al desenfreno.

— Melinda. — João Guilherme me llamó, intentando levantarse sin éxito. Su expresión era de puro dolor.

Ignoré a Giovana por un momento y fui a ayudarle, aunque no sabía cómo.

— ¿Qué había pasado?

— Salté rápidamente de la cama al ver a aquella mujer desequilibrada a mi lado y acabé cayendo al suelo. No sé cómo ha entrado aquí y te juro que no ha pasado nada entre nosotros, amor. Te lo juro. Tienes que creerme.

— ¿Qué mierda es esto amor, Guilherme? Me llamaste y vine. ¿Ahora tengo que escucharte llamar amor a esta niñita delante de mí? — Giovana habló con su voz detestable, intentando confundirme, pero no lo consiguió. João Guilherme era inocente y ella estaba loca. Eso lo tenía claro.

— ¿Qué le has hecho, puta psicópata? ¡Lastimaste a mi novio! ¡Te voy a matar, puta! — Una rabia incontrolada se apoderó de mí, tanto que quise apretarle el cuello y retorcérselo. Ella había herido a Guilherme, así que yo quería herirla a ella también.

Ver a João Guilherme sufriendo por culpa de aquella desgraciada me enfurecía. No sabía cómo había entrado ahí, pero sí cómo saldría.

— Mantén la calma y no intentes levantarte. Enseguida vuelvo.

Todo mi cuerpo temblaba de rabia y adrenalina. Me levanté y fui a por Giovana. Sin tiempo para reaccionar, me miró asustada después de que la abofeteara en la cara con todas mis fuerzas. La hija de puta cayó sobre la cama y aproveché para arrancarla de los pelos, mientras escuchaba sus gritos.

— ¿Estás loca? *Suéltame*, tú...

Antes de que pudiera insultarme, apreté los dedos en su pelo, tirando de ella con más irritación. No soltaría a aquella mujer hasta que estuviera lejos de João Guilherme, en la calle.

— Tú eres la loca que no puede aceptar que ha perdido. Aléjate de mi hombre, perra desequilibrada.

Cuando llegamos al final de la escalera, P.A. y Rayssa se acercaron, probablemente porque habían oído los gritos, y contemplaron la escena conmocionados. Bajé los escalones, sin soltar el pelo de aquella zorra, e indiqué a Paulo André:

— Ayuda a João Guilherme a ir a su habitación, mientras yo voy a echar a esta loca a la calle. — Seguí arrastrando a Giovana. Ella gritaba y forcejeaba, intentando soltarse.

Rayssa me seguía, pero no paraba de reírse y se mantenía al margen. Parecía una loca y así era exactamente como me sentía. Y cuando me acordé de João Guilherme, en el suelo y dolorido, mi rabia no hizo más que crecer.

Al cruzar el umbral, vislumbré a mi madrina y a Sonia observando la escena, escandalizadas. Ni siquiera me importó la vergüenza. Cerca de la puerta de la mansión, uno de los guardias de seguridad corrió hacia nosotras.

— ¿Qué está pasando aquí, señora Rayssa? — Solté a Giovana, que cayó al suelo. Al mismo tiempo, ella se levantó, despeinada, e intentó avanzar hacia mí, pero el guardia de seguridad la interceptó.

— Saca a esta psicópata de aquí, Afonso — gritó Rayssa.

— Entró sin invitación, acosó a João Guilherme e hizo que volviera a hacerse daño — añadí.

— Esa mujer está prohibida en esta casa — dijo Rayssa, tirando la ropa de Giovana, que ni siquiera la había visto recoger del suelo, encima de su ex cuñada.

No me sorprendió cuando Giovana, loca como estaba, volvió a gritar, montando un espectáculo.

— ¡Suéltame, troglodita! Le enseñaré a esa campesina a no mirar a los hombres de otras. — Me habría hecho gracia si no la hubiera odiado tanto.

— Ahora quieres hacerte la bravucona, pero te he traído de los pelos y no me has hecho ni un rasguño, holgazana — me burlé de ella.

— Me voy a vengar de ti, pueblerina. Puedes esperar que te aniquile sin tener que ensuciarme las manos. Me vengaré de una forma mejor. João Guilherme nunca será feliz con otra mujer, ¡nunca! ¡No lo permitiré! Si no se queda conmigo, no se quedará con nadie más — dijo Giovana, mirándome llena de odio, y sentí un escalofrío recorrerme el cuerpo. Aquella mujer era una psicópata. — Suéltame, idiota. Ya me voy.

El guardia de seguridad la dejó marchar con recelo. Se vistió rápidamente y me sonrió antes de marcharse.

Giovana estaba completamente loca y era peligrosa. João Guilherme tenía razón.



Melinda

Cuando Giovana entró por la puerta, pude volver a respirar con normalidad. Miré a Rayssa y, en lugar de encontrarla asustada o conmocionada, lucía una expresión de satisfacción.

— ¡Bien hecho, cuñada! — celebró, riendo. Rayssa estaba loca, no se inmutaba por nada. — Yo la habría ayudado, pero preferí no inmiscuirme en su diversión, porque vi que podía con ella. ¿Quién iba a pensar que un día veríamos cómo tu lado salvaje superaba a tu dulzura y delicadeza? Bastó que se metieran con tu hombre para que te transformaras. ¿Tú qué crees? ¡Nadie se mete con Jolinda! A-DO-REI — dijo mi cuñada en voz baja, y acabé riéndome.

— Esa mujer está loca. Tu hermano tiene razón al decir que es peligrosa. Ahora voy a verle. Estaba muy nervioso cuando me fui.

Volví a la mansión y encontré a mi madrina y a Sonia en la puerta, asustadas. ¡Qué vergüenza!

— Melinda, ¿estás bien? — me preguntó Dorinha.

— Sí, madrina. Hablaremos más tarde. Ahora tengo que subir a ver a João Guilherme.

Ella asintió, dándome el visto bueno y entré corriendo. Corrí escaleras arriba, saltando cada dos pasos, pero me detuve bruscamente al llegar al pasillo y oír las voces excitadas de João Guilherme y Paulo André.

— Cálmate, amigo. Los guardias de seguridad están ahí, no dejarán que pase nada malo. Si sales de aquí, empeorarás tu pierna. — P.A. trató de convencer a João.

— Tengo que ir allí. No quiero a Giovana cerca de mi novia, y no sé lo que Melinda está creyendo. Necesito aclarar las cosas con ella.

— Amigo, Melinda te defendió como una leona, arrastrando a la otra chica por el pelo. Ella no necesita tu defensa, relájate. — La voz de P.A. sonaba divertida. Era otro chiflado, y el alma gemela de Rayssa, eso seguro.

Cuando abrí la puerta del dormitorio, João Guilherme me miró perdido. Estaba sentado en la cama con la pierna herida estirada, y Paulo estaba de pie cerca de la puerta. Me acerqué a la cama y, sin decir palabra, abracé a mi novio. Cuando nuestros cuerpos estuvieron entrelazados, nos relajamos.

— Todo está bien, amor. Yo creo en ti. — le tranquilicé. No quería que siguiera tenso y empeorara aún más la herida.

— ¿Estás bien? ¿Te ha tocado?

— Estoy bien, sólo estoy preocupado por ti.

— ¿Se fue?

— Sí. Rayssa ordenó a los guardias de seguridad que no la volvieran a dejar entrar.

— No te preocupes, hermano. Esa zorra no tuvo ninguna oportunidad con Melinda — Rayssa entró en la habitación, riendo. — Tenías que ver cómo te defendía tu mujer.

— No fue gracioso, Rayssa. No quiero a Giovana cerca de Melinda.

— Deja de hacerte el tonto, João Guilherme. Fue gracioso, sí. Yo estaba ahí, viendo todo de cerca. ¿Crees que dejaría que Giovaca le pusiera un dedo encima a Melinda? No me subestimes, hermano. Si mi cuñadita no pudiera con ella, yo mismo dejaría calva a esa zorra — replicó Rayssa, y P.A. se echó a reír.

— Tío, sigo sin entender cómo ha entrado aquí esa mujer. ¿Qué ha pasado? — preguntó Paulo André.

— Debió de entrar por la puerta que da a la zona exterior, la que está junto a la piscina. Si se escabulló escaleras arriba, no sería posible que la vieran los que estaban en el salón — dedujo João Guilherme.

— Melinda y yo estábamos en el sofá, donde no se ven las escaleras, así que tiene sentido. Ella debió llegar un poco antes que Paulo André. Hay que ser un psicópata para entrar así en casa ajena, Dios mío. Creo que será mejor que adoptemos unos dobermans y, si vuelve a pasar, se los soltaremos a ella — dijo Rayssa, y no bromeaba.

— ¿No has visto cuando ha entrado? — preguntó P.A.

— Estaba somnolienta, entre el sueño y la realidad, esforzándome por despertarme, pero acabé dormitando de nuevo. Oí que se abría la puerta del dormitorio y que entraba alguien, pero pensé que era Melinda. Además de estar atontada por la medicación, estaba oscuro. Se tumbó en la cama, me abrazó por detrás y... me tocó el pecho. En ese momento, sentí que el tacto era diferente. Pero mi desesperación llegó cuando oí su voz.

— ¿Qué había dicho? — pregunté, aunque no quería oírlo.

— Ella dijo: "Me llamaste, Gui, y estoy aquí" — João Guilherme habló y mostró su brazo, todo piel de gallina. — ¡Dios me libre! Giovana está enferma. A veces pienso que se cree sus propias mentiras y las cosas que crea en su cabeza. Salté de la cama enseguida y caí al suelo porque no podía apoyar el peso en la pierna herida. — Se frotó la cara, visiblemente cansado.

— ¿Y cómo está la pierna, amor?

— Me duele mucho, pero es lo último en lo que pienso.

— Voy a por el antiinflamatorio y algo de hielo. — Intenté levantarme, pero João Guilherme me detuvo.

— No te vayas, amor. Le pediremos a Dorinha que lo traiga. Quédate aquí, no te separes de mí — me pidió, completamente vulnerable.

Nunca había visto a Guilherme así. La obsesión de Giovana lo estaba volviendo loco. A petición de mi novio, me metí en la cama a su lado y nos cogimos de la mano.

— Voy a arreglar todo, vuelvo en un rato — dijo Rayssa y salió de la habitación.

— Tienes que relajarte. Si te tensas, podrías empeorar tu lesión.

— ¿Cómo puedo relajarme sabiendo que Giovana está fuera de control y correteando por ahí, Mel? Hoy ha entrado en casa, pero mañana sólo Dios sabe de lo que será capaz. Le dije a mi madre que ya no quería a esta chica aquí, pero no se lo dije a los guardias de seguridad. Ella solía llamar a mi madre antes de venir, y yo contaba con eso. Un gran error. — se reprendió João Guilherme. — Debía de saber lo del viaje de mis padres, por eso apareció así. Increíblemente, Giovana aún se preocupa por guardar las apariencias ante la señora Helena. Cuando mi madre le dice que no venga, no viene.

— ¿Crees que llamó a tu madre? — Preguntó P.A.

— No. Creo que Verinha le contó del viaje de mi madre y Giovana se aprovechó.

— ¿Qué cree que va a conseguir haciendo esto? ¿No se da cuenta de que así sólo conseguirá que la desprecien cada vez más? — dije pensativo, tratando de entender qué pasaba por la cabeza de aquella mujer.

— Giovana no piensa en nada, simplemente lo hace. Creo que ni siquiera ella sabía lo que iba a hacer cuando llegó aquí. Ella vino y eso fue todo — dijo P.A., y probablemente tenía razón. — Bueno, voy a bajar a hacerle compañía a Rayssa, luego vuelvo.

Paulo André salió de la habitación, dejándonos solos. João Guilherme se acomodó en las almohadas y me pidió que me tumbara a su lado. Nos miramos de frente, sin apartar la vista.

— Sabes, Mel, me pregunto cuánto tiempo aguantarás esta mierda antes de dejarme — dijo con tristeza.

— No te dejaré por ella. Ni se te ocurra. Te quiero, João Guilherme. Sólo tú tienes el poder de apartarme de tu vida, nadie más.

Le cogí la mano y se la besé, luego entrelacé nuestros deditos y nos quedamos así, mirándonos durante un rato. Se había convertido en una de nuestras formas de decirnos que estábamos conectados.

— Voy a denunciar a Giovana. Tengo una orden de alejamiento. Ella no puede acercarse a mí y sin embargo tuvo la audacia de venir aquí.

— A ella no le importa. A esa mujer no le importa nada. La forma en que me habló... Ella realmente cree que estarán juntos algún día.

— Quiero que ella y todo en lo que cree se vayan al infierno. Sólo tendré paz cuando pueda mantener las distancias con ella — dijo João Guilherme indignado. — Vámonos de aquí cuanto antes. En cuanto estén listos los documentos del piso, nos vamos.

— Nuestra prioridad ahora es cuidar de tu pierna, amor.

— Pronto estaré bien para conducir, y entonces saldremos a comprar la cama, los utensilios de baño y cocina y otras cosas necesarias. Después, y lo antes posible, haremos las maletas y nos iremos, a vivir nuestra vida lejos de la enfermedad de Giovana. — Asentí con la cabeza. — Creo que empezaremos la *prueba* antes de mudarnos. Después de todo, el cura dice: en la salud y en la enfermedad. Ya he empezado a darte la lata.

João Guilherme se rió y me besó, alegrándome de verlo más tranquilo. El beso se volvió más ardiente e intentó tumbarse encima de mí, pero se lo impedí.

— ¿Qué estás haciendo? Calma ese fuego. No podemos...

— Mi pierna está herida, pero mi polla está intacta, llamando a mi mujer. Vamos, amor. Puedes ponerte encima. — Guilherme se subió a la cama, tratando de organizar nuestras posiciones.

— Para nada. Cuando te corras, todo tu cuerpo se tensará, te hará daño. Compórtate, João Guilherme.

La puerta se abrió de repente y entraron Rayssa y P.A. con las manos llenas de cosas.

— ¿Qué estabais haciendo? — preguntó mi cuñada riendo. — No me puedo creer que estuvieras jugando con mi hermano cojo. — P.A. estalló en carcajadas, y Guilherme y yo también nos reímos.

— No estábamos haciendo nada — dije, sentándome en la cama. — Trae este hielo. — Rayssa me pasó las bolsas térmicas y se las puse en el muslo a mi novio.

Después de dejar el hielo un rato, apliqué la pomada y masajeé suavemente la zona, como me había indicado el médico. Después, João Guilherme tomó el antiinflamatorio. Unos minutos después, mi madrina anunció que la cena estaba servida. Bajamos, guardamos los platos, cogimos la bandeja con la comida de Guilherme y subimos a comer con él a su habitación.



Al día siguiente, cuando el móvil me despertó para ir a trabajar, casi lloro. Me faltaba sueño porque había dormido muy mal durante la noche, por miedo a hacerle daño a João Guilherme en la pierna. Además, me levanté de madrugada para darle la medicina.

Salí de la cama y me fui a duchar. La noche anterior había llevado ropa y efectos personales a la mansión, ya que me quedaría con João Guilherme hasta que sus padres volvieran de viaje el lunes siguiente.

En cuanto entré en la ducha, se abrió la puerta del baño. João Guilherme entró somnoliento y cojeando y, sin ninguna ceremonia, fue al baño. Hizo pis y se metió en la bañera conmigo.

— Buenos días, amor. ¿Está mejor tu pierna? Ya puedes andar sola, eso es estupendo.

— Todavía me duele mucho, pero no puedo quedarme en cama toda la semana. Tengo que ir a la oficina.

— Aún no estás bien para ir a trabajar.

— No puedo dejar de trabajar del todo, Melinda. Pero no te preocupes, sólo voy a la oficina a recoger mi portátil y algunos documentos que necesito para trabajar desde casa, porque tengo plazos y audiencias pendientes. Sobre todo con la marcha de mi padre, no puedo dejarlo todo en manos de otros abogados. Aparte de que cada uno tiene sus propios expedientes, no confío en nadie más para que cuide de los míos — dice Guilherme. — Y no es sólo el despacho. Llevo otros negocios familiares con mi padre, como algunas propiedades alquiladas.

— No sabía que fueras tan testarudo.

— No es terquedad, es necesidad. Te llevaré al trabajo, pasaré por la oficina y te recogeré más tarde.

— No sabes conducir, João Guilherme. ¡Qué cosa! Eres como un niño desobediente. Pídele a Carlos que nos lleve, entonces.

— Sí, señora — respondió y me besó.



João Guilherme me dejó en el trabajo y luego siguió a Carlos a la oficina. La librería estaba muy concurrida aquel día, y no paré ni un minuto por la mañana. Había allí tantos libros buenos que quería leer que, si no me controlaba, ni siquiera tendría sueldo a final de mes.

En la pausa del almuerzo, salí a comer y aproveché para saber cómo estaba João Guilherme. Le llamé, charlamos un rato y, cuando terminó mi descanso, volví a la librería. Me lavé los dientes y volví al salón para trabajar. Estaba ordenando unas estanterías cuando oí una voz que me erizó todos los pelos del cuerpo.

— Buenas tardes. Quiero comprar un libro, no sé si ha oído hablar de él o si puede ayudarme. Se llama *Mentes peligrosas: el psicópata vive en la puerta de al lado*, de la autora Ana Beatriz Barbosa Silva. ¿Lo tienes, querida? Realmente necesito leerlo.

Cuando miré hacia atrás, allí estaba Giovana, con una sonrisa diabólica en la cara, mirándome con un semblante que demostraba lo mucho que se daba cuenta de que me estaba afectando.



Melinda

— Oh, ¿eres tú? Qué casualidad — Giovana tenía una sonrisa libertina en su cara de vaca. No era casualidad, por supuesto.

— Conseguiré una empleada mayor y más cualificada para atenderte mejor. — No soportaba mirarla a la cara, sobre todo después de haber herido a João Guilherme. Pero estaba en mi lugar de trabajo y tenía que actuar profesionalmente.

— ¡No! Quiero que me cuides tú. Nadie aquí me atenderá mejor, después de todo, sabes exactamente lo que me gusta. De hecho, tenemos gustos muy similares. ¿Estás de acuerdo? Incluso compartimos la misma polla — esta vez hablaba en serio, y yo quería matarla.

— Estoy en mi lugar de trabajo, no quiero problemas aquí. Podemos arreglar nuestras diferencias fuera, cuando no esté trabajando. — Hice un gran esfuerzo para mantener la calma. Me picaba la mano por saltarle a la cara.

— ¿Qué, me estás llamando por esto, campesina? ¿De verdad crees que me voy a ensuciar las manos contigo? Ahora ve y coge mi libro, incompetente. No sé cómo una librería de

renombre como ésta pudo contratarte. ¿Acaso sabes leer? — Apreté los dientes con rabia, controlándome para no volar hacia ella.

— Buenas tardes. ¿Hay algún problema? — Eduardo, el encargado, habló detrás de mí.

Cerré los ojos y respiré hondo. *Joder, ¡se va a ir a la mierda!* No podía soportar la humillación.

— Hola, buenas tardes. Soy Giovana Telles Álvares y he venido a comprar un libro, pero me he llevado una desagradable sorpresa cuando he llegado y he visto que has contratado a la amante de mi novio. Como si eso no fuera suficientemente repulsivo, ¿todavía se niega a verme?

— Nada de esto es cierto... — intenté defenderme con calma, pero me interrumpieron.

— ¿Me estás llamando mentiroso, cretino? Ponte en tu lugar. Soy un cliente, y el cliente siempre tiene razón.

— Melinda, por favor, espera dentro. Yo atenderé a esta señorita. — dijo Eduardo cortésmente y yo obedecí.

Cuando empecé a alejarme, Giovana demostró que podía jugar aún más bajo y sucio. No paraba de insultar, por supuesto.

— Eso es, vete de aquí, mestizo. ¿Para qué trabajas? Seguro que es para tapar la estafa que intentas hacerle a mi novio, ¿verdad, zorra aprovechada?

Todo en la vida tiene un límite, y Giovana llegó al mío. No dejaría que esa mujercita me humillara de esa manera, ningún trabajo en el mundo valía eso. Sin pensar en nada y con toda la fuerza de mi ira, giré mi mano hacia su cara, abofeteándola tan fuerte que estaba seguro de que mis dedos dejarían marcas.

Sabía que ella quería eso, que perdiera el control y probablemente también mi trabajo. Sin embargo, no me importaba. Nunca permitiría que nadie me hablara así. Giovana gritó y amenazó con atacarme, pero Eduardo se interpuso.

— Esto no va a quedar así, perro. Te voy a demandar, ladrón de machos ajenos. ¡Rocker del infierno!

— Cállate, psicópata. Yo no le robé nada a nadie. João Guilherme te tiene terror, no te quiere ni pintado de oro. Nos amamos y no hay sentimiento en el mundo que supere al amor. Puedes intentarlo todo lo que quieras, pero nunca podrás separarnos. Lo único que tendrás de él el resto de tu vida es desprecio.

Justo entonces, vi caer la máscara de víctima que Giovana intentaba mantener. Voló hacia mí con todo, y esta vez Eduardo no pudo detenerla. Los dos caímos encima de una de las casetas llenas de libros que había en medio de la librería y lo volcamos todo. Ella cayó encima de mí, pero yo conseguí invertir nuestras posiciones y me senté encima de ella, abofeteándole la cara varias veces mientras ella intentaba arañarme y agarrarme del pelo.

Me pareció una eternidad, pero el guardia de seguridad me sacó rápidamente de encima

de Giovana y me llevó a la oficina de la librería. Cuando llegué, Milene — una empleada con la que me había hecho amiga — me dio un vaso de agua.

— ¿Quién es esta loca, Mel?

— Es la problemática e infeliz ex de mi novio, una psicópata. Se merecía todas las bofetadas y ojalá le hubiera pegado más. — No sentí ni una punzada de arrepentimiento por haber puesto a Giovana en su lugar.

Era consciente de que me echarían, pero aún así esperé a que Eduardo llegara a la oficina para disculparme por el escándalo y explicarme. Me quedé dentro con Milene y le conté toda la historia, sin mencionar los detalles de Giovana drogando a João Guilherme y prácticamente matando a su bebé.

Mucho tiempo después, Eduardo entró en la habitación y me miró con lástima.

— Melinda, lo siento. Me encanta tu trabajo, pero desgraciadamente, después de este episodio, no podría mantenerte aquí aunque quisiera. Edgar no te conoce como yo y no aceptaría mantener tu trabajo. Además, creo que esa mujer volverá aquí para ver si te hemos echado. Si te encuentra, armará nuevos escándalos.

— Está bien, Eduardo. Tienes razón y estoy tranquilo. No me arrepiento de lo que hice. Quería aplastarle la cara contra el asfalto y vengarme de que ayer hiriera a mi novio. Por desgracia, las cosas sucedieron aquí, el lugar menos apropiado, así que pido disculpas. Intenté evitar todo el caos, pero fue imposible. Recogeré mis cosas y seguiré mi camino. Le pido disculpas de nuevo y le agradezco la oportunidad. — Asintió y me estrechó la mano.

— Les pediré que rescindan tu contrato de prueba y en breve nos pondremos en contacto contigo para pagarte los días que has trabajado.

— Me parece bien. Muchas gracias.

Me acerqué a Milene, le di un abrazo de despedida y me fui con la cabeza bien alta.



No quería que João Guilherme me viera tan enfadado y se pusiera nervioso, así que decidí recomponerme antes de volver a casa. Empecé a caminar sin rumbo y, sin darme cuenta, llegué a la playa de Leblon. El lugar estaba vacío, quizá porque el tiempo otoñal era más suave y no hacía tanto calor.

Caminé hasta la arena y me senté frente al mar. Hacía viento y me sentí bien.

Hasta hace poco, no me habría imaginado vivir todas estas cosas. Mi padre solía decir que nada en la vida era fácil, pero que eso era precisamente lo divertido de vivir, porque si no pasábamos por las dificultades, no apreciaríamos las victorias y los días felices. Decía que

debíamos agradecer las decepciones y los fracasos porque nos enseñan a ser fuertes. El Sr. Juliano tenía razón.

Sería hipócrita decir que no me caigo cuando tropiezo con obstáculos tan grandes, porque lo hago. Pero me levanto, mantengo la cabeza alta y sigo adelante con la esperanza de días mejores.

Imaginaba mi vida como una balanza, como la que es símbolo de la ley. En un lado estaba la felicidad y en el otro, la tristeza. Cuando llegué a Río, mi vida se inclinaba casi totalmente hacia un lado, el de la tristeza. Estaba la muerte de mis padres, mi soledad y extrañarlos; la falta de trabajo, mi inseguridad y el miedo a lo desconocido. En el lado de la felicidad, sólo estaba mi esperanza, que aún no era grande. De hecho, en aquel momento, ni siquiera inclinaba la balanza.

Conocí a mi madrina, luego a Rayssa, y el lado feliz de la balanza se movió discretamente. Luego conocí a João Guilherme y, automáticamente, mi esperanza aumentó, equilibrando la balanza de mi vida.

Pasaron los días, me enamoré y la felicidad se multiplicó. Giovana incluso apareció en la historia y pesó en el lado de la tristeza, pero João Guilherme y yo permanecimos juntos en Itaipava, y ganó el lado de la felicidad.

Incluso después de todo, puedo decir que el lado de la felicidad de mi equilibrio es invencible. Lo que pasó en la librería, en la playa y en casa de João Guilherme no se puede comparar con el amor y la plenitud que ese hombre trajo a mi vida. Me atrevería a decir que mientras él equilibrase mi balanza, podría con todo. Guilherme era el lado feliz de mi balanza, y ni Giovana ni nadie iba a cambiar eso.

Pronto, mi novio y yo compartiríamos el mismo techo, y este paso debería haberme hecho sentir insegura, pero ya no tenía miedo. Sabía que mientras él estuviera a mi lado, podría enfrentarme a cualquier cosa.

Debería haberme sentido destrozada por todo lo que había pasado en la librería, pero cuando recordé que João Guilherme me esperaba en casa, me sentí fuerte y renovada, preparada para cualquier batalla.



Me senté en el salón de mi casa para trabajar. No podía soportar estar más tiempo en mi habitación, así que estiré las piernas en el sofá, puse el soporte del portátil sobre mi regazo y me acomodé.

Mi móvil vibró con la llegada de un mensaje y, cuando lo miré, era una notificación de mi tarjeta de débito, descontando el coste de un taxi. Tenía que ser Melinda, pero aún así me sorprendió la hora. Era demasiado temprano para que saliera de la librería y habíamos acordado que Carlos la recogería en el trabajo.

Iba a enviar un mensaje, pero antes preferí llamar. Me interrumpió el timbre de la puerta. Dorinha abrió la puerta y Melinda entró, sonriendo. Enseguida me di cuenta de que algo iba mal.

— ¿Qué te pasa? — pregunté preocupada.

Melinda me besó, se sentó a mi lado y puso mi pierna en su regazo para que estuviéramos más cerca.

— No era para tanto. Simplemente rescindieron mi contrato en la librería, no funcionó — respondió, un poco triste.

— Dijiste que te encantaba el trabajo y que les gustabas.

— Parece que tienen que recortar gastos. No se preocupe. Estoy bien, de verdad. ¿Te has tomado la medicación a tiempo? — Melinda desvió el tema.

— Todavía no, pero iba a hacerlo.

— No te vas a poner bien. Voy a por la medicina.

— No, no te preocupes. Dora la traerá.

Llamé a Dorinha y rápidamente trajo un vaso de agua y la medicina.

— ¿Dónde está Rayssa?

— Fue a la autoescuela. Por cierto, tú también deberías sacarte el carnet.

— Yo ya tengo. Me lo saqué cuando mi padre aún vivía. El Sr. Juliano me enseñó a disparar y a conducir. — Me sorprendió esa noticia.

— ¡Vaya! Dos cosas muy útiles. También tomé clases de tiro con P.A. como pasatiempo, pero nunca nos sacamos el carné.

A pesar del cambio de tema, noté que Melinda se esforzaba por parecer indiferente a la pérdida de su trabajo. Quité el soporte del portátil de mi regazo, lo puse en el suelo y la llamé.

— Ven aquí, ven aquí. — Tiré de ella hacia mi regazo y no se resistió. En lugar de eso, apoyó la cabeza en mi pecho. — ¿Estás segura de que todo va bien? ¿No quieres hablar? — Respiró hondo y yo estaba seguro de que algo había ocurrido.

— Hablaremos en otro momento. Pero no te preocupes, ahora estoy bien.



João Guilherme

Me quedé tumbado esperando a que Melinda saliera del baño, pero tardó tanto que decidí ir a ver si todo iba bien. Entré en la habitación y vi a mi novia de pie frente al espejo, en bragas, mirando su reflejo.

Mis ojos se dirigieron automáticamente a su culo. Melinda tenía un culo maravilloso, bien definido y voluminoso, que perturbaba mi imaginación; su larga melena rubia, que le cubría sólo parte de la espalda, hacía aún más bello el contorno de sus curvas. *Jodidamente perfecta.*

Cuando llegó a Río, tenía el pelo mucho más largo — le llegaba casi a la cintura —, pero llevaba un corte diferente, más corto por delante y a capas por detrás. No podía decidirme por uno de los dos.

Caminé lentamente hacia ella, aún cojeando por el dolor de la polla que me destrozaba la pierna. Al acercarme, Melinda me miró en el espejo, sobresaltada. Le aparté el pelo para besarle

el cuello y me llamó la atención una mancha morada cerca del hombro.

— ¿Qué era? — pregunté, preguntándome quién lo había hecho.

— Fue ayer. Debí de tropezar con algo mientras sacaba a Giovana.

— Dijiste que ni siquiera te había tocado. — Me enfureció verla herida, pero también que hubiera mentido para no tocarme.

La giré para que me mirara, buscando otras marcas, y encontré dos más — una en la cadera y otra en el muslo.

— ¿Cómo te ha hecho daño? ¡Deberías habérmelo dicho, joder!

— João Guilherme, cálmate. Estoy bien, no fue nada.

— No me voy a calmar porque ella te lastimó. Ella te marcó. ¡Maldita sea!

— Entiendo tu rabia, porque yo sentí lo mismo cuando te vi en el suelo, retorciéndote de dolor por su culpa, pero no tienes por qué ser así, yo sé defenderme. Además, seguro que ella está peor que yo — dijo Melinda con calma.

Aunque veía que ella se encontraba bien, yo no estaba tranquila en absoluto. Me sentía aún más enfadada con Giovana, y ese sentimiento me envenenaba más a cada minuto. Al notar que no iba a calmarme, mi novia se acercó a mí y me besó. Poco a poco, la rabia se disipó. Nos besamos hasta quedarnos sin aliento, entonces ella se apartó, me cogió de la mano y me llevó lentamente de vuelta al dormitorio.

Melinda era seductora por naturaleza y ni siquiera se daba cuenta, pero yo sí. Sólo con mirarla se me ponía la polla dura. La forma en que me miraba cuando estaba cachonda, como si yo fuera todo lo que necesitaba y el único capaz de satisfacerla, me volvía loco y a cuatro patas por aquella mujer.

Esta vez la dejé tomar la iniciativa. Se detuvo frente a la cama, volvió a besarme y la rodeé con mis brazos, agarrando con fuerza su delicioso culo, acercándola a mí y mostrándole lo dura y sedienta que tenía mi polla por ella. Sin dejar de besarnos, Melinda me quitó los pantalones de franela y mi polla salió disparada. La miró y se lamió los labios como si estuviera a punto de probar su sabor favorito, luego se arrodilló frente a mí y se tragó mi polla. *¡Joder!*

Su cálida y suave boca me chupó con avidez, arrancándome gemidos y dejando mi polla toda mojada y deseosa de ser enterrada en su apretado coño. Para matarme definitivamente, Melinda no interrumpió nuestro contacto visual mientras me la chupaba. Fue un espectáculo extremadamente erótico para mí.

Incapaz de controlar mi excitación, la agarré del pelo y estimulé sus movimientos. Sus labios se deslizaban deliciosamente sobre mi polla, mientras sus manos masajeaban mis huevos, volviéndome loco. Era casi imposible no correrme, pero no quería que fuera así, así que tiré de ella hacia mí. Me besó y rápidamente me hizo tumbarme en la cama. Me encantaba verla hacerme lo que quisiera. Aunque yo prefería mandar, era maravilloso verla descubrirse a sí

misma y convertirse en esa mujer segura de sí misma.

Melinda se sentó sobre mí con las piernas abiertas, encajando perfectamente alrededor de mi erección. Incluso en bragas, se frotaba intensamente contra mi polla, loca de excitación. Nuestras respiraciones se aceleraron y, poco después, me di cuenta de que iba a correrse sólo con este contacto

— No — interrumpí sus movimientos. La sujeté por la cintura y ella se apartó las bragas. Sujeté mi polla y ella se sentó con todas sus fuerzas. *Joder, esta mujer me va a matar.*

Antes de que pudiera recuperar el aliento, Melinda levantó un poco el cuerpo y volvió a sentarse, provocando más gemidos de los dos. Era la primera vez que practicábamos sexo en esta posición, porque yo tenía miedo de hacerle daño, pero al parecer a ella le gustaba. Puso las manos en mi vientre y, con el talento de una profesional, cabalgó mi polla con gusto.

Mientras subía y bajaba sobre mí, le masajeé los pechos y le pellizqué los pezones. Extremadamente excitada, empezó a apretarme la polla con su coño, llevándome casi al límite. Iba a correrse y a llevarme con ella.

— ¡Joder, nena! Realmente necesito correrme en ese delicioso coño tuyo — susurré entre gemidos, sabiendo que a ella le encantaba oír esas guarradas durante el sexo.

Volví a agarrarla por la cintura y la ayudé a intensificar sus movimientos.

— ¡Ven, Melinda! Córrete, rebotando sobre la polla de tu hombre, ahora. — Apreté los dientes y controlé mis ganas de explotar.

Cuando sentí que su coño estrangulaba mi polla y ella soltó su primer grito de placer, no pude resistirme más y me corrí con ella, llenándola con mi semen.

¡Joder! Ya no sentía nada. Mi sangre estaba tan caliente que ya ni siquiera me dolía la pierna, creo que ya ni siquiera tenía piernas, porque todo en mí estaba tomado por el éxtasis de la intensa sensación del orgasmo.

Melinda echó su cuerpo a un lado y se tumbó a mi lado. Estábamos sudorosas y jadeantes, apenas podíamos respirar.



Los días siguientes al fatídico lunes de mi despido fueron tranquilos. Prácticamente me

mudé a la mansión con mi novio. Dormí con él toda la semana, y Helena lo sabía porque llamaba a sus hijos todos los días.

Guilherme le contó lo de su lesión en la pierna y ella quiso volver corriendo a casa, pero él la convenció de lo contrario y le aseguró que todo estaba bien porque yo estaba allí cuidando de él. Yo no sabía lo que pensaba mi suegra de esto, porque por alguna razón siempre pensé que no le gustaba que yo estuviera en su casa, aunque me trataba muy bien.

João Guilherme se sentía mejor de su lesión. Todavía cojeaba un poco, pero estaba casi recuperado. En unos días —, el lunes —, volvería al trabajo.

El viernes por la mañana tomamos café solos, ya que Rayssa se había ido a la autoescuela. Durante la comida, sonó su móvil y, aunque yo no sabía quién era, por la expresión de su cara mientras hablaba por teléfono, me di cuenta de que eran buenas noticias. Parecía contento.

— Era el agente inmobiliario. Los documentos del piso están listos y me ha pedido que vaya a su oficina para firmarlos y recibir la llave de la vivienda. — João Guilherme sonreía de oreja a oreja, lo que me hizo sonreír a mí también.

Me levanté de la silla, rodeé la mesa emocionada y me senté en su regazo, besándole. Uno se acostumbra muy rápido a lo bueno y, después de aquella semana durmiendo y despertándome con él todos los días, tenía aún más ganas de irnos a vivir juntos.

— Saldremos a comprar las cosas que necesitamos y luego iremos a la inmobiliaria a firmar los papeles. Podemos quedar con Rayssa y P.A. en el piso, ¿qué te parece? Quiero contárselo y enseñarles nuestra nueva casa. — Guilherme estaba muy emocionado.

— Me parece estupendo, pero ¿no se enfadarán tus padres por no ser los primeros en saberlo?

— Después de Rayssa y P.A., no.

Terminamos de comer charlando un poco y luego subimos a ducharnos juntos. Nos pusimos ropa ligera, ya que hacía un día fresco, y salimos de casa contentos con la noticia.



João Guilherme me llevó a una tienda donde vendían todo lo que necesitábamos. La vendedora fue muy servicial, indicándonos las cosas que serían útiles para este primer momento de la mudanza. Compramos todos los artículos de cama, mesa y baño, así como utensilios de cocina. Como eran muchas cosas, nos las entregarían en el nuevo piso unas horas más tarde. Teníamos que estar allí para recibirlo.

La compra duró más de lo que habíamos imaginado. Era más de la hora de comer cuando

salimos de la tienda, así que comimos en un restaurante del paseo marítimo y luego fuimos directamente a la oficina de la inmobiliaria. João Guilherme firmó los papeles de la compra, cogió las llaves y nos fuimos corriendo a nuestro nuevo hogar.

Nada más entrar en el piso, me sorprendió un abrazo que me dejó sin palabras. Nunca había visto a mi novio tan feliz, y su felicidad era contagiosa.

Volvimos a recorrer el piso, esta vez observando cada detalle. En la cocina había una cesta de bombones y una nota del agente inmobiliario dándonos la bienvenida y diciéndonos que tenía champán en la nevera para brindar por nuestra conquista.

Al final de la *visita*, estrenamos el sofá del salón. Hicimos el amor por primera vez en el lugar que pronto sería nuestro hogar.

— Enviaré la ubicación de este lugar al P.A. y le pediré que, en cuanto salga de la oficina, recoja a Rayssa y venga a nuestro encuentro — dijo João Guilherme, y yo asentí.

En ese momento sonó el interfono. El portero me dijo que eran los repartidores de la tienda con nuestras compras. Guilherme les autorizó a subir y, cuando sonó el timbre, mi novio me pidió que dejara las cajas en un rincón del salón.

Nos tumbamos en el sofá, coqueteando y charlando, hasta que volvió a sonar el interfono avisándonos de que habían llegado Rayssa y Paulo André. Aunque João Guilherme había puesto sus nombres en la lista de visitantes autorizados, el conserje les dijo que estaban subiendo. Eso me gustó, me dio una sensación de seguridad.

Nos quedamos delante de la puerta del ascensor, esperando a los dos. Cuando se abrieron las puertas, mi cuñada y su enamorado nos miraron confundidos.

— ¡Es nuestro! — exclamó João Guilherme con una amplia sonrisa.

Rayssa saltó y gritó eufórica, luego corrió a abrazarnos. Paulo André esperó a que se calmara y también nos saludó.

— Felicidades, colega. Me alegro muchísimo por esta nueva etapa de tu vida. Te lo mereces, hermano. De hecho, ¡te lo mereces!

Me sentí tan feliz que tuve que contener mi emoción varias veces para no llorar. Todo era demasiado surrealista, parecía un sueño.

Habíamos esperado a que llegaran nuestras primeras visitas para poder abrir el champán y brindar por nuestra felicidad.



João Guilherme

El lunes me levanté a las 6 de la mañana para ir a recoger a mis padres al aeropuerto. Rayssa fue conmigo, quejándose de todo porque estaba insoportable cuando se levantaba temprano. Melinda no quiso ir con nosotros y prefirió irse a casa.

Ese día yo iba a trabajar y por la tarde les iba a contar a mis padres lo del piso. Me pasé el día esperando que la noticia no se convirtiera en un drama, sobre todo para mi madre.

Llegamos al aeropuerto antes que su vuelo y tuvimos que esperar unos minutos. El mal humor de Rayssa se disipó en cuanto vio pasar a nuestros padres por la puerta de llegadas. Mi hermana corrió hacia ellos y mis padres hicieron lo mismo al verla. Era la niña mimada de la casa y, al ser la más pequeña, siempre la habían mimado mucho.

Me acerqué a los tres y vi que mi madre lloraba, besaba y apretaba la mejilla de Rayssa.

— ¿Estás mejor, mi niña? — preguntó la señora Helena, antes de abrazarme.

— Estoy mejor, mamá. Estoy recuperada en un 99%, sólo cojeo un poco, pero prácticamente sin dolor.

— Gracias a Dios. Estaba tan preocupada, mi amor. — Se secó las lágrimas que insistían en caer.

— Tu madre quería que alquilara un jet privado para que pudiéramos volver de Aspen — mi padre se rió mientras me abrazaba también.

— De verdad que sí, y no sé qué tiene eso de divertido, Augusto. Nada en este mundo es más importante que la salud de mis hijos — lo regañó. — Dios mío, viajar está bien, pero volver a casa y encontrarme con mis pequeños es la mejor sensación del mundo. Estoy tan feliz de verlos bien.

— Cuánto drama, Helena. Estamos viajando sólo por una semana. Venga, vámonos — me llamó mi padre, que ya arrastraba la maleta por el vestíbulo del aeropuerto.

— ¿Vas a trabajar hoy, hijo? — preguntó mi madre cuando estábamos en el coche de camino a casa.

— Sí, mamá. ¿Por qué, mamá?

— Giovana me manda un mensaje, quiere saber si puede venir a verme. Pensé que de repente, si no estás en casa...

— No, mamá. Claro que no. Han pasado cosas que aún no sabes, y no quiero ni oír el nombre de esa mujer. — Sentí que se me calentaba la sangre.

— Es hora de que despiertes, mamá. Giovana finge que le gustas sólo para acercarse a João Guilherme. Qué ingenua soy al creer que quiere venir a visitarte — dijo Rayssa indignada.

— Eso no es verdad. Aunque no estuviera de acuerdo con las cosas que Giovana hacía, y sigue sin estarlo, nos caíamos muy bien. Había un vínculo entre nosotras incluso antes de que empezara a salir con João Guilherme. — Mi madre nunca se cansó de defender a mi ex. — Deberías intentar perdonarla también. Tal vez si fueran amigas...

— ¡Dios mío, mamá, no te rindas! Lo diré por última vez: odio a Giovana y *nunca seremos amigas* — replicó Rayssa, haciendo hincapié en la última frase.

Me callé para no decir ninguna estupidez. En otro momento hablaría con mi madre, tranquilamente.

— Dios mío, Rayssa, odio es una palabra muy fuerte. No hables así, niña. Eres tan buena chica, tal vez podrías hacer cambiar de opinión a Giovana...

Mi madre ni siquiera pudo terminar de hablar porque Rayssa la interrumpió con una carcajada.

— ¿Sabes lo que ha hecho tu protegida? Le hizo daño a tu hijo. Se coló en nuestra casa cuando João Guilherme aún se estaba recuperando de su herida. Tu querida ahijada entró en su habitación como una bandida, aprovechó que estaba medicado, se quitó la ropa y se metió debajo

del edredón para frotarse con él. Cuando Guilherme vio de quién se trataba, se asustó y saltó de la cama, retorciéndose de dolor al lastimarse de nuevo la pierna. Todo por culpa de esa vaca a la que tanto quieres. Iba a echarla yo mismo, pero Melinda tomó el mando y tiró a Giovaca de los pelos.

— ¡Dios mío! ¡¿Melinda hizo eso?! Pero...

— No te atrevas a decir que ha hecho algo malo — reprendí a mi madre, mirando por el retrovisor del coche antes de que se le ocurriera otra justificación para ponerse de parte de Giovaca.

Durante el resto del trayecto se hizo un silencio incómodo en el coche. Me parecía increíble cómo aquella mujer podía estropear las cosas, incluso sin estar presente.

Llegamos a casa, entré rápidamente y subí a ponerme un traje para ir a trabajar. Cuando bajé, mi madre y Rayssa estaban en el salón, abriendo los regalos que ella había traído de Aspen. Las dos sonreían. El tema de Giovana se había olvidado momentáneamente.

— Hijo, he traído regalos para ti y también para Melinda. ¿Dónde está? — comentó mi madre al verme llegar al salón.

— Gracias, mamá. Llamaré a Melinda más tarde para que podamos abrir nuestros regalos juntos. Ahora tengo que ir a trabajar. Pídele a Sonia que prepare una cena especial. Cenaremos contigo y aprovecharemos para charlar. — La besé en la cabeza y a Rayssa en la otra. Mi hermana me miró sonriendo, le guiñé un ojo y salí de casa.

De camino al trabajo, llamé a mi novia y le conté lo de la cena. Dijo que estaría encantada de contárselo a Dorinha, así que le dije que invitara a su madrina a cenar con nosotros. Melinda declinó la invitación, alegando que Dora no se sentiría cómoda.

A pesar de toda la mierda que había pasado con Giovana, me sentía jodidamente feliz. Las cosas sucedieron rápido, pero exactamente como tenían que suceder. No veía ninguna necesidad de aplazar las cosas cuando estaba absolutamente segura de que esto era lo que quería para mi vida.



Mi padre llegó a la oficina unos minutos después que yo y me pidió que fuera a su despacho para ponerle al día de las obras.

— La casa que acabamos de reformar, en la Avenida das Américas, ya está alquilada. Los inquilinos ya han firmado el contrato, han hecho el depósito y están empezando a ordenar el lugar. Parece que va a ser una clínica de belleza.

— ¿Cuánto cuesta el alquiler? — pregunta mi padre.

— Lo calculé por el número de metros cuadrados, teniendo en cuenta la ubicación y los gastos que tuvimos que hacer para renovar la propiedad. Tiene una infraestructura nueva y está completamente listo. Tiene 900 metros cuadrados y el importe mensual es de 95 mil.

— Muy bien, hijo mío.

Mientras yo hablaba de otros trabajos, mi padre examinaba unos papeles. De repente, me interrumpió.

— ¿Puedo preguntarte por qué has retirado nueve millones de nuestra cuenta?

No quise decir nada en ese momento, prefería decírselo a los dos juntos, pero eso fue antes de que mi padre mirara nuestros extractos de cuenta.

— He comprado un piso, papá.

— ¿Te mudas, hijo? ¿Estás enfadado por algo?

— No exactamente, papá. He estado pensando en ello durante un tiempo, en realidad. Creo que es el momento. Me he graduado, tengo mi propia vida y mi propia independencia, no puedo vivir contigo toda mi vida...

— No toda mi vida, pero esperamos que un niño se vaya de casa sólo cuando se casa. ¿Por qué tanta prisa?

— No hay prisa, papá, sólo quiero mi intimidad. Además, todo este amor que mi madre siente por Giovanna, combinado con el hecho de que no acepto que venga a nuestra casa, me hace sentir muy incómodo. Si la señora Helena quiere vivir con esa mujer, está en su derecho. Resolveré ese problema yéndome de la casa.

— No hables así. Eres nuestro hijo y siempre serás nuestra prioridad, Guilherme. Tu mamá ama a Giovana, pero no es nada comparado al amor que siente por ti y por tu hermana. Ella sabe que no hay ninguna posibilidad de reconciliación o amistad con su ex, pero tiene la esperanza de que Giovana aún pueda llevarse bien con Rayssa.

— No sé cómo mi madre todavía cree que puede fomentar esta amistad. Es improbable, imposible de hecho.

— Helena cree que el amor cambia a las personas, hijo. Ella piensa que Giovana tiene esta personalidad difícil porque ha sufrido mucho rechazo. Su madre dice que el hecho de que Raúl abandonara a su hija y a su mujer y luego formara una nueva familia influyó directamente en la formación del carácter de Giovana, así que intenta ayudarla.

— El problema es que mi madre quiere cambiar a alguien a quien no se puede ayudar. Giovana tiene mal carácter, eso nunca cambiará. Es más, estos trapos sucios de la señora Helena sólo sirven para fomentar las actitudes enfermas de esa mujer. En cuanto a Rayssa, es una de las personas más leales que conozco y nunca perdonará a Giovana lo que me hizo. Ella siempre compra las peleas de aquellos que ama.

— Lo sé, hijo.

— Además, mi hermana ya ama a Melinda.

— Ella ama a Melinda, ¿y qué sientes por esta chica? — Me pilló desprevenido la pregunta de mi padre.

— La quiero, papá. Sé que dirás que es demasiado pronto, pero no tengo ninguna duda de que Melinda es la mujer de mi vida. Es más, la invité a vivir en el piso conmigo y aceptó — dije de golpe, esperando que me reprendiera.

— Eso no me sorprende. Siempre ha sido muy decidido, João Guilherme. Siempre supiste lo que querías en la vida y fuiste a por ello. Eres así desde que eras pequeño. — Me sorprendió la forma en que mi padre hablaba de mí. — Es que... no sé si tu madre lo entenderá tan fácilmente como yo.

— Tendrá que superarlo, aceptar y respetar mi decisión, papá. Voy a vivir con la mujer que amo.

— Tu madre no tiene nada contra Melinda, Guilherme, no la malinterpretes. Ella sólo va a pensar que estás avanzando demasiado rápido, es una preocupación normal de una madre. Helena le dará mucha importancia a que te vayas de casa — dijo mi padre con una sonrisa, pero luego volvió a ponerse serio. — A mí también me preocupa, pero ya eres mayorcito y no tengo derecho a inmiscuirme en tus decisiones. Sólo quiero que lo pienses, es un paso muy grande el que estás dando.

— Me doy cuenta de eso, papá.

— El matrimonio es lo mejor y lo peor que puede pasar en la vida de un hombre, João Guilherme. Por mucho que la quieras y por muy compatibles que seáis, un día te va a volver loco, y vas a tener que tener mucha paciencia. Las mujeres sienten y afrontan las cosas de forma diferente a nosotros, y eso va a provocar roces entre vosotros en muchos momentos. Y cuando llegan los hijos... Todo cambia. Y ésa es la fase más delicada, en la que necesitarás mucha sabiduría.

— Debe de ser aterrador. — Sonreí y mi padre asintió.

— Lo es. En el momento en que nacen tus hijos, todo tu futuro se vuelve a planificar, porque desde las cosas más sencillas, todo lo que haces lo haces pensando en ellos.

— Sabes, papá... Quiero experimentar esta asfixia. No tiene que ser ahora, pero quiero, no creo que nada al lado de Melinda sea tan aterrador.

— Así que, hijo mío, felicidades y buena suerte. Cuando no sepas qué hacer, acude a mí. Probablemente yo tampoco lo sabré, pero podemos pensarlo juntos. — Nos reímos.

— Gracias, papá. Te quiero.

— Yo también te quiero, hijo.



João Guilherme

Ese día llegué tarde a casa porque pasé mucho tiempo poniendo al día a mi padre sobre el negocio y luego charlando de otros asuntos. De camino a casa, le pedí a Melinda que se preparara y le dije que llegaría pronto.

Mi madre me había llamado antes para decirme que la cena sería a las 20.00 horas. A las 19.40, todavía estaba entrando en el garaje. Cuando entré en casa, todos estaban en el salón esperándome, excepto Melinda. Saludé rápidamente y subí a darme una ducha. Cuando bajé, me di cuenta de que mi novia aún no había llegado, así que fui tras ella. Me encontré con ella a mitad de camino.

— ¿Me ibas a recoger? — Nos besamos y asentí. — Siento haber tardado tanto. Estoy un poco nervioso, al final he llegado tarde.

Apenas presté atención a lo que decía, porque estaba ocupado mirándola. Mi novia

llevaba un vestido con un delicado estampado, ceñido a la cintura y más vaporoso por debajo.

La cogí de la mano y la giré para verla mejor.

— Estás preciosa, amor — la felicité, una vez más encantado con ella.

— Y tú estás deslumbrante. — Sonrió.

— ¿Comenzamos? — la llamé, cogiéndole la mano.



Se me aceleró el corazón cuando entré en el salón de la mansión y todos nos miraron.

— Buenas noches — les saludé tímidamente. Todavía no me sentía cómoda en presencia de los padres de João Guilherme.

— Buenas noches, cariño. Estás muy guapa — respondió mi suegra con simpatía.

— Gracias, Helena.

— Bueno, ahora que estamos todos, vamos a cenar. — Fuimos a la mesa.

La cena tenía muy buena pinta, pero yo apenas podía comer, ansiosa por el momento en que João Guilherme nos dijera lo de irnos a vivir juntos. Eso ocurrió cuando sirvieron el postre. Mi novio me cogió de la mano por debajo de la mesa y, cuando lo miré, me sonrió, como un aviso silencioso de que había llegado el momento.

— Mamá, te pedí que organizaras esta cena, porque hay algo que quiero decirte. — Helena se puso la mano en el corazón como si presagiara algo malo. — Me he comprado un piso. Melinda y yo nos vamos a vivir juntos — dijo João Guilherme sin rodeos, y su madre palideció.

Al principio, hubo un silencio absoluto en la mesa. Helena miró a su hijo, sorprendida.

— ¿Vas a... — moqueó y respiró hondo antes de continuar la frase — irte de casa? — El tono de voz y el semblante de Helena eran llorosos.

— Nada de dramas, mamá. Voy a vivir cerca, no en otro país. Algún día sucedería...

— Pero conociste a esa chica el otro día, Guilherme. ¿Por qué tanta prisa? ¿Está embarazada? — preguntó Helena horrorizada, y sentí que se me calentaba la cara.

— No es nada de eso, mamá. Quiero a Melinda y quiero vivir esta experiencia con ella. Esa es la única razón, y para mí es suficiente.

— Hace poco más de un mes que están juntos, João Guilherme. ¿Cómo puedes estar tan

seguro de que esto es lo que quieres?

— Porque no es cuestión de tiempo, Sra. Helena — respondió Guilherme con seriedad. — Bueno, no quiero tu permiso, pero espero que me apoyes. Pase lo que pase, mi decisión está tomada.

— No puedo estar de acuerdo con esto, hijo mío. Es demasiado pronto. — Helena se levantó de la mesa y se fue.

En aquel momento, sentí ganas de cavar un agujero en el suelo y meterme dentro, pero no me atreví a moverme. Desde el principio, supe que ella se opondría.

— Disculpen todos — dijo Augusto y se levantó para ir tras su mujer.

— Será mejor que me vaya — le dije en voz baja a João Guilherme.

— No, amor. Ya se le pasará. No es nada personal contigo. Mi madre cree que Rayssa y yo deberíamos vivir bajo su tutela para siempre. Cada vez que hablé de irme de casa, ella hizo un gran problema.

— Aún así, Guilherme. Creo que es mejor si me voy y hablas con ella a solas.

— No es necesario. Ella sólo necesita tiempo para pensar y pronto se dará cuenta de que está exagerando. Mañana estará mejor.

— Estoy de acuerdo con mi hermano. No tienes que irte por los dramas de nuestra madre. Créeme, no tiene nada que ver *contigo*. Debe de estar disgustada al ver que su querido hijo se aleja de sus alas — dijo Rayssa, apretando las mejillas de João Guilherme, y luego se rió, aligerando el ambiente.

— Este niño sigue siendo el bebé de mamá — bromeó también P.A., y nos reímos.

Nos quedamos un rato charlando en la mesa. João Guilherme propuso que nos mudáramos el viernes, dentro de unos días. Dijo que organizaría su horario de oficina para poder tomarse el día libre.

Aunque el piso ya estaba amueblado, necesitábamos organizar las cosas que habíamos comprado y también llenar la despensa. Rayssa se ofreció a ayudarme a ordenar lo que ya teníamos y quedamos en hacerlo el miércoles. El viernes por la mañana, João Guilherme y yo iríamos al mercado a comprar la comida.

De todos modos, lo llamamos una noche. P.A. se despidió y se fue. Sólo quedamos João Guilherme, Rayssa y yo en el salón; Helena y Augusto no aparecieron aquella noche.

— ¿Sabes lo que me dijo un pajarito, Rayssa? — dijo João Guilherme, riendo en complicidad con su hermana.

— ¿Qué cosa? — dijo Rayssa sombríamente, como si no supiera nada, pero claro que lo sabía. Conocía muy bien a esa pimientita.

— Este domingo es el cumpleaños de la mujer de mi vida. ¿Te puedes creer que no me haya dicho nada, hermana? — Se me aceleró el corazón.

— Dios, hermano, estoy profundamente dolido. ¡¿Cómo ha podido ocultarnos una fecha tan especial?! — Rayssa simuló un drama, poniéndose la mano en el pecho y luego riendo, pero yo no podía disimular mi tristeza.

— Hola, amor, ¿qué te pasa? — João Guilherme me sujetó suavemente la cara, obligándome a mirarle.

— Será mi primer cumpleaños sin mi padre, y eso me pone sensible. Ya fue bastante duro sin mi madre, pero sin los dos... Ni siquiera sé cómo va a ser. No me apetece nada celebrarlo.

— Ahora me tienes a mí. Está Rayssa, Dorinha, incluso P.A... Me doy cuenta de que ninguno de nosotros sustituirá a tus padres y que no quieres una gran celebración, pero no podemos dejar que una fecha como tu cumpleaños pase desapercibida. Estaremos en nuestra casa y ya pensaremos en algo.

João Guilherme se mostró tan afectuoso y amable que fue imposible no asentir.

— Entonces, Mel. Gui me pidió que le ayudara a comprarte un regalo porque no sabía qué elegir. Le dije que sabía algo que gusta a todas las mujeres... Sabes que no puedes rechazar un regalo, ¿verdad? Tendrás que aceptarlo — Rayssa ya estaba emocionada.

— ¡¿Un regalo?! Por supuesto que no lo rechazaré. — Intenté animarme. — Pero quiero saber qué es.

— Vamos a tener un día de chicas. Es hora de renovar tu guardarropa, después de todo, eres prácticamente la Sra. Castro Marins. ¿Qué te parece, Gui? — Me encantaba el rollo de mi cuñada, siempre conseguía contagiarme su alegría.

— Me parece genial. Te dejaré mi tarjeta para que compres lo que quieras — aceptó João Guilherme, y Rayssa estaba encantada.

— Voy a darte un baño de tienda, cuñada. Una casa nueva, una vida nueva, ropa, zapatos, maquillaje, perfumes... Todo lo que te corresponde. Vamos a tener un día de compras y ¡es mañana! — Me reí de su euforia.

— ¿Estás loca? ¡Esta chica te llevará a la bancarrota! — bromeé con mi novio, y él se rió.

— Viniendo de Rayssa, no lo dudo.

— Eiiiii, ¡estoy aquí, ¿ves?! — Fingió indignarse, y los tres nos reímos.

— Cariño, no tienes por qué hacer eso. Te has gastado mucho en comprar el piso...

— Xiiiiii, cállate, Melinda — me interrumpió Rayssa. — Sí que tienes que hacerlo, hermano. Es de mala educación rechazar semejante amabilidad. Haremos buen uso de tu regalo, Gui. Tú nunca decepcionas. No olvides que queremos a Black, por favor.

— ¿Negro? — pregunté, sin entender.

— Sí, la tarjeta Black de mi hermano, porque nos merecemos lo mejor. — João Guilherme se rió, cogió la tarjeta y me la dio.

— Luego te mando la contraseña por SMS.

— Gracias — dije tímidamente y le di un beso en la mejilla, pero me sorprendió cuando me agarró y me besó la boca.

— Ahí empezó la picardía. — Rayssa puso los ojos en blanco y se levantó. — Me voy a la cama. Melinda, nos vemos mañana a las diez en el garaje.

— De acuerdo.

— Estoy deseando soplarle la tarjeta a mi hermano — dijo mi cuñada, riendo, y se dirigió a las escaleras.

— Será mejor que yo también vaya. — Miré la hora en el móvil y era casi medianoche. — Mañana hablamos.

— Te llevo a casa.

Cuando llegamos a casa de mi madrina, João Guilherme me dio un beso y se fue. Era muy tarde y al día siguiente se levantaría temprano para ir a trabajar.

Cuando entré, encontré a mi madrina sentada en el sofá. Inmediatamente apagó el televisor y se volvió hacia mí.

— ¿Todavía despierta, madrina?

— Te estaba esperando. ¿Volvió la señora Helena para hablar contigo? — Lo negué con la cabeza. — Estoy muy preocupada, hija. Sé que tú y Gui están enamorados, pero no puedo evitar estar de acuerdo con su mamá. Es demasiado pronto...

— Madrina, amo a João Guilherme con toda la fuerza que tengo en mí. Me encanta la forma en que me mira como si fuera la mujer más bonita del mundo, el hecho de que se ría de las tonterías que dice Rayssa y el cuidado con que se comporta conmigo y con su hermana. Me encanta cómo me coge la cara con las dos manos y me mira antes de besarme. Me encanta el abogado centrado que es, pero también el chico relajado que es cuando está jugando al voleibol. El amor que siento por el hombre que es para mí, en todos los sentidos, es surrealista. No tenemos tiempo que perder ni razones para esperar, ¿entiendes?

— Lo entiendo, hija, pero me preocupa. Aun así, rezaré cada día por tu felicidad. — Me abrazó. — Te echaré mucho de menos, Melinda. Llevas poco tiempo aquí, pero has sido suficiente para iluminar mi hogar y mi vida. Te quiero, hija. Eres muy preciosa y João Guilherme es un hombre afortunado. Estoy segura de que, desde arriba, Juliano y Clarice están orgullosos de su hija. — Dorinha habló de mis padres con tanto cariño que no pude contener las lágrimas. Me sentí sensible y la eché de menos más de lo que podía soportar.

— Prometo visitarlos siempre y me aseguro de que me visiten en sus días libres. — Me sequé las lágrimas y mi madrina volvió a abrazarme. Lloramos como dos niñas tontas.



Melinda

Rayssa me llevó por todo Río de Janeiro. Fuimos a tantas tiendas que no podía soportarlo. Nos pasamos el día en la calle y compramos tantas cosas que necesitaría más de una vida para ponérmelas. Cuando por fin mi cuñada puso fin a nuestro momento de princesa, Carlos nos llevó al piso nuevo, donde dejamos nuestras cosas para que las empaquetaran al día siguiente.

Llegué a casa muy cansada. Me metí directamente en la ducha y lo único que quería era tumbarme en el sofá y relajarme. Sin embargo, nada más acomodarme, llamaron a la puerta. Me sorprendió, porque Rayssa y João Guilherme nunca llamaban a la puerta antes de entrar. Además, mi novio me había dicho que se quedaba hasta tarde en la oficina para tener el viernes libre. *¿Quién es?*

Abrí la puerta y me sorprendí al ver a Helena de pie delante de mí.

— Buenas noches, Melinda. ¿Puedo pasar? — Mi suegra sonrió.

— Por supuesto, por favor. — Le dejé espacio para pasar, incrédula ante su visita. — Tome asiento.

Le indiqué el sofá, que era un poco más cómodo, y me senté en el sillón de enfrente. Nos miramos fijamente durante unos segundos hasta que ella rompió el silencio.

— Quiero disculparme por cómo actué ayer cuando me enteré de que mi hijo y tú os vais a vivir juntos.

— No hace falta que te disculpes, Helena. Comprendo tu preocupación.

— João Guilherme está muy enojado. Apenas me habló en el desayuno de hoy, y sé que la principal razón por la que está enfadado es porque sabe que te hice daño. Mi hijo es así, del tipo sobreprotector. Se preocupa más por lo que le hacen a los que quiere que por sí mismo. Toda su vida ha defendido a Rayssa y a Paulo André contra todo. — Helena sonrió. — Mi marido siempre decía que João Guilherme sería un excelente abogado defensor.

— Y lo es. — Sonreímos, pero ella volvió a ponerse seria.

— Pero no he venido sólo por eso. No me disculpo para complacer a mi hijo, sino porque reconozco que cometí un error. Quiero dejar claro que el problema no era contigo. La cuestión es que a veces peco por querer demasiado y pensar que mis hijos aún no son lo bastante maduro para tomar sus propias decisiones. Los padres tienen la costumbre de pensar que sus hijos siguen siendo niños. Tú y mi hijo estáis construyendo una nueva familia y, más adelante, tendréis vuestros propios hijos y entenderéis lo que digo.

Helena se sentó en el borde del sofá, como si quisiera estar más cerca de mí, y me miró a los ojos.

— João Guilherme es un ser humano poco común, siempre piensa mucho antes de actuar para no herir a los que ama. Sé que cuando se trata de Giovana, se vuelve loco y no está de acuerdo con la forma en que la trato, pero mi hijo no grita, no me ofende ni impone su voluntad. Respeta mis decisiones, aunque vayan en contra de las suyas. Sé que, antes de que llegaras, una de las razones por las que quería irse de casa era esa. João Guilherme no quería ser una molestia, ¿sabes?

No tenía nada que decir, así que me limité a asentir.

— No quería imponerme su voluntad y decirme que evitase a Giovana o prohibirle la entrada en casa. Mi hijo es perfecto. En su mente, los que se sienten incómodos deben irse. Pero lo que no sabe es que nadie en este mundo es más importante para mí que él y Rayssa. Nadie se antepondría a mis hijos. Nunca permitiría que uno de mis hijos saliera de casa porque cree que me molesta.

— Pero ahora es diferente. João Guilherme te quiere, Helena. Él sólo quiere vivir su vida. Pronto se le pasará el disgusto.

— Eso espero. Quiero que sepas que, aunque estoy segura de que lo extrañaré mucho en

casa, estoy feliz por ti. Tengo muy claro que está enamorado de ti.

— Yo también lo amo, Helena.

— Lo sé, pero... quería que tú y João Guilherme entendieran mis razones para no crucificar a Giovana y darle la espalda. La historia es muy larga y dolorosa, hay muchos hechos que nadie conoce aparte de Verinha y yo. No crean que fue fácil perdonar a Giovana por lo que le hizo a mi hijo, porque no lo fue. Sin duda, fue el perdón más difícil de mi vida. Para ser honesta, ni siquiera sé si realmente sucedió o si simplemente lo dejé pasar.

— Es difícil perdonar a alguien que hace daño a los que quieres, imagínate a alguien que le hizo eso a tu hijo.

— Exactamente. El otro día vi un documental sobre una madre y expresó lo que yo sentí cuando vi a mi hijo completamente destrozado por el comportamiento de Giovana. Quería volver a meterlo en mi vientre para protegerlo de todo el dolor de este mundo.

Helena bajó la voz y, en ese momento, ninguno de los dos pudo contener su emoción. De todas las razones que ya tenía para odiar a Giovana, el dolor que le había causado a mi novio en el pasado era, sin duda, la mayor.

— Hacía años que no veía llorar a João Guilherme. Siempre había sido un chico duro, desde niño. Rayssa no. Mi hija, Dios mío, lloraba por todo y por nada. Pero eso era culpa nuestra, porque en cuanto amenazaba con llorar, Augusto y yo estábamos allí, cumpliendo sus órdenes. Mi niña se había acostumbrado.

Nos reíamos de cómo hablaba de Rayssa.

— Mi Guilherme siempre fue un niño fuerte, no lloraba ni para vacunarse. Pero el día que Giovana provocó el aborto, lloró. Eso sólo demostraba la magnitud del daño que ella le había hecho a mi hijito. Aunque ya era mayor y mucho más grande que yo, aquel día parecía un niño indefenso, llorando en mis brazos.

— Cuando me habló de ello, pude ver cuánto daño, dolor y rabia tenía. Lo que hizo fue cruel, Helena — no tuve miedo de expresar mi opinión. Si mi suegra vino a verme, debería haber estado dispuesta a escuchar tanto como a hablar.

— ¿Y crees que no me enfadé con ella? Lo estaba, ¡y mucho! Ni siquiera la visité en el hospital mientras se recuperaba. Lo evité porque sabía que la situación era problemática y, si no tenía nada bueno que decirle a la mujer que había causado tanto dolor a mi hijo, prefería no decirle nada en absoluto. Sólo volví a hablar con Giovana unos meses más tarde, cuando tomó la iniciativa de llamarme. En aquel momento, estaba en el hospital, recibiendo tratamiento psicológico — me dijo Helena. — Lloró mucho, me pidió perdón y me dijo que todo lo que había hecho era por amor.

— Lo siento, Helena, pero el amor que yo conozco no hace daño a la persona amada. No hace maldades como las que ella hizo — le dije.

— Estoy de acuerdo contigo, Melinda. Tú sabes amar. Pero no todos los que sienten amor saben amar. Cada uno alberga sentimientos, buenos o malos, de una manera diferente. Pero lo cierto es que, a pesar de todo, sentí pena por ella. Es como les digo siempre a mis hijos: se da lo que se recibe. Giovana ha sufrido mucho rechazo en su vida, su historia es más triste de lo que se pueda pensar. Quizá sólo el amor pueda salvarla. Y no digo esto para justificar nada de lo que ella ha hecho, sólo quiero que entiendas la razón de mi comportamiento. Algún día lo entenderás.

Helena se secó suavemente las lágrimas de la cara y me miró sonriendo.

— Bueno, creo que he dicho más de lo que pretendía. En realidad he venido a disculparme, a darle un abrazo a mi nuera y a agradecerle todo el bien que ha hecho por mi hijo. Eres muy bienvenida en nuestra familia.

Mi suegra se levantó, y yo también, y nos abrazamos durante unos minutos, llorando de nuevo.

— Gracias, Helena. Tu gesto significa mucho para mí. Que sepas que João Guilherme es el amor de mi vida y que haré todo lo posible para verlo siempre feliz.

— Creo en ti, Melinda. Gracias por ser tan comprensiva — Helena enjugó las últimas e insistentes lágrimas. — Ahora, cambiando de tema, Rayssa dijo que mañana ibas a ordenar algunas cosas del piso. ¿Podemos ir Dorinha y yo también?

— Sí, claro. Me encantaría contar con vuestra ayuda.

— Entonces, trato hecho. — Helena me guiñó un ojo. — ¿Qué te parece si cenamos en casa esta noche y le damos una sorpresa a João Guilherme? No digas que hemos hablado y que te he invitado. Llegará, subirá a ducharse y cuando baje, estarás en la mesa esperándole — dijo emocionada.

— Me parece muy bien. Gracias.

— Entonces te espero allí. — Helena volvió a abrazarme y se fue.

Aquella noche, cuando João Guilherme bajó a cenar y me vio en la mesa, nos regaló la sonrisa más perfecta del mundo.

— Aquella escena merecía un cuadro. Las tres mujeres de mi vida, juntas, esperándome.

Mi novio era un ser humano excepcional y siempre nos enamoraba.



Al día siguiente, fuimos al piso y organizamos todo en su sitio. Helena pensó que a la decoración le faltaban algunos toques para hacerla más de nuestro estilo, y se empeñó en hacernos un regalo. Así que salimos a comprar algunas cosas, y aproveché para revelar fotos nuestras, — tanto solas como con Rayssa y P.A. — en Itaipava. Mi suegra también me enseñó

fotos de la galería de su móvil y elegí algunas para revelar.

Me encantó ver tantas fotos de mi novio y mi cuñada — algunas de João Guilherme viajando solo, otras con Rayssa y sus padres, y una preciosa el día de su graduación en Derecho. Además de los marcos de fotos, compramos un mural muy moderno y bonito que quedaría perfecto en el piso. Yo sólo tenía una foto mía con mis padres y también la mandé revelar; mi madrina prometió hacer una copia de las que tenía en casa para dármelas.

Después de comprarlo todo, volvimos al piso y terminamos de organizar lo que faltaba. *Ahora solo nos queda empaquetar nuestras cosas y empezar una nueva vida. Estoy impaciente.*



El jueves por la noche, estábamos en la habitación de João Guilherme, recogiendo sus cosas, cuando Helena entró llorando.

— Me alegro de que Melinda te esté ayudando, hijo. Yo quería ayudar, pero no estoy en condiciones de meter tus cosas en cajas y maletas para salir de casa. Te juro que me alegro por ti y que me acostumbraré, pero hoy tengo el corazón roto. — Mi suegra se echó a llorar y João Guilherme dejó la ropa que estaba doblando para abrazarla.

— Basta, mamá. Me voy a vivir al lado, a cinco minutos. Nuestra casa estará abierta para que nos visites siempre que quieras. — Le secó las lágrimas.

— Lo sé, pero es diferente a tenerte en casa. Tu hermana está allí, encerrada en su habitación, sin valor para venir.

— ¿Incluso Rayssa? No me lo puedo creer. — João Guilherme se rió y consiguió hacer sonreír también a su madre.

— ¿Qué te parece si dejamos algunas cosas aquí, hijo? Para cuando vengas aquí... No hace falta que te lo lleves todo. — dijo Helena entre lágrimas, y João Guilherme se echó a reír, haciéndome reír a mí también. *¡Tadinha!*

— *Está* bien, mamá. Yo lo dejo. — Mi suegra sonrió, contenta de haber ganado al menos esta batalla.

Terminamos de empaquetar las cosas de João Guilherme a última hora de la tarde. Llevaba mucho más equipaje que yo, aunque había dejado parte de su ropa en casa de su madre. Estábamos cansados y Guilherme quería que durmiese con él, pero yo preferí pasar aquella noche en casa de mi madrina, que también era muy sensible.

A la mañana siguiente, fuimos todos juntos al piso. Mientras Helena, Augusto, P.A. y Rayssa deshacían las maletas y algunas cajas, mi madrina, João Guilherme y yo fuimos al supermercado. Casi una hora después, cuando llegamos con la compra, hicimos un gran esfuerzo

para guardarlo todo en la despensa.

Después de ordenar la casa, pedimos la comida y preparamos la mesa.



Melinda

El sábado fue nuestro primer día en el nuevo piso, y me despertó el increíble olor a café caliente. Mi novio me había traído una bandeja de desayuno a la cama.

Estaba agotada de la noche anterior. João Guilherme tenía un ritmo admirable para el sexo, era como una máquina. Hicimos el amor tres veces antes de quedarnos finalmente dormidos. La euforia y la felicidad de nuestra nueva vida eran tan grandes que no queríamos dormir.

— Creo que deberíamos empezar a celebrar tu cumpleaños hoy. ¿Prefieres salir a cenar los dos solos o llamamos a Rayssa y a P.A.? — me preguntó João Guilherme mientras desayunábamos en la cama.

— Tenemos toda la vida para estar solos. Me encantaría compartir el día de hoy con Rayssa y P.A..

— ¡Genial! Voy a llamarlas. — Guilherme me besó y se levantó para coger el móvil. Yo

aproveché para darme una ducha relajante para empezar el día.

Unos minutos después, salí a buscar a Guilherme y lo encontré en el balcón, mirando al mar.

— Qué vista tan espectacular. Tú y el mar. — Le abracé por detrás. — Hace poco que conozco el mar, pero es increíble lo cerca que parece que he crecido de él. Me encanta el sonido de las olas y el olor del mar. Es todo tan... perfecto.

Apoyé la cabeza en su espalda y cerré los ojos, agudizando los sentidos para disfrutar del sonido de las olas al romper y oler el aire marino, mezclado con el perfume natural de mi novio. En aquel fugaz instante, afloraron todos los sentimientos que João Guilherme despertaba en mí.

No pasó mucho tiempo antes de que me pusiera frente a él y me acurrucara en su abrazo. Permanecimos en silencio, en aquella posición, sólo contemplando el momento y las más diversas sensaciones.

— ¿Pudiste hablar con ellos? — Rompí el silencio.

— Sí. Voy a recoger a Rayssa sobre las siete de la tarde, porque P.A. no podrá traerla. Se reunirá con nosotros más tarde, porque hoy sale con una mujer — João Guilherme hablaba con calma, pero mi corazón se aceleró.

— ¿Qué? ¿Qué mujer? ¿Qué mujer? ¿Cómo que qué mujer? — Solté un montón de preguntas, atónita. João Guilherme me miró confuso.

— Una mujer, no pregunté quién era. Probablemente no la conozca, de lo contrario me lo habría dicho. Pero, ¿cuál es el problema, Melinda? No entiendo tu reacción.

Sólo entonces me di cuenta de la tontería que había hecho. Yo y mi gran boca sin filtro. *¡Oh, mierda! No puedo decir nada de que Rayssa esté enamorada de Paulo, pero Guilherme me está malinterpretando.*

— ¿Qué pasa, Melinda? — repitió un poco irritado.

— Cálmate, no es ninguna de esas tonterías que estás pensando. ¿Estás celosa?

— No me jodas. Te pusiste como una fiera cuando te dije que P.A. salía con una mujer.

— Deja de hacer el tonto. ¿Crees que pensaría en otro tipo contigo? Valórate, João Guilherme. Ningún hombre puede estar a tu altura. Me asombraba porque nunca dejaba de estar con nosotros para salir con una mujer. — Intenté actuar con naturalidad, pero mi novio no dejaba de mirarme con desconfianza.

— El tipo tiene sus necesidades, ¿no? Todo el mundo necesita echar un polvo.

— Tienes razón. Lo importante es que él venga después. ¿O se va a acostar con la chica?

— Nunca se acuesta con ninguna mujer.

— ¡Genial! ¿Qué te parece si ahora vamos a la playa? Justo enfrente — sugerí, desviando el tema.

— Venga, vamos. Comeremos en la calle.

— No me importa cocinar, me gusta.

— Lo sé, amor. Pero déjame cocinar durante la semana. Los dos estamos libres el fin de semana.

— De acuerdo. Espera a que me ponga el bikini, rápido.

Corrí al dormitorio y busqué un traje de baño acorde con mi estado de ánimo ese día. Mientras me vestía, João Guilherme entró en la habitación.

— Mi madre me preguntó si queríamos que su planchadora viniera una vez a la semana. Me pareció una buena idea, ya que mis trajes son un coñazo de planchar.

— Me parece bien. Pero ya veremos. Ahora mismo, quiero caer en este hermoso mar que tenemos a la vuelta de la esquina de casa.



A las siete fuimos a recoger a Rayssa, pero nos quedamos un rato con los padres de João Guilherme y aproveché para ver a mi madrina. Cuando salimos de la mansión, eran casi las 21h.

— Gui, podríamos ir a Lapa a ver a Melinda — sugirió mi cuñada, con cara de tranquilidad, pero yo la conocía lo suficiente como para darme cuenta de que en realidad estaba triste.

— ¿Lapa? Allí es demasiado tumultuoso y desordenado.

— Vaya, suenas como un viejo. ¿Sólo porque estás saliendo, te has vuelto viejo? Vamos, será agradable. Es exactamente el desorden que necesito.

— Vamos, amor. Será agradable conocer este lugar. — Intenté ayudar, porque quería que Rayssa se distrajera en vez de pensar en P.A. con otra mujer.

— ¿Qué me piden las dos mujeres de mi vida que haga cuando sonrío que no pueda hacer cuando lloro? — Guilherme bromeó y nos reímos, sabiendo que habíamos ganado.

Cuando llegamos a Lapa, me quedé de piedra. Me pareció una locura, pero en el buen sentido. Había varios bares, uno al lado del otro, cada uno tocando un estilo de música diferente. Había gente y ritmos de todo tipo.

Mientras caminábamos entre la multitud, vi un poco de todo. Había samba, pagode, hip hop, rock, funk, MPB, reggae... prácticamente de todo junto. La gente bebía, bailaba y se divertía; la energía era buena. Nunca había visto tanta diversidad en un mismo lugar. Era una mezcla cultural encantadora, una explosión de alegría, colores, música y etnias.

A pesar del viento, o debido a él, el olor también era muy fuerte, una mezcla de perfume, incienso y cigarrillos.

— Aquí tienes unos cigarrillos con otro olor — le dije al oído a João Guilherme mientras

caminábamos de la mano. Rayssa le cogió la otra mano.

— No es el cigarrillo que conoces, es cannabis. Es muy común, aunque sea ilegal en Brasil. Si te pillan llevando cannabis, incluso te pueden detener in fraganti. Pero como puedes ver, aquí no prestan mucha atención a eso. Lapa es como una tierra sin leyes.

Sólo conocía el cannabis por lo que había leído o visto en la televisión, pero nunca lo había olido, así que no lo reconocía.

— No creo que este sea el mejor lugar para estar con ustedes. Aquí hay muchos chavales que roban relojes y móviles con toda normalidad, así que no hagáis el tonto con el móvil en la mano — advirtió, y Rayssa asintió. Mi móvil se quedó sin batería en casa, para variar.

Rayssa me había comprado un teléfono nuevo con la tarjeta de João Guilherme, pero aún no lo había sacado de la caja. No he tenido tiempo desde la mudanza.

Nos sentamos en un pub, aparentemente más tranquilo, donde sonaba música en directo, solo voz y guitarra. Me encantó porque era una música más tranquila.

— Buenas noches. ¿Puedo traerles algo? — El camarero nos tomó nota.

— Dos caipirinhas de kiwi. Melinda también las probará — preguntó Rayssa al camarero, y luego me miró. — Le encantarán, amigo.

— Rayssa, Melinda no está acostumbrada a beber, es mejor que no — intervino João Guilherme.

— Voy a probarlo.

— ¿Les apetece fuerte, señoras? — preguntó el camarero.

— Lo quiero muy fuerte — respondió Rayssa.

— El otro puede traerlo más suave — habló João Guilherme al camarero — Y un agua con gas para mí, por favor.

En unos minutos, el camarero volvió con nuestras bebidas, y descubrí que me encantaba la caipirinha. Después hubo muchas más y, antes de medianoche, Rayssa y yo hablábamos más de lo habitual y nos reíamos de cualquier cosa. De hecho, yo estaba más habladora, ya que mi cuñada me hablaba por los codos incluso sobria.

— Nunca olvidamos el primer chichoncito. — João Guilherme me besó la mejilla mientras yo me reía de algo que Rayssa había dicho menos de un minuto antes. Con cierto *retraso*, me pareció súper gracioso, aunque no recordara de qué se trataba.

— No tengo resaca, sólo estoy feliz.

— ¡Mira quién está aquí! — Rayssa habló y, cuando miramos hacia atrás, Paulo André se acercaba a la mesa.

Se rió, besó la cabeza de Rayssa, luego la mía y, finalmente, estrechó la mano de João Guilherme.

— ¿Han bebido? — preguntó P.A. riendo, y luego se sentó.

— Sólo un par de caipirinhas, pero los dos son débiles, así que pasó rápido.

— ¿Por qué no trajiste a tu amigo a beber con nosotros, Paulo André? ¡Eso es lo que yo llamo un rapidito! — dijo Rayssa con su graciosa voz de borracha.

— En realidad, no es mi amiga. Además, hoy tenía otra cita. Es el cumpleaños de su amiga, así que lo arreglamos todo rápidamente y cada uno se fue por su lado. Probablemente no volvamos a vernos — respondió P.A. con naturalidad, sin ningún remordimiento. Eso era habitual entre los hombres, pero yo no podía entenderlo. Nunca serviría para el sexo casual.

— ¿Vas a tomar algo? — preguntó João Guilherme a su amigo.

— Voy a quedarme en el agua, igual que tú. Estoy en el coche. — Paulo hizo una señal al camarero e hizo su pedido.

Rayssa se cambió cuando llegó P.A. Mi amiga no podía ocultar su decepción y tal vez el alcohol había empeorado las cosas, intensificando sus emociones.

João Guilherme y su amigo empezaron a charlar y yo le di un codazo a mi novio para que cambiáramos de sitio. Me puse al lado de Rayssa, intentando distraerla.

— ¿Qué te pasa? — pregunté en voz baja, para que solo ella pudiera oírme.

— Sí, estoy bien. — A pesar de su respuesta, sabía que era mentira.

Al cabo de un rato, una banda se unió a la cantante y al violinista y tocaron canciones más bailables.

— Podríamos aprovechar que estaban charlando e ir a bailar. Vamos, cuñao. — Rayssa se levantó, me cogió de la mano y tiró de mí hacia una zona donde había gente bailando. — Esta es la canción de João Guilherme. — Mi cuñada se echó a reír.

La canción era Ciúme, de Ultraje a Rigor. Me reí al reconocer la letra, porque le iba muy bien a mi novio.

Rayssa y yo nos balanceamos al ritmo de la canción y cantamos en voz alta un pasaje que era igual que João Guilherme.

"Quiero llevar una vida moderna
Que mi niña salga sola
No ser machista y no ser posesivo
Ser más seguro y no tan impulsivo
Pero me muerdo de celos..."

Rayssa bailaba y cantaba, riendo y señalando a su hermano; no muy lejos de nosotros, João Guilherme no tardó en comprender y sacudió la cabeza, riendo también. Tal vez conmovidos por nuestro entusiasmo, otras personas del bar se lanzaron a la pista de baile. No tardamos en vernos rodeados de gente por todas partes.

— Mel, mira a aquel tipo de allí — me dijo Rayssa al oído, señalando sutilmente a un

hombre que estaba de pie cerca de nosotras, mirando en nuestra dirección. — Es guapo.

— Prefiero a tu hermano.

— Claro que sí — dijo mi cuñada, poniendo los ojos en blanco. — ¡Ay, Dios mío! Viene hacia aquí. — Rayssa se rió nerviosamente y todo mi cuerpo se tensó. Sentía que esto se iba a ir a la mierda.



Melinda

Miré en dirección a nuestra mesa, pero sólo vi a P.A. mirando en nuestra dirección. Busqué a João Guilherme por todas partes, pero no lo encontré y pensé que se había ido al baño.

— Buenas noches, chicas. Soy Cadu, encantado de conoceros — el chico que a Rayssa le parecía un bombón habló en voz alta, intentando hacerse oír por encima del estruendo del bar.

— Buenas noches. Me llamo Rayssa, y ésta es mi cuñada Melinda. — Ella le dio dos besos al tipo, y él se acercó para hacerme lo mismo, pero yo di un paso atrás y me limité a ofrecerle la mano para que me la estrechara.

Sintiéndome incómoda, volví a mirar en dirección a nuestra mesa y vi que P.A. estaba de pie, a punto de venir hacia nosotros.

— Este es mi amigo Felipe. — De repente, otro chico se materializó frente a nosotros, sonriendo.

— Encantado de conocerte, guapa — me habló Felipe directamente.

La pista estaba abarrotada y la gente bailaba frenéticamente, chocando con nosotros. No respondí a su saludo, porque sabía que acabaría mal.

— Rayssa, será mejor que volvamos con los chicos. — Mi cuñada ni siquiera me oyó porque Cadu le estaba diciendo algo al oído.

Sin yo esperarlo, el chico acercó a Rayssa y la besó. Ella le devolvió el beso.

Justo entonces, vi a P.A. caminando hacia nosotros, claramente enfadado, pero aún solo. Miré hacia atrás en busca de mi novio y me topé con Felipe, que, sin que me lo esperara, me cogió por la cintura e intentó besarme. Aparté el cuerpo y el rostro furioso de João Guilherme apareció en mi campo de visión.

Apartó a Felipe de mí y le dio un puñetazo en la cara, haciéndole chocar contra unas mesas. El pub era un caos. P.A. sacó a Rayssa de los brazos de Cadu, João Guilherme fue de nuevo a por Felipe y le dio un puñetazo en la cara. Algunos de los hombres de la pista de baile intentaron retener a mi novio, pero él trató de zafarse.

Cuando por fin detuvieron a João Guilherme, Cadu se acercó a su amigo y le ayudó a levantarse. Yo, nerviosa, me acerqué a João Guilherme.

— Basta, amor. Vámonos. Está bien, por favor, cálmate.

En ese momento, Paulo André llegó a mi lado, también calmándolo.

— Déjalo ir. Ya pasó. Ya no va a pegar a nadie. — Los chicos del bar soltaron a Guilherme, y otras personas que habían estado observando la escena se alejaron al ver que las cosas se habían calmado. Aun así, había mucha gente que ni siquiera dejó la bebida. Las peleas debían de ser habituales allí.

Cadu condujo a Felipe hacia los aseos y los dos desaparecieron dentro. Mientras tanto, nos dirigimos a nuestra mesa.

— Pagaré la cuenta y nos iremos de aquí — dijo P.A., y João Guilherme asintió. Respiraba hondo, intentando controlar su ira; mi novio siempre hacía eso cuando estaba muy enfadado.

Justo entonces, miré a Rayssa. Estaba muda, con el semblante perdido. Antes de que pudiera decirle nada a mi amiga, Paulo André regresó.

— Vámonos. — João Guilherme me cogió fuerte de la mano y P.A. cogió la de Rayssa.

Caminamos en silencio hasta el aparcamiento, pero cuando João Guilherme alarmó al coche, descargó su ira.

— ¿Qué coño pasó allí? Fui al baño y, cuando volví, estabas atada con un tipo al que no habías visto nunca, y el otro intentaba besar a mi mujer. ¿Qué coño, Rayssa? — Nunca he visto a mi novio hablarle así a su hermana.

— ¡Soy soltera y mayor de edad, João Guilherme! ¡Puedo besar a quien quiera! — replicó ella.

— ¿Y desde cuándo vas por ahí besando a tipos que ni siquiera conoces? ¡Ni siquiera sabes de dónde salió ese hijo de puta, Rayssa!

— João Guilherme, deja de ser tan hipócrita. ¿Vas a decir ahora que nunca has besado a un desconocido? ¡Diablos, hasta has tenido sexo! ¡Pero sólo porque eres un hombre, puedes!

— No es eso, Rayssa. ¡El peligro es mucho mayor para ti! Hay muchos hombres cobardes ahí fuera. ¡Sólo quiero protegerte! Encima, el amigo de ese hijo de puta intentó besar a Melinda. Podría haber pasado un montón de mierda...

— Pero no pasó nada, João Guilherme. No pasó nada, ¡así que se acabó el drama! — Por un momento, hubo un silencio incómodo.

— Salgamos de aquí — João Guilherme rompió el silencio, abriendo las dos puertas del lado del pasajero.

— Anda, vete. Yo voy con Paulo André — replicó Rayssa, dándole la espalda a su hermano y cerrando de un portazo la puerta trasera del coche.

— Cálmate, amigo. Aclárate y deja que ella también se calme. Luego hablaremos. Déjala que venga conmigo, al menos aliviará la tensión.

Entramos en el coche y João Guilherme se quedó callado. Ya no parecía enfadado, sino que su semblante era pensativo, tal vez preocupado.

— No hay necesidad de enfadarse. Ya ha pasado todo. — Me abroché el cinturón y William por fin me miró.

Me cogió la cara con las dos manos y me besó.

— ¿Estás bien? Quería matar a ese tipo. ¿Quién se cree que es para ponerte una mano encima?

— Estoy bien, amor. Y tu hermana no tuvo la culpa de nada.

— Ella estaba actuando extraño hoy. Rayssa no suele actuar así, tan coqueta. Sé que ocurre que hombres y mujeres se encuentran por la noche y se juntan, pero nunca ha sido el perfil de mi hermana — dijo. — Luego he visto a ese tío tocándote y me he vuelto loca.

— Olvidémoslo, porque no pasa nada. Todo el mundo tiene días malos. Hoy, Rayssa no parecía tener un buen día, pero mañana estará mejor.



Cuando llegamos al piso, Rayssa fue directa a la habitación de invitados y yo fui tras ella. La encontré sentada en la cama con la cabeza gacha. Cerré la puerta y me acerqué a ella, sentándome a su lado.

— ¿Te encuentras bien? — Meneó la cabeza negativamente.

— He hecho muchas tonterías esta noche, Gui tiene razón. He sido una irresponsable. Ni siquiera quería estar con ese tipo, Melinda. ¡Qué papel más ridículo! ¿Desde cuándo hago cosas así? ¿Besar a alguien para llamar la atención de un tipo al que le importo un bledo? ¡Qué pérdida de tiempo!

— No pienses así, estabas enfadada.

— ¿Sabes lo que más me enfada? Ni siquiera puedo sentir enojo con él. Paulo André es soltero y no ha hecho nada malo. Es más, no tiene ni idea de que me gusta. Estoy enfadada conmigo misma por dejar que me afecte, por ser débil...

— ¿Cómo puede no afectarte cuando te gusta? Es normal, Rayssa. No es debilidad, es amor.

— Encima, te expuse a ese idiota que pensó que sería interesante emparejarnos. Si ese chico te besara, mi hermano acabaría con su carrera y todo sería culpa mía. João Guilherme es abogado, tiene un nombre que honrar, no puede meterse en estas cosas. ¡Me siento tan culpable!

— ¡Cálmate! No tienes que ser siempre perfecto. Es más, 18 años es la edad en la que puedes partirte la cara, joder, beber, besar a desconocidos... y volver loco a tu hermano. — Amenacé con reírme, y ella también quiso. — João Guilherme lo superará. No fue el fin del mundo y nadie salió realmente lastimado.

— Cadu no entendía nada cuando P.A. me acercó a él. — Rayssa se rió. — Mientras me apartaba, dijo: "¿Estás loco, tío? Suéltala, gilipollas".

Era imposible no reírse ante la interpretación de mi amigo de la reacción de Paulo André.

— Los ojos de Cadu se abrieron de par en par, al ver a un tipo tan grande hablando así, y metió el rabo entre las piernas. Cuando miré, vi a mi hermano golpeando a Felipe... No entendí nada. Pero una cosa era buena: mi cachaça pasó rápido.

Nos echamos a reír. Después de la carcajada, decidimos darnos una ducha para quitarnos el alcohol.

Fui a mi habitación, me duché y, cuando llegué al salón, encontré a João Guilherme y Paulo André sentados en el sofá, hablando y bebiendo vino. Ninguno de los dos parecía disgustado. Me senté en un rincón, al lado de Guilherme, y poco después, Rayssa entró en el salón, mirándonos. Se tiró al lado de su hermano en el sofá y le agarró el cuello.

— Lo siento, hermano. No quería que os pelearais, sólo intentaba divertirme. Pero reconozco que fui irresponsable, lo siento. — João Guilherme me entregó su vaso de vino y le devolvió el abrazo.

— No pasa nada. También siento haberte gritado. — La besó en la mejilla, y los dos se abrazaron durante un rato hasta que João Guilherme se apartó. — La próxima vez que beses a un desconocido, elige uno más bonito, porque el de hoy era feo de cojones. — Nos echamos a reír. El ambiente se animó mucho a partir de ese momento.

Rayssa se levantó para poner música y João Guilherme miró la hora en su reloj de pulsera. Luego me acercó.

— ¡Feliz cumpleaños, amor! Hace tiempo que es medianoche, pero de todos modos yo fui la primera.

João Guilherme me besó apasionadamente, pero enseguida nos interrumpieron los gritos de felicitación de Rayssa. Me apartó de su hermano y saltó encima de mí.



Melinda

Me desperté sintiendo besos en la espalda, y mi cuerpo se estremeció.

— Buenos días, amor — me susurró Guilherme al oído, abrazándome por detrás.

— Buenos días, amor. — Me retorcí.

— Despierta, es tu cumpleaños, tenemos mucho que celebrar. — João Guilherme me sacó de la cama y me llevó al baño.

Yo aún tenía sueño y él estaba iluminado. Nos duchamos juntos e hicimos el amor.



— ¡Sorpresa! — Rayssa y P.A. gritaron y luego me cantaron el cumpleaños feliz.

João Guilherme y yo acabábamos de llegar a la habitación, así que me sorprendió la

bienvenida. Nuestra amiga y mi cuñada habían montado una preciosa mesa de desayuno y habían colocado una tarta con una vela en el centro. Suspendidos y esparcidos por la habitación había globos blancos y dorados; en la puerta del balcón había globos rosa metalizado con mi nombre.

— Gracias, amor. — Primero abracé a mi novio.

— De nada, pero no contribuí a la sorpresa. — Se echó a reír.

— Esta sorpresa es mía y de P.A. Nos levantamos temprano y salimos a comprar la tarta y los globos, con la esperanza de que no te despertaras antes de que volviéramos. Por suerte, debisteis de estar disfrutando tanto o lo que fuera que estuvierais haciendo en aquella habitación que tardasteis en levantaros. Al final, todo salió bien.

— Gracias, cuñada. — Abracé a Rayssa y a P.A..

Después de que nos sorprendieran maravillosamente, nos tomamos un café. Estábamos hablando de tonterías cuando sonó el interfono y Rayssa fue a contestar.

— El portero dijo que tenía una entrega de flores para Melinda. Quiere saber si puede llevársela.

— Por supuesto — sonreí, pero cuando miré a João Guilherme, su expresión era seria.

— ¿Qué carajo, Melinda? No te he mandado flores — dijo, y P.A. se echó a reír.

— Las traerá el mensajero del condominio. — Rayssa volvió a sentarse a la mesa y, unos minutos después, sonó el timbre.

Me levanté para abrir, pues sabía que eran las flores. Las recibí, firmé y, al girarme, vi a João Guilherme.

— ¿Quién envió las flores?

— ¡Cálmate! Déjame ver la tarjeta. — Me reí, porque estaba segura de que no era para tanto. A lo mejor hasta eran P.A. y Rayssa burlándose de nosotros.

Cuando abrí la tarjeta, me sorprendí. No era una broma, y eso me alegró el corazón. João Guilherme me miró ansioso, sobre todo porque se dio cuenta de lo mucho que me había derretido.

— Son de tus padres — dije emocionada, y mi celoso novio se tranquilizó.

— Joder, qué susto. — Volvió a la mesa aliviado, mientras yo iba a poner las flores.

Habían elegido un precioso jarrón de orquídeas blancas, muy exuberantes, que darían a nuestra casa un aire de elegancia y sofisticación. Volví a la mesa y me senté a leer la tarjeta.

Gracias por toda la alegría y la luz que has traído a la vida de nuestro hijo.
Enhorabuena, querida nuera. Te deseamos salud, prosperidad y alegría.
Tus suegros, Helena y Augusto.

Se me humedecieron los ojos, pero a pesar de toda la emoción, sobre todo al imaginar que aquel regalo venía de mi suegra, conseguí no llorar.



Llegó la noche y nuestra casa se llenó de trabajo. João Guilherme contrató a un equipo — dos cocineros, una fregona y dos camareros — para preparar una cena para celebrar mi cumpleaños. Fue una ocasión muy íntima, con sólo mis suegros, mi madrina, Rayssa, Celina y P.A..

Además de las flores que habían enviado antes, Helena y Augusto me hicieron otro regalo precioso: un delicado juego de pendientes y un collar. Me encanta. Rayssa me regaló una pulsera con mi nombre, el de João Guilherme y la fecha en que empezamos a salir en Itaipava grabados. Casi lloro cuando vi que había pensado en algo tan especial, era perfecto. Paulo André me regaló un kit completo de maquillaje que, poco después, mi amiga me confesó que había elegido ella misma. Celina me regaló una bolsa de playa maravillosa. Y mi madrina eligió unos marcos con fotos de mis padres para regalarme, y eso fue sin duda lo que más me emocionó.

La cena estaba servida, pero tardé en tocar la comida. Me sentí tan feliz y bienvenida que pasé unos minutos disfrutando de las sensaciones. Me sentí agradecida por el maravilloso día que había tenido y porque la noche fuera igual de perfecta. En momentos así, era inevitable no pensar en mis padres y sentir que se me estrujaba un poco el corazón, pero esta sensación pasó pronto, ya que la casa estaba llena y no tardó en hablar alguien o en hacer algo para distraerme.

Después de cenar, João Guilherme puso música suave en el equipo de música y nos repartimos por el salón en pequeños grupos para charlar. Tras unos minutos de charla, Guilherme nos pide un minuto de atención.

— Quiero aprovechar que todas las personas que queremos estamos aquí reunidas y hacer una petición especial para mi dulce Mel. — Extendió el brazo hacia mí y le cogí la mano. Con el corazón palpitante, me acerqué más a él. — Durante un periodo de mi vida, dejé de creer en las relaciones. La idea de compartir mis días con alguien era... inquietante. Entonces, sin previo aviso, llegó Melinda.

En ese momento, me di cuenta de que incluso el equipo que organizaba la cena se había detenido para escuchar el discurso de mi novio.

— Rayssa intentó advertirme, diciendo algo así como *"Hermano, tengo que prepararte para el impacto. Es preciosa"*. — João Guilherme imitó a su hermana, hablando de aquella forma tan graciosa que ella tenía, y nos reímos. — No me lo creía, no me importaba y no me preparé. Nunca pensé que, a estas alturas de mi vida, la belleza de una mujer fuera capaz de

impresionarme.

— La estafa está ahí, ¡quien quiera caer en ella! — dijo P.A., y se oyó una carcajada general.

— Sí, amigo. Y yo caí en la trampa. Al día siguiente, cuando puse los ojos en Melinda, sentí que todas mis convicciones se derrumbaban. Justo en ese momento, la primera vez que la vi, empecé a flipar. — João Guilherme me miró intensamente, antes de volver su atención a los presentes. — Me encontré pensando: *Joder, ¿cómo puede alguien ser tan guapa?* Estaba realmente impresionada y enfadada, porque no podía dejar de pensar en ella.

Mi novio me miró y me pasó un pulgar por la mejilla, dedicándome una hermosa sonrisa.

— Y además de hermosa, esta chica era dulce y poseía una inocencia que nunca había visto antes. Todo eso me trastornaba.

— No culpes a mi amiga, porque no tenías muy buena cabeza antes de conocerla — se burló Rayssa, haciendo reír a todos, incluido Guilherme.

— Tienes razón, hermana, pero la llegada de Melinda empeoró mucho mi problema. Era imposible resistirse. Un día, estaba muy alterada, me encontré con Melinda y hablamos. Le conté algunas cosas, algo inusual en mí porque soy un tipo reservado. Apenas nos conocíamos, pero me pareció natural hablarle de mi intimidad. Cuando me di cuenta, ella había entrelazado nuestros deditos, así — João Guilherme levantó nuestras manos y simuló lo que había ocurrido aquel día para que todo el mundo lo viera. — Aquel simple gesto me afectó mucho y me tranquilizó, porque era como si, con aquel contacto, me dijera que estaba ahí y que siempre estaría. En ese momento me di cuenta de que su belleza era insignificante comparada con lo que me hacía sentir, lo mucho que me conmovía y la paz que me daba.

— ¿Cómo no voy a enamorarme de este hombre? — dije, dándole un beso.

— Melinda convirtió lo que yo consideraba un caos en certeza y plenitud. Con ella a mi lado, los obstáculos parecen más fáciles de afrontar. Y sé que, para los de fuera, suena precipitado y loco el modo en que sucedieron las cosas entre nosotros, pero cuando encuentras a la persona adecuada en tu vida, consigues en un mes lo que no habías logrado en años. No hay explicación, salvo que es un encuentro de almas. Un día conoces a la persona, al siguiente hablas y te identificas con ella, y cuando menos te lo esperas, la quieres cerca todo el tiempo y te involucras tanto que el tiempo se vuelve irrelevante. Hoy, mi mayor certeza es que amo a esta mujer y quiero compartir con ella cada hora de mi vida.

João Guilherme me miró exclusivamente a mí. Ya había dejado de intentar no llorar; Helena y mi madrina también lloraban.

— Amor, sé que estar conmigo no siempre es fácil y que tendrías mil razones para huir de mí. Muchas veces me he preguntado cuánto tardarías en darte cuenta de la trampa en la que te estabas metiendo y dejarme. Pero incluso ante mi caos, te mantuviste firme a mi lado, luchaste

por mí, me defendiste y te quedaste... Desde entonces, lo único que más deseo, cada día, es darte *mil razones para quedarte...*

A João Guilherme se le empañaron los ojos, se apartó un poco de mí y sacó del bolsillo una cajita roja.

— Melinda Fonseca Maia, ¿quieres casarte conmigo?

Nada me preparó para este momento. Pensé que mi corazón iba a explotar de tanto amor que no sabía si responder o llorar. Nunca podría describir con palabras la emoción que sentía por todo lo que acababa de pasar. Después de lo que me pareció una eternidad, conseguí hablar.

— ¡Sí! ¡Mil veces, sí!

Salté a los brazos de João Guilherme. Él me abrazó, me hizo girar en el aire y todos aplaudieron.



Melinda

Todos se habían marchado, dejándonos sólo a João Guilherme y a mí en el salón de nuestro piso. Por más que lo intentaba, no podía dejar de mirar nuestras alianzas. Estábamos tumbados en el sofá, uno al lado del otro, acariciándonos con las yemas de los dedos y mirándonos las manos. Las joyas brillaban.

Nuestros invitados acababan de marcharse, así que el equipo de sonido seguía encendido. En aquel ambiente de tranquilidad y amor, empezó a sonar una canción que me encantaba.

— Venga, vamos a bailar. — Me levanté y tiré de João Guilherme conmigo.

La habitación sólo estaba iluminada por la enorme luna brillante del cielo y, de fondo, Djavan cantaba Amor puro, una canción que siempre hacía que mi corazón se acelerase y explotase de amor. En el estribillo, le canté en voz baja a mi ahora prometido.

"Te quiero en todo, en todo, en todo
Quiero más que nada, todo, todo

Amarte sin límites
Vivir una gran historia".

En silencio, Guilherme sostuvo mi cara entre sus enormes manos y me besó. El beso empezó lento y suave, pero poco a poco se convirtió en un contacto desesperado, intenso, caliente y apasionado.

En pocos minutos, João Guilherme me quitó el vestido y las bragas, dejándome completamente desnuda. Yo también tiré de todas sus prendas, abrumada por el deseo de tener su cuerpo desnudo junto al mío.



Pasé más de seis meses sin sexo después de romper con Giovana, y me fue bien. Por supuesto que lo echaba de menos y a veces la abstinencia incluso afectaba a mi estado de ánimo, pero sobreviví. Sin embargo, la lujuria incontrolada que sentía por Melinda me asustaba. Tenía la sensación de que si algo me privaba de ella — de tenerla — moriría. Podía pasarme todo el día dentro de ella y no me cansaría. Su coño caliente y apretado era mi nueva adicción, y sabía que sería mi perdición eterna.

Estábamos abrazados, completamente desnudos, en medio de la habitación. Su cuerpo caliente, pegado al mío, me volvía loco. El cristal del balcón era de espejo, así que nadie podía vernos allí, pero podíamos contemplar perfectamente el espectáculo de la luna en el exterior.

Conduje a Melinda hasta el sofá sin soltarle la boca. La puse de rodillas, apoyada en el respaldo, de espaldas a mí, sacando su maravilloso culo, que casi me hace correrme con sólo mirarlo. Mi boca salivaba mientras la miraba.

Le agarré el culo con ambas manos, abrí más sus piernas y admiré su coño, reluciente de excitación. Lamí su longitud, ansioso por probar la miel que me tenía enganchado. Melinda gimió al sentir mi lengua, y sus gemidos aumentaron mi excitación hasta un grado absurdo.

Empecé a chuparla, y la traviesa empujó aún más su caliente culo, rebotando sobre mi cara y volviéndome loco. Le introduje un dedo mientras la chupaba, y eso la llevó al límite. Su coño perfecto se contrajo innumerables veces, y pronto se corrió, deliciosamente, en mi boca.

Yo ya no podía más, iba a explotar si no me metía dentro de ella. Así que coloqué mi

polla firmemente y la penetré de una sola vez, provocando en ella un grito de dolor y placer. La agarré por la cintura y penetré en su apretado coño, rápido y profundo. Ella se contrajo por todas partes, gimiendo y estrangulando mi polla, empujándome casi hasta el límite.

Le di una palmada en el culo, probando si le gustaba la sensación, y noté que sí. Mi Mel era perfecta para mí. Seguí empujando intensamente, estimulado por el sonido de nuestros gemidos y el choque de nuestros cuerpos. Saqué mi polla, la levanté y apoyé su cuerpo contra la pared, de pie y quieta de espaldas a mí. Volví a penetrarla por detrás, masajeando sus pechos y mordisqueando ligeramente su oreja y su cuello.

— Estás muy buena y eres toda mía — le dije al oído entre gemidos, sin dejar de penetrarla. Me llevé la mano al coño y le masajeé el clítoris. — Quiero comerte el culo. ¿Me dejas, cariño? — Le mordisqueé la oreja.

— Te dejaré. — Melinda estaba dopada de placer, empujaba su culo hacia mí y buscaba más contacto.

— Voy a hacer que te corras sobre mi polla, y luego voy a comerte tu maravilloso culo. — Mi polla se hinchó más dentro de ella, y su cuerpo se retorció sobre mis dedos, al mismo tiempo que su coño me apretaba más. — Córrete para mí, Melinda. Cómete en la polla de tu hombre.

Intensifiqué las embestidas en su coño y los movimientos de mis dedos en su clítoris. No tardó en correrse, gimiendo y gritando salvajemente, casi llevándome con ella.

Disminuí la velocidad de mis embestidas mientras ella se calmaba tras el orgasmo. Abrí su maravilloso culo y lamí mi objeto de deseo, preparándolo para mí. Le unté la zona con los fluidos de su coño, lubricándola, y metí un dedo en su sabroso culo para prepararlo. Le gustó, gimió y se empujó más hacia mí.

Volví a dedicar mi atención a su clítoris, para relajar su cuerpo, y le metí otro dedo, mientras sus gemidos tentaban mis sentidos. Cuando me di cuenta de que estaba lista, me levanté y, sin dejar su clítoris, coloqué mi polla en su apretada entrada.

— Cariño, voy a metértela en el culo despacio, pero si es demasiado para ti, quiero que me lo digas. — Ella asintió, gimiendo de placer.

Me concentré en su clítoris ya lamido, llevándola al borde del orgasmo y muy relajada, y sólo entonces comencé a penetrarla por el culo. *Joder, me voy a morir de excitación. Está demasiado apretado.*

— Ouch — se quejó, dulcemente, y paré. Después de un rato, se quedó callada, y empecé a moverme muy despacio, entrando en ella centímetro a centímetro, mientras ella gemía y se quejaba, pero se empujaba aún más.

Cuando llegué hasta el fondo, me quedé quieto un momento. Luego le besé la oreja y el cuello, masajeándole los pechos con una mano y el clítoris con la otra. Melinda volvió a

relajarse, hasta el punto de que sentí que su cuerpo empezaba a contraerse. Estaba a punto de correrse.

Aproveché los primeros espasmos de su orgasmo y empecé a moverme de nuevo dentro de su culo. *Joder, esto es alucinante.* Aumenté un poco el ritmo de mis embestidas y ella empezó a gemir y a gritar, a correrse. Fue tan bueno que yo también exploté, corriéndome con ella y llenándole el culo con mi semen. *Joder, ha sido el polvo más intenso de mi vida.*



Al día siguiente, cuando me desperté, Melinda no estaba en la cama. Me sorprendió ver que aún eran las 7.15. Ni siquiera mi móvil se había despertado todavía. No solía despertarse tan temprano cuando no tenía que hacerlo.

Aunque tenía sueño, salí de la cama y fui a buscarla. La encontré preparando la mesa del desayuno y sonriendo al verme.

— Me levanté temprano para preparar nuestro café. He elegido las cosas sencillas que me gustan, espero que a ti también — dijo tímidamente. Me acerqué para abrazarla y le besé el cuello.

— Estoy segura de que me gustará, porque todo lo que haces es delicioso — susurré, mordiéndole la oreja.

— No puedo creer que lo que siento en el culo sea tu polla dura, João Guilherme. — Ella se rió, y yo solté una risita. — ¡Por el amor de Dios! Todavía tengo el culo cocido y dolorido de ayer, y tú ya la tienes dura otra vez. — Fingió indignación.

— Es sólo una erección matutina, amor, no significa nada. Sigue sin significar nada. — Seguimos riendo, y olisqueé su cuello, aspirando aquel aroma natural del cuerpo de mi mujer. — Pero si quieres... — Melinda me dio unas palmaditas en el brazo.

— Nada de sexo ahora. Comamos antes de que se enfríe. — Tiró de mí para sentarme a la mesa.

Mientras comíamos, charlamos de varios temas, la mayoría triviales. Entonces recordé algo de lo que habíamos hablado nada más conocernos.

— Mi secretaria se va de baja por maternidad a finales de esta semana, y pensé que podrías trabajar conmigo, pero prefiero esperar hasta tus prácticas. Es mejor que te concentres en la universidad al principio.

— Eso no sería un problema, puedo perfectamente trabajar y estudiar. Mucha gente hace eso. Por cierto, dejé mis datos de contacto en la universidad cuando fui a informarme sobre el curso, y me enviaron un correo electrónico para informarme de que la matrícula comienza el mes

que viene. Volverán a avisar cuando se acerque la fecha exacta.

— Lo sé, cariño, pero Derecho es un curso que requiere mucha atención y disciplina. Sé que la mayoría de la gente estudia y trabaja, pero el rendimiento de los que no tienen que dividirse es sin duda mucho mejor. Ahora no tienes que preocuparte por el trabajo...

— La PUC es una de las mejores facultades de Río de Janeiro, João Guilherme, por eso quiero estudiar allí, pero el costo es alto, voy a tener que trabajar mucho para pagarlo.

— Sé cómo es. Yo también me gradué allí y, sin duda, es una gran inversión. Pero no tienes que preocuparte por eso, porque estoy dispuesto a invertir en tus estudios. — Sabía que Melinda discutiría, pero le dejé claro que quería ayudarla.

— No hace falta, amor. He ahorrado parte del dinero de la venta de la casa de mis padres para eso.

— Pues guárdalo para una emergencia. Puedo pagarte la universidad. Y no te engañes, no estoy siendo amable. Quiero invertir en ti, hacerte un puto abogado para que puedas trabajar conmigo más adelante. Sin mencionar que, como mi futura esposa, me interesa que tengas éxito. No creas que lo hago por generosidad, en realidad soy un hombre interesado.

Le guiñé un ojo a Melinda, con una cara muy traviesa que sabía que le encantaba, y ella soltó una carcajada que sonó como música para mis oídos.



Giovana

Un mes después

La música a todo volumen que escuchaba en mi habitación me tenía tan inmerso que casi no oí cuando sonó el timbre de la puerta. Efectivamente, era Estela, ya que el guardia de seguridad no había llamado y yo le había mandado un mensaje un poco antes para avisarle de que estaría en casa. Apagué el sonido y fui a abrir.

— ¿Por qué no fuiste a terapia, Giovana? — Mi amiga ni siquiera me saludó, sino que se puso a molestarme en cuanto abrí la puerta.

— Hola a ti también. Y adiós si vienes a quitarme la poca paciencia que me queda. Ya tengo una mamá que hace eso, no necesito a nadie más.

— Deberías valorarnos más, porque tu mamá y yo te queremos y sólo te queremos a ti.

He oído este tipo de discurso mil veces en mi vida y siempre me ha irritado, aunque sabía que tenía razón. Sólo ellas y, tal vez, la tía Helena se preocupaban por mí.

— Lo siento, amigo. Sabes que yo también te quiero, es sólo que... Desde que Gui me dejó, estoy nervioso, un poco fuera de mí. No estoy de mi humor habitual. Venga, vamos a mi habitación.

— Tienes que superarlo, Giovana. Por el amor de Dios, hace mucho tiempo que rompisteis y, como ya sabes, incluso está con otra.

— Hoy estás insoportable, chica. Deja de restregarme en la cara la existencia de esa pueblerina con la que cree que sale. Voy a destruir a esa patán pronto. Voy a eliminarla de nuestras vidas y João Guilherme ni siquiera recordará que alguna vez existió. *Soy* la mujer de su vida y tarde o temprano, para bien o para mal, lo aceptará.

— ¡Jesús, Giovana! Suenas como una psicópata hablando así.

— Así que deja de llenarme con esta basura. — Me enfadé, pero pronto recuperé la cordura. — Dejé a esos dos solos un rato porque estoy buscando el mejor curso de acción. Mi cabeza no deja de darle vueltas.

— Te estás volviendo insoportable con esta obsesión, nadie puede soportarlo más. No voy a seguir restregándote en la cabeza que esto va a acabar muy mal. Estás enfermo, amigo, y necesitas tratamiento. Deja en paz a esa chica y a João Guilherme.

— Sé que todos me encuentran insoportable, pero eso no me molesta. No nací para complacer a nadie más que a mí mismo. Y eso es lo que estoy haciendo, persiguiendo mi felicidad que, ya sabes, se llama Guilherme. Nunca renunciaré a ser feliz, entre otras cosas porque soy la única preocupada por ello. Lucharé por mí y nunca dejaré solo al patán.

— No hay nada malo en luchar por tu felicidad, siempre que no perjudiques a los demás. Nadie es feliz con la infelicidad de los demás, Gio. Ve a vivir tu vida y deja que João Guilherme viva la suya, amiga.

— ¡No puedo! — Volví a estallar. — Guilherme me destruyó para cualquier hombre. La forma en que me trató, la forma en que me amó y me tomó... Ningún hombre podrá hacerme sentir así. No hay otro, Estela, sólo él. ¡No se acabó! ¡No lo aceptaré! Ese coño sólo está distrayendo a Gui, un día echará de menos a una mujer de verdad. Me extrañará a mí.

— Te engañas a ti mismo, Gio. Cuando esta chica llegó, ustedes ya habían roto, y él no se preocupaba por ti, especialmente después del aborto. João Guilherme nunca te perdonará, amiga. Acéptalo y sigue adelante. Tu obsesión con él acabará mal.

— En su momento, me precipité. Hice todo mal, empezando por quedarme embarazada. Siempre supe que Gui sería un gran padre y, en un momento de desesperación, pensé que el embarazo lo mantendría cerca de mí.

— Los hijos ya no mantienen unida una relación, amigo.

— Menos mal que el embarazo no funcionó, porque sólo después me di cuenta de que, en realidad, ese niño podría separar aún más a Gui de mí. Sólo tendría ojos para ese bebé, se olvidaría de mi existencia. Dios me libre de tener que competir por su amor con un niño. Cuando lo pensé, no fue difícil tomar esa medida. Todo lo que he hecho y hago es por amor, Estela. ¿Es que nadie me entiende? ¡Todo vale en el amor!

— ¡Dios mío, Gio! ¿Te oyes? A veces me das miedo, ¿lo sabes? — Estela estaba conmocionada, pero yo no entendía por qué tanto alboroto. Ella no me entendía. Nadie me entendería nunca.

— Vete, Estela. Hoy no es un buen día para hablar. Quiero estar sola. — Vi la tristeza en sus ojos, pero sabía que pasaría.

Estela era una de las pocas personas a las que quería. Ella, mi mamá, la tía Helena y, claro, mi Gui. Pero de todos ellos, el único sin el cual no podría vivir era Guilherme. Mataría y moriría por él.

— Me voy de verdad, amigo. Disfruta de este tiempo a solas y piensa un poco en tu vida. Realmente no sé qué más decirte.

— Da un portazo cuando te vayas. — Quería deshacerme de ese mimimi de inmediato.

Estela se marchó disgustada, pero no me importó. Su presencia me distraería y necesitaba concentración para pensar. Tenía que encontrar la manera de sacar de una vez por todas a esa rockera del infierno de la vida de mi novio.

João Guilherme era tan esencial para mí como el aire que respiraba, porque era el único capaz de acabar con mi dolor. Llevaba en terapia desde los siete años y no creía que tuviera ningún efecto. La única vez que fui verdaderamente feliz fue cuando él me amó. Ese hombre sabía cómo tratar a una mujer. Sabía cómo hacerme sentir querida y deseada. Ningún otro hombre podía siquiera acercarse a él.

Cuando empezamos a salir, todo el dolor que sentía desapareció.

Raúl me rechazó cuando aún era una niña. Nunca olvidaré el día en que, escondido en el armario de su habitación, le oí discutir con mi madre.

— Has hecho un desastre de nuestras vidas, Verinha. Esa niña está trastornada. Puedes ver todas las señales en su comportamiento. Giovana crecerá enojada y nos traerá muchos dolores de cabeza.

— No hables así, Raúl. Es sólo una niña que necesita ser amada.

— No todo se soluciona con amor. Algunos daños son irreversibles y sólo quien no quiere no puede verlos. Veo en los ojos de esta niña que va a dar mucho trabajo.

— Yo la quiero. Es mi hija.

— No necesito un dolor de cabeza así. Hay muchos orfanatos por ahí donde puede ser criada. Tú eliges: ella o yo.

Mi madre me eligió a mí, y el cabrón de mi padre se fue de casa. Incontables veces me sentí culpable cuando vi a mi madre llorar por su culpa, y enfadada porque yo la necesitaba.

Después de Gui, no necesitaba el amor de mi padre ni de nadie, porque le tenía a él y me bastaba con él.

Cuando se fue, mi vida dio un vuelco. Perdí mi terreno. Lo perdí todo. Sin embargo, sabía que podía hacer que volviera a quererme. Sólo necesitaba una oportunidad, y lo único que tenía que hacer era apartar a ese mestizo de nuestro camino. Ella lo estaba cegando. *Perra.*

Encima de la cómoda de mi dormitorio, había un marco de fotos nuestro. En la foto salíamos desde hacía unos tres meses y estábamos en la fiesta de cumpleaños de Paulo André. Gui estaba tan guapa como siempre y tenía esa sonrisa deslumbrante en la cara. Todas las chicas de la fiesta lo miraban y lo deseaban, pero él era todo mío y yo lo sabía. Gui ni siquiera miraba a ninguna de ellas, y ellas estaban celosas de mí.

Besé nuestra foto, igual que en aquella foto: mis labios estaban pegados a su mejilla, mientras él sonreía para la cámara.

— Somos perfectos juntos, mi amor. Eso nunca lo cambiará nadie — le dije a la foto que tenía delante.

Mientras me perdía en mis recuerdos, oí el ruido de la puerta de mi casa y voces. ¡Mierda! Mi madre había llegado, y seguro que me atormentaría al ver que no había ido a terapia.

Besé de nuevo la foto y volví a colocar el marco donde estaba. Respiré hondo y salí de mi habitación, preparándome para escuchar la misma letanía de siempre. Todavía en el pasillo, oí la voz de mi madrina. Me detuve donde estaba y se me aceleró el corazón. Hablaban cordialmente, pero no entendía lo que decían. Me acerqué en silencio y permanecí escondida, prestando atención a la conversación.

— No sé qué más hacer, Helena. Giovana está cada vez más obsesionada con João Guilherme. Por lo menos ha aceptado volver a terapia, pero sigo teniendo mucho miedo de lo que pueda hacer mi hija.

No me gustaba ver a mi madre así, triste, pero tenía que entenderme... Bueno, mejor ella que yo.

— Me alegro de que haya vuelto a terapia, porque hace tiempo que está pasando algo que me preocupa mucho, Verinha. No sé cuál será la reacción de Giovana, y eso me preocupa, pero mi hijo merece ser feliz. — Mi madrina siempre ha querido mucho a sus hijos y estaba segura de que se alegraría cuando João Guilherme y yo volviéramos a estar juntos. *— Él está muy enamorado de Melinda. Los dos se quieren de verdad. Todos los días se muestra como una buena chica, alguien que es bueno para mi chico y le quiere. Me gusta mucho ella y la idea de verlos juntos.*

— Ah, Helena, no sabes lo que estás diciendo. Siempre me preferirás como tu nuera.

¡Incluso tú, la campesina, te estás quedando ciega! Francamente, esperaba más de ti, querida — susurré libertinamente para mí.

— *Mantente alerta, Verinha, porque un día Giovana se enterará de los últimos acontecimientos en la vida de mi hijo, y eso me preocupa. No quiero que nadie sufra.* — Mi madrina puede estar segura de que nadie sufrirá, porque pronto recuperaré a Gui y volveremos a ser muy felices. — *João Guilherme y Melinda están viviendo juntos. Están prometidos y creo que la boda no tardará en llegar.*

En aquel momento, sentí que se me iba todo el aire de los pulmones. Tontamente, apoyé las manos en el borde de la pared, intentando sujetarme, y me entró un sudor frío. Pensé que me iba a morir. Me arrastré de vuelta a mi habitación, tratando de encontrar un poco de aire, pero las palabras de mi madrina seguían viniendo a mi cabeza, asfixiándome cada vez más.

— Gui... vivir... matrimonio... ¡No, no, no! No puede hacerme eso. No me lo hará. — Un ardor lacerante me golpeaba el corazón, la cabeza me palpitaba absurdamente y la vista se me nublaba. Quería respirar, pero no podía. Aquel dolor me mataría.

Miré hacia la mesilla de noche y vi una jarra de agua. Me arrastré hasta ella y llené un vaso para beber, pero me vino otra idea a la cabeza y me pareció lo más acertado. *Si el corte no es muy profundo, podré sobrevivir, y cuando se entere de lo ocurrido, se morirá de remordimiento y volverá conmigo.*

Aquella idea me tranquilizó, porque era una buena forma de hacerle ver a João Guilherme que aún me quería. Tiré el jarrón al suelo, con fuerza suficiente para romperlo, cogí el trozo de cristal más grande que encontré y, sin pensármelo dos veces, me corté las venas, — una y luego la otra.

Me aterrorizaba la sangre, siempre me daba asco verla, así que cuando vi que mis puños se teñían de un rojo intenso, grité. No tardé mucho en empezar a sentirme débil, pero sí lo suficiente para oír los pasos de mi madre y mi madrina en el pasillo. No las vi venir porque me desmayé.



João Guilherme

Era el final de la jornada laboral y yo estaba en mi despacho, estudiando un caso complicado, cuando mi padre entró corriendo. No solía entrar sin llamar, así que me levanté para saludarle.

— Guilherme, tu madre me llamó, desesperada, para decirme que Giovana estaba en el hospital. Se cortó las venas intentando suicidarse, hijo.

— ¿Por qué? ¿Por qué? — Estaba mareado con esta información repentina.

— Tu mamá había ido a casa de Verinha para contarle sobre tu compromiso. Pensó que era mejor avisar a su comadre, ponerla en alerta para cuando Giovana se enterara. No sabían que su ex estaba en casa, porque se suponía que en ese momento estaba en terapia. Giovana debió oírlo todo, porque justo entonces su madre y Verinha oyeron un grito. — Me volví a sentar en la silla, agotada de tanto follar.

— No aguanto más. Tiene que ser una maldición. — Me froté la cara, intentando sacudirme el cansancio. — Giovana se ha vuelto loca y quiere volver locos a todos. Ah, papá, si el arrepentimiento matara..., yo ya estaría muerto por haberme liado con esa mujer.

Hubo un breve momento de silencio, y mi padre lo rompió.

— ¿Qué piensas hacer? ¿Ir al hospital?

— ¿Yo? ¡Claro que no! Mi ex ya no es mi problema. Mi mujer está en casa, esperándome. Giovana ya no significa nada para mí, papá. No siento absolutamente nada por ella, ni lástima, ni rabia, nada. Después de que Melinda entró en mi vida, canalicé toda mi energía hacia ella. No tengo más espacio para malos sentimientos en mi vida, no vale la pena. Siento el dolor de Verinha, pero no puedo hacer nada para ayudarla. De hecho, sólo empeorará las cosas, porque Giovana pensará que actuando así puede llamar mi atención y volverá a hacerlo.

— Tienes razón, hijo mío.

— Sólo quiero que viva su vida y se olvide de mí, porque ni siquiera recuerdo que existe.

— Me doy cuenta de eso. Bueno, voy al hospital a comprobar la situación y a recoger a tu madre. Luego hablamos.



João Guilherme llegó del trabajo y me encontró en la cocina preparando la cena.

— Hum, qué bien huele. ¿Qué vamos a cenar hoy? — Me abrazó fuerte y me dio un beso.

— Solomillo stroganoff.

— Me encanta. — Sonrió, pero me di cuenta de que algo iba mal.

— ¿Qué te pasa?

— No puedo ocultarte nada, ¿verdad? Te lo diré, porque no quiero secretos entre nosotros, pero hablaremos cinco minutos y ya está. Lo último que quiero es que afecte a nuestras vidas y a nuestra celebración de tu matriculación en la universidad. — Asentí, con el corazón oprimido. — Antes de llegar a casa, mi padre pasó por mi salón para decirme que Giovana había intentado suicidarse cuando se enteró de nuestro compromiso.

Oír eso fue un shock. Se me aceleró el corazón y, de repente, me asaltaron unas fuertes náuseas y tuve que correr para no vomitar en la cocina.

Apenas tuve tiempo de llegar a la olla y João Guilherme estaba detrás de mí, sujetándome el pelo.

— ¿Pero qué coño...? — gritó Guilherme, pero yo sabía que no estaba precisamente enfadado conmigo. — No quiero que esa mujer te afecte. No tenemos nada que ver con sus decisiones, así que, por favor, no te enfades por eso, amor. — Sabía que tenía razón, pero no había forma de que no me lo quitara de encima.

Las náuseas se me pasaron después de vomitar. Me levanté y fui al baño a lavarme los dientes y la cara. A cada paso que daba, João Guilherme me observaba atentamente.

— Dios mío, esa mujer está completamente loca. Mira, se me ha puesto la carne de gallina. — Le mostré mi brazo.

— Giovana ya no me sorprende. Le quitó la vida a un bebé indefenso que era su propio hijo, ¿por qué no iba a quitarse la suya? Es más, no dudo de que ella lo preparó todo. Probablemente se cortó ligeramente, sabiendo que no sería mortal, sólo para llamar mi atención.

— No seas tan insensible, amor.

— No soy insensible, y lo sabes. Pero cuando se trata de esta mujer, tengo cero empatía. Lo que ella haga no me importa, porque ella murió por mí cuando le quitó la vida a mi hijo. — João Guilherme se estremeció un poco, y yo lo comprendí, porque esta historia siempre le había conmovido.

— Tienes razón, pero a pesar de todo, no quiero que le pase nada malo. Quiero que viva su vida lejos de nosotros, eso es todo.

— Tampoco le deseo ningún mal. De hecho, no le deseo nada. Ella no existe para mí. — Miró su reloj. — Ya hemos tenido más de cinco minutos para hablar de ello. ¿Ha mejorado? — Conseguí sonreír ante su repentino cambio de tema, y él se acercó y me besó.

— Ya ha pasado, sólo fue momentáneo, por el susto. A veces pasa. Cuando me dieron la noticia de que mis padres habían muerto, vomité mucho y... Dios mío, olvidé la sartén en la placa.

Salí corriendo, dejando atrás a João Guilherme, justo a tiempo para apagar la cocina y no quemar la cena.

— Voy a ducharme para que podamos comer. — Le oí hablar desde el pasillo.

Tardaría unos minutos, y la comida — stroganoff, arroz y ensalada — estaba lista, así que aproveché para poner la mesa. Puse la vajilla y los cubiertos en el armario y sonó el interfono. Lo dejé todo en la cocina y fui a contestar.

— ¿Señora Melinda? Sus suegros están subiendo. — Le di las gracias al portero y colgué.

Poco después sonó el timbre y abrí la puerta. Mis suegros aún no tenían la contraseña del

ascensor privado, así que subieron por el ordinario y llamaron a la puerta. En cuanto abrí, me di cuenta de lo abatida que estaba Helena.

— Adelante. João Guilherme debe estar saliendo de la ducha. — Los saludé con besos en la mejilla y les abrí paso.

Nos sentamos en el sofá, y João Guilherme llegó poco después, con el pelo mojado y sus pantalones de franela, que me encantaban porque me daban ganas de bajármelos y chuparlos. *Dios mío, estoy pensando en ponerme traviesa delante de sus padres.* Ya me había dado cuenta de que me había convertido en una niña traviesa, pero también me estaba volviendo descarada.

— Buenas noches, mamá, papá — les saludó un poco seca, probablemente imaginando que sus padres estaban allí para hablar de Giovana.

Mi prometido se sentó a mi lado en el sofá, me dio un beso y, discretamente, respiró hondo.

— Hijo, siento haber venido a tu piso a estas horas. Lo último que quería en este momento era tener una conversación desagradable contigo, pero tengo el corazón muy apretado, João Guilherme, y no es por lo que le pasó a Giovana, como puedes imaginar. Lamento lo que le pasó a ella, pero mi principal preocupación ahora son tú y Melinda. — Helena parecía afligida.

— ¿Por qué? — João Guilherme estaba confuso.

— Crees que estoy poniendo las manos en la cabeza de Giovana, pero la verdad es que sólo intento ser comprensivo. Eso no significa que no vea todas las cosas horribles que ha hecho, pero sí que me preocupa lo que todavía pueda hacer. Por eso, siempre he intentado mediar en las cosas, mantener la paz y calmar su corazón. Amo a Gio, pero mi prioridad siempre serás tú, Rayssa y ahora Melinda.

Me emocionó estar tan genuinamente incluida en el corazón de mi suegra.

— Sé que la genética no siempre cuenta, porque la educación influye mucho más en el carácter y la personalidad de una persona. Tengo muchos buenos ejemplos de ello, como ser testigo de lo mucho que Verinha amaba y hacía todo por su hija, para que creciera sintiéndose amada y se convirtiera en una mujer de carácter. Pero a veces prevalece la genética.

— ¿De qué estás hablando, mamá?

— Cálmate, hija mía, ya llegaré. Creo que ya es hora de que sepas la verdad sobre la historia de Giovana.



Helena

Durante muchos años, huí de aquella conversación, tanto porque prometí guardar el secreto de mi amiga como porque era un recuerdo extremadamente doloroso para mí.

Sin embargo, sabía que llegaría el momento en que tendría que compartir esta historia con mis hijos. Era un pasado muy pesado y oscuro, que no me gustaría añadir a sus vidas, pero a la vista de los últimos acontecimientos, me resultaba imposible ocultarles este secreto.

Melinda estaba pálida incluso antes de conocer toda la historia, pero, por desgracia, no podía ahorrarles la verdad por más tiempo. Bajo su atenta mirada, empecé a contarles todo lo que había guardado bajo llave.

— Verinha y yo siempre habíamos sido amigas inseparables. Pero antes éramos tres, porque teníamos a Letícia. Crecimos juntas y nos tratábamos como hermanas. El día que conocí a Augusto, mis mejores amigas estaban conmigo, incluida Verinha, que conoció a Raúl al mismo tiempo. De las tres, fui la primera en casarme y pronto me quedé embarazada de João Guilherme.

Mi amiga se casó más tarde con el amigo de mi marido, y no tardó mucho en intentar quedarse embarazada. Por desgracia, descubrió que sus posibilidades de tener hijos eran escasas. Leticia era la más joven de nosotras y también la más extrovertida, alegre y cautivadora. Le encantaban el mar y las fiestas, siempre estaba sonriendo y haciendo bromas que nos hacían reír; era inteligente y... le encantaba vivir. Incluso pensábamos que sería la última de nosotros en casarse, porque el tipo romántico o ama de casa no era realmente su estilo.

Todo cambió cuando conoció a Fernando. Él no era de nuestra clase y no había crecido en Barra da Tijuca, — como nosotros. De hecho, nunca habíamos oído hablar de él. Letícia dijo que lo conoció en un bar de Lapa y que se enamoraron a primera vista.

En aquella época, ya no estábamos tan unidos, porque la vida de recién casados cambió mi rutina y la de Verinha. Además, yo estaba embarazada y acabé pasando más tiempo en casa. Pero nuestra amistad no había terminado; al contrario, hablábamos a menudo con ella por teléfono y a veces conseguíamos quedar, aunque no todos los días como antes.

A pesar del distanciamiento natural debido a los cambios en nuestras vidas, siempre le decíamos a Leticia que queríamos quedar con Fernando. Lo extraño era que nuestra amiga siempre inventaba excusas para que eso no ocurriera. Verinha y yo sospechábamos de la ligereza de Leticia, pero estábamos tan metidas en nuestras vidas que no teníamos mucho tiempo para pensar en nuestra amiga. *Cuánto lo lamento.*

Estaba enamorada de la maternidad, viviendo todas las nuevas experiencias del embarazo, ocupándome del ajuar, decorando la habitación de João Guilherme y esperando ansiosa su llegada. Con Verinha no fue diferente, ya que estaba empeñada en intentar quedarse embarazada.

El dolor que me causaba revivir esta historia debía de estar en toda mi cara, porque en ese momento Guilherme puso su mano sobre la mía y la apretó un poco, como forma de animarme a seguir adelante. Y así lo hice.

— Verinha y yo dejamos de insistir y permitimos que Letícia se sintiera libre de presentarnos a su novio siempre que quisiera. Al cabo de un tiempo, notamos un comportamiento diferente en ella. Aunque nos veíamos con poca frecuencia, era imposible no notarlo. Mi amiga, siempre tan guapa, vanidosa y llena de vida, había adelgazado mucho, había dejado de maquillarse y de cuidarse el pelo, lo que le daba un aspecto desaliñado. Leticia perdió toda la vitalidad que admirábamos en ella. Esa energía contagiosa y ese brillo que iluminaba todo a su alrededor habían desaparecido.

Sin que nos lo esperáramos, todo se perdió. Se convirtió en una persona triste y sin vida. Verinha y yo intentamos comprender lo que le pasaba a nuestra amiga, pero tal vez lo hicimos al revés, porque empezamos a cuestionarla y ella se alejó de nosotros. En lugar de rendirnos, fuimos en busca de la verdad y descubrimos que Leticia se había ido de casa y vivía con

Fernando. Vivía con una tía en Barra, y fue esta mujer quien nos informó de la mudanza y nos dio su nueva dirección.

Finalmente, conocimos a Fernando. Parecía un tipo normal, mucho mayor que Letícia y con un toque de chico malo. La mirada que intercambiamos Verinha y yo al verle demostró que no nos gustaba a ninguna de las dos, pero eso no fue elección nuestra, sino de Letícia, que parecía estar loca por él.

En aquella primera visita no descubrimos nada, pero intuíamos que algo iba mal. Así que empezamos a visitarla más a menudo. El hombre siempre estaba en casa, y eso le quitaba toda oportunidad de hablar a solas con nuestra amiga. Por si fuera poco, ella ponía excusas para no salir de casa.

Un día, fuimos a casa de Leticia por sorpresa y la encontramos sola y agotada. Estaba desesperada, lloraba mucho y parecía muy abatida. Tenía la ropa y el pelo sucios, como si llevara días sin ducharse ni dormir bien.

Nos quedamos de piedra. Nuestra amiga, tan vivaracha y vanidosa, se había convertido en una sombra de sí misma. Pero su aspecto no era nada comparado con los dos descubrimientos que hicimos en la misma ocasión. Leticia se había convertido en una consumidora de drogas, introducida en la cocaína por el desafortunado Fernando, y además estaba embarazada. Nuestra amiga llegó a tal nivel de adicción que, incluso ante su embarazo, siguió drogándose.

Tuvimos que presionarla un poco hasta que se sinceró con nosotros, como hacía antes de conocer a aquel hombre.

— Le dije a Fernando que estoy embarazada, y me gritó a la cara que no quiere saber nada de ese niño, porque no quiere ser padre. Recogió la ropa y se fue — se desahogó Leticia, completamente desconsolada. Por desgracia, ella le quería.

En ese momento, no tuvimos más remedio que consolarla.

— Encontraremos una solución, amiga mía. No te dejaremos desamparada, te lo juro — dije, aunque me desesperaba darme cuenta de que no sabía cómo ayudar a Leticia.

Éramos muy jóvenes y, además, yo tenía una barriga enorme, cargando a João Guilherme. Augusto se quejaba cuando salía, alegando que no lo necesitaba, y tenía razón, al fin y al cabo, era un esfuerzo sobrehumano estar mucho tiempo de pie, ya que se me hinchaban mucho las piernas.

Pedimos ayuda a la tía de Leticia, pero no se preocupó por su sobrina. Cuando murió la madre de Leticia, esta mujer terminó de criarla, casi por obligación, pero no le demostró ningún cariño.

Con mucho esfuerzo, Verinha y yo ayudamos a nuestra amiga. La llevamos al obstetra, le pagamos los cuidados prenatales y ayudamos a cuidar de su embarazo. Fue mucho trabajo, sobre todo intentar convencerla de que tratara su adicción a la cocaína.

Las cosas empezaban a ir por el buen camino, nuestra amiga se daba cuenta de que tenía que cuidarse para poder atender a ese bebé, pero Fernando reapareció y ella volvió con él.

En aquel momento, Letícia estaba embarazada de cuatro meses y ya sabíamos que era una niña. João Guilherme era un recién nacido, lo que me impedía acercarme demasiado. De todos modos, mi amiga volvió a alejarse por el regreso de Fernando.

Y así fue durante todo el embarazo. Se quedaba con ella un tiempo, luego la dejaba y se iba unos días. En el proceso, ella volvió a consumir drogas muy intensamente, y sospechamos que había abandonado los cuidados prenatales.

Tras meses de lucha, Letícia acudió a nosotros. Había nacido su hija y fuimos a visitarla. La niña era preciosa, una muñequita. Verinha y yo nos enamoramos perdidamente de ella y volvimos a ayudar a nuestra amiga, porque Fernando apenas ponía comida en casa, se iba y volvía como si nada.

Pasaron unos meses y Leticia desapareció. Ya no contestaba a nuestras llamadas y eso nos preocupó mucho. Angustiados, fuimos a su casa, y lo que encontramos fue desgarrador. Leticia estaba drogada, por supuesto. Nuestra amiga y su hija — de casi un año — estaban en un estado deplorable. Ambas estaban sucias, delgadas y desaliñadas.

Hacía días que la niña no se bañaba, su pañal estaba empapado de pis y caca. Ni siquiera parecía tener fuerzas para llorar bien, su vocecita se había vuelto muy ronca, probablemente de tanto llorar y gritar cuando aún tenía aliento para hacerlo. La niña estaba claramente desnutrida, una desgracia. Como madre, con João Guilherme casi de la misma edad que ella, sentí que me sangraba el corazón.

— ¡Dios mío! — exclamó Melinda y, cuando la miré, me di cuenta de que estaba llorando, tan conmocionada como yo. Mi nuera era una chica muy sensible; Mi hijo tenía suerte de haberla conocido.

— Voy a traerte agua — me ofreció mi marido.

Respiré hondo para intentar recomponerme, pero recordar aquella escena me resultaba extremadamente doloroso. Seguí contándole que la niña estaba tan delgada que sus ojos parecían enormes y que estaba muy asustada. Incluso sospechamos que el monstruo de Fernando había estado juzgando al animalito, porque se asustó cuando nos acercamos. Es más, vimos algunas marcas en su cuerpo que debían ser de agresión.

Verinha y yo sólo podíamos llorar ante aquella escena de horror. La casa apestaba, había pañales sucios por todas partes, comida podrida en el salón y en la cocina, y ropa maloliente por todas partes. Era horrible.

Ese día me sentí culpable. No deberíamos haber dejado que la situación llegara a ese punto. Deberíamos haber hecho algo desde el principio. Aquella niña era inocente, no se merecía pasar por una situación tan mala, y nuestro amigo, a pesar de todo, tampoco se lo merecía.

Cuanto más mirábamos Verinha y yo a la niña, asustada y aferrada a su madre, tirada en el suelo, completamente drogada, más llorábamos. Era inhumano. Como yo ya era madre, me afectó mucho. Ningún niño merecía vivir eso. Se me rompió el corazón y decidí hacer algo.

Ese día conseguimos despertar a Leticia con mucho sacrificio y nos pusimos más duros con ella. La amenazamos con internarla a la fuerza si no aceptaba ayuda psicológica. Al final cedió.

Sacamos a las dos de casa, llevamos a nuestra amiga a una clínica, por voluntad propia, y comenzó el tratamiento farmacológico. Mientras tanto, Verinha cuidaría de la chica. Como ya tenía a Guilherme, sería más difícil cuidar de dos niños, así que me limité a ayudar. Mi comadre le dio a la niña toda la ayuda que necesitaba — la llevó al médico, le compró ropa y todo lo demás. A los tres meses, la niña ya era otra: regordeta, bien cuidada, feliz y muy apegada a la mujer que la cuidaba.

Todo iba muy bien. Llevábamos a la niña a visitar a Leticia y veíamos sus progresos. El tratamiento duró años, hasta que por fin le dieron el alta en la clínica para que terminara el tratamiento en casa. Nuestra amiga volvía a parecer la de antes, pero no duró mucho, porque reapareció el lamentable carácter de Fernando. Estábamos desesperados, temíamos que Leticia volviera con él, y desgraciadamente así fue.

El canalla la engañó, diciéndole que la quería, pero que se había marchado porque no quería ser padre. Así que Leticia pidió a Verinha que adoptara a su hija, renunciando a la maternidad para vivir con Fernando. Y esa hija es Giovana.

Me detuve para serenarme cuando me di cuenta de que Melinda estaba en estado de shock y respiraba hondo para intentar calmarse.

— ¿Se encuentran bien? — pregunté a Melinda y a João Guilherme, que también parecían conmocionados.

— Estoy bien, vamos — respondió Melinda, recomponiéndose.

— Verinha no ocultó la historia de Giovana, entre otras cosas porque, cuando la adoptó, la niña ya tenía más de tres años. Incluso a una edad tan temprana, mi ahijada tenía algunos recuerdos de aquella época. Sabía que era adoptada y, más o menos, cómo había sucedido todo. Mi madrina no le contó más de lo que Gio recordaba, ahorrándose lo que podía.

— A mí nunca me contó nada.

— No me extraña, hijo mío. Cuando se hizo mayor, fue a buscar más detalles sobre tu historia y lo descubrió todo. Hizo jurar a su madre que nunca se lo contaría a nadie, porque era demasiado vergonzoso. El único que lo sabía, aparte de nosotros, era tu padre. Y ahora tú. Y pienso contárselo a Rayssa cuando vuelva a casa.

— ¿Y qué pasó con su madre biológica? — preguntó João Guilherme, y mis labios temblaron antes de que pudiera hablar.

— Letícia se suicidó cuando Giovana tenía siete años. Fernando la dejó, una vez más, en muy malas condiciones y, esta vez, ella no pudo superarlo y se quitó la vida pegándose un tiro en la cabeza — casi no alcancé a terminar de hablar, pues me invadieron las lágrimas. — No podíamos imaginar lo que estaba pasando, porque nos mentía diciendo que todo estaba bien y que Fernando había cambiado. En aquella época, sólo hablábamos por teléfono, porque ella vivía en Niterói y siempre daba una excusa cuando hablábamos de visitarla. Como sonaba bien por teléfono, le tomamos la palabra. Pero todo era mentira. Había aprendido a fingir.

El día que Letícia se suicidó, recibí una llamada de despedida. Le rogué que esperara a que llegara para hablar, le dije que la ayudaría y que todo iría bien, pero me colgó. Salí desesperada de Barra da Tijuca casi a las nueve de la noche y me fui a Niterói. Ese día perdí a una hermana.

Poco después, supimos que el infeliz de Fernando había sido asesinado porque se dedicaba al tráfico de drogas, al robo e incluso al asesinato.

— ¿Cómo es posible que no recuerde nada de esto? Recuerdo a Giovana, todavía una niña, en nuestra casa. — João Guilherme se sobresaltó.

— Eras una niña, no prestabas atención a los problemas de los adultos. Además, tu padre y yo no te hicimos saber nada, hijo. Te protegíamos de la podredumbre del mundo tanto como podíamos. Poco después de la muerte de Leticia, descubrí que estaba embarazada de Rayssa. Fue repentino, pero fue un soplo de aire fresco y una sorpresa maravillosa. Te alegraste tanto cuando supiste que ibas a tener una hermanita que no te importó nada más.

Era una historia muy trágica y Giovana conocía todos los detalles porque se empeñó en ello. Por más que Verinha intentó protegerla, ella volvió para enterarse de todo.

— Hijo mío, os he contado todo esto porque temo por vuestras vidas y por lo que Giovana pueda haceros. Temo que ella haya heredado la mala sangre de su padre, porque su último comportamiento demuestra lo fuera de control que está. Tened cuidado.

Lloré copiosamente, sintiendo que el miedo se apoderaba de mí.



Melinda

La historia que nos contó Helena era surrealista, pero explicaba muchas cosas. Pude comprender aún más cómo pensaba y actuaba mi suegra, no sólo por la piedad que tuvo con Giovana, sino también por sus miedos.

A mi lado, João Guilherme permanecía en silencio y con la mirada perdida. Mi prometido solía actuar así en situaciones difíciles. Pensaba durante mucho tiempo antes de expresar su opinión.

Me resultaba difícil sentir lástima o empatía por la Giovana adulta que conocí, pero era imposible no sentir compasión por la niña maltratada y asustada que había sido una vez.

Obviamente, el pasado no justificaba sus fechorías, pero en cierto modo explicaba un poco. Tenía sentido cuando Helena dijo que Giovana estaba devolviendo lo que había recibido de la vida, porque la habían golpeado mucho. Sin embargo, habría tenido aún más sentido si hubiera seguido el buen ejemplo de su madre, Verinha, o de mi suegra, porque ambas siempre la

quisieron y lucharon para que tuviera una vida mejor. En cambio, Giovana se dejó llevar por el lado oscuro.

Salí de mis pensamientos cuando oí a Helena suspirar y luego su voz.

— Y para empeorar las cosas, Verinha sospecha que Giovana está consumiendo drogas. Estoy muy preocupada, hijo mío. Por ti, por Melinda y también por Rayssa. Este odio que se tienen no es bueno. Me da miedo. — Mi suegra volvió a llorar y João Guilherme hizo una señal a su padre para que la calmase.

Mi novio se levantó, aún sin decir palabra, y salió al balcón del piso. Fui tras él y, cuando me acerqué, noté que los músculos de su espalda se tensaban. Estaba quieto y pensativo, mirando al mar. Le abracé por detrás, cerré los ojos y me quedé quieta, escuchando el sonido del mar y de las olas rompiendo en la playa para tranquilizarme.

— Todo va a salir bien — dije en voz baja, sin soltarlo, pero él me atrajo hacia sí y me abrazó con fuerza. João Guilherme me olió el pelo y me besó la cabeza.

— ¿Cómo voy a estar tranquila si te vas a la universidad, o a cualquier otro sitio? Sabía que Giovana estaba loca y era peligrosa, pero no sabía que esas motivaciones la hacían aún más inestable.

— Estoy conmocionada y ahora puedo entender mejor a tu mamá.

— Yo también. Aunque diga que no siento pena por todo lo que Giovana pasó de niña, miento. Pero podemos dejar que el dolor nos cambie, para peor o para mejor. Ella tuvo y tiene elección.

— Lo sé, amor. E...

— Ya nos vamos, hijo — advirtió mi suegra, acercándose a la puerta del balcón.

— Oh, no, quédate un poco más. Sé que todo esto es muy pesado, pero no puedes irte así. Vamos a calmarnos todos —dije. — Cena con nosotros. Terminé de preparar la comida justo antes de que llegaras. Quédate, por favor.

Helena sonrió, un poco torpe, y me estrechó en un abrazo fuerte y cariñoso.

— Gracias, querida, por ser tan especial. Me alegro mucho de que mi hijo te tenga. — Siguió abrazándome un rato y, cuando se apartó, aceptó quedarse.

La conversación dejó a todos exhaustos y el mal humor se mantuvo durante toda la cena. La comida, que antes parecía tan apetitosa, se hizo difícil de digerir.

— Verinha necesita interdictar y hospitalizar a Giovana para que pueda recibir tratamiento. Habla con ella, mamá —sugirió João Guilherme.

— Ni siquiera necesito hablar, hijo. Verinha me dijo en el hospital que es lo único que quiere. Mi amiga adora a esa niña y estoy seguro de que hará cualquier cosa para recuperarla.

— Vamos a aconsejar a Verinha que acelere esto, papá. Tenemos que orientarla para que haga todo correctamente y evite cancelaciones.

— Le he aconsejado cómo proceder y ya está dando todos los pasos, hijo. — Augusto era muy proactivo como abogado, una característica que también estaba muy presente en el trabajo de João Guilherme.

— También hablamos con el médico, porque fue él quien atendió a Giovana la otra vez, cuando perdió al bebé...

— ¡Él mató al bebé, querrás decir! — replicó Guilherme, y Helena se limitó a suspirar.

— El médico evaluó el historial médico de Giovana. — Mi suegro tomó la palabra. — Se ha ofrecido a ayudarnos manteniéndola en el hospital todo el tiempo que pueda. De momento está sedada y las enfermeras se ocupan de las heridas de sus muñecas. La sedación se irá retirando poco a poco, y así Verinha tendrá al menos una semana para resolver la parte burocrática de la hospitalización obligatoria — aclaró Augusto, y mi prometido asintió.

Hubo unos minutos de silencio, sólo interrumpidos por el tintineo de los cubiertos sobre los platos, y entonces sonó el móvil de Helena. Se levantó, cogió el auricular del bolso que llevaba en el salón y contestó.

— *Hola, hija. Mamá está aquí, en casa de tu hermano, pero me voy ahora porque quiero hablar contigo. Hablaremos más cuando vuelva, pero no te preocupes, todo va bien.* — Un momento de silencio. — *Todo va bien. Amor*.

Oímos los pasos de Helena volviendo del salón.

— Dijo mi suegra, acercándose de nuevo a nosotros. — ¿Vamos, Augusto? Celina ya se ha ido y nuestra hija está sola en casa, así que creo que es un buen momento para que hablemos.

Augusto se levantó y me dio las gracias por la cena, luego abrazó a su hijo, dándole su apoyo.

João Guilherme y yo acompañamos a sus padres al ascensor y luego volvimos a casa. Mi prometido seguía muy callado, y yo odiaba verlo así.



— ¿Qué te molesta tanto, amor? Sé que no es sólo el pasado de Giovana — le pregunté a João Guilherme cuando nos acostamos, y me miró antes de empezar a hablar.

— Mi madre siempre me enseñó que algunas cosas son para mejor y que Dios escribe renglones torcidos. Creo que tiene razón. Imagínate si hubiera tenido ese hijo con Giovana. Habría sido un niño inocente que podría haber heredado el mal carácter de su madre, o peor: sufrir con una madre desequilibrada. Fue una liberación, de lo contrario me habría quedado con una mujer así. Los dos habríamos tenido un vínculo eterno y ella seguramente habría utilizado al niño para llegar a mí.

— No puedo imaginar una vida así para ti, amor. Y no sólo porque te quiero, sino porque eres un hombre bueno y recto que no se merece una vida así. Menos mal que Dios escribió tan torcido que dejé mi tierra para encontrarme contigo aquí, en Río de Janeiro — dije bromeando, intentando romper el ambiente tenso.

— Esta fue, sin duda, la línea más recta que Él escribió en mi vida. — Recibí un beso, pero Guilherme no sonrió. — Lo que más me consume no son las motivaciones o las cosas imperdonables que Giovana hizo, sino el hecho de que muchas veces cuestioné a Dios por permitir que aquella mujer hiciera daño a un niño. Hoy puedo entenderlo. De todos nosotros, el niño sería el que más sufriría.

João Guilherme respiró hondo y cerró los ojos, como un niño asustado. Yo no sabía qué decir, así que lo abracé, y él me abrazó tan fuerte que casi me quedo sin aliento. Y así nos quedamos dormidos.



Al día siguiente, cuando me desperté, João Guilherme ya no estaba en la cama. Me levanté y lo encontré en la cocina, preparando el desayuno.

— Te has levantado temprano, ¿verdad? — le pregunté, abrazándolo por detrás y besándolo.

— Perdí el sueño, así que decidí devolverte lo que siempre haces: un desayuno increíble.

— ¡Vaya, me ha tocado la lotería! Me voy a casar con un hombre guapo, modesto y hogareño — bromeé, y él se echó a reír. Esa sonrisa me alegró el día, pues era señal de que se encontraba mejor.

— Así que el premio fue bueno, porque aún te olvidaste del guapo, engreído e inteligente. — *Qué alivio verle bromear.*

— Y modesto, por supuesto. — Le besé sonriendo.

Ayudé a João Guilherme a poner la mesa y nos sentamos a comer. Durante la comida, charlamos amablemente hasta que me acordé de una cita que tenía con Rayssa ese mismo día.

— Cariño, hoy voy a la universidad con tu hermana. Le debemos unos documentos y tenemos que ir a recogerlos.

— ¿Se los llevará Carlos?

— Probablemente lo hará.

— Si lo hace, bien. Si no, yo te recojo. Tengo que ir a la oficina esta mañana, pero avísame y lo arreglaré.

— Yo lo haré.



Estaba llegando a la oficina, distraído, cuando me llamó mi nueva secretaria. Nunca recordaba su nombre.

— Doctor, hay una llamada para usted.

— ¿Quién es?

— Carlos Henrique. Dice que es de Anvisa.

— Muy bien. Puede pasar la llamada a mi oficina. — Me apresuré y cerré la puerta para contestar. — Habla João Guilherme.

— Buenos días, doctor. Soy yo, Carlos Henrique, de Anvisa. Le llamo para agradecerle su denuncia e informarle de que hemos inspeccionado el restaurante de Leblon. Encontramos varias irregularidades, incluyendo productos caducados que estaban siendo entregados a los consumidores. El propietario no quiso cooperar, así que, además de la multa, prohibimos el restaurante hasta que todo estuviera regularizado. Fue detenido porque agredió a uno de nuestros agentes y ahora está esperando a su abogado.

— Es una vergüenza. ¿Puede darme la dirección de donde está detenido? Me gustaría hacerle una visita más tarde.

— Claro, escríbala.

Tomé los datos y colgué el teléfono, satisfecho y decidido a que aquella escoria y yo tuviéramos una pequeña charla.

Justo antes de la hora de comer, Melinda me envió un mensaje para decirme que Carlos la iba a llevar a ella y a Rayssa a la PUC. Me tranquilicé y me puse a trabajar. A mediodía, salí a comer y, cuando volví a la oficina, recibí una llamada de Melinda. Al menos eso me pareció.

— Hola, mi amor. ¿Vas a volver al piso?

— Gui, no te asustes, pero Melinda se desmayó de repente y la llevamos a la Clínica São Vicente, en Gávea — dijo Rayssa sin rodeos. Llamaba desde el teléfono de Melinda.

— ¿Qué pasa? — Empecé a coger mis cosas para salir de la oficina.

— Seguro que es el estrés, sobre todo después de lo de ayer, pero será mejor que vengas...

— Me voy. — Nervioso, colgué sin despedirme de mi hermana y salí corriendo como un loco en busca de mi mujer.



João Guilherme

Nunca había conducido tan rápido. Por suerte, Leblon estaba casi al lado de Gávea y en pocos minutos llegué a la clínica. Mi mente estaba acelerada y mi corazón también.

Entré corriendo y enseguida me encontré con Rayssa y Carlos. En cuanto me vio, mi hermana vino a abrazarme.

— ¿Alguna novedad? ¿Sigue inconsciente?

— Cálmate, hermano. Estás temblando.

— Respóndeme pronto, Rayssa.

— Llegó un poco aturdida y confusa. Creo que su presión sanguínea ha bajado mucho, no lo sé. También se quejaba de un pequeño mareo. — Me alegré de que mi hermana estuviera un poco tranquila, porque yo era un manojo de nervios. — Nadie ha venido a decir nada todavía.

— ¡Mierda! Necesito noticias. — Caminé rápidamente hacia la recepción.

— Buenas tardes. Necesito información sobre Melinda Fonseca Maia.

— ¿Es usted pariente de la paciente?

— Es mi prometida. Necesito noticias ahora, por favor.

— Un momento, señor. — La recepcionista tecleó en el ordenador durante lo que me pareció una eternidad, y yo me froté la cara con nerviosismo, intentando no entrar en el puto hospital a por Melinda. — Le han hecho unas pruebas y está en observación, esperando los resultados.

— ¿Puedo verla? — La súplica en mi voz mostraba toda mi preocupación.

— Un momento. — Cogió el teléfono y dijo algo en voz baja que no pude oír.

— ¿Qué ha dicho? — preguntó Rayssa, acercándose y distrayéndome.

— Melinda está en observación, esperando los resultados de unas pruebas. He pedido verla, no sé si...

— Señor, puede pasar. Está en la habitación 107. Siga por este pasillo. — La mujer me entregó una placa y me indicó la dirección que debía seguir.

— Quédate cerca de Carlos, hermana. No tardaré. — Besé a Rayssa en la cabeza y caminé rápidamente en busca de mi prometida.

Cuando encontré la habitación, entré eufórico y Melinda me miró asustada. Me acerqué a ella y la abracé.

— ¿Qué te pasa, amor? ¿Te sientes mejor?

— Tranquila, estoy bien. — Ella estrechó nuestro abrazo, tratando de calmarme. — Estaba en la universidad con Rayssa y de repente sentí una debilidad en el cuerpo. Me mareé y todo se volvió oscuro. Cuando me desperté y me di cuenta de que venía hacia aquí, estaba tan nerviosa que vomité.

— ¿Y qué dijo el médico?

— Poco. Me hizo algunas preguntas, me tomó la tensión, que era baja, y me sacó sangre. No estoy segura de qué sospecha el médico, pero como me ingresaron en urgencias, me dijo que los resultados de la prueba estarían en unos minutos. No debería tardar mucho en venir a hablar conmigo.

— Rayssa tiene razón. Debe ser el estrés, por todo lo que pasó ayer. Te pondrás bien. — Besé a Melinda. — Podemos irnos de viaje mientras no empiecen tus clases. Así podrás relajarte y alejarte de toda esta locura. ¿Qué te parece?

— Ya lo veremos. Ahora mismo, sólo quiero asegurarme de que mi salud está bien y volver a casa contigo.

— Seguro que no es nada grave. Mantén la calma. — Le besé la cabeza, intentando convencernos de que todo iría bien. — ¿Sigues sintiendo algo?

— Sólo un poco cansada, ya se me han pasado los mareos y las náuseas.

Melinda se quedó callada, pegada a mí, y yo no me aparté ni un minuto hasta que el

médico entró en la habitación.

— Buenas tardes. Soy el Dr. Luís Eduardo. ¿Es usted su marido? — El médico, que parecía tener la edad de mi padre, me estrechó la mano y ni siquiera me dio tiempo a responder. — Tienes la mano fría, muchacho. Tranquilízate. Ella está bien.

Le hacía gracia y eso me tranquilizó un poco. *Si hubiera sido algo grave, no habría estado tan lleno de energía y sonrisas.* No me molesté en contestar al saludo del médico, que pronto centró su atención en mi prometida.

— ¿Te encuentras mejor, Melinda? — preguntó Luis Eduardo, para recibir una mirada sorprendida y un asentimiento con la cabeza. — Bueno, ya tenemos los resultados de las pruebas y ¿adivina qué? — Sonrió a Melinda y luego me miró a mí.

Las tres palabras siguientes hicieron que se me parara el mundo. En ese momento, creí que iba a desmayarme.

— Estás embarazada — exclamó emocionado. — Enhorabuena, queridos, vais a ser padres. — Me quedé helada.



A diferencia de João Guilherme, a mí no me pilló completamente por sorpresa. El médico me había advertido de esta posibilidad, pero pensé que era mejor no comentárselo a Guilherme antes de tener los resultados de las pruebas. Aun así, oír aquellas palabras, que confirmaban lo que sólo había sido una suposición, fue un shock.

Miré a mi prometido como nunca lo había visto. Tenía el pelo revuelto, como si se hubiera pasado la mano por él varias veces; la blusa muy arrugada, con las mangas dobladas hasta los codos y sobresaliendo del pantalón. João Guilherme estaba pálido y estático, mirando en mi dirección, sin apenas pestañear. Sabía que en realidad no me estaba viendo.

— Amor — grité. — Mírame, amor mío. — Le tendí la mano.

Automáticamente, se acercó y sentí su mano más fría que antes.

— Háblame, João Guilherme. ¿Sientes algo? — Estaba nervioso por su reacción.

— Yo... estoy sintiendo tantas cosas y... todas a la vez. — Me miró, pero todavía estaba un poco aireado. — Pero estabas tomando la píldora, ¿no? — Preguntó mirándome, pero fue el

médico quien contestó.

— Te diré lo que le dije: ningún método es eficaz al cien por cien. Contigo, por ejemplo, falló. Ocurre cuando tiene que ocurrir — respondió el médico por mí. — ¿Quiere sentarse? No te vas a desmayar, ¡eh!

El médico bromeó con João Guilherme, y yo se lo agradecí mentalmente porque hizo reír un poco a mi novio.

— No, estoy bien.

— Así que os dejo solos para que digiráis la noticia.

João Guilherme se paseó por la habitación, pasándose la mano por la cara y el pelo, sin decir absolutamente nada.

— ¿Estás disgustado? — pregunté en cuanto se fue el médico.

Inmediatamente, Guilherme volvió a acercarse a mi cama. Tenía los ojos rojos y brillantes.

— No, estoy aterrorizada, sorprendida y asustada... También estoy extasiada, emocionada, enamorada y confusa, ¡pero nunca disgustada! Y... siento una presión aquí mismo. — Se frotó el pecho y se humedeció los labios con la lengua, como si tuviera la boca seca.

— Yo también. — Le cogí de la mano y le abracé con fuerza.

En ese momento, nos soltamos. Lloramos, el uno en brazos del otro, pero fue un llanto lleno de amor, esperanza y emoción. *Espero un bebé del hombre que amo.* No había duda de que era amor que venía a aliviar el caos.



Nos quedamos allí un rato, abrazados, hasta que el timbre del móvil de João Guilherme nos sobresaltó. Me soltó y me dio un beso antes de contestar.

— Hola, Ray. Sí, todo va bien. Ven aquí. Si necesitas algo, pídele a la recepcionista que te llame a la habitación. — João Guilherme apagó el móvil, se secó la cara y se recompuso.

Mi cuñada no tardó en entrar en la habitación. Al ver nuestros ojos enrojecidos y llenos de lágrimas, nos miró con aprensión.

— ¿Por qué lloráis? ¿Qué ha pasado? Podéis contármelo todo, soy lo bastante fuerte para soportarlo. — Estaba asustada y a punto de llorar, pero trató de mostrarse fuerte.

— Vas a ser tía — João Guilherme se rió.

— Men-ti-ra. ¡Una mierda! Dios mío, ¿hablas en serio? — preguntó Rayssa eufórica, y João asintió.

Luego se lanzó a los brazos de su hermano, llorando de emoción. João Guilherme la

abrazó, pero tan agitada como estaba, mi cuñada no se quedó en sus brazos ni un segundo.

— ¿Tendremos otro como tú, pequeña? No te estarás burlando de mí, ¿verdad? ¡Te mato si esto es una broma, João Guilherme!

Rayssa seguía sin creérselo, secándose las lágrimas de la cara, sonriendo y llorando al mismo tiempo.

— No soy tan buen actor, hermana.

— ¡Ay, Dios mío! ¡Voy a ser la mejor tía del mundo! — Las tres nos reímos y nos abrazamos.



— Gui, ¿cuándo vas a dar la noticia a nuestros padres?

Estábamos en el coche de João Guilherme, saliendo del aparcamiento de la clínica. Rayssa no quería ir con Carlos, y alegó que quería quedarse un tiempo cerca de su sobrino, así que João Guilherme decidió llevarla a casa y despedir al conductor de la moto.

— No pretendo ocultárselo a ellos, a Dorinha y a P.A., pero no quiero que nadie lo sepa todavía, aparte de nosotros. Es demasiado pronto. Melinda todavía tendrá que hacerse una ecografía para saber de cuánto está, así que prefiero esperar. — Asentí con la cabeza. Seguía sin creerme lo que estaba pasando.

Como me habían atendido de urgencia y no era una clínica especializada en obstetricia, el médico me remitió a un obstetra y me animó a empezar los cuidados prenatales.



Minutos después, llegamos a la mansión. Guilherme me ayudó a salir del coche y entramos de la mano. Cuando nos vio, Helena se sobresaltó — después de todo, era horario de oficina para él.

— ¿Qué pasó, hijo? ¿Por qué estás tan despeinado? — A mi suegra le pareció extraño el estado de João Guilherme, y tuve que darle la razón. Su aspecto desaliñado no era habitual en su día a día. No pude evitar darme cuenta de que, aun así, era el hombre más guapo que había visto nunca.

Las enfermeras de la clínica giraban el cuello para mirar cuando él pasaba. Ni siquiera mi fea cara las inhibía. *¡Montón de granujas!*

— Estoy bien, mamá. Pero me llevé un susto de muerte cuando Rayssa llamó para decir

que Melinda se había desmayado. Por suerte, Carlos estaba con ellas y las llevó a una clínica.

— ¿Estás bien, hija mía? ¿Qué te ha pasado? — me preguntó Helena con cara de preocupación.

— Estoy bien, suegra. Todavía un poco asustada, pero bien.

— ¿Qué pasó, por qué te desmayaste?

— Voy a ser padre, mamá — respondió João Guilherme por mí. — Vas a ser abuela.



Melinda

— ¡Dios mío! ¡No me lo puedo creer! — Helena se tapó la boca con las manos y se echó a llorar inmediatamente.

Mi suegra abrazó a su hijo, llorando de emoción y diciendo lo feliz que estaba al oír la noticia. Luego me abrazó a mí también y me dio las gracias de nuevo por haber entrado en la vida de su hijo.

— Por fin una buena noticia en medio de tanto caos — dijo Helena, cuando ya estábamos sentados en el salón.

— Helena, ¿puedo robarte a mi madrina del trabajo, sólo un ratito? Quería decírselo, pero como no queremos que otras personas lo sepan todavía, sería mejor llamarla fuera para hablar. Sonia suele estar con ella, así que...

— Claro, hija. Anda.

— Aprovecharé para echarle un poco de agua en la cara a mi babeante tía — dijo Rayssa,

riendo y saliendo de la habitación.

Le di un beso rápido a João Guilherme y salí emocionada para llamar a mi madrina.



— ¿Cómo te sientes con esta noticia, hijo? — preguntó mi madre en cuanto Melinda se fue a buscar a Dorinha.

— Todavía no estoy seguro, mamá. Creo que aún no lo he asimilado del todo. Desde que me dieron la noticia, tengo un escalofrío en el estómago y una mezcla de sentimientos. Es extraño, porque me siento eufórica y asustada al mismo tiempo. No puedo explicarlo.

— No tengas miedo, prepárate para experimentar el mayor amor de tu vida. Y si crees que amas a Melinda, espera a verla como la madre de tu hijo. El amor se triplica. La inseguridad que sientes es normal, pero luego verás que un hijo siempre aporta un propósito a nuestras vidas. Tú y Rayssa, por ejemplo, funcionáis como una batería para mí. Me llenáis de energía y me dais ganas de cambiar el mundo para que tengáis un lugar mejor en el que vivir.

— Ah, mamá. Te quiero. — Probablemente la paternidad me estaba volviendo más sensible, porque después de una declaración como esa de la señora Helena, tenía que abrazarla y expresarle mi amor.

— No tienes idea de lo feliz que estoy de ver a mi pequeño convertirse en padre. Estoy seguro de que serás un padre maravilloso, hijo mío. Estoy inmensamente feliz por ti y por Melinda. — Ella me devolvió el abrazo. — ¿Lo sabe ya tu padre?

— Todavía no. Prefiero hablar en persona.

— Es aún mejor. Así que me quedé aquí hasta que llegó.

— Estoy bien. — Nos quedamos en silencio unos segundos, hasta que pensé que era mejor aclararle algunas cosas. — Mamá, por favor, no quiero que Verinha ni nadie se entere de esto ahora. Por Dios, lo último que necesitamos es que esta noticia llegue a oídos de Giovana.

— Por supuesto, hijo mío. No diré nada, no te preocupes.

— Mamá, vuelvo enseguida. Voy a invitar a P.A.. No puedo dejarlo fuera de este día tan especial en mi vida.

— De verdad que no puedo.

Cogí el móvil y salí al balcón. Marqué el número de Paulo André, pero no contestó.

— ¿Intentas llamar a tu amigo? — preguntó Rayssa, acercándose a mi lado.

— Sí, pero no contesta.

— Ni lo cogerá. Celina dice que lo vio anoche en un bar con una mujer. Como mínimo, tu amiguito está en casa, curándose la resaca. — El tono de voz de Rayssa era de asco.

— ¿Qué dices? ¿No tienes celos de mí, pero sí del hermano prestado? — Sólo quería meterme con ella.

— No tengo celos de nadie, de hecho estoy disgustada. P.A. necesita un consejo, hermano. No tiene criterio para elegir mujeres. Celina dijo que la chica con la que estaba era tan escandalosa que sólo se oían sus risas exageradas en el pub —Rayssa se mofó, y yo me reí.

Claro que, para lo que mi amigo quería a aquella mujer, daba igual que fuera escandalosa, a lo mejor hasta era un plus.

— No es propio de él faltar al trabajo, aunque trabaje con su padre.

— Pues no lo sé. A lo mejor esa chica se lo tragó — Mi hermana ni siquiera esperó a que dijera nada y volvió a entrar en casa. *Probablemente lo hizo, pero de otra manera.*

Justo cuando estaba a punto de entrar yo también, Melinda llegó desde la dirección del garaje con Dorinha. Esperé a que se acercaran y, en cuanto me vio, Dora me abrazó.

— Felicidades, hijo mío. Estoy tan feliz por ti que no me lo puedo creer.

— Gracias, Dora. — Le devolví el abrazo y le di un beso en la mejilla. — Creo que ninguno de nosotros puede creerlo todavía.

— *João Guilherme*. — Oí que mi madre me llamaba desde dentro de la casa y volvimos al salón. — Llamé a tu padre y le dije que todo estaba bien, pero le pedí que viniera pronto a casa porque queríamos hablar con él. Creo que estaba preocupado, porque accedió a venir. — Se rió.

— No tenía por qué, mamá.

— Claro que sí. Por cierto, voy a pedirle a Sonia que prepare un delicioso café para que podamos compartir esta noticia con él. — Mi madre se levantó y salió a la cocina.

Me senté en el sofá y Melinda se sentó a mi lado, abrazándome.

— Tienes la piel fría, Mel. ¿Te encuentras mal?

— He vuelto a tener náuseas, pero es normal. Mi madrina dijo que es más como los tres primeros meses. Incluso me dijo que mi madre se puso muy enferma cuando estaba embarazada de mí.

— Tal vez mi mamá sepa de alguna medicina que puedas tomar para aliviar esta sensación.

— Está bien, amor. Iré a ver al médico enseguida, para que me aconseje sobre esto.

— ¿Qué es lo que te pasa? ¿Estás enferma, hija? — preguntó mi madre, volviendo al salón.

— Sólo me encuentro mal, suegra.

— Oh, es normal. Sonia puede prepararte zumo de limón. Ayuda mucho.

— Voy a pedirle que lo prepare — dijo mi madrina, y yo le di las gracias.

Al cabo de unos minutos, Dorinha volvió con un vaso de zumo de limón y Melinda se lo bebió lentamente.

— ¿Qué pasó? — Mi padre entró corriendo en casa. — ¿João Guilherme? Creía que estabas en el foro.

El señor Augusto se sobresaltó al vernos a todos reunidos en el salón de su casa.

— Ya había vuelto a la oficina, papá, pero tenía que encontrarme con Rayssa y Melinda en una clínica de Gávea.

— ¿Dónde está mi hija? Ella está...

— Todo está bien con Ray, papá.

Miró a Melinda, intentando ver si le pasaba algo, y luego volvió a mirarme.

— Entonces, ¿qué pasa?

— ¡Vas a ser abuelo! Melinda está embarazada, papá. — Por primera vez desde que recibí la noticia, volví a tener ganas de llorar.

— ¿Me estás tomando el pelo? — Se puso rojo como un tomate.

— Claro que no, papá — respondí riendo.

Sabía que se alegraría, pero no me imaginaba que tanto. Mi padre estaba a punto de llorar delante de toda la habitación, y nunca le había visto llorar desde que tenía uso de razón.

— ¡Joder, hijo mío! ¡Qué emoción! — Se tapó la cara con las manos, llorando. Aquello me jodió. Era imposible no llorar también.

Me levanté y fui a abrazarle. Cuando retrocedí un poco y miré a mi alrededor, no había ni una sola persona en la sala que no estuviera llorando.



Nos quedamos un rato en casa de mis padres y, cuando nos preparábamos para irnos, P.A. me llamó. Le dije que me iba a casa y le pedí que se pasara. Antes de colgar, le pregunté si todo iba bien y me dijo que sí, pero que ya hablaríamos más tarde.

Llamé a Rayssa para que viniera con nosotros al piso y le dije que viniera a casa cuando P.A. se fuera. De camino a casa, tuve que parar para que Melinda vomitara y, aunque sabía que las náuseas eran normales, me sentí fatal al verla así.

Cuando llegamos a casa, nos duchamos y volvió a vomitar. Rayssa preparó zumo de limón, como le había indicado mi madre, y convencí a Melinda para que se tumbara un rato a

descansar.

Me quedé un rato con mi prometida en el dormitorio y, cuando se durmió, fui al salón a hacerle compañía a Rayssa. Mi hermana estaba escuchando música, sentada en el sofá, y yo apoyé la cabeza en su regazo.

— Te encanta One Direction, ¿eh? — comenté, mientras ella me acariciaba el pelo.

— *Night Changes* es un clásico, hermano. ¿Vas a decir que no te gusta?

— Me gusta porque me recuerda nuestro viaje a Itaipava, cuando empecé a salir con Melinda.

— Qué bonito. Así que esta será la banda sonora de Jolinda. Disfrutémosla ahora, hermano, porque dentro de un tiempo nuestras vidas girarán en torno a escuchar música infantil. Seguro que dentro de poco querremos estrangular a la pintada. — Me reí.

Charlamos y escuchamos música, disfrutando de la compañía del otro. Me seguía impresionando la madurez y la inteligencia de mi hermana, que no tenía la cabeza de una chica de dieciocho años. *Estoy jodidamente orgulloso de ella.*

Unos minutos después, sonó el interfono, anunciando la llegada de P.A., y fui a abrirle la puerta a mi amiga.

— Tienes muy mal aspecto — le dije nada más verle.

— Gracias, João Guilherme. Salí de casa sin el menor deseo, sólo porque tú me lo pediste. Hoy estoy hecha una mierda, pero he venido a verte, ¿y me recibes así, hiriendo mis sentimientos? — Se hizo el sensible, y yo me reí.

— Pasa, amigo. — Le di la mano y tiré de él.

— Rayssinha, mi amor. — P.A. fue a besar a mi hermana en la mejilla, pero ella lo apartó.

— Ni me beses. Sé dónde has estado metiendo la boca en las últimas horas.

— ¡Joder! No llevo ni diez minutos aquí y ya me están humillando. — Mi amigo dramatizó y yo me reí. — ¿Para eso me has llamado? ¿Para humillarme y juzgarme?

— No, aunque te lo mereces. La verdad es que Gui tiene una noticia que darte.

— Voy a ser papá, amigo.

— ¡No me lo puedo creer! ¿Hablas en serio o te estás burlando de mí?

— ¡De verdad! — P.A. saltó del sofá para abrazarme.



La habitación estaba a oscuras. Me desperté perdido, sin saber qué hora era ni si seguía siendo el mismo día. Busqué a tientas el colchón y João Guilherme no estaba en la cama.

Me estiré, me levanté y me di cuenta de que no eran más de las ocho de la tarde. *Joder, me había quedado dormido*. Fui al baño y salí en busca de Rayssa y Guilherme.

Encontré a mi cuñada en el salón, escuchando música, y a mi novio charlando con P.A. en el balcón. En cuanto me vio llegar, Paulo André se acercó para hablar conmigo.

— Felicidades, amor de la vida de João Guilherme. Me alegro muchísimo por ti. — Me abrazó y yo le devolví el abrazo.

— Está bien, es suficiente. Ya puedes soltarme — se quejó João Guilherme.

— No te pongas tan gallito. Está celoso de mí, no de ti — P.A. se rió, lo que me hizo reír a mí también.

Nuestro amigo volvió al balcón y yo me senté junto a Rayssa en el sofá.

— ¿Has descansado? — me preguntó.

— Sí, soy nueva. Siento haberte dejado aquí sola con Guilherme.

— No pasa nada. Me encanta la compañía de mi hermano.

Nuestra conversación fue interrumpida por las risas de los chicos.

— ¿De qué se ríen? — pregunté.

— No lo sé. Seguro que Paulo André le contó a Gui las travesuras de ayer — dijo Rayssa, molesta.

No pude evitar sentir curiosidad, así que me levanté y me acerqué a ellos. Cuando llegué al balcón, João Guilherme me detuvo, todavía riendo mucho.

— Amor, no entres aquí ahora. Este chico está podrido.

— Joder, João Guilherme, no era mi intención.

— Sin querer. Siempre me tiras mierda así a la cara.

— En la tuya, no con las chicas en casa. No tienes que exponerme.

— Lo siento, amigo. Mi mujer está embarazada y vomitando por nada, seguro que enferma si huele esa mierda. Tenía que avisarla. Además, no quiero que mi hijo huela todo ese gas sulfuroso, seguro que le haría daño.

— ¡Vete a la mierda! Me siento mal por la cerveza de ayer. Ya volverá, Guilherme. ¡Ya

verás!

Volví al salón riendo, pero Rayssa seguía seria.

— Por mí, que se muera de un pedo. Y espero que se pudra cada vez más, para que se avergüence de sí misma. Si se caga accidentalmente en los pantalones, será un buen trabajo — gruñó mi cuñada. — Celina me dijo que ayer se lo estaba montando con una mujer. — Quería ponerme serio, pero cuanto más decía Rayssa, más me reía. En un momento dado, ella también acabó riéndose.

— Eres muy mala — dije, secándome las lágrimas que acompañaban a mi risa.



João Guilherme

3 meses después

Me desperté excitado. Melinda ya no estaba en la cama, pero enseguida oí el ruido de la ducha. Debía de estar tan ansiosa como yo, porque era el día de la ecografía y íbamos a saber si esperábamos a Maria Alice o a João Miguel.

Optamos por no hacernos la prueba del sexo fetal, para disfrutar de la expectación de los primeros meses de embarazo. Nuestra familia no sabía que lo sabríamos ese día, sería una sorpresa.

La vida era tranquila. Me enamoraba cada vez más de mi mujer y de nuestro bebé. Parecía otra vida y otro mundo después de ellos. Infinitamente mejor, por supuesto.

Giovana llevaba casi tres meses ingresada en una clínica psiquiátrica, pero yo no dejaba de preocuparme. Mi madre no la visitaba, pero tenía noticias de Verinha y, según ella, mi ex

estaba cada vez más perturbada. Mi ex suegra le confió a mi madre que Giovana no parecía tener problemas mentales, pero que su mente se volvía más perversa a medida que pasaba el tiempo.

A pesar de eso, estaba recibiendo terapia y Verinha tenía esperanzas. Yo no tenía esa expectativa. Desde el día en que Giovana salió de la clínica, Melinda y mi hijo estarían seguros todo el tiempo y en todas partes. Incluso durante la hospitalización de mi ex, no me sentía tranquila, así que tuve que trabajar las veinticuatro horas del día para llevar y recoger a Melinda y Rayssa todos los días. Cuando yo no podía, iba mi padre y, como último recurso, Carlos. El caso es que nunca hacían el trayecto solas. Intenté no pensar en ello ni dejar que afectara a la vida de mi familia, pero era inevitable.

Melinda y yo nos casamos hace quince días. Mi madre quería una gran fiesta para al menos 200 invitados. En cambio, Melinda y yo no queríamos; ella porque le gustaban las cosas más sencillas, y yo porque no quería llamar la atención. Nos casamos en una ceremonia discreta e íntima en Itaipava. Paulo André y Rayssa fueron nuestros padrinos, como lo serían de nuestro hijo. Aparte de nuestra familia, los únicos invitados fueron los padres de Celina y P.A..

Temía que la noticia llegase a oídos de Giovana y que aprovechase su estancia en la clínica para planear algo contra mi mujer. Odiaba pensar en estas cosas, sólo quería llevar una vida normal con mi familia, pero me preocupaba constantemente y me preguntaba cómo acabaría todo.

Me di cuenta de que la ducha se había cerrado hacía unos minutos, pero Melinda no había vuelto a la habitación, así que fui a ver cómo estaba. Cuando llegué al baño, estaba un poco sobresaltada. Mi mujer estaba de pie frente al espejo, en bata, y cuando la volví hacia mí, me di cuenta de que tenía los ojos muy rojos e hinchados; una lágrima seguía corriendo por su mejilla.

— ¿Por qué lloras, amor? ¿Sientes algo? — Acaricié su gran barriga y mi hijo se contoneó bajo mi mano, haciéndome sonreír.

— No siento nada. Es sólo que... — se detuvo de repente, mientras le brotaban más lágrimas.

— Melinda, me estoy preocupando. ¿Qué te pasa? Háblame. — Llevé a mi mujer a nuestro dormitorio, me senté en la cama y la puse en mi regazo. — ¿Qué te pasa? — insistí y por fin habló.

— No es nada. El embarazo me ha vuelto sensible, eso es todo.

— Dime la verdad, Melinda.

— Es que... Tengo un deseo incontrolable de comer el pastel de plátano que sólo mi madre sabía hacer. No puedo dejar de pensar en él, día y noche, y me duele saber que no podré comerlo porque mi madre ya no está aquí para hacérmelo. — Empezó a llorar otra vez. Se me rompió el corazón.

— ¿No sabes la receta? Podemos intentarlo — le dije, sin saber cómo tranquilizarla.

— No. Dijo que me enseñaría cuando fuera mayor, pero no había tiempo. — Cuanto más hablaba Melinda, más lloraba.

— ¿Y si recorro todas las pastelerías de Río de Janeiro? Seguro que encuentro al menos una parecida... — sugerí, esperanzada.

— Tenía que ser su receta, dijo con sentimiento. *Dios mío, ¿y ahora qué?*

— Cálmate, amor, no llores. Nos las arreglaremos. Ahora prepárate, tenemos una cita importante. ¿No quieres saber el sexo de nuestro bebé? — Sonreí, intentando animarla, y ella esbozó una débil sonrisa. — Voy a darme una ducha rápida y a prepararme también, antes de que lleguemos tarde. Ahora vuelvo.

La besé, cogí el móvil y me metí en el baño, pensando qué hacer. De repente se me ocurrió una idea. Marqué un número, tardé un poco, pero ella contestó.

— *¿João Guilherme? ¿Estás bien, hijo mío? ¿Melinda está bien?* — preguntó Dorinha preocupada.

— Estamos bien, pero Melinda está llorando mucho y quiere comer un pastel de plátano que sólo su madre sabía hacer. ¿Será que no tienes la receta?

— *¿Y si te dijera que fui yo quien se la dio a su madre?*

— ¡No bromees! Harás muy feliz a un marido angustiado.

— *Así que sé feliz, Gui. Voy a hacer la tarta para mi niña. No puede pasar hambre.* — Me sentí aliviada.

— Gracias a Dios, Dorinha. Muchas gracias, mi amor. Alrededor de la hora del almuerzo, llegaré a casa de mi mamá con Melinda.

— *Es una cita. La torta estará lista para entonces.*

— Muchas gracias, mi amor. Mi amor.

Colgué el teléfono más emocionado y decidí sorprender a mi mujer.



— ¿Estáis preparados para saber quién viene? — preguntó sonriendo la Dra. Maria Bethânia, nuestra obstetra.

— Más que preparada — dije ansiosa.

— Entonces... — Movió el ecógrafo alrededor de la barriga de Melinda, en varias posiciones. — Demos la bienvenida a João Miguel.

Melinda se puso a llorar porque le daba rabia que fuera un niño. Yo también estaba jodidamente feliz.



Llamé a mi madre y le dije que íbamos a comer a su casa, pero no le dije nada del examen. Cuando llegamos a la mansión, nos recibieron con una fiesta. Melinda se había convertido en la persona favorita de mi familia.

— Gui, espera a ver lo que Rayssa y yo hemos comprado para el bebé. Yo me encargo. — Emocionada, mi madre subió corriendo las escaleras y volvió unos minutos después con varias bolsas. Lo sacó todo para enseñárnoslo. — Mira qué mono, hijo. Compramos todo en amarillo y blanco, porque aún no sabemos el sexo. — La señora Helena era la encarnación de la emoción, mirando cada uno de los conjuntos que había comprado para su nieto.

— Este mono era mi favorito. ¿A que es precioso? — dijo Rayssa, extendiendo y abrazando el conjunto.

— Es muy bonito. Creo que a João Miguel le quedará muy bien.

— ¿Verdad que sí? Yo también creo que... ¿Qué? ¿João Miguel? — mi madre me miró, esperando confirmación, y yo asentí.

En ese momento, la habitación se convirtió en un caos. Hubo tantos gritos que casi me quedo sordo.



Después de que las mujeres casi enloquecieran con el descubrimiento de João Miguel, mi madre me pidió que sirviera la comida. Durante toda la comida, el tema fue mi hijo. Aún no había nacido, pero ya se había apoderado de todo.

Cuando terminamos de comer, mi madre le pidió a Dorinha que trajera el postre. Yo ya sabía lo que era y estaba ansioso por conocer la reacción de mi mujer.

— Creo que este postre te va a encantar, Melinda, porque no es un postre cualquiera. Está hecho especialmente para ti y para João Miguel. — Mientras mi madre hablaba, Dorinha entró en el comedor con la tarta, pero mi mujer no se dio cuenta. — Es una tarta de amor y plátano, receta exclusiva de Clarice Fonseca, hecha con todo su amor por Dorinha para la querida hija y el nieto de Clarice.

Al oír ese nombre, los ojos de Melinda se abrieron de par en par. Justo entonces, vio a Dorinha de pie frente a ella, poniendo el postre sobre la mesa. Su cara se ruborizó al instante y me miró con ojos brillantes.

— Cómo... — Ni siquiera consiguió terminar la frase antes de echarse a llorar y

abrazarme.

Rayssa, Dorinha y mi madre no pudieron contener la emoción. Era increíble que cuando una mujer lloraba, contagiaba a todas las demás, y los hombres no sabíamos qué hacer ante tanta sensibilidad.

Cuando Melinda se calmó, se levantó y fue a abrazar a su madrina.

— Es igual a la de mi mamá, al menos en apariencia.

— Fui yo quien le enseñó esta receta a tu mamá, hija. Por cierto, Clarice hizo que no me gustara este pastel — Dorinha rió, sin dejar de llorar. — Cuando aprendió a hacerla, no supo cocinar otra cosa. En tus cumpleaños, domingos y Navidades, sólo había este postre. Dios mío, por culpa de tu madre, no podía mirar esa tarta durante mucho tiempo. Nunca se cansaba de él.

La mesa era una mezcla de lágrimas y risas.

— Es la primera vez que hago este pastel en muchos años.

— Así que siéntate con nosotros, Dorinha. Vamos a probarlo — dijo mi madre, y vi que a Melinda se le iluminaba la cara.

Miré a mi madre y murmuré un inaudible "gracias"; ella lo entendió, pues me sonrió con ojos felices y llorosos.

Dorinha se sentó tímidamente a la mesa y por fin se sirvió el postre. Todos comieron y alabaron la receta. Yo no comí enseguida, porque era irresistible ver lo satisfecha que estaba mi mujer.

— ¿No vas a comer? ¡No sabes lo que te pierdes! — dijo al darse cuenta de que aún no había probado el pastel.

En lugar de responder con palabras, sonreí y me llevé un trozo de tarta a la boca. Sólo entonces comprendí la satisfacción de Melinda. El postre estaba realmente delicioso.



Melinda

Unos meses después

Era sábado. João Guilherme y yo acabábamos de llegar a casa de mis suegros para comer. Nada más entrar en la casa, me sorprendió que Rayssa no estuviera, y mi suegra me dijo que estaba en el dormitorio con Celina. Subí a ver a las chicas, pero cuando entré en la habitación, tuve la sensación de haber interrumpido una conversación importante entre las dos amigas.

— Hola, chicas. Acabamos de llegar y he venido a saludaros enseguida. ¿Molesto? — pregunté desde la puerta.

— ¡Claro que no, Mel! Nunca estorbas. Pasa, quiero hablar con Miguelito. — Rayssa sonrió y yo me acerqué a la cama para que, como siempre, pudiera besar mi enorme barriga. — Hola, bebé de la tía. Cuánto has tardado en llegar. Sal de ahí para que podamos incendiar este mundo.

Al oír aquella voz familiar, mi hijo se movía de un lado a otro, interactuando con su tía.

Siempre le agitaban mucho las voces de ella y de su padre.

— Cálmate, tía. Aún falta un poco. Déjalo ahí de momento. — Me senté en la cama, entre Rayssa y Celina.

— ¿Dónde está mi hermano?

— Dijo que iba a jugar al baloncesto con su padre, y su madre está en el jardín con mi madrina.

Me alegré de ver que Dorinha, a pesar de ser empleada de mis suegros, también se estaba convirtiendo en amiga de Helena. Así que cuando veníamos a pasar tiempo en familia, siempre se tomaba el día libre para estar con nosotros.

— Felicidades, Mel. Estás hermosamente embarazada. Me imagino lo bonito que será este niño contigo y con Gui como padres. — Celina mostró emoción, pero noté que parecía triste.

— Gracias, Celina. — Le sonreí. — ¿Te encuentras bien?

Celina y yo nunca hemos estado tan unidas como ella lo está con Rayssa, pero siempre nos hemos mostrado afecto la una a la otra. Quizá fue eso lo que hizo que le brillaran los ojos y se sintiera a gusto, sorprendentemente, para desahogarse.

— Yo... no lo sé. Cuando tu madre no puede aceptar cómo te sientes y prefiere ignorar quién eres, las cosas no van muy bien. Empiezas a pensar que eres raro y, en consecuencia, tampoco te aceptas a ti mismo. Así que supongo que no, que no estoy bien.

— No lo entendí del todo, pero estoy segura de una cosa: no eres rara. Eres una chica maravillosa, Celina.

— Amigo, no tienes que... — Rayssa intentó hablar.

— *Quiero* hablar, Ray — la interrumpió Celina y suspiró. — He conocido a alguien, Mel. No hace mucho, en el curso de inglés. Empezamos a charlar y, de la nada, sentí como si nos conociéramos desde hacía mil años. Intercambiamos mensajes y hablamos a menudo, encontrando cada vez más cosas en común. Un día, ni siquiera recuerdo exactamente cuándo, le dije que quería hablar porque estaba confusa, y... nos besamos. Estaba tan nerviosa que empecé a llorar. Estaba asustada, me dio mucho miedo.

— Eso es normal cuando te gusta alguien. Llega un momento en que el contacto es inevitable. ¿Por qué tenías miedo? — Me conmovió su tristeza.

— Porque es una chica. — Celina me miró ansiosa, calibrando mi reacción o quizá esperando algún tipo de rechazo.

A nuestro lado, Rayssa miraba a su amiga, triste de verla sufrir. Mi cuñada cogió a Celina de la mano y me miró expectante.

— Te repito que lo que ha pasado entre vosotras es absolutamente normal. — Reduje nuestra distancia en la cama y abracé con fuerza a aquella chica increíble, Celina. — Tu

orientación sexual no cambia lo que eres, preciosa mía. Seguirás siendo la dulce y tranquila amiga de Rayssa, que se ha convertido también en mi amiga. João Guilherme y yo te queremos, y Miguel también querrá a la tía Celina. Tú y...

— Clara. — añadió, siguiendo mi ejemplo.

— Clara y tú siempre seréis bienvenidas en nuestra casa y en nuestras vidas.

En ese momento, Celina estrechó nuestro abrazo, como si necesitara ese consuelo y agradeciera no ser juzgada ni rechazada. Los prejuicios son reales, y los que aman libremente están tan acostumbrados a ser señalados que prefieren esperar lo peor para no sentirse decepcionados. Mientras nos alejábamos, una lágrima corrió por su mejilla.

— Ojalá mi madre pensara como tú. Su reacción me entristece y me confunde. Me siento mal, ¿sabes? Aunque sé que no hay nada malo. Si la persona que se supone que me quiere más que nadie me juzga, ¿qué se puede esperar del resto del mundo?

— No esperes nada de nadie. Vive para ti, para tu felicidad. La vida es tan frágil y efímera como para preocuparnos por complacer a todo el mundo.

— Eso es exactamente lo que quiero decir. Merece ser feliz, independientemente de lo que piensen los demás. Es más, nadie tiene que pensar nada, porque al fin y al cabo, cada uno de nosotros siente el dolor y el placer de ser quien es. Si alguien se mete contigo, colega, habla conmigo y estaré encantada de buscar pelea — dijo Rayssa, limpiándole la cara a Celina, y yo me reí de su forma de ser tan encantadora y decidida. Mi cuñada vale oro.

— ¿Os habéis peleado tú y tu madre? — Quería entender mejor por qué estaba tan triste, y ese momento sería bueno para ayudar a Celina en lo que pudiera.

— Peor, no. Pero sus actitudes mostraron su juicio. Mi madre ha empezado a ignorarme, y eso me duele más que si hubiéramos tenido una gran discusión. Ella nunca me entenderá, porque veo su comportamiento prejuicioso en algunas situaciones.

— Así que ya has hablado con ella sobre Clara.

— No exactamente. Le dije que había conocido a una chica y lo que sentía por ella. Mi madre me ignoró y fingió que no había pasado nada. Así que si fuerzo una conversación sobre este tema, estoy seguro de que causaré una ruptura total en nuestra relación. Desde aquel día, actúo como ella y hago como si nunca hubiera dicho nada. Pero me entristece tener que esconderme en mi propia casa.

— A pesar de todas estas cosas que tienen que ver con tu madre, tienes bastante bien resuelta tu sexualidad — dije.

— Es que nunca me ha gustado la idea de tener que encajar en una etiqueta u otra, homosexual o heterosexual. Siempre he visto las relaciones de otra manera. He tenido relaciones con chicos y me he sentido implicado y feliz, igual que ahora con Clara. Para mí, el placer está más relacionado con lo que siento por la persona.

— Tienes razón. Lo que importa es que haya implicación, algún tipo de sentimiento más profundo o incluso sólo deseo, independientemente de si la boca que besas pertenece a una mujer o a un hombre. El amor no tiene etiquetas, ni existe para ser puesto en un patrón. Sólo existe para sentir, para completar y para hacer el bien — dije, y Rayssa asintió con la cabeza.

— El amor es amor — dijo Celina. — Pero, al principio, me costaba mucho verme en una relación homosexual, sobre todo porque chocaba con muchas cosas que aprendí en casa y en la iglesia. Hoy me doy cuenta de que no son más que prejuicios velados.

A medida que hablábamos, nuestro amigo se calmaba y se sentía más cómodo hablando de ello.

— Oímos que los chicos tienen relaciones con las chicas, pero si lo que mueve el mundo y nuestras vidas es el amor, ¿qué más da que una persona tenga una relación con el mismo sexo o con el sexo opuesto? No puedo entenderlo.

— Ni yo tampoco. Después de todo, ¿qué diferencia puede haber en quién es una persona? Esta amiga mía — Rayssa rodeó los hombros de Celina con los brazos, abrazándola — sigue siendo mi preciosa, dulce y maravillosa nag, le guste quien le guste. — Nos reímos, pero pronto Celina volvió a ponerse seria.

— Ojalá mi madre me tratara con normalidad, como trata a mi hermano, por ejemplo. Él tiene problemas con el alcohol, y ella lo acoge y lo quiere, a pesar de todo y por encima de todo. ¿Por qué no puede hacer lo mismo conmigo? ¿Él es digno de amor, pero yo no, sólo porque tengo una relación con una mujer? — Las palabras de Celina eran una mezcla de tristeza, dolor y rabia. — No quería que me tratara como si sintiera asco o como si siempre tuviera miedo de que alguno de sus amigos me viera con una chica. Clara y yo somos discretos, pero no nos escondemos para complacer a nadie. Sólo quiero vivir en paz, sin preocuparme del qué dirán o pensarán.

— Entonces vive, Celina. No te avergüences por amar y ser quien eres, por asumir lo que sientes y cómo lo sientes — la animé. — Cuando me enamoré de João Guilherme, podría haberme sentido insegura, al fin y al cabo, yo sólo era la ahijada de la criada y él era el jefe rico. La gente podría haber pensado que era interés, pero a mí no me importaba, porque por dentro sabía que era amor.

— Le arrancaría la lengua a cualquiera que se atreviera a decir que era interés. — Rayssa me defendió, y los tres nos reímos.

— Tendrías que vértelas con los que nos juzgaran por irnos a vivir juntos después de sólo un mes de novios, cuñada. — Le guiñé un ojo y recibí una sonrisa como respuesta. — Siempre digo que la vida es una y que nadie puede tomar decisiones por mí. Te garantizo que cuando llegue mi hora, me iré sin arrepentimientos, porque he vivido con mucho amor y he gastado toda mi energía viviendo cada día al máximo. Estoy exactamente donde quiero estar, precisamente

porque no tengo miedo de correr riesgos. No hay ningún lugar en el mundo en el que me gustaría estar más que aquí, viviendo la vida con mi marido y dando a luz a nuestro hijo. João Miguel es la forma concreta que ha tomado nuestro amor.

— Y estáis tan guapos juntos — dijo Celina, y mi cuñada suspiró.

— Estoy segura de que Clara y tú también estáis guapas juntas.

— Lo son de verdad, tengo que admitirlo — añadió Rayssa. — Dos mujeres de puta madre, físicamente y de carácter.

— ¿Lo ves? — dije y Celina asintió, sonriendo. — Entiendo tus reservas, pero no creo que tengas nada de lo que avergonzarte. Así que nunca dejes de vivir lo que te hace feliz por miedo a lo que piensen los demás. Como tú misma has dicho: el amor es amor, independientemente de quién lo dé o lo reciba. Yo quiero a João Guilherme, Rayssa quiere a P.A. y tú quieres a Clara. Lo importante es amar y ser amado. — Se me llenaron los ojos de lágrimas, y las chicas también se emocionaron.

— Eso es, ¡viva el amor en todas sus formas! — Rayssa sonrió, rompiendo el ambiente triste.



Después de aquella intensa conversación con las chicas, decidí ver si João Guilherme seguía jugando al baloncesto con mi suegro. Las abracé y me levanté de la cama para salir de la habitación. Antes de llegar a la puerta, el picaporte tintineó y pensé que era él que venía a buscarme, pero cuando la puerta se abrió, vi a la última persona que esperaba ver.

Sentí un escalofrío recorrerme la columna vertebral cuando vi aquellos ojos oscuros clavados inmediatamente en mi estómago. Giovana había vuelto.

Nos enteramos cuando salió del hospital psiquiátrico, pero Verinha no tardó en encontrar la forma de viajar con su hija. Así que, por lo que sabíamos, Giovana aún no había vuelto. Aun así, João Guilherme había contratado a un guardia de seguridad para que estuviera conmigo en todo momento cuando él no pudiera estar; en la universidad, el tipo nos esperaba a Rayssa y a mí a que termináramos y a que João Guilherme nos recogiera. Lo que nunca se nos pasó por la cabeza fue que aquella mujer consiguiera entrar en la mansión sin que la volvieran a ver.



Melinda

— ¿Cómo has entrado aquí, loca? — dijo Rayssa, saltando de la cama y poniéndose delante de mí, protegiéndome con su cuerpo.

— Hola, preciosa. Es contigo con quien he venido a hablar, cuñada. Salté la pared, por supuesto. Esta seguridad tuya es defectuosa, mejor reforzarla, ¿eh? Soy peligrosa, nunca se es demasiado precavido conmigo — replicó Giovana libertinamente. La audacia de aquella mujer era surrealista. — De todas formas, hoy no voy a hablar del ladrón de hombres. De hecho, ni siquiera me había dado cuenta de que esta campesina estaría aquí con un mestizo en la barriga.

En ese momento, sentí ganas de volar contra la zorra por hablar así de mi hijo, pero sería una imprudencia. Podría hacerle daño.

— No hables así de mi sobrino, cabrón — defendió Rayssa a João Miguel, sólo para recibir una risa diabólica como respuesta.

— Vete, Giovana. Nadie te quiere aquí — dijo Celina.

— Cállate, pulguita. Ni siquiera sabía que supieras hablar — se burló de la timidez de la

chica, que solía callarse en situaciones como aquella.

Quería decirle muchas cosas a Giovana y me encantaría darle una bofetada, pero tenía que controlarme y pensar primero en mi hijo. No sería inteligente provocarla, teniendo en cuenta lo grande que estaba mi barriga.

— Vete, chica. Si le tocas un mechón de pelo a mi cuñada o intentas hacerle daño a mi sobrino, te mato.

— Ese pequeño rockero no es tu sobrino, idiota. ¡Tú no sabes nada! — gritó Giovana, sorprendiéndonos. — Te crees mejor que yo, ¿verdad, mocoso? Siempre has sido la niña de papá y mamá, la protegida de Gui; tan mimada y querida por todos... Rayssa, la niña prodigio. Sin embargo, vienes del mismo agujero y cloaca que yo. ¡Tienes la misma sangre podrida en tus venas que yo, hermanita! Somos hijas de la misma madre drogadicta y del mismo padre matón. Fuiste adoptada por Helena, así como yo lo fui por Verinha, ¡imbécil!

Me quedé de piedra al oír esas cosas. No podía ser verdad, pero Giovana hablaba con tanto odio y convicción que era difícil imaginar que se trataba de un farol.

— ¡Estás mintiendo! ¡Fuera de aquí, asesina de bebés mentirosa! — le gritó Rayssa.

En medio de los gritos, Helena entró en la habitación.

— ¿Qué está pasando aquí? — preguntó mirando a Rayssa, y sus ojos se abrieron de par en par al ver a su ex nuera.

— Pregúntale a tu madre si miento — se burló Giovana. — Por desgracia, somos hermanas, y odio ese hecho tanto como te odio a ti.

Rayssa miró a Helena suplicante, casi rogándole que negara la historia, pero mi suegra lloraba copiosamente, lo que nos hizo sentir aún más aprensión. *Dios mío, tenía que ser verdad.* Yo estaba cada vez más sorprendida.

— ¿Mamá? — Rayssa llamó la atención de Helena, con voz débil y llorosa, sin querer creerlo.

— Puedo explicártelo, hija — dijo mi suegra con desesperación. — Tenía razones para no decírtelo. No es como si ella dijera...

— ¡No, no, no! ¡Dios mío, no puede ser! No lo acepto. ¡Es mentira! ¡Por el amor de Dios, di que es mentira! — Rayssa se acercó a su madre, gritando y llorando, suplicando que alguien le dijera que nada de eso estaba pasando.

Me acerqué a ella y la abracé por detrás, sintiendo que todo su cuerpo temblaba. Tiré de ella hacia la cama y nos sentamos. La abracé todo lo que pude, mientras Helena nos miraba atónita. Entonces mi suegra se volvió hacia Giovana y su expresión cambió por completo.

— ¡Cabrona! — gritó Helena, acercándose a su ex nuera y abofeteándola con fuerza en la cara.

Giovana cayó al suelo, pero no permaneció allí mucho tiempo, ya que mi suegra avanzó

de nuevo hacia ella y tiró del brazo, levantándola del suelo sólo para abofetearla aún más fuerte. En ese momento, Helena sacó su lado de leona, la mujer que protege a sus hijos de todo y de todos.

Abofeteó a Giovana una y otra vez, sujetándola por la ropa para que no volviera a caer.

— ¡Serpiente malvada y miserable! Te gusta hacer el mal. ¡Deja en paz a mi familia! — gritó Helena mientras abofeteaba a Giovana en la cara.

Rayssa seguía acurrucada en mis brazos, tapándose los oídos con ambas manos y llorando desesperadamente; no sabía qué hacer para calmarla.

— ¡Judas! Te di amor e intenté ayudarte en todo. Te acogí en mi casa y te apoyé cuando te quedaste con mi hijo. Defendí tu comportamiento enfermizo, incluso cuando no lo merecías. Tenías opciones, podías haberte convertido en una persona mejor y en un ser humano iluminado como mi hija, ¡pero elegiste ser malvado! ¡Elegiste convertirte en este demonio!

Entre bofetada y bofetada, Giovana gritó e intentó zafarse del agarre de Helena, pero no pudo. Nada supera la fuerza de una madre luchando por su hijo. Giovana no tendría ninguna oportunidad.

— Soy una mujer decente, y mi corazón está lleno de amor para dar, pero si vuelves a acercarte a mi familia, te mataré, serpiente venenosa. Has heredado la mala raza de tu padre. — Helena no iba a parar hasta sacar todos sus sentimientos a la luz. La comisura de la boca de Giovana ya sangraba, pero seguía siendo golpeada.

— Celina, trae a João Guilherme. Rápido. — grité, y la chica salió corriendo de la habitación.

Mi suegra siguió gritando y golpeándola hasta que llegó mi marido y consiguió sujetarla.

— ¡Mamá, basta! ¡Déjala! Suéltala. No vale la pena. — João Guilherme era un hombre fuerte, pero aun así le costó sujetar a Helena, y solo lo consiguió al cabo de un rato.

Giovana cayó al suelo, pero pronto se levantó y salió tambaleándose de la habitación. En la puerta, chocó con Augusto, que se acercaba, pero no se detuvo. La víbora arrancó, dejando tras de sí un enorme rastro de destrucción.

— ¡Judas! Lárgate de aquí, serpiente malvada y venenosa. ¡No vuelvas a acercarte a mis hijos! — Helena seguía gritando, intentando soltarse de los brazos de João Guilherme, hasta que se dio por vencida y se abrazó a él.

Tumbada sobre el pecho de su hijo, mi suegra se derrumbó. Sus gritos eran fuertes y compulsivos, generando innumerables sollozos, como los de Rayssa. Mi corazón se rompió en mil pedazos al verlas así. Al poco rato, Celina y yo también estábamos llorando.

— ¿Estás bien, amor? ¿Ella te tocó? — me preguntó João Guilherme sin aliento, mientras sostenía a Helena.

— Estoy bien, no te preocupes. Cuida de tu madre.

— ¿Qué ha pasado? — preguntó Augusto, mirando a su hija y acercándose a la mujer.

— Ese cabrón le echó todo en cara a Rayssa. Se lo contó todo de la peor manera posible. — Helena sollozaba, aferrándose a João Guilherme, y Augusto intentó acercarse a Rayssa, pero ella se acurrucó en mis brazos y él se detuvo.

— ¡Hija, te quiero! Soy yo, tu padre. No me apartes, por favor — pidió Augusto devastado, y mi corazón volvió a romperse. João Guilherme contemplaba la escena desolado, sin saber lo que estaba pasando realmente, pero dándose cuenta de que era grave.

Durante los minutos siguientes, en la habitación sólo se oyeron llantos y sollozos. Nadie tenía fuerzas para decir nada. Después de un largo rato, Rayssa se secó la cara violentamente, respiró hondo y habló con una mezcla de rabia y decepción en los ojos.

— Quiero saber toda la historia.

Helena asintió y João Guilherme la sentó en el sofá de la habitación de Rayssa. Él se quedó de pie junto a ella, todavía abrazándola. Le hice una señal a Augusto para que se sentara en la cama, al otro lado de mi cuñada y, aunque se mostró reacio, aceptó mi invitación, pero sin tocarla. Un poco más alejada de nosotros, Celina permanecía quieta, sentada con la espalda recta, apoyada en el cabecero.

— Nunca te conté esto porque no quería que te sintieras rechazada ni por un segundo. Sabía que decirte la verdad te haría sufrir, y esa idea me resultaba insoportable, hija.

Las lágrimas volvieron a caer por el rostro de mi cuñada mientras movía la cabeza negativamente.

— No lo hagas así, Rayssa. Eres, hija mía, un pedazo de mi corazón. El hecho de que no me hayas dejado no cambia nada. Eres mía. Eres nuestra. — Helena miró a Augusto, con el rostro empapado en lágrimas, y luego de nuevo a mi cuñada. — Bajo ningún concepto dudes de mi amor y del de tu padre. Una de las cosas que más amo en la vida es ser tu madre, mi amor.

Rayssa miró fijamente a su madre, pero luego su mirada se perdió en la nada. No podía imaginarme lo roto que tenía el corazón mi cuñada. *¡¿La hermana de Giovana?! Nadie se merece eso, y mucho menos Ray.*

— Le conté la historia de Giovana, de quién era hija y cómo había sucedido todo. Todo era verdad, sólo omití la parte en la que descubrí la existencia de Rayssa. Es muy difícil revivir esos momentos, porque me han perseguido durante tantos años...

— Soy testigo de lo mucho que Helena sufrió durante los años que intentó ayudar a su amiga. Parecía una misión imposible, pero ella nunca se rindió. Luchó incansablemente por su vida, cuando ella misma ya no podía luchar. Lo único bueno de toda esta triste historia es que Leticia trajo al mundo a nuestra hija — dijo Augusto con los ojos llorosos.

— Como ya he dicho, antes de quitarse la vida, Leticia me llamó e intenté convencerla de que me esperara. Aquel día, cuando llegué al portal de su casa, sentí alivio al verla junto a la

ventana, pero mi alivio sólo duró unos segundos. Mi amiga no había renunciado a suicidarse — dijo Helena, y su llanto se intensificó.

Durante unos minutos, la habitación permaneció en silencio, esperando a que mi suegra se recompusiera.

— Antes de llegar a la puerta de su casa, oí el disparo. Era desesperado. Grité, grité, grité... Y si Augusto no hubiera estado allí para sostenerme, me habría caído al suelo, porque perdí completamente el control de mi cuerpo. Me debatía entre salvarme de ver aquella horrible escena o entrar a ayudarla, porque tal vez el disparo no habría sido mortal. Decidí entrar, pero antes de que pudiera abrir la puerta, oí un débil llanto de bebé. Entré desesperado y allí estabas tú, acunado en un cochecito, llorando asustado. Nunca olvidaré tu carita mirándome. Jamás. Te quise inmediatamente, sin darme cuenta de lo que estaba pasando. — Helena volvió a llorar y Augusto tomó la palabra.

— Leticia estaba muerta, con un tiro en la cabeza. Sólo esperó a que llegara su madre para asegurarse de encontrarte, ya que nadie sabía que existías. — Mi suegro miró a Rayssa, con los ojos llenos de súplica para que entendiera qué les había llevado a ocultárselo.

— Esta vez, ella no nos dijo nada. Ni siquiera sabíamos que se había vuelto a quedar embarazada y que había tenido otra niña — dijo Helena, más tranquila. — Cuando te recogí, cayeron dos cartas de tu cochecito, una para mí y otra para Verinha. En la mía, Leticia me hablaba de tu nacimiento. Según ella, sólo tenías quince días. Se despedía, me pedía perdón por muchas cosas y me decía que te cuidaría como una verdadera mamá. Dentro del mismo sobre había una carta para ti.

A estas alturas, João Guilherme había comprendido toda la historia y su rostro estaba bañado en lágrimas. Su expresión mostraba todo el dolor que sentía. Quise abrazarlo, pero Rayssa también me necesitaba.

— ¿Lo sabías? — le preguntó mi cuñada a su hermano, y él se limitó a mover la cabeza negativamente.

Extendió los brazos hacia él y, sin más, mi marido se levantó e intercambió el sitio con su padre. Guilherme se sentó junto a Rayssa, y los dos se abrazaron llorando mucho; mientras tanto, Augusto abrazaba a Helena.



Melinda

— ¿Dónde está esa carta? — preguntó Rayssa, después de recomponerse un poco.

— En nuestra caja fuerte, junto a otra que dejó para su madre — respondió Augusto.

— Quiero leerlo.

Augustus asintió, se levantó y salió de la habitación. Unos minutos después, regresó con un sobre amarillento en las manos y se lo entregó a Ray. En lugar de abrirlo, me lo entregó a mí.

— ¿Puedes leerlo, por favor? — me preguntó, mostrando toda su fragilidad.

Asentí y, con manos temblorosas, abrí el sobre y saqué la carta. Respiré hondo y empecé a leer.

Mi querida y amada hija,

Te escribo con la esperanza de que algún día, cuando seas adulta, leas esta carta y tengas la amabilidad de perdonarme, aunque sé que no merezco tu perdón.

Por favor, no te enfades. No malgastes tu tiempo ni tu vida enfadándote conmigo ni con nadie, porque alimentar los malos sentimientos sólo nos enferma. Sé amor y luz. Sé que estás lleno de ello.

Será difícil descubrir la verdad, necesitarás tiempo y fuerza para hacerte a la idea, pero no alejes a tu mamá Helena de ti. Estoy segura de que será tu mejor amiga y, en sus brazos, todo será más fácil de digerir. Hablo por experiencia. Tu mamá también fue como una madre para mí. Abraza con el alma y es la persona más empática que he conocido. Aprecia a la mamá que tienes y que te ha criado.

Deja que te consuele, como me ha consolado a mí tantas veces, hija. Helena tiene el abrazo más acogedor que alguien pueda tener, y tú y João Guilherme tenéis la suerte de tenerla siempre a vuestra disposición.

Si me permites un consejo, aléjate de los chicos que intentan alejarte de tu familia y de tus amigos. No son buena gente. No todos los chicos son malos, pero muchos de ellos intentarán engañarte con falsas palabras de amor, sólo para conseguir lo que quieren de ti. ¡Cuidado!

Serás una gran mujer, porque te está criando una igual de grande. Así que donde quiera que esté, estaré sonriendo, viendo tus logros.

Disfruta de la vida como si fuera tu último día. No te enamores antes de los 25, que es probablemente cuando serás lo bastante madura para tomar una buena decisión. Pero si lo haces, habla con tu hermano y deja que juzgue por ti. Los hombres se conocen. Además, estoy seguro de que João Guilherme será un muchacho valioso y un gran hermano. Augusto siempre cuidó muy bien de Helena, así que estoy seguro de que enseñó a su hijo a cuidar bien de las mujeres.

Mi cuerpo ya no está, pero mi energía, mi amor y mis recuerdos felices estarán siempre contigo y con tu hermana. Por favor, no sientas pena por mí. En lugar de centrarte en el trágico final de mi historia, pídele a tu madre que te cuente nuestros recuerdos felices y divertidos. Ríete con ella de nuestros momentos inolvidables.

Fui increíblemente feliz y afortunada por haber pasado más de una década al lado de estas dos hermanas que la vida me regaló, Helena y Verinha. Por eso les dejo lo más valioso que tenía. De hecho, lo único que me quedaba. Tú y Giovana son mi herencia más preciada.

Incluso en mis peores días, nunca dudaron en tenderme la mano. Incluso cuando tenían todas las razones para querer huir, permanecieron a

mi lado.

Nunca olvidéis que las mejores cosas de la vida siempre salen gratis. Así que ama a tus padres y a tu hermano, y deja que ellos también te amen. Y lo más importante de todo, no les culpes de mis errores.

No creas que no me rompió el corazón despedirme de ti antes de quitarme la vida. Fue una de las decisiones más difíciles que he tomado. Ahora que estás leyendo esta carta, probablemente estarás triste, y se me volverá a romper el corazón, porque no hay nada que odie más que hacer daño a la gente que quiero. Todo lo que te pido, mi precioso bebé, es que no me odies. No tienes que amarme, lo entenderé, pero no me odies. Espero que, con el paso del tiempo, seas capaz de pensar en mí sin tristeza ni decepción.

No te vi crecer, ni te enseñé a caminar, ni te oí decir mamá por primera vez, pero me alegra saber que Helena estuvo presente en todos esos momentos memorables. Se lo merece más que yo.

Que sepas que me he ido, pero mi corazón permanece contigo. Mi decisión parece egoísta y cobarde, pero la verdad es que me hizo falta mucho valor para dejarte a ti, a tu hermana y a mis amigos. Cuando decidí lo que iba a hacer, me di cuenta de que estarías mucho mejor sin mí.

Estoy segura de que hoy puedes golpearte el pecho y decir que tienes la mejor madre del mundo. Me atribuyo parte del mérito, porque yo elegí a Helena para ti. Saber que es ella la que te cuida al menos me reconforta.

Y si alguna vez te conviertes en madre, asegúrate de ser mejor que yo. Sé como Helena. Y si puedes, no le digas a tus hijos la verdad sobre mí. ¿Podrías decirles que los amaba?

Me alegraré si tienes una religión o fe en Dios, porque eso puede consolarte de alguna manera en este momento en que todo ha salido a la luz. Si tu padre biológico sigue vivo, no vayas a buscarlo; al contrario, huye. Definitivamente no te merece. Tu padre se llama Augusto, tu madre Helena y tu hermano siempre será João Guilherme. Ellos son tu única familia, aparte de tu hermana biológica, ¿de acuerdo?

¿Y yo? Yo sólo fui un puente que Dios usó para llevarte a la vida. Reconozco que no merezco el título de madre, pero me llevo el consuelo de haberte dejado en manos de la mejor madre del mundo, para que pudieras criarte en un hogar lleno de amor.

Con todo mi cariño,
Leticia.

Terminé de leer la carta con gran sacrificio, porque estaba llorando tanto que sentía que me iba a asfixiar. Rayssa estaba angustiada y yo no sabía qué hacer para ayudarla. Dentro de mí, João Miguel se movía sin parar, como si pudiera sentir toda la tensión de aquel momento. Por instinto, cogí la mano de Rayssa y la puse sobre mi estómago.

— Tu sobrino quiere que sepas que te quiere. Mira. Está aquí, gritando que no le gusta verte llorar — dije, y mi cuñada asintió, respirando hondo para calmarse.

Era todo demasiado doloroso, pero siempre intentaba ver el lado bueno de las cosas. Puede que Augusto y Helena no fueran los padres biológicos de Rayssa, pero sin duda la querían con toda la fuerza que tenían en el corazón. Eso es la familia. No se trata de linaje, se trata de amor.

Besé la mejilla de Ray, le di un beso a mi marido y le pedí a Celina que salieran un rato. Necesitaban un momento para ellos.

— Estaremos abajo — dije, caminando hacia la puerta.

— Melinda, pídele a Dorinha que sirva el almuerzo. Hace mucho que no comes, podría ser perjudicial para el bebé. Yo también bajaré enseguida — recomendó mi marido, y yo asentí.



Llegué a la cocina con Celina y encontré a mi madrina hablando con Sonia.

— Hija, ¿qué haces aquí? Deberías estar en el salón descansando mientras servimos la comida.

— João Guilherme me pidió que te dijera que él podía servir. Pero él, Rayssa y sus padres están arriba, así que mejor los esperamos. No hace falta poner la mesa sólo para nosotros. Podemos comer aquí mismo, en la cocina — le dije a mi madrina, y luego volví mi atención hacia mi amiga. — ¿Qué te parece, Celina?

— La verdad es que no tengo hambre, pero me uniré a vosotras — respondió con voz casi inaudible.

Nos servimos y nos sentamos a la mesa de la cocina para comer.

— Si me paso de la hora de comer, me siento mal y me duele la cabeza. Así que, incluso con este nudo en la garganta, tengo que hacer un esfuerzo para comer un poco — le comenté a Celina, y ella se limitó a asentir.

No dijimos ni una palabra más durante los siguientes minutos. Después de todo lo que

había pasado arriba, había un ambiente muy pesado en la casa. Un rato después, cuando estaba terminando de comer, João Guilherme entró en la cocina.

— Cuando termines, nos vamos — advirtió mi marido, yendo a la nevera a por agua.

— ¿No vas a comer?

— No. No tengo hambre. — Su expresión era de puro cansancio y desolación.

Quise persuadirle para que comiera, pero incluso yo, que comía más de lo habitual debido a mi embarazo, tuve que empujarle la comida hasta la garganta. En el fondo, comprendía su falta de apetito.

— Ya está, he terminado. — Me levanté y me despedí de Celina, de Sônia y de mi madrina.

João Guilherme permaneció callado y pensativo, esperándome junto a la puerta de la cocina. Se limitó a hacer un gesto con la cabeza a las chicas y salimos de la mansión.

Subimos al coche en un ambiente muy incómodo y recorrimos la mitad del trayecto en silencio. Quería darle espacio, pero me partía el corazón ver al hombre que amaba en ese estado. No pude soportarlo más y empecé a hablar.

— ¿Rayssa estaba mejor cuando saliste de la habitación?

— Había dejado de llorar, pero pasará un tiempo antes de que esté realmente bien.

— Lo siento mucho, amor. — Apoyé la mano en su muslo, dándole un suave apretón.

— Yo también lo siento. — Puso su mano sobre la mía, enlazando nuestros deditos. — No puedo evitar pensar que si no hubiera tenido una relación con Giovana, tal vez ella no estaría haciendo tanto daño. Su obsesión viene de nuestra ruptura. Si no hubiera cedido y empezado a salir con ella, esa psicópata habría encontrado otro tipo...

— No pienses así, amor. Tú no tienes la culpa de nada, simplemente sucedió.

João Guilherme suspiró, me acercó un beso y nos quedamos en silencio el resto del viaje.



João Guilherme

Tenía la cabeza tan llena que no podía desconectar. La sensación de impotencia ante el caos que se había apoderado de mi familia era asfixiante.

Giovana me había causado muchas decepciones y tristezas en los últimos meses, pero esta vez había dado donde más dolía — en mi familia, especialmente en Rayssa. Mi hermana siempre ha sido mi punto débil. Siempre tuve el instinto de protegerla e hice todo lo que pude para evitarle cualquier dolor, pero en esta situación, por desgracia, no había forma de evitar su sufrimiento.

Cuando se me pasó un poco el susto del descubrimiento, algo más empezó a darme vueltas en la cabeza, hasta casi volverme loco: Giovana andaba suelta por ahí. *¿Cómo podemos estar tranquilos sabiendo eso? Esa loca se las arregló para volver a entrar en nuestra casa. Eso es aterrador.* La idea de que se acercara a Melinda y a João Miguel me ponía nerviosa.

Quería llevarme a Melinda y a mi hijo para salir de Brasil, pero no podía. Mi mujer estaba entrando en el octavo mes de embarazo y no podía volar — las compañías aéreas no aceptan mujeres embarazadas después de la 28ª semana de gestación sin certificado médico.

— ¿Sabe cómo se enteró Giovana? — preguntó Melinda.

Estábamos tumbadas en la cama, una frente a la otra. Mi mano acariciaba su barriga, mientras mi hijo no paraba de quejarse. Siempre me calmaba.

— Mi madre me contó que estaba en el jardín, cuidando las rosas con Dorinha, y pasó un rato sin mirar el móvil. Cuando hizo una pausa y lo cogió, había varias llamadas perdidas de Verinha. Pensando que podría tratarse de algo malo, lo devolvió inmediatamente y su amiga la alertó de que las dos habían llegado de viaje hoy mismo.

— ¡Dios mío! Está tan fuera de control que apenas ha llegado a Río y ya está buscando problemas otra vez.

— Según Verinha, todo estaba tranquilo, pero Dios sabe cómo, Giovana se enteró de que estábamos casados y de que voy a ser padre. Enloqueció en casa, rompió todo y, cosas del destino, tiró al suelo el joyero de Verinha, donde estaba la carta. Aunque estaba cerrado, el joyero se abrió.

— Dios mío, tantas cosas para la peste, ¿y ella cogió la caja enseguida?

— Según tengo entendido, Verinha se puso tan nerviosa cuando vio la carta en el suelo que intentó cogerla, pero Giovana se dio cuenta de que debía de ser algo importante y se la quitó a su madre. La leyó y se asustó aún más, gritando que se lo contaría todo a Rayssa. Verinha intentó impedir que se fuera, pero la loca la empujó y encerró a su madre en la habitación. Por suerte, llevaba el móvil. — Sólo de imaginarme la escena me di cuenta de lo loca que estaba la chica. — Después de enterarse de todo, mi madre corrió a la habitación de Rayssa, pero ya era demasiado tarde, el daño estaba hecho.

— Era horrible la forma en que Giovana le hablaba a Ray, pero podía ver el placer que sentía al hacerle daño a su hermana. — dijo Melinda entre lágrimas.

— Cuando pienso en ello, me duele el pecho. Rayssa no se merecía pasar por nada de esto, ni enterarse de las cosas de esta manera. Mi hermana es una chica tan alegre, fuerte y valiente, quizá por eso verla tan rota me rompió el corazón. — Melinda lloriqueó al oírme. Le alisé la cara y le sequé las lágrimas antes de continuar. — Cuando me fui, estaba un poco más tranquila. Confieso que me sentí aliviado de que no hubiera alejado más a nuestros padres, sino que se hubiera refugiado en ellos para superar este dolor.

— Eso es genial, amor. La fortaleza de tu hermana es asombrosa, es una chica muy especial.

— Sí, lo es. La mayoría de la gente de su edad se habría rebelado y retirado de todo el mundo, pero ella no. Obviamente, le llevará tiempo superarlo, pero con nuestro amor y apoyo, la

carga se hará un poco más ligera y las cosas serán más fáciles.

— Me hubiera gustado quedarme un poco más, pero creo que necesitará un tiempo a solas con sus padres para volver a conectar, asimilar todo lo que ha pasado y seguir adelante.

— Estaba muy indecisa entre quedarme y dejarles tener este momento para ellos solos, como tú has dicho. Como todo aquello me conmocionó demasiado, no iba a ser de mucha ayuda y necesitaba salir de allí, respirar, estar cerca de ti y de nuestro hijo para calmarme. — Melinda me dio un largo beso.

— Te prepararé algo de comer. Tu última comida fue el desayuno y ahora es casi de noche.

— No tengo hambre, no hace falta...

— No tiene sentido refunfuñar. Esta vez vas a comer, João Guilherme — dijo Melinda mandona, y yo sonreí.



Me despertó el timbre de mi teléfono móvil. Miré la hora en la pantalla del aparato — eran casi las dos de la madrugada — y me puse nerviosa cuando vi el nombre de mi madre. *¡Mierda!*

— ¿Qué ha pasado, mamá? — pregunté sin rodeos.

— Siento despertarte, hijo. Es que... Tu hermana no está en casa, así que te he llamado esperando que viniera. — Se me aceleró el corazón al reconocer la desesperación en su voz.

— No está aquí, ya estábamos durmiendo. — Me levanté de la cama, intentando no despertar a Melinda, pero fue inútil. Ella también se levantó y encendió la luz, mientras yo iba al *armario a cambiarme.* — ¿Nadie te ha visto salir? — pregunté, poniéndome la camiseta y buscando la llave del coche.

— Toma — susurró Melinda, dándome la llave.

— Tu padre ha ido a hablar con los guardias de seguridad y le han dicho que se ha ido hace unos minutos, conduciendo — dijo mi madre entre lágrimas.

— ¿Por qué coño la han dejado marchar? Hace menos de un mes que se sacó el carné, todavía no se sentía segura saliendo sola.

— Eso no lo sabían, hijo mío. Tu hermana siempre fue muy independiente, salía y entraba cuando quería.

— Cámbiate de ropa, que vamos a salir — le dije a Melinda, que me miró asustada. De repente, mi móvil me avisó de una llamada en espera. — Mamá, espera un momento. Hay una llamada en espera, podría ser ella. Ahora te llamo.

Desconecté la llamada con mi madre y eché un vistazo a la pantalla antes de contestar la llamada de P.A..

— Habla, amigo.

— *Rayssa está conmigo, aquí en casa* — dijo enseguida mi amigo, probablemente imaginando que algo iba muy mal. — *Díselo a tus padres, por favor.*

— ¿Qué hace ella ahí? Mi madre está aterrorizada.

— *Acaba de llegar. Me he llevado un susto al oír el timbre en ese momento y, cuando he abierto la puerta, se ha tirado a mis brazos y no ha parado de llorar. Le pregunté si sabía que estaba aquí y lo negó con la cabeza, sin decir una palabra hasta ahora. Así que le dije que te llamaría. Está un poco más tranquila, pero sigue tumbada en mi sofá con una mirada lejana. No sé qué ha pasado.*

— Voy de camino a recogerla. Mientras tanto, no la dejes sola.

— *Mejor que no, amigo. Déjala aquí. Si ha venido a verme, quizá sólo necesite la compañía de un amigo. La cuidaré y la llevaré a casa mañana. ¿Estás seguro?*

— ¿Seguro? ¿Y tus padres no se molestarán?

— Todavía están en Portugal. — Había olvidado que los padres de mi amiga habían viajado. — *Mira, hablaré con Rayssa y seguro que se sentirá mejor.*

— De acuerdo entonces, amigo. Se lo diré a mi madre, porque está desesperada. No dejes que mi hermana se vaya de allí sola y si hay algo puedes llamarme.

— *Muy bien, amigo. Buenas noches, hermano.*

Cuando colgué, Melinda salió del camerino con la ropa cambiada y mirándome nerviosa. Me acerqué a ella y la abracé.

— Rayssa está en casa de P.A.. Va a cuidar de ella.

— ¿De verdad? Gracias a Dios. Al menos está en buenas manos.

— Llamaré a mi madre para tranquilizarla también. Puedes volver a ponerte el jersey, no vamos a salir ahora. Esperaremos a que amanezca para ir a casa de mis padres. — Melinda asintió.

Le dije a mi madre que Rayssa estaba bien y le pedí que descansara un poco hasta que llegara mi hermana. Al colgar el teléfono, sentí que me palpitaba la cabeza. Maldita sea, ¿es que este día de perros no se acaba nunca?

João Guilherme

Un mes después

Poco a poco, las cosas volvían a su cauce. Rayssa se sentía mejor y, como el increíble ser humano que era, siguió adelante con su vida, mostrando fortaleza y madurez. Empezó terapia por voluntad propia y, sin duda, este asesoramiento psicológico marcó la diferencia en su forma de afrontar los acontecimientos. Me sentí muy orgullosa de mi hija menor, porque a los 18 años a veces era más madura que yo.

No volvimos a tener noticias concretas sobre Giovana. Desapareció después del daño que causó en casa. En el último mes, Verinha sólo recibió una llamada de su hija, diciendo que quería estar sola para pensar. Mamá intentó rastrear sus tarjetas, pero por muy lista que fuera, mi ex sólo utilizaba esta función para hacer reintegros esporádicos, en lugares distintos y muy alejados entre sí.

Uno de sus últimos reintegros lo hizo en Niterói, por lo que Verinha creyó que su hija intentaba averiguar algo más sobre su padre. Mi ex suegra nos contó que le dijo a Giovana que su padre había muerto, pero su hija no la creyó.

Al parecer, Giovana estaba ocupada con su propia historia y me había dejado de lado, pero yo no me fiaba mucho de ella.



Melinda empezó a tomar sus clases universitarias por Internet debido a lo avanzado de su embarazo, y di gracias a Dios por ello. Como había optado por un parto normal y no sabíamos exactamente cuándo sería, prácticamente empecé a trabajar desde casa, saliendo de casa sólo para ir al juzgado o a una reunión con un cliente que requería mi presencia.

João Miguel nacería en cualquier momento, y yo esperaba ansiosa ese momento. Todo estaba listo para su llegada — la habitación decorada, el ajuar comprado y la bolsa de maternidad preparada. Sólo esperábamos su llegada.

— Cariño, ven aquí — me llamó Melinda desde la cocina. A pesar de tener la barriga

más grande que ella, mi mujer no paraba y seguía llena de energía.

Yo estaba en el despacho, ultimando una petición, pero lo dejé todo y fui a ver qué quería. Cuando entré en la cocina, Mel estaba sirviendo pasta en una bandeja.

— Hola, cielo. — La abracé por detrás y mi mano se posó automáticamente en su estómago.

— Quiero hacer una ganache para cubrir la tarta, pero ahora me he dado cuenta de que me he quedado sin nata. ¿Puedes ir a comprar un poco, por favor?

— Sí, claro. ¿Cuánta necesitas?

— Trae unos cinco botes, así puedo dejar algunos en casa para hacer otras cosas.

— Bueno, está bien. — Fui al dormitorio a ponerme una camisa y coger la cartera.

Teníamos una limpiadora y una planchadora que venían al piso una vez a la semana, porque era lo único que mi mujer quería. El resto de las tareas domésticas, ella se encargaba de hacerlas, y yo ayudaba, por supuesto.

El mercado estaba cerca de nuestro piso. En unos minutos llegué a la tienda, cogí lo que necesitaba y me dirigí a la cola de la caja. Estaba leyendo distraídamente la portada de una revista cuando una voz familiar me saludó.

— Dr. João Guilherme, cuánto tiempo. — La voz me resultaba familiar y, cuando miré hacia atrás, supe con certeza de quién se trataba.

— Victor.

— ¿Fuiste tú quien me denunció a Anvisa? Fuiste tú quien me jodió, ¿no? — preguntó mansamente.

— En realidad, te jodiste tú solo. Si tu restaurante estaba lleno de irregularidades y Anvisa te pilló, tú eres el único culpable.

— ¡Juegas sucio! — Consiguió sacarme de mis casillas.

— No. *¡Tú* eres el que juega sucio! — Le metí el dedo en el pecho, sin importarme que estuviéramos en un mercado. Ese gilipollas me fastidiaba de verdad. — *Tú* eres el que acosa a las mujeres que buscan trabajo en tu puto restaurante. Te aprovechas de *tu* "posición de poder". ¡Cobarde!

— ¿Cómo iba a saber que era tu mujer? No tenía forma de saberlo, joder. — El bastardo todavía trató de defenderse.

— ¡Aunque no lo fuera! Aunque no fuera la mujer de nadie, eso no te da derecho a acosarla. Aprende a ser un hombre y conquista a tus mujeres en un entorno neutral, donde seáis iguales, sin intentar aprovecharte de la necesidad de la persona —dije cerca de su cara. — Y tienes suerte de que mi mujer sea un ángel y haya optado por dejarlo pasar, Victor. De lo contrario, te habría demandado sin piedad.

Volví a darme la vuelta, respirando hondo para calmarme. Cuando llegó mi turno, pagué

mis compras y me fui, antes de perder el control y darle una paliza a ese imbécil.



João Guilherme

Me desperté con la sensación de haber oído la voz de Melinda, pero no estaba en la cama. Últimamente he estado más atento y mi sueño ha sido ligero, así que bastaba con que ella se moviera en la cama para que yo me despertara. Ese día, sin embargo, no la vi separarse de mi lado.

Con sueño, me levanté de la cama para buscarla. Algunas noches, nuestro hijo se movía mucho y mi mujer no podía dormir, así que se levantaba y salía al balcón de nuestro piso a mirar el mar. Me limpié la cara y, cuando vi la luz del cuarto de baño encendida, salí.

— Cariño, ¿qué te pasa? — pregunté en voz baja, antes de abrir la puerta para no asustarla. Entonces entré y la encontré agarrada con fuerza al lavabo del baño. Tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad. — ¿Te duele algo?

No me contestó y eso me inquietó. Estaba a punto de volver a preguntarle cuando habló con voz dolorida.

— Creo que tengo contracciones, pero podría ser una falsa alarma. — Una lágrima solitaria recorrió su mejilla.

— Será mejor que vayamos a la maternidad de todos modos, porque puede que sea la hora. — Ella asintió.

— Coge la bolsa de Miguel y la mía. Voy a cambiarme.

Corrí a la habitación de nuestro hijo, cogí la bolsa de maternidad, luego volví a nuestra habitación y me cambié. Melinda no estaba, pero oí el ruido de la ducha y fui a buscarla.

— Mel, será mejor que dejes el baño para más tarde — estaba preocupada por el tiempo, temía que João Miguel naciera allí mismo.

— Llamé a la Dra. Maria Bethânia y me dijo que no me asustara, que teníamos tiempo de sobra. Me aconsejó que me diera un baño caliente y relajante. Ven aquí, João Guilherme.

En aquel momento, haría cualquier cosa que me pidiera. Así que me quité la ropa y entré en la ducha con ella. Melinda estaba extrañamente tranquila, mientras que yo estaba jodidamente nervioso.

Nos duchamos juntos y sólo al final le volvió el dolor. Le ofrecí mi mano para que la apretara, y nunca imaginé que tuviera tanta fuerza. Cuando cesó la contracción, salimos de la ducha y nos vestimos. Cogí las bolsas y bajamos al aparcamiento. Por suerte, el hospital estaba cerca. No tardamos mucho en llegar y el obstetra nos acompañó.

Melinda tenía 3 cm de dilatación cuando llegamos al hospital, después de lo que a mí me pareció una eternidad. Aumentó a 5 y luego a 7 cm. Cada minuto me ponía más nerviosa.

Llegamos a la maternidad a las 3 de la mañana, y a las 7.30 el obstetra dijo que todo iba muy rápido. Pero yo tenía la impresión de que tardaba demasiado. Para tranquilizarme un poco, envié un mensaje a mi grupo familiar y a Paulo André.

> ***João Guilherme:*** *Despierta para vivir conmigo el día más feliz de mi vida. Mi hijo pronto llegará al mundo. Estamos en la maternidad y Melinda se ha puesto de parto. La cojo de la mano, me muero de ganas de llorar, tiemblo y me tiemblan las piernas, pero intento mantener la compostura. Va a nacer João Miguel.*

En menos de dos segundos, mi móvil empieza a vibrar salvajemente en el bolsillo, pero no le presto atención, porque el médico vuelve a examinar a Melinda y llama nuestra atención.

— Es la hora, vamos, ¡este niño grande quiere ver mundo!

Minutos después, entramos en el quirófano. Ella sudaba del dolor y yo del miedo. Y nuestras manos estuvieron conectadas todo el tiempo. No quería pensar en la posibilidad de que algo saliera mal, pero a veces era inevitable.

Me dolía ver a mi mujer en esa situación. Había visto algunos vídeos sobre el parto, pero

en la práctica era completamente distinto, porque no sabía cómo ayudarla. En ese momento me sentí incapaz de ayudarla.

Los hombres nos acostumbramos a la idea de que sólo somos el proveedor y tenemos la ilusión de que el parto sólo depende de la mujer, pero cuando me acerqué a Melinda y le cogí la mano, me di cuenta de que eso renovaba su fuerza y de que mi apoyo era fundamental para ella. Allí, a punto de ver llegar a mi hijo al mundo, me sentí como un gigante. *Estaba preparado para ser padre.*

Mi admiración por Melinda creció hasta niveles estratosféricos después de lo que presencié en el quirófano. Gritaba y se retorcía de dolor para dar a luz a nuestro hijo y, aunque sus ojos mostraban que estaba al límite, rendirse no era una opción. Mel luchó incansablemente.

Ante toda la situación que estaba viviendo, pensé en cuántas mujeres son abandonadas por sus parejas o no tienen a nadie con quien compartir el dolor en el momento del parto, y sin embargo hacen lo que hay que hacer. Sin duda, el mundo pertenece a las mujeres. Los hombres sólo somos actores secundarios.

— Aaaaai — gritó Melinda y me apretó la mano con fuerza. El dolor era suyo, pero yo sufría con cada contracción.

Mi instinto protector se puso en marcha y quise abrazarla y decirle*: "Tranquila, amor, no dejaré que estas contracciones te hagan más daño"*. Como era imposible, porque no podía luchar contra la naturaleza, la animé a que pusiera fin pronto a la agonía.

— Puedes hacerlo, Mel. Sólo un poco más, amor.

Todo se hizo mucho más real cuando, tras otra dolorosa contracción, el primer llanto de mi hijo resonó en el quirófano. En ese momento, mi corazón estalló de una alegría inconmensurable, y lo único que podía hacer era llorar y pensar que me había convertido en padre. *Ahora es para siempre.*

Todavía estaba en estado de shock cuando la Dra. Maria Bethânia me llamó para cortar el cordón umbilical. Cuando me acerqué y miré fijamente a la cara de aquella personita diminuta que clamaba atención, mi mundo se detuvo.

La obstetra me indicó dónde debía cortar, y yo coloqué las tijeras allí, mirando la cara de João Miguel, toda embadurnada de sangre. Coincidencia o no, él también me miraba.

— Te doy la independencia, hijo mío. Tu vida empieza ahora, pero, por favor, no te alejes nunca de nuestro lado. Que sepas que tu madre y yo siempre te protegeremos — le susurré, como si pudiera hacerme entender. Sin embargo, aquello no era más que otra conversación entre Dios y yo.

Por mucho que yo hubiera sido un padre presente, hablando con mi hijo día y noche durante el embarazo, Melinda había creado sin duda un vínculo mucho más fuerte con él. Sin embargo, al final del parto, cuando le miré por primera vez, sentí que habíamos establecido

inmediatamente una conexión muy fuerte entre nosotros.

La experiencia de seguir el embarazo de Melinda y ver a mi hijo venir al mundo nos aportó una conexión surrealista como familia. Melinda y yo ya no sólo estábamos conectados como hombre y mujer, sino también como padre y madre. Si ya amaba incondicionalmente a mi dulce Mel y me sentía agradecido de que hubiera transformado maravillosamente mi vida, después de que naciera João Miguel, el sentimiento se hizo aún más profundo, porque mi hijo era, sin duda, lo más increíble y perfecto de mi vida; y fue Melinda quien me lo dio.



— Cariño, quiero ver a nuestro bebé — me pidió Melinda, y sólo en ese momento volví a la realidad, porque cuando cogí a João Miguel en mi regazo después de cortar el cordón umbilical, me quedé helada.

Mel y yo lloramos mucho mientras admirábamos a nuestro retoño durante unos minutos, y parecía surrealista cómo una persona podía salir de otra. *Definitivamente, las mamás son seres divinos.* Estaba seguro de que a partir de entonces, además de venerar más intensamente a mi mujer, también apreciaría más a mi madre.

Desde el momento en que el médico nos dijo que mi mujer estaba embarazada hasta que oí el primer llanto de mi bebé y lo tuve en mis brazos, supe que mi vida nunca volvería a ser la misma. El nacimiento de mi hijo sería siempre el recuerdo más fuerte que llevaría en mi mente y en mi corazón para el resto de mi vida.

João Miguel vino al mundo de la mano de un equipo muy competente en la Maternidad Perinatal de Barra da Tijuca, pesando 3,560 kg y midiendo 52 cm.

Después de pasar unos minutos en los brazos de su madre, le hicieron pruebas rutinarias y me dijeron que volveríamos a verlo en unas horas, esta vez en su habitación.

Mientras el equipo pediátrico se ocupaba de mi hijo, el resto del equipo médico se dedicaba a atender a Melinda. Le habían puesto 15 puntos después del parto y eso me daba un poco de miedo.

— Papá — me llamó una de las enfermeras. — despídete de tu mujer y puedes ir a cambiarte. Dentro de un rato te llevaremos a tu habitación.

— Te espero fuera, amor. Estuviste perfecta, como siempre. Estoy muy orgulloso de ti. — Le di un beso a Melinda. — Te quiero. Gracias, Melinda.

— Yo también te quiero. No puedo creer que nuestro bebé haya nacido, el amor que siento es surrealista.

Salí del quirófano y fui al vestuario. Me cambié y aproveché para echarme un poco de

agua en la cara, ya que había sudado demasiado. Cuando me miré en el espejo, me sentí diferente. Rayssa diría que parecía tonto, y quizá lo parecía, acababa de ser padre y me sentía invencible. Mirar a mi hijo y darme cuenta de que había dado vida a un pequeño ser humano parecía milagroso, y de hecho lo era, y saber que Melinda y yo habíamos sido capaces de hacerlo era extraordinario.

Unos minutos más tarde, ya estaba de pie y caminaba despacio hacia la sala de espera. Mi alegría se triplicó cuando vi a mi familia.

La primera en verme y correr a abrazarme fue Rayssa. Saltó a mis brazos, hablando sin parar como siempre.

— ¡Enhorabuena, papá del año! ¿Cómo es? ¿Se parece Miguelito a ti o a Melinda? ¿Tiene pelo o es calvo? ¿Es grande? Es...

— Rayssa... Respira. Pronto conocerás a tu sobrino. — La estreché entre mis brazos, agradecida de ver a mi hermana también tan feliz. — Aún no sé a quién se parece, pero mi niño es demasiado perfecto. Es muy peludo, ya lo verás. El obstetra dice que es un bebé grande, pero a mis ojos es tan pequeño que da miedo cogerlo en brazos. — Sonreí.

— Dios mío, qué contenta estoy. Quiero conocer pronto a mi bebé — mi hermana se rió y luego me apretó la mejilla — Y tú ya pareces un papá babeante.

Cuando Rayssa se alejó un poco, mis padres se acercaron para abrazarme. Luego vino Dorinha y, por último, P.A.. Pude ver lo contentos que estaban de que mi hijo hubiera llegado.

— ¡Señor João Guilherme! — Me llamó una enfermera desde el pasillo. — Su mujer ya está en la habitación. Venga conmigo, por favor. — Mi hermana tomó la delantera y caminó rápidamente detrás de la mujer.

Melinda estaba pálida pero radiante. De hecho, todos lo estábamos. Y cuando João Miguel llegó a la habitación, este sentimiento se magnificó. Fue una experiencia increíble compartir aquel momento con las personas a las que queríamos.



João Guilherme

El primer mes de vida de João Miguel fue delicado y lleno de cambios. Mi madre nos propuso quedarnos en su casa para cuidar de Melinda sin tener que dejar a Rayssa, pero no queríamos. Organizamos todo en nuestro piso para ese momento, así que decidimos quedarnos en la casa que habíamos construido — allí estaba la habitación del bebé y todo lo que necesitábamos.

Durante los primeros 30 días, Dorinha se quedó con nosotros a tiempo completo y mi madre vino a nuestro piso todos los días. Sin duda, eso nos hizo sentir más seguros. La ayuda de Dora fue esencial, pero no podíamos tenerla con nosotros toda la vida. Después de este período, afrontamos nuestra misión, solos Melinda, João Miguel y yo.

Fue una montaña rusa física y emocional. Ayudé a Melinda desde el principio, pero sin Dorinha para turnarse conmigo en las maratones matutinas, se hizo más cansado y lleno de

sorpresas. Melinda tomaba el pecho, yo le cambiaba los pañales y juntas nos ocupábamos de los cólicos y los llantos.

Después de unos días así, João Miguel empezó a dormir en la cama con nosotros, porque estábamos tan cansados que hasta levantarnos para sacarlo de la cuna nos parecía un sacrificio. Esto facilitó la lactancia de Melinda. Sin embargo, yo tenía tanto miedo de hacerle daño mientras dormía que solía tener pesadillas al respecto.

Fue una época difícil. Mi mujer tenía fuertes dolores de espalda, sufríamos privación de sueño y la sensación de impotencia ante los malditos cólicos era frustrante. Aun así, el gran amor que sentíamos por aquella personita y la paz de mirarle mientras dormía la siesta hacían que todo mereciera la pena.

Durante este periodo, la presencia de mi madre fue fundamental, ya que me aliviaba. Al principio, tenía miedo de que Melinda se sintiera invalidada por la ayuda constante de la señora Helena, porque habíamos leído mucho sobre cómo, en algunos casos, las corazonadas de otras personas se interponen en la vida de los padres. Con la práctica del día a día, fuimos descubriendo los padres que queríamos ser para nuestro bebé y, por supuesto, la ayuda de una mamá experimentada siempre era bienvenida, después de todo, éramos padres primerizos.

Teniendo esto en cuenta, tuve una conversación sincera con mi madre antes de aceptar su apoyo. Le pedí que ayudara a Melinda a ser la madre que mi mujer quería ser, y no la que mi madre quería que fuera. Le pedí que respetara los deseos de mi mujer por encima de todo.

Estaba claro que la Sra. Helena se esforzaba por no traspasar ninguna barrera. Por ejemplo, Melinda y yo decidimos que no le daríamos un chupete a João Miguel, y pude ver que a mi madre se le partía el corazón al ver llorar a su nieto. Seguramente intentaría calmarlo con un chupete, pero como entendía y respetaba nuestra postura, no dijo nada. Un día, cedimos a este método, pero dándonos cuenta de que la decisión era sólo nuestra.

Quería aún más a mi madre por todo lo que hacía por nosotros. Se quedaba con Melinda durante el día para que yo pudiera trabajar, y también con João Miguel para que mi mujer pudiera cuidarse. Un día llegué de la oficina y estaba con su nieto en brazos mientras una manicura le arreglaba las uñas a Mel. Cosas así ni se me pasaban por la cabeza, pero mi madre entendía las necesidades de una mujer y sabía lo mucho que se había resquebrajado su autoestima después de ser madre.

Aquel día, entré en casa sonriendo y, antes incluso de ir a saludar a mi mujer, me acerqué a mi madre y le agradecí su sensibilidad al prestar atención a detalles a los que yo no habría prestado atención.

Dorinha también actuó como una madre con Melinda. Como no queríamos a nadie extraño en casa, se turnaba con Sônia para ayudarnos a alimentarnos y a ordenar la casa. Y Rayssa, a pesar de no tener experiencia con bebés, ayudó en todo lo que pudo, sobre todo

pasando el material para las clases de Mel en la universidad. Los profesores fueron muy comprensivos cuando mi mujer estuvo de baja por maternidad, y ella pudo estudiar desde casa entre toma y toma.

Nuestra familia se convirtió en un gran equipo, y les estaré eternamente agradecido por ello.



Mi hijo tenía poco más de un mes, y yo sentía una mezcla de felicidad y cansancio; Melinda lo sentía incluso más que yo, porque además de toda la rutina de la maternidad, le chupaban constantemente los dedos.

La vida adquirió un ritmo nuevo, demencial. La rutina con el bebé nos consumía hasta tal punto que, al final del día, nos dábamos cuenta de que la mayoría de las veces no habíamos hecho todo lo que teníamos que hacer. Sin embargo, cuando me tumbaba en la cama junto a mi mujer, a pesar de todo el cansancio, había algo más que también me pesaba: la abstinencia.

Cuanto más pasaban los días, más me castigaba el deseo sexual por Melinda. Me dolía la cabeza, como si una voz me molestara constantemente con frases como *"tienes que volver a echar un polvo o explotarás"*.

La obstetra no había decretado oficialmente el fin de la cuarentena, pero había hecho saber que cada mujer reacciona de forma diferente al puerperio[2]. La doctora Maria Bethânia afirmaba que el momento adecuado, tras un mínimo de 30 días, era cuando la mujer se sentía preparada. *¿Melinda está preparada?* Desde luego que sí.

En cuanto completamos los 30 días, mi subconsciente se puso en marcha. "Estás biológicamente liberada", le oí decir. A partir de ese día, mi mente empezó a premeditar el "crimen".

Me tumbaba en la cama pensando en ello. Miraba a Melinda a mi lado, con sus enormes pechos casi al descubierto en camisón y, a diferencia de cuando veía a mi hijo mamando allí, cuando pensaba en ello con la polla, aquel cuerpo me parecía extremadamente sexy.

Mi mujer parecía agotada. Quizá ella también echaba de menos nuestra intimidad, pero se sentía insegura sobre su propio cuerpo o algo así. Había leído sobre el tema y pensé en introducirlo de forma natural y sin pretensiones, pero temía que pareciera una carga impuesta sobre ella, así que me callé.

Hablar de ello con mi padre no era una opción con la que me sintiera cómoda, a pesar de que él ya lo había vivido. Con Paulo André, mucho menos. Solía contarle todo, pero como

involucraba mi intimidad con Melinda, prefería no hacerlo. Y así viví mi puto luto sexual sola, esperando ansiosa que volviera la normalidad.

Algunos días eran más duros que otros. En éste, por ejemplo, estaba jodido. Mi polla no me dejaba dormir, y me revolvía de un lado a otro de la cama, desesperado por tocarla y muerto de miedo de que me rechazara por estar tan cansado. João Miguel acababa de dormirse, Melinda lo había puesto en la cuna de nuestra habitación y acababa de acostarse a mi lado.

No la abracé, como solía hacer cuando se tumbaba a mi lado, así que se acercó, puso la pierna sobre mí y se rió.

— Vaya, amor. Creo que tienes un gran problema aquí abajo. — Me puso la mano en la polla y me susurró al oído: — Pero sé exactamente cómo resolverlo. — Todo mi cuerpo se estremeció al sentir su cálido aliento.

— ¿Entiendes? — Mis hormonas estaban alborotadas, proyectando ya la escena de ella sentada sobre mi polla.

En lugar de responder, Melinda rodó su cuerpo sobre el mío, se sentó y se frotó contra mí.

— Joder. Si sigues frotándote así, me voy a correr antes incluso de llegar dentro de ti.

— ¿Quieres decir... así? — Se revolvió tanto sobre mi polla que tuve que contener la respiración y pensar en perritos para no explotar.

— Joder, Melinda, ¡eres tan jodidamente mala! No maltrates a tu hombre que está tan cachondo — dije e invertí nuestras posiciones, tirándola sobre la cama. Yo estaba al mando, justo entre sus piernas. — ¿Seguro que estás preparada? Si quieres rendirte, ahora es el momento, porque por muy cachondo que esté, una vez que hayamos empezado, no podré parar. — Le di la oportunidad de retroceder.

— Estoy listo y me muero por tenerte. — Afortunadamente, y por el bien de mi cordura, no se echó atrás.

Ni siquiera le di la oportunidad de arrepentirse. La besé desesperadamente, como un animal en celo. No tenía tiempo que perder, pues mi excitación era máxima y no podía arriesgarme a que João Miguel se despertase. A veces los malditos calambres le despertaban antes de la hora prevista para comer.

Agarré a Melinda como si mi vida dependiera de ello, y ella me correspondió con la misma intensidad, tirándome del pelo y gimiendo, tan sedienta como yo.

De los besos en su boca, pasé a su cuello y luego, mandando el sentido común al carajo, me metí uno de sus pechos en la boca; automáticamente probé la leche. La conciencia me pesó durante unos segundos. *¡Mierda! Este es el alimento sagrado de mi hijo.* Rápidamente deseché ese pensamiento, porque la leche y los pechos de mi mujer seguirían estando a disposición de João Miguel siempre que él los quisiera.

Ahora, sin embargo, serían míos. Estaba tan cachondo por esos enormes pechos que no me perdonaría no probarlos. Chupé un poco de cada uno, mientras Melinda gemía suavemente y se retorcía debajo de mí. Los dos estábamos muy excitados cuando besé su apetitoso coño. Desesperado por probar de nuevo aquel sabor, la agarré por los muslos, manteniéndola quieta para mí. Salivando, le metí la lengua.

Melinda gritó de placer y mi corazón se aceleró por miedo a que nuestro hijo se despertara; gracias a los dioses de la testosterona hirviente, ni siquiera se movió. Deslicé un dedo dentro de ella, mientras castigaba su clítoris hinchado con la punta de la lengua. Se retorció y gimió en voz baja, diciendo palabras inconexas, hasta que se corrió en mi boca, tirándome del pelo y controlando sus gemidos para no hacer demasiado ruido.

No podía esperar a que se calmara. Levanté mi cuerpo, la besé y guié mi polla hasta su entrada caliente y melosa. Me corrí de golpe y ambos gemimos. *Joder, ¡qué delicia! Estoy en el paraíso. Gracias, Dios, por haber vuelto.*

Desde la primera embestida, entré hasta el fondo, empujando con presión, incapaz de controlarme, nuestros cuerpos temblaban con los empujones. Melinda me rodeó las caderas con las piernas y tiró de mí, animándome a penetrar más. Fue un alivio saber que estaba tan desesperada como yo.

La penetré sin descanso y le besé el cuello y los pechos. Me tiró del pelo y se revolvió sobre mi polla, moviéndose conmigo y haciendo que la penetración fuera más profunda y placentera. Me volvía loco.

— Joder, ¡me voy a correr! Voy a llenarte con mi polla. — A mi mujer le encantaba escuchar guarradas durante el sexo, tanto como a mí hablar. Ella gimió y se movió aún más.

Mi polla entraba y salía con facilidad. Saqué la polla y empujé con intensidad, introduciéndola profundamente en su coño. Gemíamos de excitación.

— Me voy a correr, nena, y tú te vas a correr conmigo — le dije.

Ella gimió y apretó mi polla con su coño. Joder, ¡era mi fin! Me corrí dentro de ella, gimiendo y maldiciendo, mientras ella se retorcía y se tragaba mi polla y mi semen. Segundos después, nos desplomamos sobre la cama, sudorosos, jadeantes y totalmente saciados. Fue, sin duda, el mejor polvo rápido de mi vida.

Pasamos unos minutos recuperando el aliento, pero entonces Melinda rompió el silencio.

— Voy a darme una ducha. Se levantó y yo la seguí con dificultad. Las piernas me flaqueaban y mi respiración aún no se había normalizado.

Cuando llegamos al baño, Melinda se arregló el pelo frente al espejo y entramos juntas en la ducha. Cogí la esponja, añadí un poco de jabón líquido y le restregué suavemente el cuerpo. Cuando la esponja tocó suavemente sus pechos, ella cerró los ojos y se relajó ante la sensación.

— ¿No es mejor frotarse los pechos con alcohol? — Como yo había metido la boca ahí y

más tarde nuestro hijo también lo haría, me preocupé, ya que la boca de un adulto está llena de bacterias.

— Con el jabón es suficiente. — Asentí y continué lavándola.

Cuando terminamos de ducharnos, nos vestimos y caímos en la cama, despertándonos segundos después. No tendríamos mucho tiempo para descansar hasta la siguiente toma.



João Guilherme

Al día siguiente me desperté preocupado. La noche anterior, me había corrido dentro de Melinda, y ella aún no había empezado a tomar el anticonceptivo. Joder, si llegaba otro niño, me volvería loco.

Ya eran las 10 de la mañana cuando me levanté y Melinda no estaba en la habitación con João Miguel. No podía creer que hubiera dormido tanto, ya que normalmente me despertaba a la misma hora que ellos. Mi cuerpo debía de estar tan relajado después del sexo que mi sueño se hizo tan pesado que ni siquiera me di cuenta de cuándo se despertaron.

Antes de ir tras ellos, aproveché para darme una ducha. Unos minutos después, las encontré en el salón con mi madre y Rayssa. Era domingo y normalmente pasaban el día con nosotros.

— Buenos días, dormilona. — Mi madre se levantó para abrazarme.

— Joder, no me puedo creer que haya dormido hasta entonces, pero lo necesitaba. — Le

devolví el abrazo, luego besé la cabeza de Rayssa y olisqueé el pelo de mi hijo, que estaba en el regazo de su tía.

— Buenos días, hermano. — Fue lo único que dijo Rayssa, antes de dedicar toda su atención a su sobrino. No podía culparla, porque João Miguel era irresistible y olía a gloria.

Me senté junto a Melinda en el otro sofá y la atraje hacia mí. Le besé la mejilla y la abracé, manteniéndola cerca de mí.

— Buenos días, cielo. De hecho, buenos días — dije riendo y guiñándole un ojo. — ¿Por qué no me has despertado?

— Estabas durmiendo tan profundamente que te dejé descansar un poco más.

— Gracias. Aprovecharé que mi madre y Rayssa están aquí para hacerte compañía y me pasaré por la oficina después de comer. Necesito coger un portátil y algunos papeles. Mañana temprano tengo una reunión por Internet. — Melinda asintió. Dirigí mi atención a mi madre y le pregunté: — Estarás aquí todo el día, ¿verdad?

— Sí, hijo mío. De hecho, tu padre llegará en breve. Sonia y Dorinha ya se están ocupando del almuerzo.

— Bien. Voy a tomar un café en la cocina y vuelvo enseguida. — Me levanté, dejando a las chicas charlando en el salón.



Mi padre llegó justo a tiempo para comer. Incluso invité a Paulo André a que se uniera a nosotros, pero puso una excusa poco convincente y me rechazó. Mi amigo estaba un poco raro y yo estaba segura de que le pasaba algo, pero aún no sabía qué. Se había vuelto más cerrado y visitaba menos mi casa, pero con todos los cambios que se habían producido últimamente, ni siquiera habíamos tenido ocasión de hablar tranquilamente.

Desde el nacimiento de João Miguel, toda mi atención y disposición estaban centradas en él y en Melinda. Sin embargo, aquel rechazo fue para mí una llamada de atención para poner fin a esto cuanto antes. P.A. era un hermano para mí y si algo le molestaba, quería saber qué era para intentar ayudarle.

Después de comer, pasamos un rato en la mesa. Mi padre estaba muy animado, contando historias de cuando Rayssa y yo éramos pequeños; mientras tanto, João Miguel dormía en el cochecito junto a nosotros.

— Una vez, Rayssa me avergonzó. Tenía menos de cinco años, pero ya hablaba con el culo — nos contó mi padre, y nos reímos. — Estábamos en un restaurante de Barra. Habíamos terminado de comer y estábamos esperando el postre cuando, sin querer, choqué con el vaso de

Helena y derramé todo el zumo sobre la mesa. Llamamos al camarero y yo, avergonzado porque soy un burro viejo y torpe, le pedí que nos cambiara de mesa porque mi hija menor había volcado el vaso con el zumo. Enseguida, Rayssa me miró como diciendo: "¡Yo no he sido, mentiroso!".

Ni siquiera había terminado el cuento y ya nos estábamos partiendo de risa en la mesa.

— ¿Conoces esa mirada que te juzga? Era la suya. Sonreí, disculpándome con la mirada, esperando que una niña de cuatro años me entendiera, pero era mucho pedir. Viendo que no iba a enmendarme, le dijo al camarero: "Es mentira suya, jovencito. Es él quien la ha liado", y volvió a mirarme para decirme: "¡Mentir está muy feo, papá!".

Mi padre imitó la mueca regañona de Rayssa y la voz delgada que tenía cuando era más joven.

— Joder, no sabía dónde poner la cara. Me había regañado una niña de cuatro años, eso era vergonzoso. — Todos en la mesa estallaron en carcajadas, y el ruido sobresaltó a João Miguel; tuve que mecer el cochecito para que no se despertara.

— Ni siquiera podías discutir con Rayssa, porque tenía razón. Siempre nos enseñaste que era malo mentir, así que eras tú la que estaba equivocada — dije, respirando hondo para calmar la risa.

— Exacto. Me quedé callada y, cuando el camarero se alejó y cambió de mesa, me disculpé y admití que tenía razón, pero le dije que la próxima vez debería hablar con nosotras a solas, cuando estuviéramos en casa. Aquel día, mi hija me dio la lección de que debemos respetar a nuestros hijos. — Mi padre besó en la cabeza a mi hermana, que estaba sentada a su lado sonriendo.



En cuanto salí de mi edificio para ir a la oficina, encendí el bluetooth del coche y llamé al obstetra de Melinda. A pesar de la distracción durante el almuerzo, mi mente seguía acelerada, pensando en la diversión de la noche anterior. Quería a mi hijo y pensaba tener al menos uno más, pero no en aquel momento. *Por el amor de Dios, no podía soportarlo*. No podría relajarme hasta que no aclarase algunas cosas.

— *Hola* — contestó la doctora Maria Bethânia al tercer timbrazo.

— Buenas tardes, doctora. Soy João Guilherme, el marido de su paciente Melinda. ¿Cómo está?

— *Hola, João. Buenas tardes, doctora. Todo bien, sí, ¿y tú?*

— Todo bien. Siento llamarte en domingo, es que he estado como loco y necesitaba

aclarar un problema enseguida.

— *No te preocupes, siempre estoy trabajando. Adelante.*

— Melinda y yo hemos retomado nuestra vida sexual y no usamos preservativos ni ningún otro método anticonceptivo. Me he descuidado y ahora me asusta la posibilidad de que se quede embarazada tan poco tiempo después del nacimiento de João Miguel. ¿Qué posibilidades hay de que esto ocurra?

— *En las primeras seis semanas después del parto, la mujer no suele ovular. Sin embargo, como todo lo que involucra al cuerpo humano, no es imposible que ocurra.*

— ¡Jesús! Teniendo en cuenta que Melinda se quedó embarazada mientras tomaba anticonceptivos, la respuesta ideal sería que estamos jodidos — me lamenté, y el médico se echó a reír.

— *Cálmate, que no cunda el pánico. No es probable que ocurra, pero deberías tomar precauciones a partir de ahora. Lo mejor sería utilizar al menos preservativo. Pídale a Melinda que concierte una cita conmigo la semana que viene y le recetaré una píldora adecuada para mujeres lactantes.*

— Bien, se lo haré saber. Gracias y, una vez más, disculpe las molestias, doctor.

— *Si tiene alguna duda, puede llamarme.*

Cuando colgué el teléfono, ya estaba a unas manzanas de la consulta.



El edificio estaba completamente vacío, después de todo era domingo; ni siquiera los guardias de seguridad trabajaban el fin de semana. Entré y fui directamente a mi despacho a por lo que necesitaba. Quería irme a casa enseguida.

Estaba guardando el portátil en el maletín cuando sentí la presencia de alguien y oí un ruido. Miré hacia atrás y me sorprendió ver a Giovana en la puerta, mirándome y sonriendo.

— Gui, mi amor, te echo tanto de menos. — Le brillaban los ojos y parecía encantada de verme.

La revuelta creció rápidamente en mi interior cuando recordé lo que le había hecho a mi hermana.

— ¿Qué haces aquí, Giovana? ¡Sal de mi vida y déjame en paz! — dije sin paciencia. Su presencia me repugnaba.

— Vine por ti, porque no puedo alejarme del hombre que cambió mi vida para mejor. Te quiero, por eso he venido a por ti, amor mío — dijo sin apartar la mirada de mí, y esta vez la sonrisa había desaparecido. Una lágrima solitaria corrió por su mejilla.

Esta mujer está completamente loca. Tengo que salir de aquí antes de perder la cabeza con ella.

— ¿Cuántas veces tengo que repetirte que no te quiero? Lo nuestro terminó hace mucho tiempo y no volverá a suceder. He seguido adelante con mi vida, quiero a mi mujer, y estás completamente loca si crees que después de todo lo que has hecho, voy a ir a ningún sitio contigo; ¡especialmente después de lo que le hiciste a mi hermana! ¡Contrólate, chica! ¡Ten una pizca de dignidad por una vez en tu vida! — Estaba cabreado, como sólo Giovana podía hacerlo.

Me sobresalté al verla reír y llorar mientras hablaba. Tenía toda la pinta de ser una psicópata. Totalmente inestable.

— Es *mi hermana, no la tuya*. Qué irónico, ¿no? La vida no es para aficionados, mi amor. Por eso no tengo miedo de ir al infierno, porque el infierno está aquí mismo. — Ella se rió. — De hecho, puedes quedarte con esa pesada, porque a la única persona de esta familia que quiero es a ti.

— Pero nunca lo harás, porque cada día te odio más. — Exploté sin piedad, porque la malicia de Giovana me contaminó. En su presencia, yo también me volví cruel.

Me miró con desprecio y, para mi asombro, sacó una pistola del bolso y me apuntó con ella. Me sobresalté y di un paso atrás. *Dios mío, esta mujer se ha vuelto loca.*

— Cuidado con eso, Giovana. No vayas a hacer una estupidez. Dame esa pistola antes de que uno de los dos salga herido. — Volvió a reír, pero las lágrimas seguían cayendo por su cara. Aquella mujer desequilibrada estaba fuera de sí.

— ¡Crees que soy idiota, João Guilherme! ¡No te voy a dar ningún arma! Te vas de aquí conmigo, para bien o para mal, porque te necesito para vivir. Acéptalo — dijo tranquilamente, con la pistola aún apuntándome al pecho.

— Giovana, baja el arma y hablemos. — Intenté que no cundiera el pánico. En aquel momento, sólo podía pensar en que necesitaba volver a casa con vida, con Melinda y mi hijo.

— *¿Ahora* quieres hablar? Intenté hablar contigo un millón de veces, explicarte todo lo que me estaba pasando y demostrarte cuánto te quería. Lo intenté todo, Gui, para que volvieras conmigo. Supliqué, supliqué y lloré, pero despreciaste mi amor. Me ignoraste, te liaste con una granjera y, encima, engendraste un hijo con ella. ¿Cómo crees que me siento por todo esto? — gritó, pero al momento siguiente estaba llorando de nuevo y hablando en voz baja. — Te necesito, Guilherme. Sólo cuando estoy en tus brazos se calma mi dolor.

— Mantén la calma. Necesitas ayuda y...

— ¡No! ¡Te necesito! ¡Sólo a ti! — me interrumpió, gritando. — Si vamos a estar juntos, soy capaz de hacer cualquier cosa y vencer a quien se interponga en mi camino. Es mejor aceptarlo, Guilherme, sólo así nadie más saldrá herido. No sabes cuánto placer sentí cuando la granjera fue despedida de aquel trabajo de mierda. No sé si te lo dijo, pero fue por mi culpa. Me

reí de ella todo el día. — Giovana rió victoriosa. *¡Hijo de puta, maldito psicópata!*

¿Así es como Melinda perdió su trabajo en la librería? ¿Por qué no me lo dijo? Estaba cabreado, pero ni siquiera tuve mucho tiempo para meditarlo, porque Giovana me sacó de mis pensamientos, usando una voz mansa que no iba con ella.

— Huyamos, Gui. Olvida al mestizo y al pivote, entonces podremos ser felices juntos. — Ni siquiera la pistola me intimidó esta vez.

— ¡No hables de mi hijo, joder! — grité y di un paso adelante. Ella se sobresaltó y amartilló la pistola, así que me detuve. — Baja el arma, Giovana. Vas a cometer una estupidez y te arrepentirás.

— Aún podemos ser felices, Gui. Por favor, no me obligues a hacerte daño. Te echo tanto de menos. Ningún hombre me ha tocado desde ti, ¿sabes? Sigo siendo completamente tuya. — Se acercó más a mí y todo mi cuerpo se tensó. — ¿Por qué no admites que tú también me echas de menos? Estábamos tan bien juntos.

Ahora estaba a sólo unos centímetros de mí.

— Ábrete la camisa — dijo mordisqueándose el labio inferior.

— ¿Qué? ¿Estás loco? ¿Te has vuelto loca?

— Ábrete la camisa, Gui. Vamos a hacer el amor y matar todo el anhelo que siento por ti. — Estaba completamente loca.

— Deja de volverte loca, Giovana. No voy a tener sexo contigo hoy, ni nunca. Además, la oficina tiene cámaras, ¿lo has olvidado? ¡No tienes escapatoria! Dame esa pistola. — La sentí estremecerse cuando le recordé lo de las cámaras.

— ¡No me importa! Ábrete la camisa. ¡Ahora mismo! — gritó, apuntándome a la cabeza.

Necesitaba una oportunidad para quitarle la pistola de la mano, así que pensé que sería mejor unirme al asqueroso juego que quería jugar. Empecé a abrirme los botones de la camisa, mientras Giovana me miraba llena de deseo. Esto era bueno, porque necesitaba distraerla, pero al mismo tiempo me daba asco. A pesar de ello, continué con la táctica.

— ¿Qué quieres de mí?

— Te quiero a ti. Quiero volver a sentirte, Gui. Te echo tanto de menos — dijo, toda derretida.

— Entonces ven aquí — la animé, y ella puso fin a la corta distancia que nos separaba.

Giovana me puso la pistola en la cabeza y apoyó su mano libre en mi pecho. Nuestras respiraciones eran jadeantes, pero por motivos diferentes, claro. La loca me lamió el pecho y me recorrió el abdomen con el dedo hasta llegar a la cintura del pantalón. Luego bajó la mano y me agarró la polla.

— No me quieres, ni siquiera la tienes dura.

— Lo quiero. — dije inmediatamente. — ¿Pero cómo quieres que se me ponga dura la

polla si tengo una pistola apuntándome a la cabeza?

— A algunas personas les gusta eso. — Ella se rió.

— A mí no. Ya sabes que cuando se trata de sexo, me gusta mandar.

— Lo sé, y cómo lo sé... — Suspiró y me olisqueó el cuello.

Me tensé, porque tal y como estaba de descontrolada aquella mujer, podía apretar el gatillo si olía a Melinda sobre mí.

Giovana parecía muy excitada y esto la distrajo, así que sentí que era mi oportunidad. Con un movimiento rápido, le quité la pistola de la mano. Intentó forcejear conmigo para recuperarla, y me di cuenta de que tenía que tener mucho cuidado, porque la puta pistola estaba amartillada. Intentó morderme, pero seguí sin soltar la pistola. Sin embargo, me dio un rodillazo en el saco y me derribó.

La puta pistola cayó al suelo, y con mucho esfuerzo intenté volver a cogerla. Mientras tanto, ella salió corriendo de mi habitación. Recogí la pistola, la desenfundé y me la metí en la cintura. A pesar del dolor que sentía, corrí tras ella tan rápido como pude. Giovana era un peligro para mi familia, no podía dejarla escapar esta vez.

La loca de mi ex bajó corriendo las escaleras hasta el garaje, se metió en su coche y yo en el mío. Rompió la verja para salir del aparcamiento y yo la seguí.

Mientras conducía, llamé a la policía y les expliqué rápidamente lo que estaba pasando. Les di los números de matrícula de mi coche y del suyo, y me dijeron que enviarían sus coches. El policía también me pidió que me mantuviera en línea con él y le dijera adónde íbamos, cosa que hice.

Giovana salió a toda velocidad por las calles de Río de Janeiro, y yo la seguí, temblando tanto que apenas podía conducir. Pero no podía dejarla escapar. Minutos después, oí sirenas.

Seguimos persiguiéndola por las calles de Río, hasta que llegó al puente Río-Niterói. Era domingo por la tarde y eso le facilitó la huida, ya que no había tráfico en la zona.

Recorrimos buena parte del puente sin reducir la velocidad de nuestros coches, pero nos acercábamos al peaje, por lo que ella no podría escapar. En un intento desesperado por escapar, Giovana frenó en seco e intentó dar la vuelta.

Frené, justo a tiempo para verla perder el control del volante, intentando sin éxito evitar una colisión frontal con otro coche. Su coche dio dos vueltas sobre la calzada y se estrelló contra el muro de protección del puente, con la parte trasera colgando y a punto de desprenderse.

Abrí la puerta del coche y enseguida dos coches de policía se detuvieron a mi lado. Uno de los agentes ya estaba pidiendo ayuda a los bomberos. Desde donde estábamos, veía a Giovana moverse lentamente. Le sangraba la cabeza, pero estaba viva.

Mi ex intentó abrir la puerta de su coche — que estaba atascada a causa de los golpes —, y nos acercamos a ella para pedirle que dejara de moverse hasta que llegara el equipo de rescate.

Mi primer instinto fue intentar ayudarla, pero me contuve porque corríamos peligro de que el coche cayera en picado.

Nos acercamos un poco más, pero un fuerte ruido procedente de la estructura del puente nos detuvo. Su vehículo se balanceó, y la última imagen que tuve fue la de Giovana mirándome fijamente, besándome el dedo índice y dibujando un corazón en el parabrisas. Antes de que pudiera terminar su dibujo, el resto del muro cedió y el coche cayó en picado.

Me quedé inmóvil unos segundos, conmocionada. Miré en la dirección en la que había caído el coche, intentando asimilar lo que acababa de ocurrir.

De la forma más trágica posible, esta historia había llegado a su fin.



João Guilherme

Todavía estaba allí de pie, digiriendo la escena que acababa de presenciar, cuando el policía me llamó la atención.

— ¡Eh, chaval! Aléjate de ahí. No es seguro. Tenemos que acordonar esta zona. — No me moví. No reaccioné. — ¿Sr. João Guilherme?

En cuanto oí mi nombre, salí de mi trance. Miré lentamente hacia atrás y vi que se había desatado el caos. Era como si estuviera dentro de una escena de una película de acción... o de terror, desde mi punto de vista. Las luces y el sonido de la sirena del coche, el humo que salía del coche en el que se había estrellado Giovana y los curiosos que filmaban todo a su alrededor formaban una escena aterradora.

— ¿Se encuentra bien? — me preguntó el policía.

— Estoy bien, pero... ella... ¿Dónde está el rescate? Podría seguir viva, atrapada en el coche o... — No sabía lo que decía. Mis pensamientos eran confusos y me sentía completamente

en el aire.

— Vamos, señor. Siéntese allí para tomar un respiro. Ya hemos llamado a rescate y deberían estar en camino.

Al cabo de unos minutos, todo se convirtió en un pandemónium de sirenas y gente corriendo de un lado a otro gritando órdenes sin parar. Para entonces, más curiosos habían parado sus coches para ver qué había pasado.

Los bomberos acordonaron la zona cercana al muro, y yo me senté en el asiento del conductor de mi coche, observándolo todo, completamente perdido. Nunca podría perdonar a Giovana lo que nos había hecho a mí y a mi familia en los últimos meses, pero tampoco imaginé que las cosas acabarían así.

— ¿Hay alguien a quien pueda llamar para que le acompañe, señor? — preguntó el policía, y yo asentí.

Cogí el móvil del salpicadero y marqué el número de mi padre. Tardó un poco, pero contestó alegremente.

— *Hola, hijo.*

— Papá, sé discreto y no hables demasiado. ¿Sigues en mi casa?

— *Sí.*

— Necesito que nos encontremos en el puente Rio-Niterói. El coche de Giovana cayó en picado desde aquí arriba. Pero no le digas nada a las chicas y no tardes... por favor.

— *Está bien. Ya voy.* — No dijimos más y colgó.



Todo pasó como un borrón después de ese momento. Las acciones de los socorristas, el coche de mi padre acercándose y él corriendo a mi encuentro. Después de todo, ver a aquel hombre fue quizá el único momento en que pude respirar aliviada.

Le conté lo que había ocurrido desde que Giovana se me acercó en la oficina hasta que su coche cayó por el puente. En ese momento, un policía y un bombero estaban cerca de nosotros, anotando toda la información necesaria para registrar el incidente. Poco después, el policía me soltó, pero me informó de que tendría que ir a comisaría a prestar declaración formal. Acepté, pues ya lo sabía.

Me sentí aliviado al darme cuenta de que Carlos estaba en el coche de mi padre. Menos mal que el señor Augusto había pensado en todo, porque yo no pensaba con claridad y necesitaríamos a alguien para sacar mi coche de allí. No estaba en condiciones de conducir.

Volví a mi coche, pero esta vez me senté en el asiento del copiloto. Antes de subirme al

asiento del conductor, mi padre le dijo algo más al policía.

— Le ofrecí las imágenes de las cámaras de seguridad de la oficina para ayudar a investigar los hechos. — Me informó mi padre, sentándose al volante y abrochándose el cinturón de seguridad. Yo me limité a asentir.

Quería continuar siguiendo la búsqueda, pero la prensa había llegado al lugar. La noticia no tardaría en llegar a los medios y las chicas se enterarían de la peor manera posible. Pensé que lo mejor era volver a casa para que mi padre y yo pudiéramos hablar con ellas en persona.

Salir de allí fue un infierno. Los periodistas se agolpaban alrededor de mi coche, pidiendo una entrevista, y a mi padre le costó conducir los primeros metros hacia la salida del puente.

La búsqueda del cuerpo de Giovana continuaría, y los bomberos me aseguraron que, si surgía algo nuevo, me llamarían. Aun así, insistieron en que, dadas las condiciones del accidente, era casi imposible que hubiera sobrevivido.

La policía me preguntó si tenía datos de contacto de algún familiar de la víctima. Les di los datos de Verinha y también les dije que hablaría inmediatamente con mi madre para que fuera a su casa a contarle la noticia, que sin duda dejaría devastada a la madre de Giovana.



Cuando llegamos a mi piso, las chicas estaban desayunando.

— ¿Qué pasó, amor? — Melinda fue la primera en verme e inmediatamente corrió hacia mí. — ¿Por qué tienes ese aspecto?

Con la ayuda de mi padre, les conté toda la historia. Como esperaba, mi madre se desesperó. La señora Helena nunca ocultó su afecto y cariño por Giovana, y sólo podía pensar en el sufrimiento de Verinha cuando se enterase de lo de su hija. En verdad, todos estábamos conmovidos en cierta medida, porque nadie quería que aquello acabase así.

Nos instalamos en el salón, mi padre consolando a mi madre en un sofá, y en el otro, Melinda y Rayssa sentadas pegadas a mí.

— ¿Dónde está mi hijo? — le pregunté a Melinda, dándome cuenta de que aún no lo había visto. Intenté levantarme, pero mi mujer me sujetó del brazo, indicándome que permaneciera sentado.

— Dorinha lo está cuidando dentro.

Era tan difícil asimilar los últimos acontecimientos que tardé en recordar que Giovana era, después de todo, la hermana de Rayssa. Así que acerqué a mi hermana, la estreché más contra mí y le besé la coronilla.

— ¿Te encuentras bien?

— Por supuesto que no quería que las cosas acabaran así, pero Giovana tomó su decisión. No me habría sentido bien si te hubiera hecho daño. — Mi hermana era muy fuerte, mi orgullo. — Te quiero, hermano. Me alegra que estés bien.

— Yo también te quiero, Ray.

Hubo un largo momento de silencio en la habitación. Aunque la televisión estaba encendida, nadie veía nada hasta que empezó la viñeta de las noticias urgentes. Cogí el mando a distancia, subí el volumen y dirigimos nuestra atención a las noticias.

El reportero entró en directo, saludó a los telespectadores y luego compartió la pantalla con imágenes del puente Río-Niterói.

— El domingo por la tarde, una persecución entre dos coches asustó a los residentes de la Zona Sur de Río de Janeiro. A pesar del escaso flujo de vehículos en la zona, el episodio acabó en tragedia. — El presentador del telediario introdujo la noticia y cedió la palabra a un reportero que se encontraba en el lugar de los hechos.

— El abogado João Guilherme de Castro Marins, de 25 años, conducía uno de los vehículos implicados en la tragedia. Había sido perseguido por su ex novia, Giovana Telles Álvares, también de 25 años, conductora del otro vehículo. Según la información obtenida aquí en el lugar de los hechos, João Guilherme se puso en contacto con la policía mientras seguía persiguiendo a su ex novia por las calles de Río. El policía que atendió el incidente nos dijo que consiguió alcanzar a los dos vehículos porque estaba trabajando en una base de apoyo cerca de esa zona. Cerca del peaje, Giovana hizo una maniobra prohibida y giró en sentido contrario. Su coche chocó con otro vehículo, y ella acabó perdiendo el control de la dirección, haciendo que el coche girara sobre la carretera y se estrellara contra este muro, aquí en el puente Rio-Niterói.

El cámara aprovechó la información para hacer zoom sobre el muro destrozado y el espacio vacío por el que se precipitó el coche de Giovana.

— Los bomberos están registrando la zona, pero de momento sólo se ha localizado el coche. Hace unos minutos, João Guilherme de Castro Marins ha abandonado el lugar del accidente acompañado por su padre y ha preferido no conceder entrevistas. El abogado está actualmente casado con Melinda Fonseca Maia, de 20 años, y es padre del pequeño João Miguel Fonseca Marins, de apenas un mes.

Mientras el periodista hablaba de mí, aparecieron unas imágenes mías, grabadas cuando mi padre y yo salíamos del local.

— Dios mío, esta gente lo averigua todo. Hasta el nombre y la edad de nuestro hijo — dijo Melinda, conmocionada.

— Tengo que ir a casa de Verinha. Si sale en los medios, pronto se enterará y, por lo que parece, de la peor manera posible — dijo mi madre nerviosa, levantándose del sofá.

— Voy contigo. — Mi padre, como siempre, se puso completamente a su disposición

para afrontar otro momento difícil. — ¿Vienes con nosotros, hija?

— No, mejor así, papá. Prefiero quedarme aquí con mi hermano.

— Cuidaos, mis amores. — Mamá nos besó a cada uno. — Probablemente pasaremos la noche en casa de Verinha. No podrá quedarse sola.

Mis padres se fueron y nos volvimos a acomodar en el sofá, acurrucados en silencio.



Poco después de que mis suegros se marcharan, Paulo André llamó a João Guilherme. Había visto las noticias en la televisión y estaba muy disgustado porque mi marido no le había llamado para contarle lo ocurrido. Hacia las ocho de la tarde, llegó a nuestro piso para apoyar a su amigo.

Pasamos una noche terrible. Ninguno de nosotros podía creer lo que había pasado. João Guilherme y yo fuimos al dormitorio hacia las 22h, porque quería ver dormir a Miguel antes de acostarse. Desde allí pudimos oír que Rayssa y P.A. estuvieron hablando hasta altas horas de la madrugada. Me alegré de que mi amigo tuviera su compañía, al menos para aliviar la tensión de aquella noche.

Mi marido se revolvió en la cama durante toda la noche, por no hablar de que se levantó varias veces sólo para echar un vistazo al catre de João Miguel. Al día siguiente, justo al amanecer, dejó de intentar dormir y se levantó de la cama. Como no quería dejarlo solo, yo también me levanté.

— Buenos días — lo saludé y lo abracé por detrás mientras ponía una cápsula de café en la cafetera.

— Buenos días, amor. Te he despertado, ¿verdad? — Se volvió hacia mí y me besó. — ¿Tú también quieres un café?

— Sí, gracias. — contestó Rayssa por mí, arrastrando los pies por el suelo al entrar en la cocina, despeinada y bostezando. A su paso, Paulo André nos saludó.

— Buenos días, señoras y señores. Por cierto, yo también tomaré el café, y si tenéis una galleta para acompañarlo, no estaría de más. Estoy en fase de crecimiento y necesito comer para mantener mi cuerpo en forma. — P.A. levantó el brazo y mostró sus bíceps.

— Ve a ponerte una camiseta, capullo — se quejó Guilherme, empujando a su amigo, que salió de la cocina riendo.

Como todos estábamos despiertos, decidimos sentarnos a comer. Necesitábamos al menos una hora de tranquilidad después de una noche tan agitada.

Poco después del desayuno, Guilherme y P.A. salieron para ver cómo iba la búsqueda y luego irían a la comisaría para que mi marido prestara declaración. En cuanto sacó el coche del garaje, me llamó para pedirme que no saliéramos de casa, ya que la fachada del condominio estaba llena de periodistas.

Yo solía llevar a João Miguel a tomar el sol fuera del condominio, pero sería imposible que bajáramos y no nos pillaran los fotógrafos y camarógrafos, así que Guilherme pensó que sería mejor que nos quedáramos dentro. *No sé por qué la gente se interesa tanto por las desgracias que ocurren en la vida de los demás.*

Estaba amamantando a Miguel en el dormitorio y aproveché para encender la televisión y ver las noticias. Enseguida vi que hablaban de la tragedia del día anterior.

— Aún no se ha encontrado el cuerpo de Giovana Telles Álvares, que cayó con su coche desde el puente Río-Niterói ayer por la tarde. Los equipos de rescate siguen buscando en la zona. — La reportera estaba hablando en directo delante de la comisaría cuando, de repente, el cámara mostró a mi marido y a P.A. llegando allí. *— Como pueden ver, el abogado João Guilherme de Castro Marins, ex novio de Giovana, acaba de llegar a la 14ª Comisaría de Policía Civil de Leblon para declarar sobre el caso, acompañado de su abogado, el Dr. Paulo André de Carvalho.*

El periodista intentó acercarse a ellos, probablemente para pedirles una entrevista, pero se alejaron a toda prisa y entraron en la comisaría.

— Según algunas fuentes, el abogado había sido acosado por su ex novia, que no aceptaba el fin de su relación. Le siguió hasta su bufete el domingo. Allí, João Guilherme fue sorprendido por Giovana. Según la información recogida por nuestro equipo de reporteros, la socialité intentó coaccionar a su ex novio para que huyera con ella amenazándole con un arma de fuego, pero él consiguió desarmarla. La joven profirió amenazas contra él y su familia, y después huyó del lugar. Nuestras fuentes también informan de que fue el abogado quien llamó a la policía mientras perseguía a Giovana por las calles de Río, lo que culminó en el trágico accidente que acabó con su vida.

Suspiré y apagué la televisión. Sólo quería que todo acabara.



Un mes después

Después de pasar mucho tiempo resolviendo mis problemas personales y cuidando de mi familia, decidí salir con mi mejor amigo, los dos solos.

Paulo André llevaba meses raro y aún no habíamos tenido ocasión de hablar. No sobre él.

En el último año, mi vida ha sido un torbellino de acontecimientos, buenos y malos. El traumático final de mi relación con Giovana, el comienzo de mi relación con Melinda, nuestra boda, el embarazo y el nacimiento de nuestro hijo, así como todas las responsabilidades que conllevan la vida de casado y la paternidad; en cada etapa de mi vida, P.A. estuvo a mi lado. Lo más increíble de todo es que yo no estaba con él, pero mi amigo siempre estaba conmigo.

Muchos amigos se distanciaban en las nuevas etapas de la vida de un chico, sobre todo cuando sólo uno de ellos daba el siguiente paso y, en cierto modo, abandonaba su vida de pareja y bohemia para ocuparse de una familia. La mayoría de sus amigos huyeron o perdieron el interés por la "amistad", y eso estaba bien. Pero eso no significaba que fulanito nunca fuera mi amigo o que fuera un farsante... Yo no lo veía así. No todas las amistades estaban hechas para durar toda la vida.

Eran etapas de la vida completamente diferentes. Yo cambié, pero Paulo André y los demás siguieron siendo los mismos: solteros que llevaban una vida sin complicaciones ni grandes responsabilidades.

El soltero João Guilherme, siempre disponible para beber, viajar, jugar al voleibol y salir a burlarse y ligar con mujeres, estaba lleno de amigos. Pero dejé de ser interesante para algunos cuando me convertí en padre de familia, es decir, en un tipo que tenía otras prioridades. Y esta versión actual de mí sólo tenía un amigo, que valía por todos los demás; uno que era más que un amigo, un verdadero hermano. Si había una certeza en mi corazón, era que Paulo André siempre estaría en mi vida. Siempre, independientemente de la fase.

Irónicamente, los dos hermanos que la vida me dio —Rayssa y P.A. — que fueron los únicos que conocí. — que fueron los únicos a los que necesité y quise hasta la muerte, no tenían mi sangre corriendo por sus venas, pero sí tenían mi corazón.

Paulo André estuvo conmigo en todos los momentos difíciles que pasé con mi ex. Fue mi

abogado en su trágico accidente, cuando su cuerpo nunca fue encontrado y, después de 20 días de búsquedas infructuosas, fue declarada muerta. Mi amigo también estuvo cerca de mí cuando necesité desahogarme por la presión de todo lo que había pasado.

Después de la tragedia de Giovana, cada uno de nosotros — Melinda, mi hermana, mi madre... — intentamos seguir con nuestras vidas y poner fin a esta fatídica historia.

Rayssa continuó con sus terapias. Verinha también recibía apoyo de un profesional, además de la incansable amistad de mi madre. Mis padres cuidaban el uno del otro y de Rayssa. Y tuve la puta suerte de tener a Melinda en mi vida, porque lo hizo todo más fácil, sobre todo después de que tuviéramos a João Miguel.

Cuando me casé y fui padre, me convertí más en un hombre de familia, que apreciaba mis momentos no sólo con Melinda y mi hijo, sino también con toda la familia, incluida P.A.

Además de enseñarme a ser padre, Miguel también me hizo madurar y me mostró una nueva forma de ser hombre. Gracias a mi hijo, aprendí a valorar más a mis padres, ya que pude comprender mejor el amor que sentían y los sacrificios que siempre hicieron por mí y por Rayssa. La paternidad me ha dado una visión más real y madura de todo lo que me rodea, y esto ha cambiado totalmente mi vida y mis prioridades.

Saliendo de mis pensamientos, llegué al pub donde había quedado con Paulo André. Aparqué el coche y enseguida lo vi sentado en una mesa. Me saludó alegremente y con una enorme sonrisa en la cara, demostrando que él también echaba de menos nuestros encuentros.

— ¡Cuánto tiempo sin verte, amigo! — Le estreché la mano y le di un rápido abrazo antes de sentarme. Asintió con la cabeza, dándose cuenta exactamente de lo que estaba hablando.

Nos veíamos prácticamente todos los días, pero cuando tenías un amigo como P.A., cualquier cosa, incluso ir a charlar con él al azar a un pub, era sinónimo de grandes momentos.



João Guilherme

Pedimos nuestras bebidas y charlamos sobre temas banales y aleatorios. Rememoramos y nos reímos de nuestras viejas historias y hablamos de nuestros planes para el futuro, de forma ligera y divertida, como siempre que estaba en compañía de mi amigo.

— ¿Cómo te ves dentro de diez años, Guilherme? — P.A. dio un sorbo a la bebida que acababa de llegar, mientras yo aplacaba el hambre con unos cacahuetes tostados hasta que llegaron nuestros platos.

— Mi futuro ya está fijado. No veo grandes sorpresas y me doy por satisfecha. Me veo feliz con Melinda y nuestro hijo, que tendrá 10 años y será sin duda mi mejor amigo. Para entonces, tendré uno o dos hijos más y seré un tipo aún más completo de lo que soy ahora. Quizá engorde algunos kilos, pero volveré a hacer ejercicio y me esforzaré por estar a la altura de la maravillosa diosa que es mi mujer. — Me sorprendió lo reales y naturales que me parecían todos esos planes. — ¿Y a ti?

— Yo... no sé. — Noté que P.A. se sentía incómodo. — Siempre has sido un tipo mejor resuelto que yo en este sentido. Nunca tuve dudas de que serías el primero de nosotros en casarte, tener hijos... y que te lo tomarías con calma. Siempre pensé que no era para mí, o al menos no pronto.

— ¿Ha cambiado ese pensamiento? — pregunté, tratando de entender lo que quería decir.

— No sé... Es que veo lo feliz que eres con tu familia, lo unido que estás a Miguel y tu envidiable pareja con Melinda; me doy cuenta de que es algo que va más allá del sexo, prueba de ello es que ahora eres un tío diferente. Es increíble lo mucho que has madurado, y te admiro mucho por ello.

— Gracias, hermano. Pero... ¿Qué es exactamente lo que te preocupa?

— He estado pensando que tal vez sea bueno vivir lo que tú estás viviendo, pero no sé si es tan natural para mí como lo fue para ti. Creo que me voy a asustar. Ser amado es una gran responsabilidad, quizás incluso más que amar, porque eres responsable de los sentimientos de otra persona y tienes que estar alerta todo el tiempo por miedo a estropearlo todo. Me parece horrible y aterrador, pero al mismo tiempo muy atractivo. No puedo explicarlo. — Mi amigo estaba visiblemente nervioso por hablar tan abiertamente de sus anhelos y sentimientos.

— Lo entiendo, amigo. Bueno, cálmate o te volverás loco. No le des demasiadas vueltas, porque no tiene sentido. Las cosas suceden espontáneamente y lo siguiente que sabes, es que se ha ido. ¿Crees que cuando me involucré con Melinda, pensé *"Maldición, estoy enamorado de esta mujer. ¿Qué hago ahora?"*. La respuesta es no. Simplemente no tuve elección, porque cuando me di cuenta, ella se había apoderado por completo de mi mente y mi corazón. Cuando el amor quiere, sucede, sin darte opción. Así que no tiene sentido pensar demasiado e intentar evitar que te enganche. Es una pérdida de tiempo.

Mientras me escuchaba, P.A. parecía estar librando una batalla interna, así que intenté calmar a mi amigo de alguna manera.

— No voy a mentirte y decirte que es fácil, porque no lo es. De verdad, cuando quieres a alguien, empiezas a preocuparte por todo y no quieres hacerle daño, ¿sabes? Queremos hacer lo correcto, protegerlos incluso de nosotros mismos si es necesario, y eso es un poco agotador, pero también gratificante. Al fin y al cabo, tu recompensa es verla feliz. En el momento en que sonríe por y para ti, todo tu esfuerzo ha merecido la pena. Te sentirás... agradecido. Cuando Melinda llegó a mi oscura vida, encendió una luz... De hecho, ella es la luz misma, así que quiero devolverle todo el bien que me hace. Pero ahora la pregunta del millón: ¿quién es la afortunada?

— ¿Qué? No, yo no... No es nadie. — Sobresaltado, ni siquiera pudo mirarme. Conocía bien a mi amigo.

— ¿Ahora me mientes?

— Estoy confundido. — Paulo André suspiró. — Deja que me recomponga, que piense

bien y luego te lo cuento todo.

— Está bien, amigo. Cuando me necesites, estaré dispuesto a escucharte. — Decidí no insistir.

— Gracias, amigo. Ahora, dejemos toda esta charla sensiblera, porque necesito beber.

— Estoy conduciendo, no puedo beber más de una cerveza.

— Yo también, pero hoy necesito más que eso. Dejemos los coches en el aparcamiento y volvamos a casa en taxi — sugirió y me pareció una idea terrible, pero lo necesitaba, así que acepté.

En lugar de contestar, hice una señal al camarero y pedimos otra ronda de cerveza de barril. Mi amigo se entusiasmó y sonrió. Al cabo de unos minutos, por fin llegaron nuestras bebidas y nuestra ración de gambas. Después de muchas cervezas y risas, pensé que lo mejor sería dar por terminada la noche.

— Tío, son casi las tres de la mañana y Melinda está sola con João Miguel. Tengo que irme a casa — dije, sintiéndome ligeramente borracho.

— Vamos a pedir la cuenta. — P.A. llamó al camarero.

— Mientras, voy al baño.

Cuando volví, mi amigo estaba pagando la cuenta.

— ¿Cuánto has pagado?

— Hoy pago yo. Eres padre de familia, tienes que ahorrar para la leche del niño. — Bromeó P.A.

— No me jodas. Un niño es algo que se hace gratis, pero después sale muy caro — respondí, riendo.

— Oye, ¿vamos a ir mañana a la playa? Va a hacer sol —pidió P.A. emocionado, mirando al cielo estrellado.

— No lo sé, colega, antes tendré que consultarlo con Melinda. Miguel aún es muy joven.

— Nos quedaremos a la sombra. Su comida estará incrustada en la propia Melinda, así que es fácil. — Su voz era arrastrada y me reí. Sin duda, mi amigo había bebido más que yo.

— Hablaré con ella y te llamaré, pero no cuentes con ello. Tu ahijado sólo tiene dos meses y su piel aún es muy sensible, es demasiado pronto para ir a la playa. Ahora, vamos, que ya estás más allí que aquí. — Nos reímos.

— Te quiero, tío. — Paulo André declaró.

— ¡Oh, mierda! Estás más borracho de lo que pensaba — me burlé, pero luego le di un golpecito en el hombro. — ¡Yo también te quiero, joder! Pero vámonos ya. Pasaremos por tu casa y luego cogeré el mismo coche para volver a mi piso.

Accedí a la aplicación del móvil, llamé al taxi y nos dirigimos a la puerta del bar, charlando y burlándonos el uno del otro.



El piso estaba oscuro cuando llegué. Entré sin hacer ruido para no despertar a Melinda y Miguel, que debían de llevar mucho rato durmiendo. Miré la hora en el móvil: las tres y media de la madrugada. *Joder, ¡qué tarde!*

Puse la llave del coche y la cartera en el aparador y me sobresalté al sentir que alguien me abrazaba por detrás. Una mano se dirigió a mi pecho, acariciándolo sensualmente, y la otra fue directa a mi polla.

— Manos arriba, gatita. ¡Esto es un robo! Bájate los pantalones — dijo Melinda junto a mi oído. Me reí y me giré para mirarla.

— ¿Qué haces levantado a estas horas? — Mi mujer estaba totalmente encendida y cachonda.

— Hmm. — Me olisqueó el cuello. — Hueles a cerveza y a perfume. ¡Qué cachondo! — En lugar de responderme, me agarró la polla de nuevo y con más firmeza. Para entonces, él también se había despertado. — Me desperté cachondo, pero no estabas en la cama. Me levanté para llamarte y esperarte, pero oí el ruido de la puerta y vine a aprovecharme de ti.

— ¡Chica traviesa! Me esperaste levantada para follarte, ¿verdad? — Sentí que mi polla palpitaba.

— Me encanta cuando tu polla está así de dura. Ahora, sé un buen marido y acaba con mi desesperación.

— Y a mí me encanta cuando estás así — deslicé mi mano por debajo de su top y acerqué su cuerpo a mí.

— ¿Cómo? — Me animó a hablar sucio. A Melinda le encantaba oírme hablarle sucio. De hecho, a mí también me excitaba.

— Muy perra, casi suplicando por mi polla.

— Así que deja de hablar y fóllame con ganas. — Se apartó de mí, se acercó al sofá y, agarrándose al respaldo, me enseñó su delicioso culo.

— ¡Oh, Melinda, fóllame! Te voy a dar una patada en el culo — le dije, loco de excitación por su atrevimiento.

Mi mujer era cada día más segura de sí misma y más tentadora. Sabía el poder que tenía y lo usaba y abusaba de él. Me encantaba esta faceta suya, que era sólo mía; y cualquiera que la viera a diario jamás imaginaría este lado libertino.

Me subí al sofá, muy cerca, y ella estaba maravillosa con el culo totalmente abierto hacia mí. La abofeteé y gimió.

— Hoy no habrá preliminares ni delicadeza. Voy a ser duro, porque sé que eso es lo que quieres, traviesa. — Volví a abofetearla y ella gimió con más lujuria, deseosa de que me la follara.

Me saqué la polla de los pantalones, le aparté las bragas y se la metí de golpe, haciéndola gritar de placer.

— ¿Así es como te gusta que te follen? — le dije, mientras me hundía profundamente en su coño y la agarraba del pelo, empujando sin descanso.

— Sí, así... Quiero más. Fóllame más fuerte — me pidió, moviendo su cuerpo contra el mío. *Joder, hoy me va a matar*.

Seguí empujando intensamente, mientras ella gemía y se revolvía sobre mi polla, incontrolablemente cachonda, igual que yo.

— Estaba jodidamente caliente. — Empujé fuerte y rápido, sintiendo el sudor correr por mi cuerpo.

Mi polla empezó a tener espasmos y cambié de postura antes de que nos corriéramos. Me senté en el sofá, la puse en mi regazo, de cara a mí, y la deslicé sobre mi polla. Ella rebotó con gusto, mientras yo guiaba sus movimientos con una mano y, con la otra, sujetaba uno de sus pechos y me lo metía en la boca.

Melinda rebotaba y gemía, loca de excitación, volviéndome loco a mí también. Tras unos minutos en esta posición, sentí que iba a correrse, pues su coño apretaba mi polla y su cuerpo temblaba. Ella gemía más, diciéndome guarradas al oído, y eso avivó mi excitación.

En cuanto explotó, ni siquiera esperé a que se recuperara, me levanté con ella sobre mi regazo y la llevé a una de las paredes de nuestro salón. La puse boca arriba y volví a penetrarla sin ninguna delicadeza. El sexo entre nosotros siempre fue delicioso e intenso, pero había días en los que parecíamos necesitarnos más el uno al otro y follábamos como dos animales en celo.

Estimulando su clítoris con mis dedos, no paré de empujar. Al cabo de unos minutos, volvió a correrse. Cuando terminó, saqué mi polla.

— Ahora me toca a mí. Voy a follarte el culo hasta que te corras — le susurré al oído, jadeando; ella gimió en respuesta.

Froté mi polla contra su coño resbaladizo y la guié hasta su apretada entrada y, tortuosamente despacio, empecé a entrar.

— ¡Joder, Melinda! Voy a correrme mucho en ese culo apretado y a llenarte de semen — dije, dopado de lujuria. En respuesta, ella arqueó aún más la espalda.

Cuando la penetré del todo, volví a estimular su clítoris, haciendo que se relajara. La penetré más rápido. Había bebido demasiado y, cuando eso ocurría, tardaba más en correrme. Pero era imposible resistirse a un culo tan estrecho como el de mi mujer. Tras unas cuantas embestidas, me corrí, gimiendo y maldiciendo, y ella se derramó conmigo.

Encajados, sudorosos y jadeantes, nos quedamos quietos unos segundos. Ni siquiera tenía fuerzas para moverme, y ella parecía sentir lo mismo. Me corrí tan fuerte que me sentí mareado.

De repente, nos interrumpió un suave llanto procedente del vigilabebés. Nos echamos a reír.

— Joder, qué *oportuno* — dije, saliendo de ella y besándole el hombro. — Te quiero.

— Yo también te quiero.

— Puedes ir a darte una ducha. Deja que me ocupe de él hasta que vuelvas. — Melinda estaba empapada y sudorosa. Necesitaba limpiarse más rápido que yo.

— Está bien, no tardaré. — Salió corriendo y yo la seguí, un poco más despacio, recuperando el aliento.

Encendí la luz del dormitorio y me acerqué al catre. João Miguel lloriqueaba, pero esbozó una hermosa sonrisa cuando me vio. Era increíble lo rápido que cambiaba de humor. Solo quería atención.

— Hola, hijo. Papá me ha echado de menos. — Evité levantarlo porque estaba sudoroso y sucio de la calle.

Conocía mi motivación, pero mi hijo no. Así que cuando vio que no iba a recogerlo, empezó a gritar.

Corrí al baño y vi a Melinda riéndose bajo la ducha.

— ¡Esto es culpa tuya! — dijo sin parar de reír.

— No es nada que no pueda solucionar rápidamente —respondí, guiñándole un ojo.

Me lavé las manos y corrí al armario para cambiarme rápidamente de camisa. Cuando volví y cogí al niño travieso, inmediatamente dejó de llorar.

— Así es... Así de grande y ya lleno de deseo. Imagínate cuando sea más grande. — Aunque no entendía nada de lo que le decía, João Miguel me dedicó una enorme sonrisa.

Unos minutos después, Melinda salió del baño y me tocó a mí ducharme. Volví a tiempo para verla dar el pecho a nuestro hijo y luego me fui a dormir relajado y feliz.



Melinda

Cuatro meses después

El día era hermoso, el cielo completamente azul y el futuro apasionante.

Estaba felizmente casada con el hombre que amaba, tenía un hijo precioso y sano y estaba haciendo realidad mi sueño profesional: dentro de unos años, además de esposa y madre enamorada, también sería abogada. De hecho, *¡la mejor abogada!* Estudié mucho para ello y tuve un profesor excelente.

Los últimos meses habían sido los mejores de mi vida. Me sentía realizada como madre y, por supuesto, como mujer. João Guilherme me sorprendía cada día más. Era casi un pecado lo que me hacía, hasta el punto de que debería estar prohibido que un hombre fuera tan perfecto. Era un padre increíble y un marido atento. *Y ¡qué hombre tan caliente, Dios mío!* Éramos adictos el uno al otro y eso hacía que el sexo fuera cada vez más perfecto.

— ¿Te despertaste excitada, cariño de mamá? — bromeé con João Miguel, y él me dedicó su deliciosa sonrisa ladeada. Mi hijo era lo más preciado que tenía y no era de extrañar que toda la familia lo apreciase.

Estaba terminando de ponerle el pañal de playa y el bañador cuando Rayssa entró en la habitación, llena de energía, como siempre.

— ¡Miguelitoooo! — gritó emocionada a su sobrino. Al principio se asustó al ver a su tía loca, pero luego se alegró de su presencia. Miguel adoraba a su tía abuela. — Hola, mi niño — Rayssa le besó el cuellito, haciéndole soltar una risita. — ¿Quién te ha regalado este precioso bañador, mi amor? Oh, fui yo, ¡por supuesto! Quién si no iba a tener tan buen gusto, ¿verdad?

La interacción de mi cuñada con su sobrino me pareció muy divertida y bonita. Preguntaba y ella misma respondía. Al final, los dos se entendían. Esto era evidente, ya que João Miguel no tardaba en tenderle los brazos y chillar de emoción.

Rayssa cogió a su ahijado en el regazo, y yo aproveché para ir al vestuario, ponerme el bikini y coger la crema solar. Era la primera vez que llevaría a mi hijo a la playa y, además, su bautizo sería al día siguiente. Estábamos muy emocionados.

— *¿Estás listo para incendiar las arenas de Barra da Tijuca con tu dinda, guapo? Claro que sí. Naciste listo.* — Desde el *armario,* oí hablar a Rayssa y reír a mi hijo. — *Como eres tan guapo como tu padre, tal vez encuentres una nena linda para coquetear. Pero no creas que será tan fácil, porque ella necesitará mi aprobación. Tendrá que ser lo suficientemente buena para mi Miguelito. Confía en mí, pequeño. La tía nunca se equivoca.*

Tardé un rato en volver a mi habitación, distraído por la interacción entre los dos. Me pareció precioso. Rayssa era una hermana que la vida me había dado, y su amor por João Guilherme y Miguel me hacía quererla aún más.

Al darme cuenta de que su conversación había dado paso a las risas de mi hijo, salí del *armario*. Le pasé la crema solar infantil a mi cuñada para que se la aplicase a João Miguel, mientras yo me aplicaba la mía. Cuando me detuve frente al espejo, mi marido entró en la habitación. Había ido a comprar el repelente que el pediatra le había recetado a nuestro hijo para que lo usara con la crema solar si iba a la playa.

— No tenías un bikini más grande, ¿verdad? — me preguntó, dándome una palmada en el trasero y un beso en el hombro.

— Este está bien. Además, llegas justo a tiempo. Ven aquí, quítate la camiseta.

— ¿Así, delante de Rayssa y de nuestro hijo, cariño? No me había dado cuenta de que te gustaba el voyeurismo. — Bromeó; me reí y le di una palmadita. — Ven a ponerte la crema solar, travieso.

João Guilherme se quitó la camisa, fingiendo sensualidad para mí, y yo me reí aún más.

— Eso es lo que insinúas, sólo que más tarde — le susurré.

— Lo oigo todo, ¡ya ves! Melinda susurra tan bien que lo oyen los vecinos — dijo Rayssa, y nos echamos a reír. — Para ya, porque João Miguel se está riendo, pero a mí no me hace gracia.

— No hay jaleo, cuñada; voy a ponerle la crema solar a tu hermano travieso y él a mí. En vez de mirarnos, aprovecha para aplicar el repelente a tu ahijado y ponerle la camiseta de rayos UVA, por favor.

João Guilherme lanzó el repelente a su hermana, y nos lo aplicamos mutuamente. Estábamos listos.



Llegamos a la playa cuando aún había muy poco tráfico. Eran las 8.30 de la mañana y, como era un día cálido en pleno invierno y el sol se ponía antes, podría haber permanecido vacía. Para alguien con un bebé de seis meses, el tiempo era ideal.

Vimos a P.A. sentado delante y nos acercamos a él. João Guilherme colocó la sombrilla y la piscina de nuestro hijo; yo puse nuestras sillas en la arena y coloqué la *nevera* — con las bebidas y la comida de Miguel — a nuestro lado, en una zona de sombra.

Minutos después, mi marido se fue a nadar con P.A., y yo me quedé con Rayssa en la arena. Estábamos distraídos, mirando a João Miguel y charlando, cuando una mujer puso su silla justo al lado de la nuestra — junto a las sillas vacías de los chicos — y sin miramientos se quitó el sujetador del bikini, haciendo topless.

Mi cuñada y yo nos miramos y, sin decir palabra, totalmente ensimismadas, nos levantamos de nuestras sillas. Cogí a Miguel de la piscina de juguete y nos sentamos en las sillas del borde, codo con codo con la chica desnuda.

— Valiente. — le dije en voz baja a Rayssa, refiriéndome a la mujer.

— Si João Guilherme se queda mirando cuando vuelvas, tú también te quitarás la tuya — me animó Rayssa, haciéndome reír, pero yo sabía que hablaba en serio.

— No tengo valor, y tu hermano no se quedará mirando. Si hay algo que aprecia, es su propia vida. — Nos reímos.

— Ya ves. Puede que no *quiera* mirar, pero los ojos masculinos tienen vida propia.

— ¿Por qué no ha venido Celina? — Cambié de tema al recordar que nuestra amiga había desaparecido.

— Está viajando con Clara. Han salido del armario y no pueden quitarse las manos de encima. — Rayssa sonrió ampliamente. — Echaba de menos su compañía constante, pero me alegro mucho de que mi amiga sea feliz.

— Yo también me alegro por ella. Celina me cae muy bien. Se merece vivir una bonita historia con la persona que ella elija.

— Todos lo merecemos y todos lo seremos. — Rayssa me guiñó un ojo. — Eh, van a volver. Disfrázate, finge naturalidad y observa su reacción cuando se fijen en la chica desnuda.

João Guilherme y Paulo André se acercaron a nosotros, y yo me mantuve atenta para ver si la teoría de Rayssa era cierta o no. Mi marido miró rápida y discretamente a la mujer desnuda y luego se sentó a mi lado, mirando en otra dirección. Por otro lado, P.A. me dirigió una mirada discreta y se sentó, riendo descaradamente.

— ¿Puedo preguntarle por qué se ha movido hacia el borde? Las mujeres siempre se sientan en la esquina — dijo P.A. libertinamente.

— Nos sentamos donde queremos. ¿Has perdido la nariz aquí en el borde? — replicó Rayssa grosera, y P.A. se echó a reír.

— Estoy bien aquí en el rincón. Entre otras cosas porque Melinda pega fuerte — bromeó mi marido.

— Menos mal que lo sabes, guapa. Si miras, te corto la polla y hago un guiso — me burlé.

— ¿Has visto lo agresiva que es tu madre, hijo? Quiere privarte de tener un hermano. — Nuestro hijo sonrió y gritó a su padre. Estaba de buen humor, al parecer había disfrutado del ambiente costero.

— Rayssa, cámbiate conmigo — me pidió Paulo André, pero yo sabía que lo que quería era molestarme más que sentarse junto a la chica desnuda.

Nunca hubo nada serio entre ellos, pero para entonces P.A. sabía que mi cuñada estaba enamorada de él. Al principio, se aisló cuando se enteró, pero poco a poco empezó a actuar con naturalidad, fingiendo que no sabía nada. Pero a veces le gustaba tomarle el pelo. João Guilherme era el único que aún ignoraba los sentimientos de su hermana por su mejor amigo.

— ¿Por qué quieres cambiar de sitio? — preguntó Rayssa, mirándolo con malos ojos.

— Sólo para disfrutar mejor de la naturaleza.

— Ah, así que te gusta, ¿eh? A mí también me gusta esto del naturalismo. Incluso creo que la belleza es para mostrarla. — Sin que nadie se lo esperara, Rayssa se quitó la parte de arriba del bikini, y la cara que puso P.A. me hizo reír.

— ¿Pero qué coño...? ¡Ponte el bikini, loca! — exclamó Paulo André desesperado y sólo entonces João Guilherme miró a su hermana.

— ¡Qué vergüenza, Rayssa! No tenía ni puta necesidad de ver eso — dijo mi marido, apartando la mirada. — Ponte el bikini, por favor.

— Deja en paz a mi cuñada. Está preciosa — dije, riéndome. — Hasta me encanta la idea. Creo que yo también me apuntaré...

— ¡No estás loca, Melinda! Entonces no quieras volverme loca. — João Guilherme me miró aterrado.

— Me siento muy bien, Mel. Deberías intentarlo tú también. — me animó Rayssa.

— ¡Ni de coña! Mantén ese bikini en su sitio, Melinda. Y tú, Rayssa, deja de darle el giro equivocado a mi mujer. Vuelve a ponerte ese bikini — me pidió mi marido desesperadamente, haciéndome reír.

— Rayssa, vuelve a ponerte esa polla. No tapa mucho, pero es mejor que nada — pidió Paulo André, cabreado.

— Déjalo ya, P.A. Si tanto te molesta, deja de mirarme a mí y mira a nuestro vecino de allí. — Rayssa se levantó y caminó tranquilamente hacia el mar, enseñando los pechos.

— Hostia puta, esa chica me va a meter en un lío si algún gilipollas se cree con derecho a acercarse a ella — dijo Guilherme preocupado.

— ¿No vas a hacer nada, amigo? — preguntó P.A. indignado.

— ¿Qué quieres que haga, aparte de protegerla de cualquier idiota que aparezca? Es su cuerpo, amigo. Además, es mayor de edad.

— Bien hecho, marido. ¡Qué orgullo!

— Si fueras tú, no sería tan tolerante. — P.A. se levantó, cogió el bikini de Rayssa y corrió tras ella.

Desde lejos, João Guilherme y yo nos reíamos de las dos discutiendo en el agua. Mi marido, en toda su inocencia, pensó que se trataba de un cuidado fraternal, pero para mí estaba claro que iba mucho más allá. *Ahora sólo falta que se lleven bien.*

— Espero que mañana no se maten en el altar — dijo Guilherme, riendo.

— Yo también lo espero.



Nos quedamos en la playa hasta la hora de comer, luego comimos en un restaurante del paseo marítimo. Finalmente, decidimos quedarnos charlando y bebiendo agua de coco en el espigón. El tiempo pasó tan deprisa que, antes de que nos diéramos cuenta, ya era casi de tarde. Volvimos al piso y la discusión sobre el bikini, o la falta de él, ya estaba olvidada.

Bañé a João Miguel y lo dejé con Rayssa, mientras yo me duchaba con mi marido. João Guilherme, travieso como era, no tardó en aprovechar la picardía que también había en mí y me agarró. Tuvimos sexo en la ducha, lo que hizo que nuestro baño durase más.

— Sé muy bien lo que estabais haciendo, cabrones. Un retraso así... — dijo mi cuñada, fingiendo estar enfadada, y nos reímos. — Yo también estoy llena de arena y me muero por

bañarme. Toma.

Rayssa entregó a Miguel a su padre y se fue a la habitación de invitados. Mientras tanto, fui a preparar algo para que comiéramos.



Me senté junto a Paulo André, con mi hijo en el regazo, y vi que mi amigo se estaba comiendo una galleta.

— ¿Queda alguna para mí, dreg? — le pregunté.

— No, me la comí toda. Tenía hambre.

— Egoísta. Habría dejado al menos uno para ti.

— Encima, lo cogí de tu alacena.

— Todavía piensas que es gracioso, abusivo.

— Estabas comiendo ahí y ni siquiera compartiste conmigo. — Se refirió a Melinda, intentando burlarse de mí.

— Vete a la mierda, gracioso. Dios nos dijo que compartiéramos el pan, no las mujeres.

— Basta, porque ya hemos compartido antes.

— ¿Quieres morir hoy, Paulo André? Tengo hambre, y sabes que no se puede confiar en mí en estas condiciones. Y sólo hemos compartido mujeres una vez en la vida. Por cierto, ni siquiera me gustó. Y las situaciones no se comparan, porque no era mi mujer, gilipollas. Mejor ni bromees con eso, porque se me va a calentar la sangre — dije seriamente, pero mi amigo se echó a reír.

— Ven aquí con el dindo, Miguelito. Deja en paz a tu padre celoso y gruñón. — P.A. se llevó a mi hijo y yo fui detrás de Melinda a la cocina.

— Tengo hambre — anuncié, abrazándola por detrás mientras hacía algo en el fregadero.

— Estoy preparando un tentempié, no tardaré. — Asentí y besé el cuello perfumado de mi mujer.

— Creía que tenías hambre de comida, João Guilherme.

— La comida y tú, siempre.

— ¿Dónde está Miguel?

— Está con su padrino en el salón. — La giré hacia mí y nos besamos, hambrientos en todos los sentidos.

— ¡Vaya, esto es serio! ¿Vas a matar a todos de hambre mientras comes aquí? — se quejó Paulo André, entrando en la cocina con João Miguel en el regazo.

— Hoy son demasiado. Si siguen así, Miguelito pronto tendrá una hermanita. — Rayssa se unió a P.A. en el alboroto.

— ¡Justo lo que necesitaba! Es como si tuviera tres hijos. Nunca había visto un trío como vosotros — dije riendo, y nuestro hijo aplaudió. Hacía poco que había aprendido a hacerlo, y era muy mono.



João Guilherme

"Feliz Cumpleaños
En esta querida fecha
Feliz cumpleaños
Muchos años de vida".

— *¡Viva João Miguel!* — gritó mi padre.

— ¡Viva! — respondimos al unísono, y mi hijo sonrió, dando palmas y encantado con la fiesta dedicada a él.

Melinda y yo estábamos exultantes, celebrando la vida de nuestro primogénito; él también disfrutaba del momento. Era su primer cumpleaños y lo celebrábamos sólo con la familia, en la sala de fiestas de nuestra urbanización.

Tras las felicitaciones, nos sentamos a la mesa para comer la tarta.

— Ha ensuciado el pañal, voy a cambiarlo aquí en el cambiador. Ahora vuelvo — dijo Melinda y se levantó con João Miguel.

Mientras la veía alejarse con nuestro hijo, tuve una sensación extraña, pero la ignoré. No había de qué preocuparse. Allí estábamos a salvo.

Seguí hablando con Paulo André y con mi padre, pero no conseguía concentrarme en el

tema. Un malestar me atenazaba el pecho y cuanto más miraba en la dirección en que se había ido mi mujer, más nervioso me ponía. Y aún más cuando empezó a tardar en volver.

Incapaz de controlar mis instintos, me levanté y fui tras ellos. El cambiador de bebés estaba un poco lejos, así que había mucho silencio en esa parte del pasillo. Al acercarme a la puerta, oí la voz desesperada de Melinda. Se me heló la sangre.

— Por favor, no lo hagas. Es sólo un bebé. No es culpa de mi hijo, ¿por favor?

Entré aterrorizada en el cambiador de bebés, y la escena que tenía delante me aterrorizó: Giovana sujetaba a João Miguel, apuntándole a la cabeza con una pistola. *Me quedé sin aliento.*

— Giovana, no hagas esto. Baja el arma y dame a mi hijo, por favor — le supliqué. — Dáselo a Melinda y yo te acompañaré adonde quieras.

Mi mujer miró hacia atrás al oír mi voz, y la expresión de dolor y desesperación de su rostro me quebró. Si algo le ocurría a Miguel, ninguno de los dos podría soportarlo. Sería el fin.

— Hola, Gui. ¡Cuánto tiempo, mi amor! — contestó libertinamente, y el sonido de su voz me dio ganas de vomitar.

— Dámelo, por favor. — Di un paso adelante. — Iré contigo.

— *¿Ahora* quieres venir conmigo? Te lo pedí, te lo supliqué y me rechazaste. Me perseguiste, me hiciste perder el control del coche y caer del puente. ¡Casi muero! Nunca te importó, ni siquiera me buscaste. La única persona que nunca me abandonó fue mi madre — gritó Giovana; João Miguel se asustó y empezó a llorar.

— Estás asustando a mi hijo. Por favor, cálmate.

— Yo también tenía miedo. Nunca tuve a nadie para mí, ¡ni siquiera el día en que "morí"! — volvió a gritar, haciendo llorar más a Miguel. — Ya no te quiero y no quiero que vengas conmigo. Ahora sólo quiero destruirte a ti y a tu decadente familia. ¡Sólo quiero hacerte sufrir! Te advertí que si no fuera por mí, no serías feliz con nadie más, João Guilherme. Y ya te diste cuenta de que no soy de las que hacen falsas promesas, ¿no?

Antes de que pudiera dar un paso más, Giovana apretó el gatillo y acabó con mi mundo.

— ¡No!



Me sentía como la muerte. No podía respirar, me dolía el pecho. Inspiraba aire, tratando de calmarme, pero no conseguía nada. Se me revolvía el estómago. Me desperté con mi propio grito.

Salté de la cama nerviosa y corrí al baño. A duras penas llegué al retrete y vomité toda la cena. Melinda entró en el baño segundos después y encendió la luz.

— Dios mío, amor. ¿Qué te pasa?

No podía responder. De hecho, apenas podía respirar. Fui al lavabo, me eché agua en la cara y en la boca unas cuantas veces y luego salí del baño, frotándome el pecho e intentando calmarme. Necesitaba aire.

Angustiada, salí de la habitación. Fui al salón y abrí la puerta que daba al balcón. Sólo cuando sentí que el fuerte viento me golpeaba la cara sentí que el aire volvía a mis pulmones, aliviándome un poco.

— Cariño, ¿te encuentras mal? Háblame, por favor. ¿Qué te pasa? — Melinda estaba de pie detrás de mí, mirándome angustiada.

— No dejes solo a nuestro hijo. Ve a buscarlo. Tráenoslo. Rápido, por favor — le pedí angustiada, entre respiraciones pesadas y aceleradas. Al ver mi estado, no lo dudó y corrió a buscar a João Miguel.

Yo sudaba y temblaba, y el corazón me latía tan desbocado que sentía que me iba a dar un infarto en cualquier momento. Me sentí más tranquila cuando Melinda regresó con nuestro hijo somnoliento en brazos.

— Dámelo, por favor. — Necesitaba contacto. El dulce olor de Miguel era como un tranquilizante para mí.

Puso a nuestro hijo en mi regazo y lo abracé, sintiendo su cálido cuerpecito entre mis brazos. Inmediatamente, se me nublaron los ojos con las lágrimas que necesitaban fluir para aliviar la presión de mi pecho. *Dios, por favor, protege a mi hijo*, grité pensativa. Si le ocurriese algo, me moriría.

Con los ojos aún cerrados, João Miguel se estiró, levantó los bracitos y echó el culito hacia atrás, retorciéndose en mi regazo. Luego bostezó, abrió los ojitos y me vio.

— Perdona, hijo... Papá tenía que despertarte.

Me dolía el corazón. Había tantos sentimientos juntos: amor, miedo, alivio, angustia, remordimiento... Pero cuando Miguel me sonrió y me miró como si yo fuera tan valioso para él como él lo era para mí, supe que todo iría bien. Esa sonrisa era todo lo que necesitaba. Volví a abrazar su cálido cuerpecito y, con los ojos cerrados, di gracias a Dios de que hubiera sido un mal sueño.

Sentí la mano de Melinda acariciarme el pelo, mientras yo seguía abrazada a João Miguel. Mi hijo estaba tranquilo en mis brazos, como si comprendiera que lo necesitaba hasta para respirar.

Miré a mi mujer y sólo entonces me di cuenta de que ella también lloraba. Sujeté a Miguel con un brazo y atraje su vaso hacia mí con el otro.

— No pasa nada, amor. Sólo ha sido una pesadilla horrible. Siento haberte despertado así.

— No me importa, mientras estés bien. Estamos aquí contigo. Siempre lo estaremos. No

voy a preguntarte qué pesadilla era, porque mi madre siempre me decía que no hay que contar las pesadillas antes de desayunar. — Me reí sin ganas y Melinda me abrazó.

Durante un rato más, los tres permanecimos allí, juntos y en silencio. Era todo lo que necesitaba.



Al día siguiente, me desperté y Melinda ya no estaba en la cama, pero había dejado algunas almohadas alrededor de nuestro hijo. Miré el reloj y aún eran las 6.30 de la mañana. Me escocían los ojos mientras luchaba por volver a dormirme después de aquella pesadilla. Parecía tan real y sacaba a relucir un temor que guardaba para mí: que Giovana estuviera viva. Aunque el equipo de rescate había descartado la posibilidad de que sobreviviera, el hecho de que nunca hubieran encontrado su cuerpo me atormentaba.

Verinha siguió con sus tratamientos psicológicos y con la certeza de que su hija había sobrevivido. Contrató a varios equipos de rescate privados para que buscaran a Giovana, pero nadie había encontrado nada. Puede que suene horrible por mi parte, pero sería un alivio que encontraran su cuerpo.

Todo parecía mejor, me sentía más tranquila. Era el día del bautizo de John Michael, así que no podía obsesionarme con malos pensamientos. Los aparté de mi mente y me senté en la cama para empezar el día. En ese mismo momento, mi hijo se despertó.

— ¿Tú también te has despertado, amor? Buenos días, hijo. ¿Estás listo para tu bautizo? — Lo cogí en brazos y me recibió con la sonrisa más dulce del mundo. Besé su cuellito; se rió y me agarró del pelo. — No se te ve un pelo, ¿verdad? Ya veo que vas a ser de los que les encanta agarrar el pelo a las mujeres. A papá también le gusta, pero a mí sólo me interesa el de mamá. — gritó João Miguel, como si aprobara lo que yo había dicho, y me liberé de aquella manita astuta.

Me levanté y salí de la habitación con él en el regazo. Cuando llegamos al salón, vi a Melinda preparando la mesa del desayuno.

— Por fin mis hijos estaban despiertos. — Sonrió y se acercó a nosotros.

Mi mujer me besó en la boca y su hijo en la barriga, que no perdió la oportunidad de agarrar el pelo de su mamá. Abrí esas manitas de acero y liberé a Melinda.

— Sólo papá puede tirar de estos pelos, hijo.

— ¿Quieres dejar calva a mamá, muchacho? — bromeó Melinda, y Miguel rió con ganas.

— ¿A qué hora tenemos que estar en la iglesia?

— El bautizo empieza a las ocho, pero será mejor que lleguemos pronto. Vamos a desayunar enseguida para prepararnos. — Asentí y me acerqué a la mesa, aún con mi hijo en

brazos.

— Cariño, dale su plátano mientras termino de poner la mesa. — Melinda me pasó el plato de João Miguel con el plátano ya machacado, y él se puso eufórico al ver la comida. Mi hijo era tan goloso como su padrino.



Miguel fue bautizado en la misma iglesia que Rayssa y yo: Nuestra Señora de Penha.

La ceremonia se limitó a la familia; los únicos invitados fueron los padres de Paulo André, Celina y Clara. Todos íbamos vestidos de blanco y la iglesia estaba decorada con rosas del mismo color.

Mi madre, Dora y Melinda se emocionaron cuando el cura vertió el agua sobre la cabecita de João Miguel en la pila bautismal.

— Te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo — dijo las palabras, y mi hijo lloró a lágrima viva.

En aquel momento sagrado, cerré los ojos y pedí a Dios, con toda mi fe, que protegiera a mi hijo de todo mal.

Al final del bautismo, mi hijo estaba de mal humor. Sólo mejoró cuando Melinda le dio el pecho de camino a casa de mis padres, donde estaban celebrando un almuerzo.



En la mansión, fuimos directamente al jardín, que estaba decorado con una mesa enorme — con tarta y dulces — y otras dos donde nos sentaríamos. Mi madre había contratado a un equipo de *catering* y el almuerzo se serviría allí.

Me senté con mi padre y Paulo André en una de las mesas y, mientras ellos charlaban, yo sólo podía admirar a Melinda y a mi hijo. Mi mujer estaba distraída, charlando con mi madre, la madre de P.A., Dorinha, Rayssa, Celina y Clara en la otra mesa. Sonreía y hablaba con ellas animadamente.

João Miguel estaba acurrucado sobre las caderas, divertido con las bolas blancas que formaban parte de la decoración, y se le había pasado el mal humor.

Pensaba que era imposible que Melinda fuera más perfecta, pero la maternidad la transformó. Resplandecía y cada día estaba más guapa y radiante. *Ese es el poder del amor.*

João Miguel también me transformó y reafirmó mi propósito en el mundo. Toda mi vida

empezó a girar en torno a lo que era mejor para él y absolutamente todo lo que hacía era por él. La energía que mi hijo me aportó para perseguir lo mejor fue infinita. *Me siento invencible. No hay nada en el mundo que no haría por el bien de mi hijo.*

Mi madre me dijo una vez que había nacido para ser marido y padre. En parte tenía razón. De hecho, nací para ser el marido de Melinda y el padre de João Miguel.

Me sentí estúpido al recordar que, al principio, intenté huir de una relación con mi mujer. En aquella época, estaba tan destrozado que ni siquiera pensaba en enamorarme, pero Melinda me hizo comprender que el amor era lo único capaz de reparar un alma magullada. Mel me enseñó que cuando encuentras a alguien que te da una sensación de paz y te hace sonreír en el peor de los días, ése eres tú. En ese momento, todo el espacio vacío se llena.

La conexión que tengo con mi mujer es indescriptible. Es mi alma gemela, el amor de mi vida. Cuando pasó todo el miedo, llegó la plenitud.

El día que la conocí, se suponía que iba a ser un domingo cualquiera — una barbacoa en casa de un amigo, un baño en la piscina, una cerveza —, sin ninguna expectativa. Hasta que apareció ella y nada volvió a ser lo mismo. Mi mundo cambió después de ella. Melinda se apoderó de todo dentro de mí, cambió mi vida y le dio un sentido infinitamente mejor.

Con el paso del tiempo, vi muy poco de la chica tímida del campo que llegó sola a Río de Janeiro. Melinda floreció y me sorprendió cada día. Era una madre leona, con una fuerza interior capaz de enfrentarse al mundo por su prole; una mujer de fibra, una esposa abnegada y una amante ardiente. *Ni siquiera sé si la merezco, pero me esfuerzo cada día por hacer lo que puedo.*

Me había perdido en mis pensamientos y en la imagen de mi mujer, pero volví a la realidad cuando ella, quizá porque sintió mi mirada, interrumpió su conversación y me miró. Parpadeé y le sonreí, y fui obsequiado con la sonrisa más perfecta del mundo. Aquella sonrisa lo era todo para mí, porque era la sonrisa de la mujer que amaba.



Dos meses después

João Guilherme y yo optamos por no tener niñera, así que nos turnamos para cuidar de

nuestro hijo. Como yo entraba en periodo de exámenes, él se tomó 15 días libres en el trabajo para quedarse en casa con João Miguel, mientras yo me dedicaba a mis estudios y me iba a la facultad a hacer los exámenes. Mi marido era el padre y el hombre más increíble del mundo.

Aquel día terminé el examen en la facultad y me despedí de Rayssa y de algunos compañeros. Fui directa al aparcamiento y cogí mi coche para volver por fin con mi familia. Cuando entré en el piso, no vi a nadie en el salón. Me quité las sandalias, dejé el bolso sobre la mesa y fui a buscarlos.

Los dos estaban en la habitación de Miguel, jugando en la alfombra. Mi hijo tenía ocho meses y ya le encantaban los coches; tenía toda la colección de *Hot Wheels*, con pista y todo. A João Miguel le encantaba su colección, pero no le dejábamos solo porque los coches no eran recomendables para niños de su edad. La mayor parte del tiempo, su padre jugaba con él. Mi suegro insinuó que debíamos preparar el corazón, porque nuestro hijo iba a ser piloto de Fórmula 1. Yo esperaba que no, pero lo sería. Yo esperaba que no, pero sería lo que quisiera ser y tendría mi apoyo incondicional.

— ¿Lo quieres rojo o azul? — Guilherme le enseñó a Miguel los dos coches y eligió el segundo. — Yo también quería el azul, pero papá te lo deja a ti.

Me reí en silencio, observándolos desde la puerta del dormitorio. Hasta en esto nos parecíamos. El azul era nuestro color favorito y, al parecer, también el de nuestro hijo.

Mi marido colocó los dos coches en la pista y empezó a jugar. Yo me quedé callada, observando cómo interactuaban y me enamoraban. No tenía ninguna duda de que mis dos *Joes* se convertirían en mejores amigos.

Cuando dejé San Agustín hace casi dos años, tenía miedo de lo que me encontraría en Río de Janeiro. La incertidumbre de lo que el destino me tenía reservado me hacía sentir aprensiva. Sin embargo, no lo dudé.

Desde el principio, me sentí acogida por Dorinha, con su alma pura y generosa; su manera dulce y sencilla me calentó el corazón y me hizo sentir como en casa. Luego vino Rayssa y, Dios mío, qué energía y qué bellísima persona. En poco tiempo, supe que había ganado una hermana para toda la vida. Aprendí mucho viviendo con ella, porque Rayssa es una mujer gigantesca que tiene una capacidad de amar increíble.

Por último, estaba él, el hombre de mi vida; el chico con el que ni siquiera sabía que soñaba, pero que pronto se convirtió en un sueño hecho realidad. Cuando João Guilherme me sonrió la primera vez que nos vimos en el garaje de la mansión, el corazón me flaqueó. No hay otra explicación, fue amor a primera vista.

Además de fuerte, también era aterrador, porque era como si no tuviéramos elección. El sentimiento que nos invadiría sucedería de todos modos, sin importar lo que cada uno de nosotros estuviera haciendo en aquel momento — João Guilherme, por ejemplo, no estaba

preparado para una nueva relación, ni yo pensaba en tener a alguien tan pronto. Pero no pudimos evitarlo.

La primera vez que nuestras miradas se cruzaron, sus ojos me parecieron familiares, aunque nunca los había visto antes. Fue un verdadero encuentro de almas. Me amó, se casó conmigo y me hizo madre del niño más bonito y cariñoso del mundo. João Miguel es el resultado de nuestro amor, y ya no recuerdo cómo era mi vida sin ellos.

Desde que llegué a Río, he sido bendecida con muchas formas de amor y cada una de ellas me ha enseñado algo. Helena y Augusto me enseñaron que el amor no depende de los lazos de sangre; basta con tener un buen corazón para poder amar. Celina me enseñó a amar libremente. Por último, pero no menos importante, aprendí sobre el amor de una madre, que es sin duda el amor más poderoso que un ser humano puede sentir.

Quiero a João Guilherme incondicionalmente, pero no hay nadie en el mundo a quien quiera más que a mi hijo pequeño, João Miguel. Daría mi vida por él sin pensarlo dos veces, y este amor me construye y me alimenta todos los días. Este amor me hace invencible.

Doy las gracias a la Melinda del pasado por haber afrontado el dolor y el miedo sin rendirse. Gracias a que ella siguió adelante pude experimentar toda esta plenitud. *Siempre echaré de menos a mis padres en mi vida, pero de una cosa estoy segura: nunca estaré sola.*

Fin de la historia.



Dedico este libro a todas las personas que luchan cada día por empezar de nuevo. Personas que han conocido el dolor y, sin embargo, han elegido seguir el camino del amor.

Lo dedico especialmente a mi lectora y compañera, Karolynne Santos, que tuvo un comienzo difícil en la vida, similar al de Rayssa, pero que encontró la fuerza en el amor para seguir luchando contra el dolor y seguir adelante. Su alegría es contagiosa y, hasta hace poco, nunca me habría imaginado el bagaje que lleva encima.

Karol, soy tu fan.

Por último, pero no por ello menos importante, dedico este libro a las personas que se esfuerzan por dar al mundo lo mejor de sí mismas, escondiendo todo su dolor en un rincón de su alma.



Con el corazón lleno de amor y gratitud, me despido temporalmente de João Guilherme y Melinda.

Nunca he estado tan conectada a una historia como lo estuve con *Jolinda*, y nunca ha sido tan difícil dejarla ir y seguir adelante.

Los personajes nacieron en mi corazón y no han salido de mi cabeza ni un solo momento desde que empecé a darles vida en el papel. Fueron días intensos, porque me hablaban todo el tiempo. Algunas noches me despertaban al amanecer; la mayoría de las noches tenía que obligarme a dormir y sólo despertarme temprano a la mañana siguiente para escribir. Fue agotador e intenso, pero muy gratificante.

En este libro sonreí, lloré y aprendí un poco más sobre el amor y todas sus consecuencias. Fue una experiencia increíble.

No se trata sólo de los tópicos, sino de la profundidad del amor, de la intensidad de los que aman, tanto para bien como para mal. No es de extrañar que el amor sea la fuerza más poderosa del universo. Puede curar tanto como enfermar. El amor existe dentro de todos nosotros, la diferencia es cómo lo gestionamos. Por desgracia, algunas personas no saben amar ni recibir amor.

En esta novela reconocí que existe una delgada línea entre el amor y el odio. También aprendí que el primer amor debe ser siempre el amor propio y que necesitar el amor de otra persona para vivir es lo mismo que renunciar a la propia vida.

Como decía la difunta Marília Mendonça: *"¡Te quiero, pero no te necesito!"*.

Giovana me mostró este lado feo y oscuro del amor.

Helena me enseñó la fuerza de una amistad y también que la maternidad no consiste necesariamente en llevar un hijo en el vientre, sino en el corazón.

Rayssa me enseñó que el entorno y las circunstancias en las que vivimos influyen directamente en nosotros, sí, pero que sólo nosotros somos responsables de nuestros actos. Es más, todo en la vida viene a enseñarnos algo.

Melinda y João Guilherme me enseñaron que el amor puede curar el alma y que, cuando es necesario, rompe todas las barreras. Me enseñaron que no todos los días son buenos, pero que cuando tienes a tu lado a la persona adecuada, todo se vuelve mucho más fácil de afrontar.

Tengo que confesar que cuando acabo un libro, siempre tengo miedo de no ser capaz de escribir nada más que me impresione y me haga sentir orgullosa. No fue diferente con *Mil razones para quedarse*, al menos no al principio. Después de escribir Chase, tardé un tiempo en encontrar la esencia de Gui y Mel, pero cuando lo hice, fue amor a primera vista.

La serie *Jefes de la mafia* me convirtió en lo que soy hoy, después de todo el 90% de mis lectores provienen de experiencias con ella, y estoy muy agradecido por ello. Sin embargo, esa serie también me dio la sensación de que mi vida como escritor empezaría y acabaría ahí. Me sentía incapaz de viajar a otros mundos, era como si estuviera atrapada en el mundo de la familia Esposito.

Poco a poco y con mucho sacrificio, me fui liberando. Empecé a darme cuenta de que podía ir más lejos. *El corazón del vaquero* me aportó una nueva experiencia, pero sin duda, *Mil razones para quedarse* decretó mi libertad definitiva, demostrándome que puedo viajar donde quiera. A partir de ese momento, el miedo a ser sólo "el escritor mafioso" pasó a ser infundado. Siempre seré el Ary de los mafiosos, pero ahora también seré el Ary del vaquero, de Jolinda y de todos los que vendrán.

Espero que podáis sentir todo el amor que representa la historia de Melinda, João Guilherme y todos los demás personajes de este libro. Yo lo sentí.

La historia de João Guilherme y Melinda continuará en el fondo del libro de Rayssa y Paulo André. Y hablando de eso, ¿por qué no satisfaces un poco tu curiosidad sobre esta otra pareja que dará mucho que hablar?

Echa un vistazo, de primera mano, al prólogo de Mil razones para desearte.



Para saber más sobre las obras y la autora, apunta la cámara de tu móvil al código QR de abajo y mantente al día de lanzamientos, eventos, sorteos y mucho más en sus redes sociales:

O haga clic aquí -> https://instabio.cc/arynascimento

¿Te ha gustado el libro? Comparte tus comentarios en las redes sociales y en **Amazon** y recomiéndalo a futuros lectores. Muchas gracias.

[1] El personaje hace referencia a la cantante Ludmilla y a su éxito "¡Hoje!".

[2] Periodo posparto en el que se recomienda a las mujeres evitar la actividad sexual.